
A veces, el amor puede ser una cuestión de Estado
Rojo, Blanco y Sangre Azul
CASEY McQUISTON
RBA

Rojo, blanco y sangre azul

CASEY
McQUISTON

Traducción de Cristina Martín

RBA

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y hechos descritos en esta novela son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia.

Título original inglés: *Red, White & Royal Blue*.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

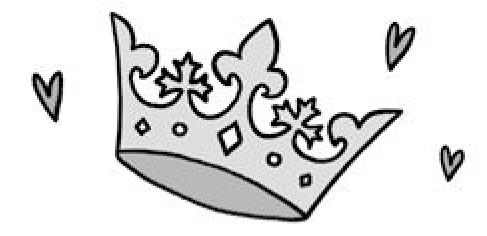
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: octubre de 2019.

RBA MOLINO
REF.: OBDO592
ISBN: 978-84-272-2004-1
REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.



Para los raros y los soñadores



UNO

En el tejado de la Casa Blanca, escondido en un rincón del paseo, hay un trozo de revestimiento suelto, justo en el borde del solárium. Si se manipula con delicadeza, se puede despegar lo suficiente para dejar al descubierto un mensaje que alguien grabó debajo con la punta de una llave o tal vez con un abrecartas robado del Ala Oeste.

En la historia secreta de las primeras familias —un aislado vivero de chismosos que han jurado guardar discreción total respecto de muchas cosas so pena de muerte— no se sabe con seguridad quién lo escribió. Lo único que, por lo visto, la gente sabe a ciencia cierta es que tan solo el hijo o la hija de un presidente puede haber tenido el atrevimiento de pintarrajear la Casa Blanca. Hay quien jura que fue Jack Ford, con sus discos de Jimi Hendrix y la habitación de dos alturas que tenía asignada, contigua al tejado para poder salir a fumar por la noche. Otros afirman que fue Luci Johnson de jovencita, con su ancha cinta en el pelo. Pero da lo mismo. La pintada continúa allí, a modo de mantra privado para quienes sean lo bastante ingeniosos para dar con ella.

Alex la descubrió a la semana de estar viviendo en la Casa Blanca, y nunca le ha revelado a nadie cómo.

Dice lo siguiente:

REGLA N.º 1: QUE NO TE PILLEN

Los dormitorios del Este y el Oeste de la segunda planta por lo general se reservan a la Primera Familia. Inicialmente fueron diseñados como un único dormitorio gigantesco para las visitas del marqués de Lafayette durante la administración Monroe, pero al final se dividieron. Alex tiene el del Este,

ubicado enfrente de la Sala de Tratados, y June utiliza el del Oeste, situado junto al ascensor.

Cuando eran pequeños y vivían en Texas, tenían los dormitorios organizados de igual forma, a uno y otro lado del pasillo. En aquella época se sabía cuál era la ambición de June aquel mes en concreto observando qué era lo que cubría las paredes. A los doce años, eran pinturas a la acuarela. A los quince, calendarios lunares y fotografías de cristales de roca. A los dieciséis, recortes de periódico de *The Atlantic*, un banderín de la Universidad de UT Austin, Gloria Steinem, Zora Neale Hurston, y extractos de los papeles de la sindicalista Dolores Huerta.

La habitación de Alex estaba siempre igual, simplemente iba abarrotándose cada vez más de trofeos de lacrosse y deberes del instituto. Todo ello está acumulando polvo en la casa que aún conservan allí. Colgada de una cadena, alrededor del cuello, siempre oculta a la vista, Alex lleva la llave de esa casa desde el día que se marchó a Washington.

Ahora, la habitación de June, situada en el otro lado del pasillo, es un luminoso espacio pintado de blanco, rosa suave y verde menta, fotografiado por *Vogue* y, según se dice, inspirado en las revistas de interiorismo de los años sesenta que encontró en uno de los salones de la Casa Blanca. La habitación de Alex fue en otra época el cuarto de los niños de Caroline Kennedy, y más tarde, sirviendo de justificante para que June quemase un manojo de salvia a fin de limpiarlo de malas influencias, el despacho de Nancy Reagan. Alex ha conservado las ilustraciones de paisajes que colgaban encima del sofá formando una cuadrícula simétrica, pero en las paredes ha cambiado el tono rosa de Sasha Obama por un azul oscuro.

Lo típico, al menos durante estas últimas décadas, es que los hijos del presidente dejen de vivir en la Residencia cuando cumplen dieciocho años, pero Alex empezó a estudiar en Georgetown el mes de enero en que su madre juró el cargo, y, logísticamente, tenía sentido no dividir el personal de seguridad ni los gastos comunes para proteger también el apartamento de un solo dormitorio en el que iba a vivir él. Aquel otoño llegó June, recién salida de la Universidad de Texas. Ella nunca lo ha dicho, pero Alex sabe que se mudó a la Casa Blanca para poder vigilarlo a él. June sabe mejor que nadie lo mucho que le gusta a su hermano estar donde está la acción, y en

más de una ocasión ha tenido que sacarlo a rastras del Ala Oeste.

Tras la puerta de su dormitorio puede sentarse a escuchar a Hall & Oates en el tocadiscos que tiene en el rincón, y nadie lo oye tararear *Rich Girl* como su padre. Puede ponerse las gafas de leer que siempre insiste en que no necesita. Puede fabricar meticulosamente todas las guías de estudio con pegatinas de diferentes colores que se le antojen. No va a ser el congresista electo más joven de la historia moderna sin habérselo ganado, pero no es necesario que la gente sepa el gran esfuerzo que le está costando. Su prestigio de *sex symbol* se vendría abajo.

—Eh —dice una voz desde la puerta, y al levantar la vista del portátil ve a June que asoma la cabeza al interior de su habitación, con dos iPhones y un fajo de revistas bajo un brazo y un plato en la mano. Entra y cierra la puerta con el pie.

—¿Qué has robado hoy? —le pregunta Alex a la vez que aparta a un lado el montón de papeles que hay encima de la colcha.

—Un surtido de donuts —responde June sentándose en la cama.

Va vestida con una falda tubo con tablas de color rosa y terminadas en punta. Alex ya se imagina las columnas de moda de la próxima semana: una foto de su hermana con el atuendo que lleva hoy, una pista para algún anuncio patrocinado que hable de las faldas con tablas para la mujer moderna y profesional.

A saber qué ha estado haciendo su hermana todo el día. Mencionó una columna para el *Washington Post*, ¿o era una sesión de fotos para su blog? ¿O las dos cosas? Nunca consigue seguirle el ritmo.

June ha colocado sobre la colcha las revistas que traía y ya ha empezado a hojearlas.

—¿Qué, poniendo tu granito de arena para mantener viva la industria del cotilleo?

—Para eso he hecho la carrera de periodismo —replica June.

—¿Hay algo interesante esta semana? —pregunta Alex al tiempo que coge un donut.

—Veamos —responde June—. *In Touch* dice que... estoy saliendo con un modelo francés.

—¿Y es verdad?

—Ojalá. —Pasa unas cuantas páginas—. Ooh, y aquí dice que tú te has blanqueado el culo.

—Eso sí que es cierto —responde Alex masticando un donut de chocolate con cositas por encima.

—Justo lo que pensaba yo —dice June sin levantar la mirada. Después de hojear la mayor parte de la revista, busca en el fondo del fajo y saca *People*. Empieza a pasar hojas con ademán distraído, porque *People* solo escribe lo que sus publicistas le dicen que escriba. Contenido aburrido—. Esta semana no hay gran cosa sobre nosotros... Ah, mira, me han puesto como pista en un crucigrama.

Llevar un seguimiento de las apariciones suyas y de su hermano en la prensa sensacionalista constituye una especie de afición ociosa para ella, una afición que unas veces divierte y otras molesta a su madre, y Alex es lo bastante narcisista para permitir que June le lea lo que es más digno de resaltar. Por lo general, son cosas completamente inventadas o textos proporcionados por el equipo de prensa, pero a veces resultan muy útiles para alejar los ocasionales rumores desagradables. Puestos a elegir, Alex prefiere leer una de los centenares de historias ficticias que cuentan de él en internet, la enésima versión de sí mismo en la que sus admiradores lo pintan dotado de un encanto arrollador y de una increíble resistencia física, pero June se niega en redondo a leerle esas cosas en voz alta, por más que él intente sobornarla.

—A ver qué dice *Us Weekly* —pide Alex.

—Hum... —June la extrae del montón—. Ah, mira, esta semana salimos en la portada.

Le enseña la brillante portada de la revista, en la que aparece una foto de ellos dos en una esquina, dentro de un recuadro, June con el pelo recogido en lo alto de la cabeza y él ligeramente achispado, pero todavía atractivo, mandíbula cuadrada y pelo rizado y oscuro. Debajo de la foto, en negrita, hay escrito lo siguiente: PRIMERA NOCHE LOCA DE LOS HERMANOS EN NUEVA YORK.

—Desde luego, fue una noche loca —confirma Alex recostándose contra el cabecero alto y forrado de cuero y subiéndose las gafas sobre la nariz—. Dos primeros oradores, nada menos. No hay nada más sexi que un

cóctel de gambas y una hora y media de discursos sobre las emisiones de carbono.

—Aquí dice que tuviste una aventurita con una «misteriosa morena» —lee June—. «Aunque poco después de la gala la Primera Hija desapareció en una limusina camino de una fiesta repleta de estrellas, su hermano Alex, de veintiún años y todo un rompecorazones, fue fotografiado entrando en el hotel W para reunirse con una misteriosa joven morena en la suite presidencial, de la cual salió alrededor de las cuatro de la madrugada. Ciertas fuentes del interior del hotel afirmaron haber oído durante toda la noche ruiditos amorosos procedentes de dicha habitación, y corre el rumor de que dicha joven morena no era otra que... Nora Holleran, de veintidós años, nieta del vicepresidente Mike Holleran y tercer miembro del Trío de la Casa Blanca. ¿Podría ser que hayan reanudado su romance?».

—¡Bien! —grazna Alex, y June lanza un gruñido—. ¡Ha pasado menos de un mes! Me debes cincuenta dólares, pequeña.

—Espera un momento. ¿En serio era Nora?

Alex rememora lo sucedido la semana anterior, cuando se presentó en la habitación de Nora con una botella de champán. El romance que vivieron durante la campaña hace un millón de años fue breve, principalmente con el fin de acabar de una vez con lo inevitable. Tenían diecisiete y dieciocho años y desde el principio estaban condenados a fracasar, pues cada uno estaba convencido de ser la persona más inteligente en cualquier ambiente. Desde entonces, Alex ha reconocido que Nora es un cien por cien más inteligente que él, y decididamente demasiado lista para haber salido con él alguna vez.

Pero no es culpa de Alex que la prensa no quiera dejar el tema, que les encante la idea de que estén juntos como si fueran unos Kennedy modernos. De manera que, si Nora y él alguna vez se emborrachan juntos en la habitación de un hotel viendo en televisión la serie *El Ala Oeste* y haciendo ruidos que imitan gemidos para dar pábulo a la entrometida prensa amarilla, no deberían reprochárselo. Simplemente estaban transformando una situación indeseable en una diversión personal.

Y sacarle dinero a su hermana supone otro aliciente más.

—Quizás —responde arrastrando las vocales.

June le da un coscorrón con la revista, como si fuera una cucaracha especialmente molesta.

—¡Eso es hacer trampas, granuja!

—Una apuesta es una apuesta —le dice Alex—. Dijimos que si surgía un rumor en el plazo de un mes, me pagarías cincuenta pavos. Acepto tarjetas.

—No pienso pagarte —refunfuña June—. Cuando vea a Nora mañana, voy a matarla. A propósito, ¿qué vas a ponerte?

—¿Para qué?

—Para la boda.

—¿Qué boda?

—La boda real —replica June—. La de Inglaterra. Sale literalmente en todas las revistas que acabo de enseñarte.

Levanta de nuevo en alto *Us Weekly*, y esta vez Alex se fija en el artículo de portada, que lleva un titular en letras enormes que dice: EL PRÍNCIPE PHILIP DA EL SÍ, junto con una fotografía de un heredero al trono británico de físico sumamente anodino al lado de su prometida rubia, igual de anodina, que luce una sonrisa insípida.

Suelta el donut con un gesto de profunda consternación.

—¿Es este fin de semana?

—Alex, nos vamos mañana por la mañana —le dice June—. Y antes de acudir a la ceremonia tenemos dos actos. No me puedo creer que Zahra todavía no te haya dado la lata con el tema.

—Mierda —gime—. Sé que lo tenía anotado. Me he distraído.

—¿Conspirando con mi mejor amiga contra mí en la prensa sensacionalista por cincuenta dólares?

—No, con mi trabajo de investigación, listilla —replica Alex señalando con gesto teatral el montón de apuntes—. Llevo toda la semana trabajando en él para la clase de Pensamiento Político Romano. Y creía que habíamos acordado que Nora era la mejor amiga de los dos.

—No es posible que estés estudiando de verdad esa asignatura —dice June—. ¿No será que te has olvidado a propósito del evento internacional más importante del año porque no quieres ver a tu archienemigo?

—June, soy el hijo del presidente de Estados Unidos. El príncipe Henry

es una figura insigne del Imperio británico. No puedes decir que es mi «archienemigo» —replica Alex. Vuelve a su donut, mastica durante unos momentos con gesto pensativo y después agrega—: El término archienemigo implica que es un rival para mí en todos los niveles, y no un engreído producto endogámico que probablemente se hace pajas viéndose a sí mismo en las fotos.

—Guau.

—Era un decir.

—Mira, no es obligatorio que te caiga bien, solo tienes que poner cara de estar contento y no ocasionar un incidente internacional en la boda de su hermano.

—Bichito, ¿cuándo no pongo yo cara de estar contento? —protesta Alex.

Hace una mueca de fingirse dolido, y se queda satisfecho con la cara de repugnancia que le devuelve June.

—Aj. En fin, ¿ya sabes lo que vas a ponerte?

—Sí, lo elegí el mes pasado y Zahra me dio el visto bueno. No soy un animal.

—Pues yo todavía no estoy segura de qué vestido llevar —dice June. Se inclina hacia delante y le quita el portátil a su hermano haciendo caso omiso de sus protestas—. ¿Cuál te parece mejor: el granate o el de encaje?

—El de encaje, obviamente. Es para Inglaterra. ¿Y por qué te empeñas en que suspenda esta asignatura? —dice al tiempo que intenta recuperar el portátil, pero se lleva un cachete en la mano—. Vete a ocuparte de tu Instagram o de lo que sea. Eres de lo peor.

—Calla la boca. Estoy intentando encontrar algo que ver. ¡Anda, pero si tienes la película *Algo en común* guardada en tu lista de favoritos! Vaya, ¿y qué tal va la escuela de cine en 2005?

—Te odio.

—Hum, ya lo sé.

Al otro lado de la ventana el viento barre el césped de los jardines y levanta murmullos entre los tilos. El disco puesto en el tocadiscos del rincón ha llegado al final y ha enmudecido. Alex se baja de la cama, le da la vuelta, vuelve a colocar la aguja, y a continuación empieza a sonar el tema

de la otra cara: *London, Luck & Love*.

A decir verdad, la aviación privada nunca envejece, ni siquiera después de que su madre lleve ya tres años de mandato.

No es que viaje mucho de esta forma, pero cuando lo hace le cuesta trabajo no impedir que se le suba a la cabeza. Él nació en la parte montañosa de Texas, su madre era hija de una madre soltera y de un hijo de inmigrantes mexicanos, todos ellos más pobres que una rata, de modo que los viajes lujosos siguen siendo un lujo.

Hace quince años, cuando su madre se presentó por primera vez como candidata a la Casa Blanca, el periódico de Austin le puso el sobrenombre de *Lometa la Improbable*. Había escapado de su diminuto pueblo natal, situado a la sombra de Fort Hood, trabajó en cafeterías en el turno de noche para pagarse los estudios de Derecho, y para cuando cumplió los treinta ya estaba defendiendo casos de discriminación ante el Tribunal Supremo. Ella era lo último que cabía esperar que saliera del estado de Texas en mitad de la guerra de Irak: una demócrata de cabello rubio rosado e intelecto rápido que calzaba tacones altos, hablaba con un acento que no intentaba disimular y provenía de una familia con cierta mezcla de razas.

De forma que sigue siendo surrealista que Alex se encuentre ahora atravesando el Atlántico comiendo pistachos y sentado en una butaca de cuero con los pies en alto. Nora está enfrente de él, concentrada en el crucigrama del *New York Times*, con su melena castaña y rizada cayéndole sobre la frente. A su lado va el corpulento agente del servicio secreto Cassius, Cash para los amigos, sosteniendo otro ejemplar en su enorme mano y echándole una carrera para ver quién lo termina antes. En la pantalla del portátil de Alex aparece desplegado el trabajo para la clase de Pensamiento Político Romano, y el cursor está parpadeando expectante, pero Alex no consigue concentrarse en los estudios mientras sobrevuela el océano.

Amy, la agente secreta preferida de su madre y antigua SEAL de la Marina, que según se rumorea por Washington ha matado a varios hombres, está sentada al otro lado del pasillo. En el sofá, a su lado, descansa un

maletín de titanio a prueba de balas repleto de materiales de trabajos manuales, y está bordando flores calmosamente en una servilleta. Alex la ha visto apuñalar a una persona en la rodilla con una aguja de bordar muy parecida a esa.

Y por último está June, a su lado, apoyada en un codo y con la cara enterrada en el ejemplar de *People* que, de forma inexplicable, se ha traído consigo. Siempre elige el material de lectura más pintoresco cuando tiene que volar. La última vez fue un viejo y manoseado glosario de chino cantonés, y la penúltima fue un libro titulado *La muerte le llega al arzobispo*.

—¿Qué estás leyendo ahora? —le pregunta Alex.

Ella da la vuelta a la revista para que su hermano pueda ver el artículo a doble página que lleva por título: ¡LOCURA DE BODA REAL! Alex deja escapar un gemido; decididamente, esto es peor que la novelista Willa Cather.

—¿Qué pasa? —protesta June—. Quiero estar preparada para la primera boda real de mi vida.

—Fuiste al baile del instituto, ¿no? —le dice Alex—. Pues imagínate algo igual, solo que en el infierno, y además teniendo que ser amable con todo el mundo.

—¿Te puedes creer que se han gastado 75.000 dólares solo en la tarta?

—Es deprimente.

—Y, además, por lo visto el príncipe Henry va a acudir a la boda sin llevar pareja, y tiene a todos asustados. Aquí dice que —adopta un cómico acento inglés— «se rumorea que el mes pasado estuvo saliendo con una heredera al trono de Bélgica, pero ahora los seguidores de la vida amorosa del príncipe no saben qué pensar».

Alex suelta un bufido. Le parece una necedad que haya legiones de personas que sigan la vida amorosa de los miembros de la realeza, que es intensamente aburrida. Entiende que a la gente le interese dónde mete él la lengua; por lo menos él posee personalidad.

—A lo mejor la población femenina de Europa ha comprendido por fin que Henry tiene el mismo atractivo que un gato mojado —sugiere Alex.

Nora baja el periódico: ha terminado el crucigrama la primera. Cassius le dirige una mirada y lanza una palabrota.

—¿Entonces vas a sacarlo a bailar?

Alex pone los ojos en blanco. Se imagina de pronto dando vueltas por un salón de baile mientras Henry le murmura al oído bobadas acerca del croquet y de la caza del zorro, y ese pensamiento le da ganas de vomitar.

—Qué más quisiera él.

—Ah —dice Nora—, estás sonrojándote.

—Mira —le dice Alex—, las bodas reales son basura, los príncipes que tienen bodas reales son otra basura, y el imperialismo que permite que existan los príncipes es más basura todavía. Todos son basuras de principio a fin.

—¿Ese es tu discurso de *TED Talk*? —le pregunta June—. Supongo que te das cuenta de que Estados Unidos también es un imperio genocida, ¿no?

—Sí, June, pero por lo menos nosotros tenemos la decencia de no mantener una monarquía —contesta Alex lanzándole un pistacho.

Hay una serie de cosas relativas a Alex y June de las que se informa a los recién contratados en la Casa Blanca antes de que empiecen a trabajar: June tiene alergia a los cacahuetes; Alex suele pedir café en mitad de la noche; el novio que tenía June en el instituto, que rompió con ella para mudarse a California, sigue siendo la única persona cuyas cartas le son entregadas directamente a ella; Alex está resentido desde hace mucho tiempo con el príncipe más joven.

Aunque en realidad no es resentimiento. Ni siquiera es rivalidad. Es más bien un sentimiento de fastidio, de irritación, que hace que le suden las manos.

La prensa sensacionalista —el mundo— decidió nombrar a Alex el equivalente norteamericano del príncipe Henry desde el primer día, dado que el Trío de la Casa Blanca es lo más parecido a la realeza que existe en Estados Unidos. Y nunca le ha parecido justo: su imagen es toda carisma, genialidad e inteligencia con sonrisa de satisfacción, entrevistas con contenido y portada de *GQ* a los dieciocho años, mientras que Henry es todo sonrisas plácidas, caballerosa afabilidad y apariciones genéricas en actos de beneficencia, un príncipe azul que es un perfecto lienzo en blanco. El papel de Henry, en opinión de Alex, es mucho más fácil de representar.

A lo mejor, técnicamente, eso es rivalidad. Da igual.

—Muy bien, lumbrera —dice—, ¿cuáles son las cifras al respecto?

Nora sonríe de oreja a oreja.

—Hum... —Finge reflexionar profundamente—: Evaluación de riesgos: el hijo de la presidenta no logra refrenarse y se deja llevar, lo cual da lugar a más de quinientas bajas civiles. Noventa y ocho por ciento de probabilidades de que el príncipe Henry esté como un queso. Setenta y ocho por ciento de probabilidades de que Alex consiga que le prohíban para siempre la entrada en el Reino Unido.

—Pues son cifras mejores de lo que yo esperaba —observa June.

Alex lanza una carcajada y el avión continúa volando.

Londres es un verdadero espectáculo, con los cientos de personas que abarrotan las calles aledañas al palacio de Buckingham y se desparraman por toda la ciudad envueltas en la bandera británica y agitando banderines por encima de la cabeza. Por todas partes hay souvenirs conmemorativos de la boda real: los rostros del príncipe Philip y de su prometida aparecen plasmados en toda clase de objetos, desde chocolatinas hasta ropa interior. Alex casi no puede creerse que haya tantas personas que se interesen con tanta pasión por algo que resulta tan profundamente anodino. Está seguro de que cuando June o él se casen no habrá semejante aglomeración frente a la Casa Blanca, y tampoco desearía que la hubiera.

La ceremonia en sí parece durar una eternidad, pero por lo menos es bastante bonita, en cierta manera. No es que a Alex no le guste el amor o no sepa apreciar el matrimonio, es que Martha es una hija de la nobleza perfectamente respetable y Philip es un príncipe. Resulta tan sexi como una transacción comercial. No hay pasión, ni drama. Las historias de amor que le gustan a Alex se parecen mucho más a las de Shakespeare.

Da la impresión de que han transcurrido varios años cuando por fin Alex se sienta a una mesa flanqueado por Nora y June en un salón de baile del palacio de Buckingham, y se siente lo bastante irritado como para actuar de forma un tanto imprudente. Nora le pasa una copa de champán y él la acepta con gusto.

—¿Alguno de vosotros sabe lo que es un vizconde? —está diciendo

June mientras se come un emparedado de pepino—. He conocido ya como cinco, y sigo sonriendo con educación como si supiera lo que significa ese título. Alex, tú que has estudiado relaciones internacionales comparativas entre los gobiernos, o como se llame eso, ¿qué es?

—Creo que es cuando un vampiro forma un ejército de esclavas sexuales enloquecidas y establece un gobierno propio —responde él.

—Suena bien —dice Nora.

Está doblando la servilleta en una forma complicada, apoyada en la mesa, y su manicura negra y brillante lanza destellos bajo la luz de la lámpara de araña.

—Ojalá yo fuera vizconde —suspira June—. Así les ordenaría a mis esclavos sexuales que atendieran mi correo electrónico.

—¿A los esclavos sexuales se les da bien llevar la correspondencia profesional? —pregunta Alex.

La servilleta de Nora ha empezado a parecerse a un pájaro.

—Podría ser un enfoque interesante. Sus correos serían trágicos y lascivos. —Intenta poner una voz grave y ahogada—: Oh, por favor, os lo suplico, tomadme..., ¡llevadme a comer para hablar de muestrarios de tela, animal mío!

—Podría ser extraño, de tan eficaz —comenta Alex.

—A vosotros dos os pasa algo —dice June con voz suave.

Alex abre la boca para protestar cuando de pronto se materializa a su lado un sirviente real como si fuera un fantasma denso y de gesto adusto, con una peluca horrible.

—Señorita Claremont-Díaz —dice el fantasma, que tiene pinta de llamarse Reginald o Bartholomew o algo así. Ejecuta una reverencia, y milagrosamente la peluca no se le cae encima del plato de June. Alex intercambia con ella una mirada de incredulidad por detrás del sirviente—. Su Alteza Real el príncipe Henry se pregunta si le haría usted el honor de acompañarlo a bailar.

June se queda paralizada con la boca medio abierta, congelada en un sonido vocálico, y Nora dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Oh, estaría encantada —se adelanta Nora—. Lleva toda la velada esperando precisamente eso.

—Yo... —empieza June, pero se interrumpe y sonríe pese a que está perforando a Nora con la mirada—. Por supuesto. Tendré mucho gusto.

—Excelente —contesta Reginald-Bartholomew, y acto seguido se vuelve y hace una seña a su espalda.

Y ahí está Henry, en carne y hueso, con su belleza clásica y su traje de tres piezas confeccionado a medida, el cabello color arena repeinado, pómulos marcados y una expresión blanda y amable en la boca. Se sostiene en una postura impecable e innata en él, como si un día hubiera surgido ya completamente formado y erguido de algún jardín de flores del palacio de Buckingham.

Clava la mirada en Alex, y este siente que se le difunde por el pecho una sensación parecida al fastidio o a la adrenalina. Lleva aproximadamente un año sin tener una conversación con Henry. Su rostro, para exasperación suya, sigue siendo igual de simétrico.

Henry se digna saludarlo con una breve inclinación de cabeza, como si fuera cualquier otro invitado y no la persona a la que se adelantó en debutar en un editorial de *Vogue* en sus años de adolescencia. Alex parpadea, se reprime y observa cómo acerca Henry su estúpido mentón, tan bien perfilado, hacia su hermana.

—Hola, June —dice Henry, y a continuación le tiende caballerosamente la mano a June, que se ruboriza. Nora finge desmayarse—. ¿Sabes bailar el vals?

—Esto... Estoy segura de que podré seguirlo —responde ella, y toma la mano de Henry con cautela, como si temiera que él pudiera estar gastándole una broma,[1] lo cual, en opinión de Alex, resulta demasiado generoso para el sentido del humor que posee Henry. El príncipe la conduce hacia el grupo de nobles que hacen evoluciones en la pista.

—Bueno, ¿y qué pasa ahora? —exclama Alex bajando la mirada hacia la servilleta de Nora—. ¿Ha decidido cerrarme por fin la boca cortejando a mi hermana?

—Ah, coleguita —dice Nora. Alarga el brazo y le da una palmadita en la mano—. Resulta encantador que creas que todo gira en torno a tu persona.

—Pues así es como debería ser, la verdad.

—Así se habla.

Vuelve a levantar la vista hacia el grupo de bailarines, en el que se encuentra June dando vueltas en brazos del príncipe. Ella luce en la cara una sonrisa neutra, cortés, y él mantiene la mirada fija al frente, lo cual resulta todavía más irritante. June está increíble; lo menos que podría hacer Henry es prestarle atención.

—Pero ¿tú crees que June le gusta en realidad?

Nora se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Los miembros de la realeza son gente extraña. Podría ser una cortesía o... Ah, mira.

Acaba de acercarse un fotógrafo de la familia real para tomar una foto de los dos bailarines, una foto que Alex sabe que se venderá a *People* la semana que viene. ¿De modo que se trata de eso, de utilizar a la Primera Hija para lanzar el absurdo rumor de que ambos salen juntos, solo por atraer la atención? Dios no quiera que Philip destaque en el ciclo de las noticias durante una semana.

—Se le da bastante bien —señala Nora.

Alex hace una seña a un camarero y decide pasar el resto del banquete emborrachándose sistemáticamente.

Nunca se lo ha dicho a nadie y nunca se lo dirá, pero la primera vez que vio a Henry tenía doce años. Solo reflexiona sobre ello cuando se emborracha. Está seguro de haber visto su rostro en las noticias mucho antes, pero esa fue la primera vez que se fijó en él. June acababa de cumplir quince años y se había gastado una parte del dinero que le regalaron en comprarse una revista juvenil de colorido deslumbrante. Su amor por la prensa basura comenzó temprano. En el centro de la revista había unas fotos en miniatura que se podían arrancar y pegar después en la taquilla. Si uno tenía cuidado y desprendía las grapas con las uñas, podía retirar las fotos sin romperlas. Una de ellas, justo la del medio, mostraba el rostro de un chico.

Tenía el pelo tupido y de un color rubio oscuro, los ojos grandes y azules, una sonrisa cálida, y llevaba un palo de cricket echado sobre el hombro. Debía de ser una foto sin preparar, porque aquel chico lucía una expresión de felicidad y seguridad en sí mismo que no podía ser una pose. En el ángulo inferior de la página, en letras azules y rosas, decía: PRÍNCIPE

HENRY.

Alex continúa sin saber qué era lo que le atraía de aquella foto, simplemente se colaba en la habitación de June, buscaba la revista y tocaba el cabello de aquel chico con las yemas de los dedos, como si haciendo un esfuerzo de imaginación pudiera percibir la textura que tenía. Cuanto más iban ascendiendo sus padres en las filas de la política, más se hacía cargo de que el mundo no iba a tardar mucho en saber quién era él. Luego, a veces, se acordaba de aquella foto e intentaba contagiarse de la cómoda confianza en sí mismo que exudaba Henry.

(También se le pasó por la cabeza arrancar las grapas con los dedos, llevarse la foto y guardarla en su habitación, pero nunca llegó a hacerlo; tenía las uñas demasiado cortas, no estaban hechas para aquellos trabajos como las de June, como las de las chicas.)

Pero luego llegó la vez que conoció a Henry en persona, las primeras palabras frías y despegadas que le dirigió Henry, y pensó que se había equivocado totalmente, que el chico guapo y de expresión abierta de la foto no era real. El verdadero Henry era atractivo, distante, aburrido y cerrado. Aquella persona con la que la prensa amarilla lo comparaba constantemente, con la que él mismo se comparaba, se consideraba mejor que él y que todas las personas que eran como él. Le costó trabajo creer que alguna vez hubiera querido parecérsele.

Alex sigue bebiendo, alternando entre acordarse de todo ello y obligarse a no acordarse, se pierde entre los presentes y baila con las bellas herederas europeas.

Está dibujando piruetas con una de ellas cuando de pronto vislumbra una figura solitaria situada cerca de la tarta y de la fuente de champán. Es otra vez el príncipe Henry, que, copa en mano, observa al príncipe Philip y a su novia recorriendo el salón de baile. Su expresión es educada, pero muestra un escaso interés, con ese estilo suyo tan odioso, como si tuviera un sitio mejor en el que estar. Y Alex no puede resistir el impulso de ponerlo en evidencia.

Se abre paso entre la multitud, agarra una copa de vino de una bandeja que pasa por su lado y de un solo trago se bebe la mitad.

—Cuando se tiene una de estas fuentes de champán —le dice a Henry

situándose a su lado—, hay que poner dos en vez de una. Resulta muy violento estar en una boda en la que solo hay una fuente de champán.

—Alex —dice Henry con ese acento suyo, tan pijo. Visto de cerca, el chaleco que lleva debajo de la chaqueta del traje es de un suntuoso color dorado y tiene como un millón de botones. Horrible—. Me preguntaba si había tenido el placer.

—Por lo que parece, hoy es tu día de suerte —responde Alex con una sonrisa.

—Una ocasión trascendental, ciertamente —confirma Henry.

Su sonrisa es inmaculada y de un blanco luminoso, hecha para aparecer impresa en un billete.

Lo más irritante de todo es que Alex sabe que Henry también lo odia a él (como debe ser, ya que son antagonistas naturales el uno del otro), pero se niega a dejarlo ver de forma notoria. Es muy consciente de que la política implica mostrar amabilidad con personas a las que uno aborrece, pero desearía que, por una vez, solo una vez, Henry se comportase como un ser humano y no como un lindo muñeco de cuerda que se vende en la tienda de regalos de un palacio.

Resulta demasiado perfecto. Siente el deseo de aguijonearlo un poco.

—¿Nunca te cansas —le pregunta— de fingir estar por encima de todo esto?

Henry se vuelve hacia él y lo mira fijamente.

—De verdad que no sé a qué te refieres.

—Me refiero —replica Alex— a que estás aquí, haciendo que los fotógrafos tengan que perseguirte, apartándote como si odiaras ser el centro de atención, cosa que evidentemente no es cierta ya que has estado bailando con mi hermana, nada menos. Actúas como si fueras una persona demasiado importante para estar en cualquier parte. ¿No resulta agotador?

—Soy... un poco más complicado que eso —explica Henry.

—Ja.

—Oh —dice Henry entornando los ojos—, estás bebido.

—Lo único que digo —replica Alex a la vez que apoya un codo en el hombro de Henry con clara actitud amistosa, un gesto que no le resulta tan cómodo como quisiera porque el príncipe, para exasperación suya, le saca

veinte centímetros— es que podrías probar a comportarte como si estuvieras divirtiéndote. De vez en cuando.

Henry contesta con una risa triste.

—Opino que deberías contemplar la posibilidad de empezar a beber agua, Alex.

—¿Tú crees? —replica. Aparta a un lado la idea de que quizás haya sido el vino lo que le ha dado valor para abordar a Henry y compone una expresión tímida y angelical—. ¿Te estoy ofendiendo? Perdona que no esté tan obsesionado contigo como todo el mundo. Sé que debe de resultarte desconcertante.

—¿Sabes una cosa? —le dice Henry—. Creo que sí estás obsesionado conmigo.

A Alex se le descuelga la mandíbula, mientras que Henry esboza una sonrisita de íntima satisfacción, casi malévola.

—Era solo una idea —dice el príncipe en tono cortés—. ¿Alguna vez te has dado cuenta de que yo nunca te he abordado a ti, y de que he sido profundamente educado todas las veces que nos hemos visto? Y en cambio aquí estás tú ahora, buscándome de nuevo. —Bebe un sorbo de su champán —. Es simplemente una observación.

—¿Qué? Yo no estoy... —balbucea Alex—. Eres tú el que...

—Que tengas una velada encantadora, Alex —dice Henry en tono tajante, y acto seguido da media vuelta para marcharse.

Lo enfurece que Henry crea que siempre ha de tener la última palabra, de modo que, sin pensar, alarga el brazo y lo aferra por el hombro.

Henry se vuelve de improviso y esta vez casi lo empuja para apartarlo de sí, y durante una fracción de segundo Alex se queda impresionado al ver el relampagueo de sus ojos, el brusco estallido de un ser con personalidad.

Azorado, tropieza consigo mismo, retrocede tambaleándose en dirección a la mesa que tiene más cerca. Demasiado tarde repara en que esa mesa, para horror suyo, es la que sostiene la gigantesca tarta nupcial de ocho pisos. Se agarra del brazo de Henry para no caer, pero lo único que consigue es que ambos pierdan el equilibrio y se estrellen juntos contra el soporte de la tarta.

Contempla, como si ocurriera a cámara lenta, cómo la tarta se inclina,

tiembla, se zarandea y finalmente se vuelca. No hay absolutamente nada que él pueda hacer para impedirlo. Se estampa contra el suelo en una avalancha de nata blanca, una dulce pesadilla por valor de unos 75.000 dólares.

El salón entero enmudece de pronto mientras él, arrastrado por el impulso, se precipita al suelo junto con el príncipe y ambos aterrizan en medio del estropicio de la tarta, encima de la hermosa moqueta, él todavía asiendo fuertemente la manga de la chaqueta de Henry. la copa de champán que tenía el príncipe se ha derramado sobre los dos y se ha hecho añicos, y con el rabillo del ojo Alex alcanza a ver una brecha que se ha hecho Henry en el pómulo y por la que está empezando a sangrar.

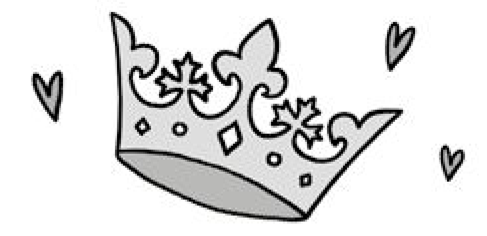
Durante un segundo, lo único en que acierta a pensar con la mirada fija en el techo y cubierto de champán y de nata es que, por lo menos, el baile de Henry con June no va a ser la anécdota más importante que salga de la boda real.

Lo siguiente en lo que piensa es que su madre va a asesinarlo a sangre fría.

A su lado oye la voz de Henry, que murmura en voz baja:

—Me cago en la puta.

Vagamente se percata de que es la primera vez que oye al príncipe decir una palabrota, y un segundo después se dispara el flash de una cámara.



DOS

Con un sonoro golpetazo, Zahra deja un fajo de revistas encima de la mesa de la sala de reuniones del Ala Oeste.

—Aquí hay solamente lo que he visto esta mañana viniendo hacia aquí —aclara—. No creo que sea necesario que te recuerde que vivo a dos manzanas.

Alex se queda mirando los titulares que tiene delante.

UN TROPEZÓN POR VALOR DE 75.000 DÓLARES

BATALLA EN LAS ALTURAS: El príncipe Henry y el hijo de la presidenta se pelean en la Boda Real

ESCÁNDALO EN LA BODA:
Alex Claremont-Díaz hace estallar la segunda guerra entre Inglaterra y Estados Unidos

Cada uno va acompañado de una fotografía en la que aparecen Henry y él tumbados de espaldas en medio de un zafarrancho de tarta, Henry con su ridículo traje torcido y lleno de florecillas de mantequilla aplastadas, con la muñeca aprisionada por su mano y luciendo un corte en la mejilla.

—¿Estáis seguras de que no deberíamos celebrar esta reunión en la Sala de Crisis? —pregunta.

Ni Zahra ni su madre, que está sentada al otro lado de la mesa, parecen encontrarle la gracia al asunto. La presidenta le dirige una mirada cáustica por encima de sus gafas de leer, y él cierra la boca.

No es que le tenga miedo a Zahra, ayudante del jefe de Gabinete y mano

derecha de su madre; por fuera puede parecer que pincha, pero Alex sabe que por dentro es más blandita. Le tiene más miedo a lo que pueda hacer su madre. Esta lo educó acostumbrándolo a que expresara sus sentimientos, después se convirtió en presidenta y la vida empezó a girar menos en torno a los sentimientos y más en torno a las relaciones internacionales. No sabe muy bien qué opción augura un destino peor.

—«Fuentes de la recepción real informan que ambos fueron vistos discutiendo unos minutos antes del... tartazo» —lee Ellen en voz alta en un tono de profundo desprecio en su ejemplar de *The Sun*. Alex ni siquiera intenta adivinar cómo ha conseguido hacerse con la edición de hoy de un periódico sensacionalista británico. Los caminos de Mamá la Presidenta son insondables—. «Pero ciertas fuentes de la familia real afirman que la disputa que enfrenta al Primer Hijo con Henry ya dura varios años. Una fuente ha comunicado a *The Sun* que el príncipe Henry y el Primer Hijo están enemistados desde que se conocieron en las Olimpiadas de Río de Janeiro, y que dicha animosidad no ha hecho sino empeorar; en la actualidad ni siquiera soportan estar juntos en una misma habitación. Al parecer, era solo cuestión de tiempo que Alex recurriera al método americano: un altercado violento».

—La verdad, no creo que se pueda considerar violencia el hecho de tropezar con una mesa y...

—Alexander —lo reconviene Ellen en tono escalofriante, de tan tranquilo—. Cállate.

Alex obedece.

—«Uno no puede por menos de preguntarse» —sigue leyendo Ellen— «si el resentimiento existente entre estos dos poderosos hijos ha contribuido a lo que muchos han denominado una relación distante y glacial entre la administración de la presidenta Ellen Claremont y la monarquía británica en estos últimos años».

Arroja la revista a un lado y se cruza de brazos sobre la mesa.

—Por favor, cuéntame otro chiste —dice—. Estoy deseando que me expliques qué tiene esto de gracioso.

Alex abre la boca un par de veces y vuelve a cerrarla otras tantas.

—Empezó él —dice por fin—. Yo apenas lo toqué, fue él quien me

empujó, y yo solo lo agarré para intentar conservar el equilibrio, pero...

—Cielo, no tengo palabras para expresar lo poco que le importa a la prensa quién empezó —replica Ellen—. Como tu madre que soy, puedo aceptar que esto quizá no haya sido culpa tuya, pero en calidad de presidenta me entran ganas de decirle a la CIA que finja tu muerte, y eso me servirá para granjearme la compasión de la gente y disfrutar de un segundo mandato.

Alex aprieta la mandíbula: está acostumbrado a hacer cosas que cabrean al equipo de su madre (cuando era adolescente tenía la afición de confrontar a los colegas de su madre con sus discrepancias a la hora de votar en los actos organizados en Washington para recaudar fondos) y ha salido en la prensa amarilla por asuntos más embarazosos que este. Pero nunca causando semejante cataclismo de repercusión internacional.

—No tengo tiempo para ocuparme ahora de este asunto, de modo que vamos a hacer lo siguiente —concluye Ellen sacando una carpeta de su maletín.

Dentro hay unos documentos de aspecto oficial marcados con pegatinas de diferentes colores, y la primera dice PLIEGO DE CONDICIONES.

—Hum... —dice Alex.

—Tú —dice la presidenta— vas a hacer las paces con Henry. Te irás el sábado y pasarás el domingo en Inglaterra.

Alex parpadea.

—¿Ya es demasiado tarde para lo de fingir mi muerte?

—Zahra te informará de lo demás —prosigue Ellen sin hacerle caso—. En estos momentos tengo unas quinientas reuniones. —Se levanta y se encamina hacia la puerta, pero hace un alto para darse un beso en la mano y plantarlo en la cabeza de su hijo—. Eres un idiota. Te quiero.

Y a continuación se va. Cuando dejan de oírse los tacones de sus zapatos por el pasillo, Zahra pasa a ocupar la silla que la presidenta ha dejado vacía con una expresión en la cara que indica que ella preferiría organizar que alguien lo asesinara de verdad. Técnicamente, no es la persona más poderosa ni más importante de la Casa Blanca durante el mandato de su madre, pero lleva trabajando a su lado desde que salió de Howard, cuando él tenía cinco años. Es la única en la que se confía para que

controle a la Primera Familia.

—Muy bien, el trato es el siguiente —dice—: He estado toda la noche en vela, negociando con un grupo de tiesos encargados de la Casa Real inglesa, con varios gilipollas de relaciones públicas y hasta con el caballerizo mayor del reino para llegar a un acuerdo, así que vas a seguir este plan al pie de la letra y no vas a cagarla, ¿entendido?

Alex continúa pensando para sus adentros que todo esto es completamente ridículo, pero afirma con la cabeza. Zahra no parece estar en absoluto convencida, pero sigue adelante:

—En primer lugar, la Casa Blanca y la monarquía inglesa van a emitir un comunicado conjunto en el que dirán que lo que sucedió en la boda real fue un accidente y un malentendido...

—Que es lo que fue.

—... y que el príncipe Henry y tú, pese a que rara vez disponéis de tiempo para veros, mantenéis una estrecha amistad personal desde hace varios años.

—¿Una qué?

—Mira —dice Zahra a la vez que bebe un sorbo de su enorme termo de café, de acero inoxidable—, ambas partes necesitan salir de esto sin sufrir menoscabo, y la única manera de lograrlo es haciendo que parezca que vuestra pequeña refriega en la boda fue una especie de percance homoerótico y fraternal, ¿de acuerdo? De forma que puedes odiar a ese heredero al trono todo lo que quieras, escribir poemas satíricos dedicados a él en tu diario, pero en cuanto veas una cámara habrás de actuar como si Henry fuera la última maravilla, y lograr que resulte convincente.

—¿Tú has conocido a Henry en persona? —dice Alex—. ¿Cómo se supone que voy a hacer eso? Tiene tanta personalidad como un repollo.

—¿De verdad no entiendes que me importan un bledo cuáles sean tus sentimientos en ese asunto? —replica Zahra—. Esto ocurre para que tu estupidez no distraiga al país entero de la campaña de reelección de tu madre. ¿Quieres que el año que viene tenga que subir al podio del debate y explicarle al mundo por qué su hijo intenta desestabilizar las relaciones entre Europa y América?

Bueno, no, Alex no desea eso. Y en el fondo sabe que es mejor estratega

de lo que ha sido en esto, y que, de no existir este estúpido rencor, seguramente ese plan se le habría ocurrido a él mismo.

—Así que ahora —prosigue Zahra— tu mejor amigo es Henry. Sonreirás y no cabrearás a nadie mientras pasas el fin de semana con él apareciendo en actos benéficos y hablando con la prensa de lo mucho que a cada uno le encanta la compañía del otro. Si alguien te pregunta por Henry, quiero oírte hablar de él con el mismo entusiasmo que si fuera tu acompañante para el baile del instituto.

Seguidamente le entrega varias listas de puntos a tratar y varias tablas de datos, tan organizadas que podría haberlas elaborado él. Todas bajo el epígrafe de: DATOS SOBRE SU ALTEZA REAL EL PRÍNCIPE HENRY.

—Vas a memorizar todo esto, para que si alguien intenta pillarte en una mentira, sepas qué decir —le explica.

En el apartado de «AFICIONES», se incluyen el polo y las regatas. Alex está que echa humo.

—¿A él también le van a entregar una lista de mis aficiones? —pregunta con gesto de impotencia.

—Sí. Y, para que conste, mientras la redactaba he vivido uno de los ratos más deprimentes de mi carrera.

Le pasa otro papel, en el que se detallan las actividades requeridas para el fin de semana:

> Mínimo dos (2) publicaciones diarias en las redes sociales en las que se hable de Inglaterra o de la visita a dicho país.
>
> Una (1) entrevista en directo con *ITV This Morning*, de cinco (5) minutos de duración, sobre el contenido acordado.
>
> Dos (2) apariciones conjuntas en presencia de fotógrafos: una (1) reunión privada y una (1) aparición pública en un acto benéfico.

—¿Por qué tengo que ir yo allá? Fue él quien me empujó contra la tarta, ¿no debería ser él quien viniera aquí y saliera conmigo en el programa *Saturday Night Live* o donde fuera?

—Porque lo que echaste a perder fue la boda real, y son ellos los que han perdido setenta y cinco de los grandes —razona Zahra—. Además, estamos organizando que dentro de unos meses podamos contar con su

presencia en una cena oficial. Henry no está más ilusionado que tú con todo esto.

Alex se pellizca el puente de la nariz, donde ya está empezando a brotar un dolor de cabeza a consecuencia del estrés.

—Tengo clase.

—Estarás de vuelta el domingo por la noche, hora de Washington —replica Zahra—. No te perderás nada.

—¿De modo que no tengo forma de escaquearme de esto?

—No.

Alex aprieta los labios. Necesita una lista.

Cuando era pequeño y vivían en la casa de Austin, escondía montones de hojas de papel llenas de cosas escritas por él con letra vacilante bajo el gastado cojín de tela vaquera del asiento de la ventana. Profundas diatribas sobre el papel desempeñado por el gobierno del país, con todas las G invertidas, párrafos traducidos del inglés al español, tablas de los puntos fuertes y débiles de sus compañeros de colegio. Y listas. Montones de listas. Las listas ayudan mucho.

Así pues, hay razones que explican que esto es buena idea.

Una: su madre necesita que la prensa la favorezca.

Dos: tener un mal currículum en las relaciones con el extranjero decididamente no va a ayudarlo a él en su carrera.

Tres: un viaje gratis a Europa.

—Está bien —dice al tiempo que coge la carpeta—. Lo haré. Pero no voy a divertirme nada.

—Dios, espero que no.

El Trío de la Casa Blanca es, oficialmente, el sobrenombre que reciben Alex, June y Nora, acuñado por *People* poco antes de la jura de cargo. Lo cierto es que fue cuidadosamente puesto a prueba con grupos de muestreo por el equipo de prensa de la Casa Blanca y entregado directamente a *People*. La política es calculadora, incluso en los *hashtags*.

Antes de los Claremont, los Kennedy y los Clinton protegían de la prensa a sus primeros retoños, les concedían intimidad para que pudieran

atravesar etapas difíciles y experiencias orgánicas de la infancia y todo lo demás. Sasha y Malia fueron acosados y desacreditados por la prensa antes de terminar el instituto. El Trío de la Casa Blanca se adelantó a fabricar la narrativa antes de que nadie pudiera hacer lo mismo.

Era un plan nuevo y audaz: tres *millennials* atractivos, inteligentes, carismáticos y vendibles. Alex y Nora técnicamente han superado el umbral de la Generación Z, pero para la prensa eso no tiene el mismo gancho. Tener gancho vende, ser guay vende. Obama era guay. Toda la Primera Familia podría serlo también, dado que son famosos por derecho propio. «No es lo ideal», dice siempre su madre, «pero funciona».

Forman el Trío de la Casa Blanca, pero claro, en la sala de música de la tercera planta de la Residencia son simplemente Alex, June y Nora, inseparables los tres desde que eran unos adolescentes que frenaban su crecimiento con café *espresso* en las primarias. Alex es el que empuja; June es la que estabiliza; Nora es la que mantiene la honestidad.

Se acomodan en sus lugares habituales: June, subida en sus tacones junto a la colección de discos, hurgando a ver si encuentra alguno de Patsy Cline; Nora, sentada en el suelo cruzada de piernas, descorchando una botella de vino tinto; Alex, tumbado en el sofá boca abajo y con los pies subidos en el respaldo, intentando averiguar qué va a hacer a continuación.

Da vuelta a la hoja de datos del príncipe Henry y la estudia con los ojos entornados. Nota cómo le baja la sangre a la cabeza.

June y Nora no le hacen caso, ensimismadas como están en una burbuja particular que él nunca consigue penetrar. La relación que hay entre ellas es enorme e incomprensible para la mayoría de las personas, incluido él mismo de vez en cuando. Conoce a las dos chicas a fondo, con todos sus defectos y sus virtudes, pero ellas dos comparten un extraño vínculo entre mujeres que él no puede, y sabe que no debe, dilucidar.

—¿No te estaba gustando el curro en el *Washington Post*? —dice Nora.

Con un ruido sordo, saca el corcho de la botella de vino y bebe directamente del gollete.

—Sí —contesta June—, o sea, me gusta. Pero no es un curro tan chulo. A ver, es una página de opinión al mes, y la mitad de las cosas que subo me las recortan porque son demasiado afines a la plataforma de mamá, y, aun

así, el equipo de prensa tiene que leer todo lo que tenga que ver con política antes de que yo se lo entregue para publicar. Así que les mando por correo electrónico unos textos de relleno sabiendo que al otro lado de la pantalla la gente está haciendo el periodismo más importante de su carrera y me conformo con eso.

—Entonces... no te gusta.

June deja escapar un suspiro. Encuentra el disco que estaba buscando y lo saca de la funda.

—Lo que pasa es que no sé qué otra cosa hacer.

—¿No te asignarían una sección del periódico? —le pregunta Nora.

—¿Estás de broma? Ni siquiera me permitirían entrar en el edificio —replica June. Pone el disco y ajusta la aguja—. ¿Qué dirían Reilly y Rebecca?

Nora echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Mis padres dirían que hicieras lo que hicieron ellos: mandar a la mierda el periodismo y concentrarse en las cosas esenciales, comprarse una cabaña en Vermont, en plena naturaleza, y convertirse en propietarios de seiscientos chalecos de L. L. Bean que huelen a pachuli.

—Te has olvidado de que en los años noventa invirtieron en Apple y se hicieron súper ricos —le recuerda June.

—Minucias.

June se acerca a Nora y le apoya una mano en la cabeza, entre la masa de rizos, y acto seguido se inclina y deposita un beso en sus propios dedos.

—Ya se me ocurrirá algo.

Nora le pasa la botella y June bebe un trago. Alex lanza un suspiro con gesto teatral.

—Me cuesta creer que tenga que aprenderme esta basura —comenta—. Acabo de terminar los exámenes trimestrales.

—Mira, tú eres de los que se pelean con todo lo que se mueve —le dice June limpiándose la boca con el dorso de la mano, un gesto que solo hace en presencia de ellos dos—. Incluida la monarquía británica. Así que en realidad no me das ninguna lástima. Y, de todas formas, el príncipe Henry se mostró perfectamente educado cuando bailó conmigo. No entiendo por qué lo odias tanto.

—A mí me parece increíble —dice Nora—. ¿Dos enemigos obligados a hacer las paces para calmar las tensiones entre sus respectivos países? Ahí hay un toque totalmente shakespeariano.

—Lo único que tiene de shakesperiano es que posiblemente me matarán de una puñalada —dice Alex—. Este papel dice que el plato favorito de Henry es la empanada de cordero. De verdad que no se me ocurre una comida más aburrida. Es como una persona salida de un recortable.

El papel está lleno de cosas que Alex ya sabía, ya sea porque los dos príncipes acaparan las noticias o porque se ha leído la página de la Wikipedia relativa a Henry. Está enterado de quiénes son los padres de Henry, sabe que tiene dos hermanos mayores: Philip y Beatrice, que estudió Literatura Inglesa en Oxford y que toca el piano clásico. El resto es tan trivial que no se imagina que pueda salir a colación en una entrevista, pero de ningún modo va a arriesgarse a que Henry esté mejor preparado.

—Tengo una idea —dice Nora—: Vamos a jugar a beber.

—Ooh, sí —corea June—. ¿Nosotras bebemos un trago cada vez que Alex acierte una pregunta?

—¿Vais a beber cada vez que la respuesta os dé ganas de vomitar? —sugiere Alex.

—Un trago por cada respuesta correcta, dos tragos por un dato del príncipe Henry que sea legítimamente, objetivamente, horrible —propone Nora.

June ya ha sacado dos copas del armario, y se las entrega a Nora, la cual las llena de vino y se queda la botella para sí. Alex se baja del sofá para sentarse en el suelo con ellas.

—Muy bien —sigue diciendo Nora a la vez que le quita el papel de la mano a Alex—. Vamos a empezar por algo fácil: los padres. Adelante.

Alex coge su copa. Ya está haciéndose una imagen mental de los padres de Henry, de los ojos azules y astutos de Catherine y de la mandíbula de estrella de cine que posee Arthur.

—Madre: la princesa Catherine, hija mayor de la reina Mary, primera princesa que obtiene un doctorado, en Literatura Inglesa —recita—. Padre: Arthur Fox, actor inglés de cine y de teatro muy querido, famoso por haber interpretado el papel de James Bond en los ochenta, fallecido en 2015. Os

toca beber.

Así lo hacen, y a continuación Nora le pasa a lista a June.

—Vale —dice June repasando la lista. Al parecer, está buscando algo que sea más difícil—. A ver. ¿Cómo se llama el perro?

—David —responde Alex—. Es un beagle. Me acuerdo porque es de lo más raro. ¿Quién le pone a su perro un nombre como David? Suena a abogado fiscal. Bebed.

—Nombre, edad y ocupación de su mejor amigo —pide Nora—. Su mejor amigo aparte de ti, claro está.

Alex le saca un dedo con gesto de naturalidad.

—Percy Okonjo. Lo llaman Pez o Pezza. Heredero de Okonjo Industries, una empresa de Nigeria pionera en África en avances de biomedicina. Tiene veintidós años, vive en Londres y conoció a Henry en Eton. Dirige la Fundación Okonjo, humanitaria y sin ánimo de lucro. Bebed.

—¿Cuál es su libro favorito?

—Esto... —empieza Alex—. Hum. Mierda, ¿cómo se llamaba...?

—Lo siento, señor Claremont-Díaz, no es correcto —dice June—. Gracias por participar, pero ha perdido.

—Venga, ¿cuál es la respuesta?

June examina la lista.

—Aquí dice... *Grandes esperanzas*.

Nora y Alex lanzan un gruñido.

—¿Veis lo que quiero decir? —dice Alex—. Este tipo lee a Charles Dickens, por placer.

—Esta te la voy a conceder —dice Nora—. ¡Dos tragos!

—Bueno, yo diría que... —dice June mientras Nora bebe de su copa—. Chicos, ese libro está bastante bien. A ver, es un poco pretencioso, pero el tema de que trata *Grandes esperanzas* es que el amor es más importante que el estatus, y que obrar como es debido tiene más importancia que el dinero y que el poder. A lo mejor él piensa lo mismo y... —Alex suelta un fuerte bufido imitando un pedo—. ¡Sois unos gilipollas! ¡A Henry se le ve un tipo de lo más agradable!

—A ti te lo parece porque tú eres rarita y quieres proteger a los de tu

misma especie. Es tu instinto natural.

—Te estoy ayudando con esto porque tengo buen corazón —replica June—. Justo ahora tengo que entregar mi columna.

—Oye, ¿qué creéis que habrá puesto Zahra en la hoja de datos sobre mí?

—Hum... —contesta Nora escéptica—. Deporte favorito de las olimpiadas de verano: gimnasia rítmica.

—Eso no me avergüenza en absoluto.

—Marca de pantalones caqui favorita: Gap.

—Pues mira, los pantalones de esa marca me hacen un trasero estupendo. Los de J. Crew me hacen arrugas y cosas raras. Y esos no son caquis, sino chinos. Los caquis son para los blancos.

—Alergias: al polvo, al detergente para la ropa Tidy y a callarse la puta boca.

—Edad del primer acto obstruccionista: nueve años, en el SeaWorld de San Antonio, cuando intentó obligar al cuidador de una orca a pedir la jubilación anticipada por, y cito textualmente, «prácticas inhumanas con las ballenas».

—Lo sostuve en aquel momento y lo sostengo ahora.

June echa la cabeza atrás y lanza una carcajada, escandalosa y sin reprimirse, y Nora pone los ojos en blanco. Alex se alegra de que, por lo menos, podrá regresar a estos momentos cuando haya terminado la pesadilla.

Alex espera que el mayordomo que se ocupa de los asuntos de Henry sea un adusto inglés sacado de los libros de cuentos, vestido con frac y sombrero de copa, que probablemente luzca un bigote de morsa y que desde luego se apresure a poner un escabel forrado de terciopelo ante la puerta del carruaje del príncipe.

Pero la persona que lo está esperando a él y a su equipo de seguridad no responde en absoluto a esa imagen. Es un individuo de origen indio vestido con un impecable traje hecho a medida, guapo como un canalla y con una barbita recortada, que los recibe sosteniendo una taza de té en la mano y

luciendo una banderita británica en la solapa. Vale, pues muy bien.

—Agente Chen —se presenta tendiéndole la mano a Amy—. Espero que hayan tenido un vuelo agradable.

Amy asiente con la cabeza.

—Tan agradable como lo puede ser el tercer vuelo trasatlántico en una semana.

El otro sonríe con gesto de solidaridad.

—El Land Rover está a disposición de ustedes y de su equipo mientras dure la visita.

Amy afirma otra vez, le suelta la mano al indio y este a continuación se dirige a Alex.

—Señor Claremont-Díaz —le dice—, bienvenido de nuevo a Inglaterra. Soy Shaan Srivastava, caballerizo mayor del príncipe Henry.

Alex le acepta la mano y se la estrecha, un poco con la sensación de estar en una de las películas de James Bond en las que trabajó el padre de Henry. A su espalda, un asistente está descargando su equipaje para llevarlo hacia un elegante Aston Martin.

—Encantado de conocerlo, Shaan. Esta no es exactamente la forma en que esperábamos pasar el fin de semana, ¿verdad?

—No me siento tan sorprendido por este giro de los acontecimientos como me gustaría, señor —responde Shaan en un tono de voz inexpresivo y con una sonrisa inescrutable.

Se saca una pequeña tableta de la chaqueta y da media vuelta para dirigirse al automóvil que los está aguardando. Alex lo mira unos instantes, sin saber qué decir, pero rápidamente se niega a dejarse impresionar por un hombre adulto cuyo trabajo consiste en llevar la agenda del príncipe, por muy frío que sea o por muy tranquilos y elegantes que sean sus andares. Menea la cabeza en un leve gesto negativo y se apresura a seguirlo.

Se acomoda en el asiento trasero mientras Shaan ajusta los espejos.

—Bien —dice Shaan—. Se alojarán ustedes en el pabellón de invitados del palacio de Kensington. Mañana a las nueve harán la entrevista para *This Morning*, hemos organizado una sesión de fotos en el estudio. Después de comer tienen un acto con niños enfermos de cáncer, y después de eso dispondrán de tiempo libre.

—Muy bien —responde Alex.

Con mucha educación, se abstiene de añadir: «Podría ser peor».

—Por el momento —dice Shaan—, deberán acompañarme a recoger al príncipe en los establos. Se encuentra allí uno de nuestros fotógrafos para fotografiar al príncipe dándoles la bienvenida al país, de modo que procuren dar la impresión de que se alegran de estar aquí.

Como es natural, hay unos establos a los que es necesario acudir para recoger al príncipe. Por un momento le había preocupado la posibilidad de estar equivocado respecto de cómo iba a ser este fin de semana, pero ahora ve que no.

—Si tiene la amabilidad de mirar en el bolsillo que tiene delante —le instruye Shaan volviendo la cabeza—, dentro hay unos papeles que debe usted firmar. Sus abogados ya han dado el visto bueno.

Y le pasa una estilográfica negra de aspecto carísimo.

ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD, pone en la cabecera de la primera página. Alex lo hojea hasta llegar al final, hay por lo menos quince páginas de texto, y no puede evitar lanzar un suave silbido.

—¿Esto... —pregunta— es algo que ustedes hacen frecuentemente?

—Es el protocolo estándar —responde Shaan—. La reputación de la familia real es demasiado valiosa para ponerla en peligro.

> La expresión «información confidencial» en el presente Acuerdo incluirá lo siguiente:
>
> 1. Toda información que su Alteza Real el Príncipe Henry o cualquier miembro de la Familia Real designe para el invitado como «información confidencial».
> 2. Toda información propietaria y financiera relativa a la riqueza y el patrimonio personal de su Alteza Real el Príncipe Henry.
> 3. Todos los detalles de la arquitectura interior de las residencias reales, como el palacio de Buckingham, el palacio de Kensington, etc., así como los efectos personales que se encuentren dentro de ellas.
> 4. Toda información relativa o que tenga que ver con la vida personal o privada de su Alteza Real el Príncipe Henry que no se haya divulgado previamente en documentos oficiales de la Casa Real, discursos o biografías autorizadas, incluida toda relación personal o privada que el invitado pueda haber tenido con su Alteza Real el Príncipe Henry.
> 5. Toda información que se encuentre en los dispositivos electrónicos personales de su Alteza Real el Príncipe Henry...

Esto parece... excesivo, como el papeleo que te hace firmar un millonario pervertido que desea cazarte por deporte. Se pregunta qué puede tener que

esconder el personaje público más aburridamente íntegro del planeta. Espera que no sea la caza de personas.

No obstante, para Alex los acuerdos de confidencialidad no constituyen ninguna novedad, así que lo firma y pone sus iniciales. Tampoco tiene la intención de divulgar los aburridos detalles de este viaje, excepto tal vez con June y Nora.

Al cabo de otros quince minutos, seguidos de cerca por el equipo de seguridad, llegan a los establos. Los establos reales, naturalmente, son de lo más sofisticado, están cuidadísimos y se encuentran a años luz de los viejos ranchos que ha visto él en el extremo norte de Texas. Shaan lo lleva hasta el borde de la pista, y diez pasos más atrás se reagrupan Amy y su equipo.

Alex apoya los codos en la valla pintada de blanco intentando superar la absurda sensación de que no está vestido adecuadamente para esto. Si fuera cualquier otro día, su pantalón chino y su camisa resultarían perfectos para una sesión informal de fotos, pero, por primera vez en mucho tiempo, se siente claramente fuera de su elemento. ¿Llevará el pelo revuelto tras bajarse del avión?

Tampoco es que Henry vaya a lucir un aspecto perfecto tras haber jugado al polo. Seguramente estará sudoroso y asqueroso.

Como si esto hubiera sido una señal, Henry aparece galopando por el recodo, a lomos de un caballo de un blanco inmaculado.

Decididamente, no se le ve ni sudoroso ni asqueroso. En vez de eso, aparece bañado de forma espectacular por el resplandor del sol de tarde. Va vestido con una impecable americana negra y unos pantalones de montar metidos por dentro de unas botas de caña alta, y es la viva imagen del príncipe de los cuentos de hadas. Cuando se desabrocha el casco y se lo quita con una mano enguantada, deja ver un cabello despeinado de un modo muy atractivo que parece totalmente natural.

—Voy a vomitarte encima —le dice Alex cuando lo tiene lo bastante cerca como para que lo oiga.

—Hola, Alex —saluda Henry. Alex está verdaderamente resentido por los muchos centímetros que le saca el príncipe en estos momentos—. Te veo muy... sobrio.

—Solo para vos, Alteza Real —replica Alex ejecutando una complicada

reverencia a modo de parodia.

Le agrada percibir esa pulla en el tono de voz de Henry, quien finalmente ha dejado de fingir.

—Eres demasiado amable.

Henry pasa una larga pierna por encima del caballo y desmonta con elegancia, a continuación, se quita el guante y le tiende la mano a Alex. Al instante acude un mozo de cuadras muy bien vestido, como si hubiera brotado del suelo, para agarrar las riendas del caballo y llevárselo. Alex seguramente jamás en su vida ha experimentado tanto odio.

—Esto es una idiotez —masculla al tiempo que le estrecha la mano a Henry.

El príncipe tiene la piel suave, probablemente cuenta con un experto en manicura que se la exfolia e hidrata a diario. Justo al otro lado de la valla hay un fotógrafo de la Familia Real, así que dibuja una sonrisa ganadora y dice entre dientes:

—Acabemos de una vez.

—Yo preferiría que me torturasen —responde Henry sonriendo también. Se oye el disparador de la cámara. Tiene unos ojos grandes, suaves y azules, y está pidiendo a gritos que alguien le arree un puñetazo en uno de ellos—. Seguro que tu país podría organizarlo.

Alex echa la cabeza atrás y lanza una carcajada, sonora y falsa.

—Que te follen.

—No tengo tiempo —replica Henry.

Suelta la mano de Alex cuando ve que vuelve Shaan.

—Alteza. —Shaan saluda al príncipe con una inclinación de cabeza. Alex se concentra y hace un esfuerzo para no poner los ojos en blanco—. El fotógrafo ya tiene el material necesario, por lo tanto, si está usted preparado, el coche lo espera.

Henry se vuelve hacia él y sonríe de nuevo con una expresión impenetrable en los ojos.

—Vamos, pues.

El pabellón de invitados del palacio de Kensington tiene algo que le resulta

vagamente familiar, a pesar de que no ha estado nunca en él. Shaan ha ordenado a un asistente que lo acompañe hasta su habitación, donde ya lo estaba esperando su equipaje encima de una sofisticada cama cubierta por una colcha tejida con hilo dorado. Muchas de las habitaciones de la Casa Blanca poseen ese mismo aire de casa encantada, de la historia que flota en ellas como si estuvieran cubiertas de telarañas, por más limpias que estén. Alex está acostumbrado a dormir acompañado de fantasmas, pero esto no es lo mismo.

Esto le hace rememorar una época más antigua, aproximadamente cuando se separaron sus padres. Formaban el típico matrimonio de abogados que apenas podían hacer un pedido de comida china sin estar sujetos a algún documento jurídico, así que él pasó el verano de sexto curso yendo y viniendo de su casa al nuevo chalet que tenía su padre a las afueras de Los Ángeles, hasta que ambos lograron firmar un acuerdo a largo plazo.

Se trataba de una bonita casa en el valle, dotada de una piscina de agua azul y transparente y de una pared trasera entera de cristal. Allí nunca durmió bien. En mitad de la noche salía a hurtadillas de su improvisado dormitorio para birlar helado del frigorífico de su padre y se lo comía en la cocina, de pie y descalzo, directamente del envase, iluminado por el resplandor azul procedente de la piscina.

Así es como se siente ahora en este lugar, sin saber por qué: desvelado en mitad de la noche en un entorno desconocido, obligado por el deber de hacer que funcione.

Entra en la cocina adosada al ala del pabellón que le corresponde, un espacio de techos muy altos y brillantes encimeras de mármol. Le han permitido presentar una lista de la compra para aprovisionar la cocina, pero por lo visto ha sido demasiado difícil encontrar helados de la marca que él ha solicitado con tan poca antelación, de modo que los únicos helados que hay dentro del frigorífico son cucuruchos de una marca inglesa.

—¿Qué tal todo? —dice la voz de Nora con un deje metálico a través del altavoz del teléfono.

En la pantalla aparece con el pelo recogido y toqueteando una de las varias docenas de plantas que tiene en la ventana.

—Raro —contesta Alex subiéndose las gafas—. Todo parece un museo.

Pero no creo que me permitan enseñártelo.

—Ooh —exclama Nora agitando las cejas—. Cuánto secreto. Cuánto glamur.

—Por favor. Como mucho, da escalofríos. He tenido que firmar un acuerdo de confidencialidad tan gordísimo, que estoy convencido de que de un momento a otro voy a caerme por una trampilla directamente a una celda de tortura.

—Seguro que es porque el príncipe tiene un hijo secreto —aventura Nora—. O porque es gay. O porque tiene un hijo secreto que es gay.

—Será más bien por si acaso veo a su caballerizo poniéndole las pilas —comenta Alex—. Sea como sea, esto es muy aburrido. ¿Y tú qué me cuentas? En estos momentos tu vida es mucho mejor que la mía.

—Pues... Nate Silver no para de llamarme para que escriba otra columna. He comprado cortinas nuevas. Y he reducido la lista de áreas de especialización del máster a Estadística o a Proceso de Datos.

—Dime que hay las dos cosas en la George Washington —dice Alex al tiempo que da un saltito para subirse a una de las inmaculadas encimeras y deja los pies en el aire—. No puedes dejarme en Washington para volverte al MIT.

—Aún no lo he decidido, pero, cosa sorprendente, mi decisión no va a depender de ti. ¿Recuerdas que a veces comentamos que hay cosas que no giran en torno a tu persona?

—Ya, bueno. ¿De modo que el plan consiste en destronar a Nate Silver de su puesto de emperador de los datos en Washington?

Nora suelta una risita.

—No, lo que voy a hacer es compilar y procesar en secreto datos suficientes para saber con exactitud lo que va a suceder en los próximos veinticinco años. Después voy a comprarme una casa en lo alto de una montaña muy alta que haya junto a la ciudad y a convertirme en una ermitaña excéntrica. Me sentaré en el porche y veré con prismáticos todo lo que ocurre a mis pies.

Alex va a contestar con una carcajada, pero se interrumpe al oír un ruido amortiguado en el pasillo. Pisadas de alguien que se acerca. La princesa Beatrice vive en una sección distinta del palacio, y Henry también.

En cambio, los guardaespaldas y su propio equipo de seguridad duermen en su misma planta, así que tal vez...

—Un momento —dice tapando el altavoz con la mano.

De pronto en el pasillo se enciende una luz, y la persona que entra en la cocina no es otra que el príncipe Henry.

Viene desaliñado y medio dormido, bostezando con los hombros caídos. Está de pie frente a él, vestido no con un traje sino con una camiseta gris y un pantalón de pijama a cuadros escoceses. Lleva puestos unos tapones en los oídos y el pelo muy revuelto. Y está descalzo.

Parece, de manera alarmante, un ser humano.

Se queda de piedra cuando descubre a Alex subido a la encimera. Alex le devuelve la misma expresión. Desde el teléfono que sostiene en la mano, Nora empieza a decir con voz amortiguada: «Ese es...», pero enseguida Alex lo desconecta.

Henry se quita los tapones de los oídos. Ha enderezado un poco la postura, pero su gesto sigue siendo amodorrado y confuso.

—Hola —dice con voz ronca—. Perdón. Esto... Solo quería... unos Cornettos.

Señala con ademán impreciso hacia el frigorífico, como si hubiera dicho algo inteligible.

—¿Cómo?

Va hasta el frigorífico y saca la caja de cucuruchos de helado para mostrarle a Alex el nombre «Cornetto» que figura en ella.

—Los míos se me han acabado, y sabía que a ti te habían traído más.

—¿Sueles atracar la cocina de todos tus invitados?

—Solo cuando no puedo dormir —responde Henry—, que es siempre. No creí que fueras a estar despierto.

Mira a su invitado, sin hacer nada, hasta que Alex cae en la cuenta de que está esperando a que él le dé permiso para abrir la caja y coger un cucurucho. Se le pasa por la cabeza decirle que no, solo por el placer de negarle algo a un príncipe, pero se siente un poco intrigado. Él también suele dormir mal. Así que hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Aguarda a que Henry coja un Cornetto y se vaya, pero Henry, en vez de eso, levanta la vista hacia él.

—¿Has ensayado lo que vas a decir mañana?

—Sí —responde Alex, y se eriza al instante. Este es el motivo por el que Henry nunca ha tenido nada que despierte su curiosidad—. Tú no eres el único profesional.

—No era mi intención... —Henry se interrumpe—. Lo que he querido decir es que a lo mejor deberíamos ensayar.

—¿Tú lo necesitas?

—He pensado que podría venirnos bien.

Claro que lo piensa. Seguro que todo lo que ha hecho en público ha sido previamente ensayado en dependencias asfixiantes como esta.

Se baja de la encimera y pasa un dedo por el teléfono para desbloquearlo.

—Observa.

Pone en la pantalla una foto: la caja de Cornettos descansando sobre la encimera, la mano de Henry apoyada al lado, en el mármol, dejando ver el grueso anillo de sello y un fragmento del pijama. Abre Instagram y añade un filtro.

—Para curar el desfase horario... —recita Alex en tono monocorde al tiempo que teclea un pie de foto— no hay nada mejor que tomarse un helado en mitad de la noche en compañía del @PríncipeHenry. Ubicación: palacio de Kensington, enviar. —Le muestra el teléfono a Henry para que lo vea, y al instante empiezan a llover los «Me gusta» y los comentarios—. Hay muchísimas cosas por las que merece la pena obsesionarse, créeme. Pero esta no es una de ellas.

Henry lo mira con el ceño fruncido.

—Supongo —dice con cara de no estar muy seguro.

—¿Has terminado? —pregunta Alex—. Estaba hablando por teléfono.

Henry parpadea y después cruza los brazos sobre el pecho, otra vez a la defensiva.

—Por supuesto, no quisiera interrumpirte.

Antes de salir de la cocina, se detiene un momento en la puerta a reflexionar.

—No sabía que usaras gafas —dice por fin.

Alex se queda de pie en la cocina, a solas, con la caja de Cornettos

sudando en la encimera.

El trayecto hasta el estudio para realizar la entrevista está lleno de baches, pero gracias a Dios dura poco. Seguramente debería echarle la culpa del mareo en parte a su nerviosismo, pero prefiere achacarlo al horrible mejunje para untar que le han servido en el desayuno: ¿qué país de mierda desayuna tostadas de pan blanco untadas con alubias insípidas? No sabe qué parte suya se siente más ofendida, si la mexicana o la texana. A su lado va sentado Henry, rodeado por una nube de asistentes y estilistas. Uno le está arreglando el cabello con un peine de púas finas. Otro, armado con una libreta, va recitándole los puntos a tratar. Otro le está enderezando el cuello de la camisa. Shaan, que va en el asiento del pasajero, extrae una píldora amarilla de un frasco y se la pasa a Henry, que se la mete en la boca y se la traga en seco. Alex decide que ni quiere ni necesita saber qué contenía.

La comitiva se detiene delante del estudio, y nada más abrirse la puerta aparece la prometida hilera de fotógrafos y los forofos de la Familia Real contenidos detrás de una barricada. El príncipe se vuelve y lo mira con una sonrisa tensa en la boca y en los ojos.

—Primero se apea el príncipe, y después usted —le dice Shaan a Alex inclinándose hacia delante y tocándose el auricular que lleva en la oreja.

Alex respira hondo dos veces, y acto seguido saca su sonrisa de mil megavatios, el típico encanto americano.

—Adelante, Alteza Real —le dice a Henry con un guiño al tiempo que se pone las gafas de sol—. Vuestros súbditos os aguardan.

Henry carraspea, desdobla el cuerpo y sale del coche saludando con ademán simpático a la muchedumbre. Las cámaras se disparan, los fotógrafos vocean. Una joven de pelo azul que hay entre el gentío levanta en alto un cartel hecho a mano que dice en letras grandes: «¡TÓMAME, PRÍNCIPE HENRY!» y consigue mantenerlo durante unos cinco segundos hasta que un miembro del equipo de seguridad se lo quita y lo arroja a un cubo de basura.

A continuación, se apea Alex, se sitúa con paso inseguro al lado de Henry y le pasa un brazo por los hombros.

—Haz como si yo te cayera bien —exclama Alex en tono jovial. Henry lo mira como si estuviera intentando decidir entre un millón de frases posibles, pero luego inclina la cabeza hacia un lado, lanza una carcajada bien ensayada y lo rodea también con un brazo—. Eso es.

Los presentadores de *This Morning* son dolorosamente británicos: una mujer de mediana edad que se llama Dottie y lleva un vestido de flores y un hombre llamado Stu que tiene cara de pasar los fines de semana gritándoles a los ratones de su jardín. Alex observa las presentaciones fuera de cámara mientras una maquilladora le disimula un granito que le ha salido en la frente. «Esto está sucediendo de verdad». Procura ignorar a Henry, que está pocos metros más allá, a su izquierda, recibiendo los últimos retoques de un estilista. Es la última oportunidad que va a tener para ignorarlo durante el resto del día.

Henry no tarda en salir al plató, seguido de cerca por Alex. Alex estrecha primero la mano de Dottie, acompañando el gesto con una sonrisa diplomática, la que le sirve para conseguir que muchas mujeres congresistas y bastantes hombres accedan a decirle cosas que deberían callar. Ella corresponde con una risita y le da un beso en la mejilla. El público aplaude a rabiar.

Henry toma asiento en el sofá que han preparado, en una postura perfecta, y Alex le sonríe para mostrar que se siente cómodo en su compañía. Lo cual resulta más difícil de lo que debería, porque las luces del escenario de pronto le hacen tomar conciencia de la imagen tan fresca y atractiva que ofrece Henry a las cámaras. Lleva una camisa y un jersey azul por encima, y tiene el pelo suave.

Vale, de acuerdo. Henry es irritantemente guapo. Eso siempre ha sido un hecho incontestable. De acuerdo.

Casi demasiado tarde se percata de que Dottie le está haciendo una pregunta.

—Alex, entonces, ¿qué opina usted de la vieja Inglaterra? —Está claro que lo está aguijoneando un poco.

Alex se esfuerza en sonreír.

—Pues verá, Dottie, es magnífica —responde—. Desde que mi madre fue reelegida he venido varias veces, y siempre me resulta increíble ver toda

la historia que hay aquí, por no mencionar el surtido de cervezas. —El público ríe apropiadamente, y Alex relaja un poco los hombros—. Y, naturalmente, siempre es estupendo ver al príncipe.

Se vuelve hacia Henry y extiende la mano cerrada en un puño. Henry duda un instante, pero luego, con gesto un poco rígido, choca su puño contra el de Alex con la pesadumbre de un acto de traición.

El único motivo por el que Alex quiere entrar en la política, sabiendo que tantos hijos de presidentes han salido huyendo nada más cumplir los dieciocho años, es que se preocupa de verdad por la gente.

El poder es algo estupendo, la atención resulta divertida, pero la gente... La gente lo es todo. Tiene el problema de preocuparse un poco demasiado por muchas cosas, entre ellas que la gente pueda pagar los gastos médicos, o que pueda casarse con la persona a la que ame, o que no le peguen un tiro en el colegio. O, en este caso, que los niños enfermos de cáncer tengan suficientes libros para leer en la Fundación Royal Marsden de la Seguridad Social.

Henry y él, junto con su séquito de seguridad, han acaparado todo el espacio provocando un revuelo entre las enfermeras y estrechando la mano a todo el mundo. Está haciendo un esfuerzo, un verdadero esfuerzo, para no permitir que las manos se le cierren en dos puños a los costados, en cambio Henry sonríe robóticamente, para el objetivo de un fotógrafo, al lado de un niño sin pelo que está conectado a un montón de cables, y le están entrando ganas de gritarle a este estúpido país.

Pero está obligado por contrato a estar aquí, de modo que decide concentrarse en los niños. La mayoría de ellos no tienen ni idea de quién es él, pero Henry, con el mejor de los ánimos, lo presenta como el hijo de la presidenta, y los pequeños no tardan en preguntarle por la Casa Blanca y si conoce a Ariana Grande, y él ríe y los consiente. A continuación, saca los libros de las cajas que han traído, se sienta en una cama y empieza a leer, seguido de cerca por un fotógrafo.

No se da cuenta de que ha perdido de vista a Henry hasta que el paciente que está con él se queda dormido, y en ese momento reconoce el

tono grave de la voz del príncipe al otro lado de la cortina.

Un recuento rápido de las pisadas... No hay fotógrafos; está únicamente Henry. Hum.

Sin hacer ruido, se acerca a la silla apoyada contra la pared, junto a la cortina. Si se sienta con el ángulo adecuado y echa la cabeza hacia atrás, alcanzará justo a verlo.

Henry está hablando con una niña enferma de leucemia que se llama Claudette, según dice el tablero de la pared. Tiene una piel oscura que se ha vuelto de un tono gris claro y lleva en la cabeza un pañuelo de un vivo color anaranjado que luce el emblema de la Alianza Rebelde de *La guerra de las galaxias*. En vez de permanecer de pie en una postura forzada, como esperaba él, Henry está de rodillas al lado de la pequeña, sonriendo y sosteniéndole la mano.

—¿Así que eres una fan de *La guerra de las galaxias*? —pregunta empleando un tono de voz suave y cálido que Alex no le ha oído nunca, y señalando el emblema que luce la pequeña en el pañuelo.

—Sí, es mi saga favorita —exclama Claudette con fervor—. Cuando sea mayor me gustaría ser como la princesa Leia, porque es muy dura, y muy inteligente, y muy fuerte, y consigue besar a Han Solo.

Se ruboriza un poco por haber mencionado lo del beso delante del príncipe, pero mantiene valerosamente el contacto visual. Alex retuerce un poco más el cuello para ver cómo reacciona Henry; claramente, no recuerda que en la lista de aficiones figurase *La guerra de las galaxias*.

—¿Sabes una cosa? —dice Henry inclinándose hacia la niña con gesto de complicidad—, opino que has tenido una idea genial.

Claudette emite una risita.

—¿Y quién es tu preferido?

—Hum... —Henry hace como que está reflexionando intensamente—. A mí siempre me ha gustado Luke. Es bueno y valiente, y es el *jedi* más fuerte de todos. Yo creo que Luke es la demostración de que no importa de dónde provenga uno ni quién sea su familia, porque uno siempre puede ser algo grande si es fiel a sí mismo.

—¡Muy bien, señorita Claudette! —exclama una enfermera al tiempo que irrumpe por un lado de la cortina.

Henry sufre un sobresalto y Alex casi se cae de la silla, sorprendido con las manos en la masa. Carraspea y se pone de pie apartando la mirada de Henry intencionadamente.

—Ya pueden marcharse, es la hora de que Claudette tome la medicación.

—¡Señorita Beth, Henry me ha dicho que ahora somos amigos! —dice Claudette prácticamente chillando—. ¡Así que puede quedarse!

—¡Discúlpate! —la reprende la enfermera—. Esas no son formas de dirigirse al príncipe. Lo siento muchísimo, Alteza.

—No hay necesidad de disculparse —le contesta Henry—. Los comandantes rebeldes están por encima de la realeza.

Le guiña un ojo a Claudette y ejecuta un saludo, y la pequeña se derrite literalmente.

—Estoy impresionado —dice Alex cuando salen juntos al pasillo. Henry enarca una ceja, y Alex agrega—: Bueno, impresionado no, solo sorprendido.

—¿De qué?

—De que de hecho tengas... ya sabes, sentimientos.

Henry va a contestar con una sonrisa, cuando de repente suceden tres cosas rápidamente, una detrás de otra. La primera: alguien grita algo en el otro extremo del pasillo. La segunda: se oye un fuerte estampido que se parece, de forma alarmante, al disparo de un arma de fuego. La tercera: Cash agarra a Henry y a Alex por los brazos y los empuja hacia la puerta que tienen más cerca.

—No se levanten —ruge Cash al tiempo que los deja solos y cierra la puerta.

En la súbita oscuridad, Alex tropieza con una mopa y una de las piernas de Henry, y ambos se precipitan juntos contra una pila de bacinillas de aluminio. El primero que choca contra el suelo es Henry, de bruces, y seguidamente Alex aterriza encima de él.

—Joder —exclama Henry con voz amortiguada y con un ligero eco.

Alex abriga la esperanza de que sea porque tenga la cara dentro de una bacinilla.

—¿Sabes? —le dice pegado a su cabeza—. Tenemos que dejar de

acabar siempre en esta postura.

—¿Te importa levantarte?

—¡Esto es culpa tuya!

—¿Cómo diablos va a ser culpa mía? —sisea Henry.

—A mí nadie intenta pegarme un tiro cuando hago apariciones en público, pero en cuanto me dejo ver en compañía de un maldito miembro de la realeza...

—¿Quieres hacer el favor de callarte? Vas a conseguir que nos maten a los dos.

—No va a matarnos nadie. Cash está bloqueando la puerta. Y, además, lo más probable es que no haya sido nada.

—Pues por lo menos quítate de encima.

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! ¡No soy súbdito tuyo!

—Maldita sea —murmura Henry, y a continuación hace fuerza contra el suelo y se da la vuelta, con lo que Alex cae hacia un lado y termina encajado entre el cuerpo de Henry y una balda llena de productos que huelen a limpiasuelos de graduación industrial.

—¿Os importaría haceros a un lado, Alteza? —susurra Alex empujando a Henry con el hombro—. Preferiría no hacer la cucharita.

—Créeme que lo estoy intentando —replica Henry—. Pero no hay espacio.

Fuera se oyen voces y pasos de gente que corre; no hay indicios de que ya esté todo despejado.

—Bueno —dice Alex—, supongo que más nos vale que nos pongamos cómodos.

Henry deja escapar un suspiro ahogado.

—Fantástico.

Alex nota que el príncipe cambia de postura y se tiende de costado y con los brazos cruzados sobre el pecho, en el intento de adoptar su típica posición cerrada aun estando tumbado en el suelo y con los pies metidos en un cubo de fregar.

—Y, para que conste —dice Henry—, a mí tampoco han intentado matarme nunca.

—Pues enhorabuena —responde Alex—. Ahora acabas de conseguirlo,

ya es oficial.

—Sí, así es exactamente como lo había soñado siempre. Encerrado en un armario de la limpieza con tu codo metido en mis costillas. —Habla como si tuviera ganas de darle un puñetazo a Alex, lo cual, probablemente, es lo que a Alex más le ha gustado de él, de modo que, obedeciendo un impulso, le clava el codo en el costado.

Henry lanza un quejido ahogado, y de repente Alex siente que Henry lo aferra de la camisa, lo arroja a un lado y se pone encima de él aprisionándolo con un muslo. Siente un fuerte dolor en la cabeza al golpeársela contra el suelo de linóleo, pero aun así acierta a esbozar una sonrisa.

—De modo que todavía te quedan fuerzas para pelear —dice.

Contrae los músculos de las caderas intentando zafarse de Henry, pero este es más alto y más fuerte, y lo tiene aferrado por el cuello de la camisa.

—¿Has terminado ya? —replica Henry con la voz entrecortada—. A lo mejor ahora podrías dejar de poner tu triste vida en peligro.

—Ah, o sea que te importo —contesta Alex—. Hoy estoy conociendo todas tus entretelas, cariño.

Henry suelta el aire y se aparta de él.

—Me cuesta creer que ni siquiera estando en peligro de muerte dejes de ser como eres.

Lo más raro de todo, piensa Alex, es que lo que acaba de decir Henry es verdad. No deja de vislumbrar aquí y allá cosas que jamás pensó que pudieran describir a Henry. Para empezar, es un poco peleón. Es inteligente, se interesa por los demás. Es algo que resulta claramente desconcertante. Él sabe exactamente qué decir a cada senador demócrata para que se pongan a hablar de proyectos de ley, sabe exactamente cuándo a Zahra se le están acabando los chicles de nicotina, sabe exactamente de qué forma mirar a Nora para que estalle un rumor. Su especialidad es interpretar a las personas. Ciertamente, no le gusta que un miembro de una monarquía endogámica cambie drásticamente su sistema, pero más bien disfrutaría de esa pelea.

Se queda ahí tendido, esperando. Escuchando el ruido de pisadas que se oye al otro lado de la puerta. Dejando pasar los minutos.

—Así que... —sondea— ¿*La guerra de las galaxias*?

Lo dice de manera improvisada, sin pretender sonar amenazante, pero la costumbre puede más y le sale un tono acusatorio.

—Sí, Alex —responde Henry con aire de superioridad—. Lo creas o no, los hijos de la Corona no solo pasamos la infancia asistiendo a fiestas.

—Yo suponía que os dedicabais más que nada a recibir clases de imagen personal y a jugar en la liga júnior de polo.

Henry, profundamente contrariado, calla durante unos instantes.

—Eso... puede que también.

—Así que te gusta la cultura popular, pero actúas como si no te gustase —le dice Alex—. Una de dos: o no te permiten hablar de esas cosas porque no son propias de la monarquía, o tú prefieres no hablar de ellas porque quieres que la gente crea que eres una persona culta. ¿Cuál de las dos es?

—¿Me estás psicoanalizando? —replica Henry—. No creo que los invitados de la realeza tengan permiso para hacer tal cosa.

—Intento entender por qué estás tan empeñado en actuar como la persona que no eres, teniendo en cuenta que a esa niña de ahí dentro le has dicho que la grandeza significa ser fiel a uno mismo.

—No sé de qué me estás hablando. Y si he hecho eso, no creo que sea asunto tuyo —contesta Henry con la voz forzada.

—¿Lo dices en serio? Porque estoy bastante seguro de que estoy obligado por contrato a fingir ser tu mejor amigo, y no sé si se te habrá ocurrido pensarlo, pero la cosa no va a acabar con este fin de semana. —En el brazo nota que Henry está tensando los dedos—. Si después de hacer esto no volvemos a vernos nunca, la gente pensará que todo ha sido un montaje. Ya estamos unidos el uno al otro, nos guste o no, así que tengo derecho a que saber de qué vas, antes de que me pille con el culo al aire.

—¿Por qué no empiezas tú... —propone Henry girando la cabeza para intentar verle la cara. Alex lo tiene tan cerca que solo alcanza a distinguir la silueta de la fuerte nariz monárquica de Henry— explicándome por qué exactamente me odias tanto?

—¿De verdad quieres que hablemos de eso?

—A lo mejor, sí.

Alex cruza los brazos, pero de pronto cae en la cuenta de que está

repitiendo el gesto de Henry, y los descruza.

—¿De verdad no te acuerdas de lo mal que te portaste conmigo en las Olimpiadas?

Alex lo recuerda con todo detalle: él tenía dieciocho años y lo habían enviado a Río de Janeiro con June y Nora, como delegados de la campaña en las Olimpiadas de verano, un fin de semana de sesiones de fotos y vendiendo la imagen de la «próxima generación de la cooperación mundial». Él pasó la mayor parte de dicho fin de semana tomando caipiriñas y vomitándolas detrás de las instalaciones olímpicas. Y también recuerda los detalles, hasta el de la bandera británica que lucía Henry en el anorak, de la primera vez que se vieron ambos.

Henry deja escapar un suspiro.

—¿Fue la vez que me amenazaste con arrojarme al Támesis?

—No —responde Alex—, fue la vez que tú te comportaste como un capullo con actitud condescendiente en las finales de saltos de trampolín. ¿De verdad no te acuerdas?

—Recuérdamelo tú.

Alex lo mira furioso.

—Me acerqué a ti para presentarme, y tú me miraste como si fuera la cosa más ofensiva que habías visto en tu vida. Nada más estrecharme la mano, te giraste hacia Shaan y le dijiste que se librara de mí.

Pausa.

—Ah —dice Henry con un carraspeo—. No me di cuenta de que me habías oído.

—Tengo la impresión de que no lo has pillado —replica Alex—: quiero decir que decir eso resulta ofensivo, de un modo u otro.

—Seguramente.

—Pues sí.

—¿Y ya está? —pregunta Henry—. ¿Es solo por lo de las Olimpiadas?

—Bueno, eso fue el principio.

Henry calla de nuevo.

—Percibo que falta algo.

—Es que... —empieza Alex, pero, dado que se encuentra sentado en el suelo en el interior de un armario de artículos de limpieza, esperando con

un príncipe de Inglaterra a que pase una alerta de seguridad, al término de un fin de semana que durante todo el tiempo ha resultado ser una auténtica pesadilla, censurarse a sí mismo le exige demasiado esfuerzo—. No lo sé. Cuesta mucho trabajo hacer lo que hacemos, pero a mí me cuesta todavía más. Yo soy hijo de la primera mujer presidenta. Y no soy blanco como ella, ni siquiera puedo pasar por serlo. La gente siempre va a exigirme más. Y tú, ya sabes, tú, naciste dentro de todo esto y todo el mundo piensa que eres el puto príncipe azul. Principalmente, para mí eres un vivo recordatorio de que a mí siempre me compararán con otra persona, haga lo que haga, aunque me esfuerce el doble.

Henry guarda silencio durante largos instantes.

—Bueno —dice cuando al final decide hablar—, no hay gran cosa que pueda hacer respecto de esto último. Pero sí puedo decirte que es verdad que aquel día fui un gilipollas. No es que me sirva de excusa, pero es que catorce meses antes había fallecido mi padre, y por aquella época todavía me comportaba como un gilipollas a diario. Y lo siento.

Henry mueve la mano, y Alex guarda silencio durante unos instantes.

La sala de los enfermos de cáncer. Claro, Henry ha escogido a enfermos de cáncer, así figuraba en la lista. «Padre: Arthur Fox, famosa estrella de cine, fallecido en 2015 a causa de un cáncer de páncreas». El funeral fue televisado. Repasa mentalmente todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas: el insomnio, las píldoras, la sonrisa ligeramente tensa que adopta Henry en público y que él siempre interpreta como un gesto de altivez.

Él tampoco es ajeno del todo a esta clase de cosas. El divorcio de sus padres no fue precisamente una época agradable para él, y tampoco se desloma por sacar buenas calificaciones en los estudios por el afán de divertirse. Ya hace mucho que se dio cuenta de que la mayoría de las personas no se devanan los sesos preguntándose si alguna vez llegarán a triunfar o si están decepcionando a todo el mundo. Nunca se ha parado a pensar que Henry pudiera sentir lo mismo que él.

Henry carraspea de nuevo, y Alex experimenta algo parecido al pánico. Abre la boca y dice:

—En fin, me alegra ver que no eres perfecto.

Casi le parece oír el ruido que hace Henry al poner los ojos en blanco, y

da las gracias por ello, por la sensación de alivio que le provoca el antagonismo de siempre.

Los dos vuelven a guardar silencio, el polvo levantado por la conversación va asentándose. Alex ya no oye voces al otro lado de la puerta ni sirenas en la calle, sin embargo, aún no ha venido nadie a buscarlos.

De pronto, sin previo aviso, Henry rompe el largo silencio:

—*El retorno del Jedi*.

Una pausa.

—¿Qué?

—Respondiendo a tu pregunta —explica Henry—. Sí, me gusta la saga de *La guerra de las galaxias*, y mi episodio favorito es *El retorno del Jedi*.

—Ah —dice Alex—. Bah, te equivocas.

Henry lanza un bufido de indignación levísimo, tremendamente atildado. Huele a menta. Alex reprime el impulso de arrearle otro codazo.

—¿Cómo no voy a saber cuál es mi episodio favorito? Es una opción personal.

—Es una opción personal, sí, pero errónea.

—¿Y cuál prefieres tú, entonces? Te ruego que me muestres por qué estoy en un error.

—Vale. *El Imperio contraataca*.

Henry sorbe por la nariz.

—Bueno, pero es más siniestro.

—Sí, y por eso es mejor —replica Alex—. Es el episodio más complejo temáticamente. En él se besan Han y Leia, y conocemos a Yoda. Han está en su mejor momento, aparece el traicionero Lando Calrissian, y contiene el mejor giro que se ha visto en toda la historia del cine. ¿Qué tiene *El retorno del Jedi*? A los putos Ewoks.

—Los Ewoks son emblemáticos.

—Los Ewoks son estúpidos.

—La luna de Endor.

—El planeta Hoth. Por algo la gente siempre dice que el episodio mejor y más crudo de esa trilogía es *El Imperio contraataca*.

—Y lo entiendo. Pero también tiene algo de valor que exista un final feliz.

—Acabas de hablar como un verdadero príncipe azul.

—Yo solo digo que me gusta el desenlace de *El retorno del Jedi*. Lo deja todo muy bien atado. Y el tema general que se supone que uno tiene que extraer de esas películas es el del amor y la esperanza y... bueno, ya sabes, todo eso. Por esa razón, *El retorno del Jedi* lo deja a uno con la sensación de que es lo más de lo más.

Henry tose, y Alex está girándose para mirarlo otra vez cuando de pronto se abre la puerta y reaparece la gigantesca silueta de Cash.

—Falsa alarma —anuncia respirando pesadamente—. Unos críos compraron unos petardos para un amigo suyo. —Observa a los dos jóvenes tendidos de espaldas y deslumbrados por la fuerte iluminación del pasillo —. Se los ve muy cómodos aquí dentro.

—Sí, hemos estrechado lazos —ironiza Alex.

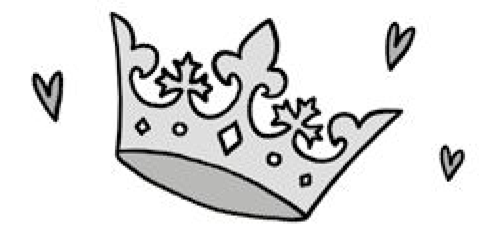
Alarga un brazo y permite que Cash lo ayude a ponerse de pie.

Llegados al palacio de Kensington, Alex le quita el teléfono de la mano a Henry y rápidamente abre una página de contactos en blanco antes de que el príncipe pueda protestar o le eche encima a un guardaespaldas por haber allanado una propiedad de un miembro de la realeza. El coche está esperando para llevarlo de nuevo al aeródromo privado de la Familia Real.

—Ya está —anuncia Alex—. Ese es mi número de teléfono. Si vamos a tener que continuar con esto, será incómodo que nos comuniquemos a través de otras personas. Simplemente escríbeme un mensaje. Ya lo resolveremos.

—De acuerdo —termina diciendo Henry—. Gracias.

—Pero nada de llamadas guarras —le advierte Alex, y Henry se contiene para no echarse a reír.



TRES

DESDE ESTADOS UNIDOS, CON AMOR:
Henry y Alex presumen de amistad

¿NUEVA ALERTA DE ROMANCE HOMO?
Imágenes del hijo de la presidenta y el príncipe Henry

FOTOS: El fin de semana de Alex en Londres

Por primera vez en una semana, Alex no se cabrea al examinar sus alertas de Google. Algo ayuda el hecho de que hayan concedido una exclusiva a *People*: unas cuantas frases genéricas acerca de lo mucho que Alex «valora» su amistad con el príncipe y la «experiencia vital que ambos han compartido» como hijos que son de dos líderes mundiales. En opinión de Alex, la principal experiencia vital que han compartido es seguramente la de haber deseado poder arrojar dicha frase al mar que los separa y haber visto cómo se hundía.

Sin embargo, su madre ya no desea fingir su muerte, y también ha dejado de recibir un millar de tuits venenosos cada hora, así que para él esto ha sido una victoria.

Esquiva a un alumno deslumbrado que lo mira boquiabierto y sale del vestíbulo por el lado este del campus a la vez que apura la última gota de su café, ya frío. La primera clase de hoy ha sido una asignatura opcional que ha escogido, motivado por una mezcla de fascinación mórbida y curiosidad académica: la prensa y la presidencia. En estos momentos todavía está sufriendo los desagradables efectos del desfase horario precisamente por haber intentado evitar que la prensa destrozase a la presidencia, y esa es una

ironía que no le pasa inadvertida.

En la sesión de hoy se ha hablado de los escándalos sexuales de los presidentes que se han dado a lo largo de la historia. Le manda a Nora el siguiente mensaje: «Dime cuál es la probabilidad de que alguno de nosotros se vea involucrado en un escándalo sexual antes de que termine el segundo trimestre».

Ella le responde en cuestión de segundos: «Un 94% de probabilidades de que tu polla se convierta en un personaje recurrente de *Face the Nation*. Por cierto, ¿lo has visto?».

Hay un enlace anexo: una publicación de un blog llena de imágenes, GIF animados de Henry y él en el programa *This Morning*. El choque de puños. Sonrisas recíprocas que pasan por ser auténticas. Miradas de complicidad. Debajo hay centenares de comentarios acerca de lo guapos que son y la buena pareja que hacen.

«Ay, Dios», dice un comentario, «ya han follado».

Alex suelta una carcajada tan fuerte que casi se cae dentro de una fuente.

Como de costumbre, la vigilante diurna del edificio Dirksen lo mira con expresión ceñuda cuando lo ve colarse y dar esquinazo a los de seguridad. Está segura de que ha sido él el autor de la pintada que decora el despacho de una senadora en particular, «McConnell puta», pero nunca podrá demostrarlo.

Cash sigue a Alex como si fuera su sombra en algunas de las misiones de reconocimiento que este efectúa al Senado, de forma que nadie se alarma cuando desaparece durante unas horas. Hoy, Cash está sentado en un banco, poniéndose al día con sus *podcasts*. Siempre ha sido sumamente indulgente con las travesuras de Alex.

Alex tiene memorizada la distribución del edificio desde que su padre fue elegido para el Senado. Aquí es donde adquirió sus conocimientos enciclopédicos de la política y de los procedimientos, y donde pasa más tardes de las que se le supondrían, camelando a los ayudantes y andando a la caza de chismorreos. Su madre finge estar irritada, pero lo cierto es que

después, ladinamente, le pregunta de qué se ha enterado.

Dado que hoy el senador Óscar Díaz se encuentra en California dando una conferencia en un mitin sobre el control de las armas, Alex pulsa el botón de la quinta planta.

Su senador favorito es Rafael Luna, un independiente del estado de Colorado y un recién llegado, ya que solo tiene treinta y nueve años. El padre de Alex lo acogió bajo su ala cuando era meramente un abogado muy prometedor, y en la actualidad es el preferido de la política nacional para (A) ganar unas elecciones especiales y unas generales en dos derrotas consecutivas para obtener un asiento en el Senado, y (B) alcanzar un puesto predominante entre los 50 Más Atractivos del periódico *The Hill*.

Alex pasó el verano de 2018 en Denver, en la campaña de Luna, así que la disfuncional relación que los une se construyó a base de alimentarse con caramelos Skittles de sabor tropical adquiridos en las gasolineras y pasar noches enteras redactando comunicados de prensa. Hay veces que siente que le ronda el fantasma del síndrome del túnel carpiano, un dolorcillo ya familiar.

Encuentra a Luna en su despacho, con unas gafas de leer de montura de carey que sin embargo no consiguen restarle una pizca de su aspecto habitual: el de una estrella de cine que dio un tropezón y cayó de lado en la política. Alex siempre ha sospechado que esos ojos castaños y enternecedores, esa barbita perfectamente recortada y esos pómulos tan expresivos le han devuelto los votos que pudo perder por el hecho de ser latino y gay sin disimular.

El disco que está sonando a bajo volumen en el despacho es un antiguo favorito de Alex, recuerdo de Denver: *Muddy Waters*. Luna levanta la vista y descubre a Alex en la puerta, y enseguida deja el bolígrafo encima de una pila desordenada de papeles y se reclina en su sillón.

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí, hijo? —le dice observándolo como un gato.

Alex se mete la mano en el bolsillo y saca un paquete de Skittles, y en el semblante de Luna se dibuja inmediatamente una sonrisa.

—Buen muchacho —dice Luna recogiendo la bolsita que Alex ha dejado encima de su escritorio y ofreciéndole la silla que hay delante.

Alex se sienta y durante unos momentos observa cómo abre Luna la bolsita rasgándola con los dientes.

—¿En qué estás trabajando hoy?

—Ya sabes más de lo que se supone que debes saber acerca de todo lo que se hace encima de esta mesa. —Así es, lo sabe: la misma reforma sanitaria que el año pasado, la que lleva estancada desde que perdieron el Senado en las votaciones a mitad de legislatura—. ¿Cuál es la verdadera razón de que hayas venido?

—Hum... —Alex apoya una pierna en un reposabrazos de la silla—. Me molesta la idea de que no pueda venir a visitar a un querido amigo de la familia sin tener ningún otro motivo.

—Chorradas.

Alex se lleva una mano al pecho.

—Eso me ha dolido.

—Me agotas.

—Te encanto.

—Voy a llamar a seguridad.

—Perfecto.

—Mejor hablemos de tus breves vacaciones en Europa —propone Luna, y taladra a Alex con una mirada astuta—. ¿Puedo esperar este año recibir un regalo de Navidad conjunto, tuyo y del príncipe?

—Lo cierto —se escabulle Alex— es que, ya que estoy aquí, tengo una pregunta que hacerte.

Luna suelta una carcajada, se reclina en su sillón y entrelaza las manos por detrás de la cabeza. Alex nota que se sonroja durante una fracción de segundo, una inyección de adrenalina en medio de un diálogo chispeante que indica que va avanzando.

—Por supuesto.

—Me preguntaba si has tenido noticias de Connor. No nos vendría mal que nos avalase otro senador independiente. ¿Tú crees que a Connor lo tenemos cerca?

Balancea inocentemente el pie por encima del reposabrazos, como si estuviera preguntando algo tan inocuo como el tiempo que va a hacer. Stanley Connor, un tipo excéntrico natural del estado de Delaware y un

independiente muy querido, que para la gestión de las redes sociales cuenta con un equipo atestado de *millennials*, representaría un gran fichaje más adelante, en una carrera proyectada para estar así de cerca, y los dos lo saben.

Luna se come un Skittle.

—¿Me preguntas si está cerca de avalarnos o si yo sé qué teclas apretar para lograr que nos avale?

—Amigo mío. Colega. Tú sabes que yo nunca te preguntaría algo tan indecoroso.

Luna lanza un suspiro y se gira en su sillón.

—Connor va por libre. Por lo general, los temas sociales lo empujarían hacia ti, pero ya sabes lo que opina de la plataforma económica de tu madre. Seguramente tú conocerás mejor que yo su historial en las votaciones. Connor no se inclina a un lado ni al otro. Puede que busque algo radicalmente distinto en el tema de impuestos.

—¿Y hay algo que tú sepas y yo no?

Luna esboza una sonrisilla.

—Sé que Richards está prometiendo a los independientes una plataforma centrista que promueve grandes cambios en temas no sociales. Y también sé que una parte de esa plataforma podría no compartir la postura que adopta Connor respecto de la sanidad. Puede que sea un sitio por el que empezar. Hipotéticamente, si yo quisiera implicarme en tu estrategia.

—¿Y no crees que merezca la pena seguir la pista a candidatos republicanos que no sean Richards?

—Mierda —exclama Luna adoptando un gesto serio—. ¿Hay posibilidades de que tu madre tenga que verse las caras con un candidato que no sea el puñetero mesías del populismo de derechas y heredero del legado de la familia Richards? Me parece sumamente improbable.

Alex sonríe.

—Cómo te quiero, colega.

Luna vuelve a poner los ojos en blanco.

—Volvamos a hablar de ti —propone—. No creas que no me he dado cuenta de que has cambiado de tema. Para que conste, gané las apuestas que hicieron aquí los compañeros sobre cuánto tiempo tardarías en provocar un

incidente internacional.

—Vaya, sabía que podía confiar en ti —dice Alex con una exclamación ahogada, fingiéndose traicionado.

—¿De qué va esto?

—No va de nada —replica Alex—. Henry es... una persona que conozco. Cometimos una estupidez. Y tuve que remediarla. Y ya está.

—Vale, vale —dice Luna levantando las manos—. Es guapo, ¿eh?

Alex hace una mueca.

—Sí, bueno, si a uno le gustan los príncipes de los cuentos de hadas.

—¿A alguien no le gustan?

—A mí, no.

Luna enarca una ceja.

—Ya.

—¿Qué?

—Estaba acordándome del verano pasado —rememora Luna—. Recuerdo vívidamente haberte visto sentado a tu mesa de trabajo y confeccionando un muñeco de vudú igualito que el príncipe Henry.

—No hice tal cosa.

—¿O era un tablero de dardos con una foto suya?

Alex levanta la pierna del reposabrazos para poder apoyar ambos pies en el suelo, y se cruza de brazos en un gesto de indignación.

—Una vez tuve en mi mesa una revista en la que aparecía una foto de él, porque también salía yo, y casualmente su foto estaba en la portada.

—Estuviste una hora entera mirándola.

—Mentira —replica Alex—. Calumnias.

—Daba la impresión de que intentabas prenderle fuego con la fuerza de la mente.

—¿Adónde quieres llegar?

—Me resulta interesante —dice Luna— lo deprisa que están cambiando los tiempos.

—Venga ya —replica Alex—. Esto es... política.

—Ya.

Alex menea la cabeza en un gesto negativo, como los perros, como si quisiera dispersar el tema y expulsarlo.

—Además, he venido aquí a hablar de avales, no de mis embarazosas pesadillas en asuntos de relaciones públicas.

—Ah —dice Luna con mirada pícara—. Pero ¿no has venido a hacer una visita a un amigo?

—Por supuesto. Esa era mi intención.

—Alex, ¿no tienes otra cosa que hacer hoy, que es viernes por la tarde? Tienes veintiún años. Deberías estar jugando a beber chupitos de cerveza, o preparándote para ir a una fiesta, o algo por el estilo.

—Ya hago todas esas cosas —miente—. Y también hago esto.

—Venga. Estoy intentando darte un consejo de un viejo, dirigido a una versión mucho más joven de sí mismo.

—Tú tienes treinta y nueve.

—Pero mi hígado tiene noventa y tres.

—Eso no es culpa mía.

—En eso no coincidirían algunas noches que hemos pasado en Denver despiertos hasta altas horas.

Alex suelta una carcajada.

—¿Lo ves? Por eso somos amigos.

—Alex, necesitas tener otros amigos —le aconseja Luna—. Amigos que no estén en el Congreso.

—¡Ya tengo amigos! Tengo a June y a Nora.

—Sí, tu hermana y una chica que también es un superordenador —replica Luna, socarrón—. Necesitas reservar tiempo para ti mismo, o te quemarás, hijo. Necesitas un sistema de apoyo más amplio.

—Deja de llamarme «hijo» —contesta Alex.

—Ay —suspira Luna—. ¿Has terminado? Porque la verdad es que tengo trabajo que hacer.

—Sí, sí —dice Alex levantándose de la silla—. Oye, ¿Maxine anda por aquí?

—¿Waters? —pregunta Luna ladeando la cabeza—. Joder, sí que tienes tendencias suicidas.

En lo que se refiere a legados políticos, la familia Richards representa uno

de los ejemplos más complejos de la historia que Alex ha intentado desentrañar.

En una de las notas que tiene pegadas en su ordenador portátil ha escrito lo siguiente: «LOS KENNEDY + LOS BUSH + MAFIA, DINERO, PODER DEL LADO OSCURO = ¿LOS RICHARDS?». Es en gran medida la tesis de lo que ha descubierto hasta el momento. Jeffrey Richards, actual y presunto líder de la oposición de su madre en las generales, lleva casi veinte años siendo senador por Utah, lo cual representa mucha historia de votaciones y mucha legislación que ya ha estudiado a fondo el equipo de su madre. A Alex le interesan más las cosas que son más difíciles de averiguar. Hay tantas generaciones de fiscales generales Richards y jueces federales Richards que podrían enterrar cualquier cosa.

De pronto empieza a vibrar su teléfono, oculto bajo una pila de carpetas. Es un mensaje de June que dice: «¿Cenamos? Echo de menos verte la cara». Adora a June, de verdad, más que a nada en el mundo, pero en estos momentos se encuentra muy concentrado; ya le contestará cuando haga un descanso, aproximadamente, dentro de treinta minutos.

Observa el vídeo de una entrevista concedida por Richards que tiene abierto en una pestaña, y se pone a buscar pistas en su lenguaje no verbal. Cabello gris natural, no es peluca. Dientes de un blanco reluciente, como los de un tiburón. Mentón fuerte, del Tío Sam. Es un gran vendedor, teniendo en cuenta que en el vídeo está mintiendo descaradamente acerca de un proyecto de ley. Alex escribe una nota.

Transcurre otra hora y media antes de que suene otra vez el teléfono; esta vez lo saca de una profunda investigación sobre la sospechosa declaración de la renta de 1986 de un tío de Richards. Se trata de su madre, que le escribe a través del grupo de chat de la familia adjuntando el icono de una pizza. Marca la página y se encamina al piso de arriba.

Las cenas familiares son infrecuentes, pero menos desmesuradas que todo lo demás que sucede en la Casa Blanca. Su madre manda a alguien a buscar pizzas, y ocupan la sala de juegos de la tercera planta con platos de papel y botellas de cerveza traída de Texas. Siempre resulta divertido sorprender a uno de los corpulentos guardaespaldas trajeados hablando en clave por el auricular que llevan en el oído: «Oso Negro solicita extra de

pepinillos».

June ya está en la tumbona tomándose una cerveza. De inmediato lo asalta una punzada de culpabilidad al acordarse del mensaje que le escribió.

—Mierda, soy un capullo —dice.

—Hum... pues sí.

—Pero, técnicamente... voy a cenar contigo, ¿no?

—Déjalo y acércame mi pizza —dice ella con un suspiro.

Desde que en 2017 el Servicio Secreto interpretó mal un pedido que tenía que ver con aceitunas y estuvo a punto de provocar el cierre de emergencia de la Residencia, ahora cada uno se pide su pizza particular.

—Claro, Bichito.

Encuentra la pizza de June, una margarita, y también la suya, una de pepperoni y champiñones.

—Hola, Alex —dice una voz desde detrás del televisor justo cuando toma asiento con su pizza.

—Hola, Leo —responde.

Su padrastro está trajinando el cableado, probablemente intenta conectarlo de modo distinto para hacer algo que tendría más sentido en un cómic de *Iron Man*, como hace con todos los aparatos electrónicos; y es que las costumbres de los millonarios excéntricos reconvertidos en inventores son difíciles de erradicar. Está a punto de solicitar una explicación libre de tecnicismos cuando lo interrumpe su madre.

—¿Por qué permitisteis que me presentara candidata a la presidencia? —exclama mientras aprieta con rabia el teclado de su teléfono, aporreándolo sin parar.

Arroja los zapatos a un rincón y luego arroja también el teléfono.

—Porque todos sabíamos que no iba a servir de nada intentar impedírtelo —contesta la voz de Leo. Asoma el rostro, con su barba y sus gafas, y agrega—: Y porque sin ti el mundo se desintegraría, mi radiante orquídea.

Su madre pone los ojos en blanco, pero sonríe. Con ellos siempre ha sido así, desde que se conocieron en un evento benéfico cuando él tenía catorce años. Su madre era la portavoz de la Casa Blanca, y Leo era un genio que tenía una docena de patentes y suficiente dinero para gastarlo en

iniciativas para la salud de la mujer. Ahora ella es presidenta y él ha vendido sus empresas para dedicar su tiempo a desempeñar sus deberes de Primer Caballero.

Ellen baja unos centímetros la cremallera de la parte posterior de su falda, señal de que oficialmente ha dado el día por terminado, y toma un triángulo de pizza.

—Muy bien —dice. Hace en el aire el gesto de borrar la cara de presidenta y poner la cara de madre—. Hola, niños.

—Hola —murmuran Alex y June al unísono, con la boca llena.

Ellen deja escapar un suspiro y se vuelve hacia Leo.

—¿Ves? He ahí mi obra. No tienen modales. Parecen animalitos. Por eso dicen que las mujeres no podemos tenerlo todo.

—Son obras maestras —replica Leo.

—Una cosa buena y otra cosa mala —dice ella—. Empezad.

Es el sistema que ha aplicado desde siempre para ponerse al corriente los días en que está superocupada. Alex se ha criado con una madre que era una mezcla, en ocasiones desconcertante, de persona intensamente organizada y persona comprometida a establecer líneas de comunicación emocional, igual que un *coach* personal demasiado comprometido con su cliente. Cuando él se echó la primera novia, su madre hizo una presentación en PowerPoint.

—Hum... —June traga un bocado—. Una cosa buena. ¡Oh, Dios! Ronan Farrow ha publicado un tuit sobre el artículo que escribí para *New York Magazine*, y a partir de ahí hemos empezado a hablar por Twitter y ya ha sido un no parar. Ya está en marcha la primera parte de mi prolongada estrategia para obligarlo a hacerse amigo mío.

—No hagas como si esto no fuera parte de tu prolongadísima estrategia para abusar de tu posición para asesinar a Woody Allen y que parezca un accidente —replica Alex.

—Es que es muy frágil, solo con que le diera un buen empujón...

—¿Cuántas veces tengo que deciros que no habléis de tramas de asesinato delante de una presidenta en el cargo? —interrumpe su madre—. «Negación por falta de pruebas». Venga, seguid.

—En fin —dice June—. Una cosa mala sería que..., bueno, pues que

Woody Allen aún vive. Te toca a ti, Alex.

—Una cosa buena... —empieza Alex— es que he obligado a uno de mis profesores a reconocer que una de las preguntas de nuestro último examen era engañosa y a aceptar mi respuesta, que era correcta. —Bebe un trago de cerveza—. La cosa mala es que he visto los cuadros nuevos que hay en el pasillo de la segunda planta, y necesito saber por qué, mamá, has permitido que entre en nuestro hogar un cuadro del terrier de George W. Bush.

—Es un gesto de bipartidismo —responde Ellen—. A la gente le resulta enternecedor.

—Tengo que pasar por delante de él para ir a mi habitación —dice Alex —. Sus ojillos redondos me siguen a todas partes.

—Va a quedarse.

Alex suspira.

—De acuerdo.

A continuación, le toca a Leo. Como de costumbre, la cosa mala que cuenta él también es buena al mismo tiempo, y seguidamente le pasa el turno a Ellen.

—Bueno, mi embajador de Naciones Unidas la ha cagado en la única tarea que tenía que cumplir y ha hecho un comentario estúpido acerca de Israel, y ahora voy a tener que llamar a Netanyahu para pedirle disculpas personalmente. Pero la cosa buena es que en Tel Aviv son las dos de la madrugada, así que puedo dejar el tema para mañana y cenar con vosotros dos.

Alex le devuelve una sonrisa. Todavía se asombra, a veces, de oír a su madre hablar de los quebraderos de cabeza que le causa su trabajo de presidenta, y eso que ya han transcurrido tres años. Acto seguido pasan a una conversación más ociosa, como lanzarse pullas y gastarse bromas; estas veladas son poco frecuentes, pero siguen siendo agradables.

—Bueno —dice Ellen atacando otro trozo de pizza primero por la corteza—. ¿Alguna vez os he contado que antes jugaba al billar en el bar que tenía mi madre?

June se interrumpe con la cerveza a medio camino.

—Repite eso.

—Pues sí —afirma Ellen. Alex intercambia una mirada de incredulidad

con su hermana—. Cuando yo tenía dieciséis años, mi madre dirigía un bar bastante cutre que se llamaba El estornino borracho. Me dejaba ir allí después del colegio, y yo hacía los deberes sentada a la barra y vigilada por un portero amigo suyo, que se aseguraba de que no me molestasen los borrachos. Pasados unos meses aprendí a jugar bastante bien al billar, y empecé a apostar con los clientes a que podía ganarles, salvo que me hacía la tonta. Sujetaba mal el taco, fingía que me olvidaba de si mis bolas eran las rayadas o las lisas. Perdía una partida, y luego les apostaba a todo o nada y recuperaba el doble de lo que había perdido.

—Tienes que estar de broma —protesta Alex, pero lo cierto es que no le cuesta trabajo visualizar la escena. A su madre siempre se le ha dado genial el billar, y todavía mejor planear estrategias.

—Es todo verídico —aporta Leo—. ¿Cómo crees que aprendió a obtener todo lo que quiere de una pandilla de blancos viejos y estirados? Es la habilidad más importante que debe tener todo político eficaz.

Su madre acepta un beso en su perfilada mandíbula que le da Leo cuando ella pasa por su lado, igual que una reina que se desliza a través de una multitud de admiradores. Deja su trozo de pizza, a medio comer, encima de una servilleta de papel y selecciona un taco de billar de la fila.

—En fin —dice—, el caso es que uno nunca es demasiado joven para averiguar qué talentos tiene y utilizarlos para conseguir cosas.

—Vale —responde Alex. Mira a su madre a los ojos, y ambos intercambian un gesto de aprobación.

—Incluido... —dice ella con ademán pensativo— un puesto de trabajo en una campaña de reelección en las presidenciales, quizás.

June deja su trozo de pizza.

—Mamá, Alex ni siquiera ha terminado todavía la universidad.

—Ya, de eso se trata —replica Alex con impaciencia; estaba esperando esta oferta—, de que no haya lagunas en el currículum.

—No es solo para Alex —dice Ellen—, es para los dos.

La expresión de June pasa de un tenso recelo a un tenso pánico. Alex hace un gesto con la mano en dirección a ella como para hacerla callar, y en dicho movimiento un trozo de champiñón de su pizza sale volando y aterriza en la nariz de June.

—Cuéntame, cuéntame...

—He estado pensando —empieza Ellen— que esta vez, vosotros tres, el «Trío de la Casa Blanca» —se acompaña haciendo el símbolo de las comillas en el aire, como si ella no autorizase dicho apodo— no deberíais ser simplemente unas caras. Vosotros sois más que eso. Poseéis capacidades, sois inteligentes, tenéis talento. Podríamos aprovecharos no solo para desempeñar un papel secundario, sino un papel principal.

—Mamá... —empieza June.

—¿En qué puestos? —interrumpe Alex.

Su madre calla unos instantes y se vuelve para recuperar su trozo de pizza.

—Alex —dice al tiempo que da un mordisco—, tú eres el empollón de la familia. Podrías servirnos como analista político. Ello implicará investigar mucho y escribir mucho.

—Digo que sí —contesta Alex—. Voy a camelarme a unos cuantos grupos de sondeo de un modo que te vas a cagar. Cuenta conmigo.

—Alex... —empieza June de nuevo, pero Ellen no la deja seguir.

—June —continúa—, para ti he pensado en comunicaciones. Ya que has sacado un título universitario de medios de comunicación, he estado pensando que podrías encargarte de la relación diaria con los medios, llevando los mensajes, analizando la audiencia...

—Mamá, yo ya tengo un trabajo —protesta June.

—Ya, claro, cielo, pero esto podría ser a jornada completa. Te proporcionaría contactos, ascenso social, una experiencia real sobre el terreno realizando un trabajo increíble.

—Es que... no sé... —June arranca un trozo de corteza de su pizza—. No recuerdo haber dicho nunca que quisiera hacer algo así. Es mucho suponer, mamá. Y te darás cuenta de que, si ahora me meto en la comunicación de la campaña electoral, prácticamente estaré anulando todas mis posibilidades de ser periodista, porque, a ver, en un periodista la neutralidad es algo fundamental. Nadie va a dejarme escribir una columna.

—Pequeña —le dice su madre con esa expresión en la cara que pone cuando va a decir algo que tiene una probabilidad del 50% de cabrearlo a uno—. Posees un gran talento y sé que trabajas mucho, pero algún día

tendrás que ser realista.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Lo único que intento decir es que... no sé si eres feliz, y que tal vez haya llegado el momento de que pruebes con algo distinto. Nada más.

—Yo no opino lo mismo —replica June—. Esto no es lo mío.

—Juuune —le dice Alex echando la cabeza atrás para mirarla boca abajo por encima del reposabrazos de su butaca—. Por lo menos piénsalo, ¿vale? Yo voy a aceptar. —Luego se vuelve de nuevo hacia su madre—. ¿También vas a ofrecerle un empleo a Nora?

Ellen hace un gesto afirmativo.

—Mañana va a hablar Mike con ella para ofrecerle un puesto en analíticas. Si lo acepta, empezará lo antes posible. Y tú, señorito, no empezarás hasta que te hayas graduado.

—Genial, el Trío de la Casa Blanca yendo a la batalla. Es increíble. —Se vuelve hacia Leo, que ha abandonado su proyecto con el televisor y ahora está comiéndose alegremente una rebanada de pan con queso—. ¿También te han ofrecido un trabajo a ti, Leo?

—No —responde—. Como de costumbre, mis obligaciones de Primer Caballero consisten en montar mesas bonitas para los banquetes y estar siempre atractivo.

—Tus mesas son cada vez más impresionantes, cariño —le dice Ellen con un besito sarcástico—. Me gustaron mucho los salvamanteles de yute.

—¿Te puedes creer que la decoradora opinaba que eran más bonitos los de terciopelo?

—Pobrecilla.

—Esto no me gusta —le dice June a Alex mientras su madre está distraída hablando de unas peras decorativas—. ¿Estás seguro de que quieres ese trabajo?

—Va a ser estupendo, June —la tranquiliza él—. Mira, si quieres observar cómo lo hago yo, siempre puedes aceptar también la oferta.

June se lo quita de encima con un ademán y regresa a su pizza con una expresión inescrutable en la cara.

Al día siguiente hay tres notas pegadas en la pizarra del despacho de Zahra. En la pizarra dice: «TRABAJOS DE CAMPAÑA: ALEX-NORA-JUNE», y en

las pegatinas que hay debajo de su nombre y del de Nora está escrito «Sí». En la de June se lee, escrito de su inconfundible puño y letra, un «No».

Alex está tomando apuntes en la clase de políticas cuando de pronto recibe el primer mensaje de texto:

«Este tío se parece a ti».

Lleva una foto anexa, una imagen de la pantalla de un portátil congelada en el jefe de los Ewoks de *El retorno del Jedi*: diminuto, autoritario, adorable, cabreado.

«A propósito, soy Henry».

Alex pone los ojos en blanco, pero agrega el nuevo contacto a su teléfono con el nombre de SAR Príncipe Gilipollas. Y con el icono de la caca.

Sinceramente, no tiene intención de responder, pero una semana más tarde ve un titular en la portada de *People* que dice lo siguiente: «EL PRÍNCIPE HENRY SE VA AL SUR A PASAR EL INVIERNO» acompañado de una fotografía de Henry en un artístico posado en una playa de Australia, llevando tan solo un traje de baño azul marino, sensato pero minúsculo, y no puede resistirse.

«Tienes muchos lunares», escribe, junto con una foto de la revista. «¿Es por culpa de la endogamia?».

La réplica de Henry llega dos días después mediante la captura de pantalla de un tuit del *Daily Mail* que dice: *¿Alex Claremont-Díaz va a ser padre?* El mensaje anexo dice: «Pero si en todo momento hemos tenido muchísimo cuidado, cariño». Lo cual sorprende a Alex y le arranca una carcajada tan sonora que Zahra lo expulsa de la sesión informativa que celebra todas las semanas con June y con él.

Así que resulta que Henry puede ser un tipo gracioso. Alex añade ese detalle a su archivo mental.

Y también resulta que a Henry le gusta enviar mensajes cuando se ve atrapado en momentos de monotonía, como cuando lo están llevando de un acto social a otro, o cuando está sentando escuchando larguísimos informes acerca de las tierras que posee su familia o, como ha ocurrido en una

ocasión, mientras le están aplicando, a regañadientes y entre risas por su parte, un espray bronceador.

Alex no diría que Henry le cae bien, pero sí que le gusta el ritmo rápido de las discusiones en las que se meten. Sabe que habla mucho, que no sabe moderar sus sentimientos, los cuales suele esconder debajo de diez capas de encanto, pero en última instancia le da igual lo que Henry piense de él, así que no se toma la molestia. En vez de eso, se muestra todo lo excéntrico y maniático que se le antoja, y Henry le contesta a su vez con agudas frases de un ingenio sorprendente.

De manera que cuando está aburrido o estresado, o se encuentra entre un café y otro, mira a ver si ha aparecido algún mensaje en la pantalla del teléfono. Henry lanzando una pulla contra alguna cita extraña tomada de una entrevista reciente; Henry hablando inopinadamente de alguna diferencia entre la cerveza inglesa y la americana; una foto del perro de Henry luciendo una bufanda de Slytherin de la saga *Harry Potter* («No sé a quién crees que vas a engañar, cuando tú eres un puñetero Hufflepuff hasta la médula», le contesta Alex antes de que Henry pueda aclarar que el de Slytherin no es él, sino su perro).

Va conociendo la vida de Henry mediante un extraño proceso de absorción de los mensajes de texto y las redes sociales. Se trata de una vida meticulosamente programada por Shaan, con el cual Alex está ligeramente obsesionado, sobre todo cuando Henry le escribe cosas como: «¿Te he contado que Shaan tiene una moto?» o como: «Shaan está hablando por teléfono con Portugal».

Enseguida se hace patente que la lista de datos que le habían recopilado acerca de Su Alteza Real el Príncipe Henry omitía los más interesantes o era totalmente inventada. La comida preferida de Henry no es la empanada de cordero sino el falafel que compra en un puesto que hay a diez minutos del palacio, y la mayor parte de su año sabático la ha pasado hasta ahora trabajando en diversas ONG repartidas por el mundo, la mitad de ellas propiedad de su mejor amigo, Pez.

Alex descubre que a Henry le gusta mucho la mitología clásica y que, si lo dejan, es capaz de recitar la configuración de varias decenas de constelaciones. Henry le cuenta un montón de tediosos detalles de cómo se

maneja un velero que no le han importado nunca, y no le responde con nada más que un: «guay». Transcurren ocho horas. Henry rara vez suelta una palabrota, pero por lo menos no da muestras de que le importe la lengua tan sucia que tiene él.

Beatrice, la hermana de Henry, conocida más bien como Bea, descubre Alex, sale a menudo en la conversación, dado que también vive en el palacio de Kensington. Según lo que puede deducir, Henry se siente más unido a ella que a su otro hermano. Ambos comparan sus cuitas respecto de lo que es tener una hermana mayor.

«¿A ti también te obligó Bea de pequeño a ponerte vestiditos?».

«¿June es aficionada a robarte el curri que te queda en el frigorífico en mitad de la noche, como el típico mendigo huérfano de los cuentos de Dickens?».

Más comunes son los cameos de Pez, un tipo tan misterioso y extraño que Alex se maravilla de que una persona como él se haya convertido en el mejor amigo de Henry, que es capaz de darte la matraca con lord Byron hasta que te entran ganas de bloquearlo en el teléfono. Siempre está haciendo alguna locura, como ejecutar un salto BASE en Malasia, comer plátanos macho en compañía de alguien increíble, como Jay-Z, presentarse a almorzar vestido con una chaqueta de Gucci rosa fuerte tachonada de lentejuelas, o crear una nueva organización sin ánimo de lucro. Resulta inverosímil.

En un momento en que Henry recuerda que el nombre en clave de June en el Servicio Secreto es *Boina Azul* o en otro en el que hace un chiste sobre la memoria fotográfica que posee Nora, se da cuenta de que él también ha hablado de ellas dos. Y resulta extraño, dado que siempre procura protegerlas, que ni siquiera se hubiera percatado de ello hasta que Henry habló con June por Twitter acerca de lo mucho que les gustaba a ambos la película *Orgullo y prejuicio* de 2005 y dicho tuit se hizo viral.

—Esa no es la cara que pones cuando estás leyendo correos electrónicos de Zahra —comenta Nora acercándose a mirar. Alex la aparta con el codo —. Cada vez que miras el teléfono, sonríes como un bobalicón. ¿Con quién te estás escribiendo?

—No sé de qué me hablas, y la respuesta es literalmente con nadie —le

contesta Alex. En la pantalla de su móvil hay un mensaje de Henry que dice: «Estoy con Philip en una reunión aburridísima. No permitas que los periódicos mientan publicando que me he suicidado aplicándome el garrote vil con la corbata».

—Espera un momento —dice June intentando de nuevo arrebatarle el teléfono—, ¿otra vez estás viendo vídeos de Justin Trudeau hablando en francés?

—¡Yo no hago eso!

—Pues yo te he pillado haciéndolo por lo menos dos veces desde que lo conociste el año pasado en aquella cena oficial —replica June—, de manera que sí lo haces. —Alex se zafa de ella—. Un momento. Ay, Dios, ¿son historias escritas por tus admiradores? ¿Y no me lo has dicho? ¿Con quién te han ennoviado ahora? ¿Has leído la que te envié yo, con Macron? Me quise morir.

—Si no te callas, voy a llamar a Taylor Swift para decirle que has cambiado de opinión y que al final sí que quieres asistir a su fiesta del Cuatro de Julio.

—Esa no es una respuesta proporcionada.

Esa misma noche, ya a solas ante su mesa de trabajo, contesta: «¿La reunión trataba de cuáles de tus primos tendrán que casarse entre sí para recuperar Roca Casterly?».[2]

«Ja. Era sobre las finanzas de la Casa Real. Voy a pasar el resto de mi vida teniendo pesadillas en las que oiré la voz de Philip diciendo "retorno de la inversión"».

Alex pone los ojos en blanco y responde: «La ardua tarea de administrar el dinero ensangrentado del Imperio».

La réplica de Henry llega un minuto después:

«Precisamente eso fue el meollo de la reunión. He intentado rechazar la parte que me corresponde del dinero de la Corona. Mi padre nos dejó más que suficiente a cada uno, y prefiero cubrir mis gastos con eso antes que con los despojos de, bueno, de siglos de genocidio. Philip opina que es ridículo».

Alex lee el mensaje dos veces para cerciorarse de haberlo entendido bien.

«Estoy un poco impresionado».

Se queda mirando la pantalla, su propio mensaje, durante varios segundos. De repente se da cuenta de que ha dicho una estupidez. Menea la cabeza en un gesto de negación, deja el teléfono en la mesa y lo bloquea. Luego cambia de idea, lo coge de nuevo y lo desbloquea. En el lado que corresponde a Henry en la conversación ve la pequeña burbuja que indica que está escribiendo. Vuelve a dejar el teléfono y aparta la vista. Pero vuelve a mirar.

«No se cultiva un amor imperecedero por *La guerra de las galaxias* si no se sabe que un "imperio" no es algo bueno».

De verdad le gustaría mucho que Henry dejase de demostrarle lo equivocado que está.

SAR Príncipe Gilipollas



30/10/2019, 13:07

odio esa corbata

SAR Príncipe Gilipollas

¿Qué corbata?

la que acabas de publicar en instagram

SAR Príncipe Gilipollas

¿Qué tiene de malo? Solo es gris

exacto. Prueba alguna que tenga dibujo, y deja de mirar el móvil con el ceño fruncido

SAR Príncipe Gilipollas

Los dibujos se consideran «declaraciones», y se supone que los miembros de la Familia

Real no debemos declarar nada en nuestra forma de vestir

hazlo por instagram

SAR Príncipe Gilipollas 
Eres igual que una espina clavada en medio de mi tierno culo

gracias!

17/11/2019, 23:04

SAR Príncipe Gilipollas 
Acabo de recibir un paquete de 5 kilos de botones de la campaña de Ellen Claremont que llevan tu cara. ¿Es un chiste tuyo?

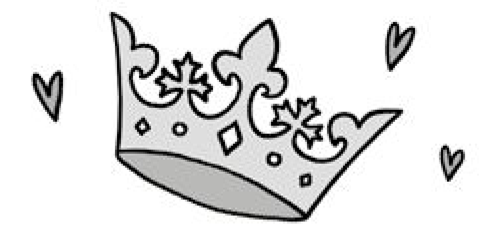
es que intentaba alegrar un poco tu vestuario, corazón

SAR Príncipe Gilipollas 
Espero que este dinero de campaña tristemente echado a perder te mereciera la pena. Mi equipo de seguridad pensó que era una bomba. Shaan estuvo a punto de ordenar que trajeran perros a olfatearlo

oh, ha merecido la pena. Y ahora todavía más. Saluda a Shaan y dile que echo de menos su culito
XOXOXO

SAR Príncipe Gilipollas 

No pienso hacerlo



CUATRO

–Es de dominio público. No es mi problema que acabes de enterarte ahora —está diciendo su madre mientras camina a toda velocidad por un pasillo del Ala Oeste.

—¿Pretendes decirme —replica Alex casi gritando, esforzándose por seguirle el paso a su madre— que en cada Acción de Gracias esos putos pavos vienen de haber estado alojados en una suite de lujo del hotel Willard, a costa del dinero de los contribuyentes?

—Sí, Alex, así es...

—¡Es un despilfarro por parte del gobierno!

—... Y en estos momentos, hay una caravana de vehículos desfilando por la avenida Pennsylvania en la que viajan dos pavos de veinte kilos cada uno que se llaman Pan de Maíz y Relleno. No hay tiempo para llevarlos a otra parte.

Sin perder comba, Alex exclama:

—Pues tráelos a la Casa Blanca.

—¿Qué? ¿Pretendes esconder aquí un hábitat para pavos? ¿En qué parte de nuestra casa, que siempre ha estado protegida, voy a meter a dos pavos hasta que los indulte mañana?

—Mételos en mi habitación. No me importa.

Ella suelta una carcajada.

—No.

—¿En qué se diferencia de la habitación de un hotel? Mamá, mete los pavos en mi cuarto.

—No pienso hacer semejante cosa.

—Mételos en mi cuarto.

—No.

—Mételos en mi cuarto, mételos en mi cuarto, mételos en mi cuarto...

Esa noche, Alex, contemplando con mirada fija los ojos fríos e insensibles de un depredador prehistórico, lamenta unas cuantas cosas.

«Lo saben», le escribe a Henry. «Saben que los he sacado de un alojamiento de cinco estrellas para meterlos en mi habitación, dentro de una jaula, y en cuanto les dé la espalda se darán un festín conmigo».

Pan de Maíz lo observa con mirada inexpresiva desde el interior de una enorme jaula colocada junto al sofá. Cada pocas horas viene un veterinario a examinarlos; Alex le pregunta continuamente si atisba en ellos algún indicio de sed de sangre.

Relleno, alojado en el cuarto de baño, emite otro graznido amenazador.

Alex tenía la intención de hacer muchas cosas esta noche, en serio que sí. Después de enterarse en la CNN de las enormes cantidades de dinero que se gastan en los pavos, estuvo viendo los comentarios del debate republicano de las primarias. Pensaba terminar un resumen para un examen y después estudiar el informe demográfico que su madre, tras convencerla él, le había entregado para el trabajo relacionado con la campaña.

Pero en vez de eso está encerrado en una cárcel que ha creado él mismo, comprometido en cuidar de estos pavos hasta la ceremonia del indulto, y solo ahora se percata de que las aves grandes le dan mucho miedo. Contempla la posibilidad de buscar un sofá en el que dormir, pero ¿y si estos demonios venidos del infierno salen de sus jaulas y se asesinan el uno al otro durante la noche, mientras se supone que él debía estar vigilándolos?

«Noticia de última hora: Encuentran dos pavos muertos en el dormitorio del hijo de la presidenta, a causa de esta deshonra se cancela la ceremonia de indulto, se descubre que el hijo de la presidenta es un asesino de pavos que emplea rituales satánicos».

«Por favor, manda fotos», le responde Henry en un intento de consolarlo.

Se sienta en el borde de la cama. Ha ido acostumbrándose a escribirse con Henry casi todos los días; la diferencia horaria no importa, porque los dos permanecen despiertos a horas intempestivas tanto del día como de la noche. Henry le manda una foto tomada a las siete de la mañana mientras jugaba al polo, y enseguida recibe otra suya tomada a las dos de la

madrugada, con las gafas puestas y con un café en la mano, tumbado en la cama junto con un montón de apuntes. Alex no sabe por qué Henry nunca contesta a sus selfis desde la cama; sus selfis desde la cama son siempre graciosísimos.

Le hace una foto a Pan de Maíz y pulsa la tecla de enviar, y se encoge cuando el pavo aletea en su dirección con gesto amenazante.

«Yo lo encuentro muy guapo», responde Henry.

«Eso es porque no estás oyendo los graznidos de amenaza que me lanza».

«Ah, el graznido, ese ruido tan famoso por ser el más siniestro de todos cuantos emiten los animales».

—¿Sabes una cosa, tío listo? —dice Alex en voz alta en cuanto se establece la llamada—, escúchalo tú mismo, y luego me dices qué harías tú en mi lugar.

—¿Alex? —La voz de Henry suena aguda y sorprendida al otro lado de la línea—. ¿De verdad me has llamado a las tres de la madrugada para que escuche graznar a un pavo?

—Obviamente —contesta Alex. Lanza una mirada a Pan de Maíz y se encoge sobre sí mismo—. Dios, estos bichos, cuando te miran, dan la impresión de leerte el pensamiento. Pan de Maíz conoce todos mis pecados, Henry. Pan de Maíz sabe todo lo que he hecho y ha venido aquí para hacerme pagar por ello.

Percibe un roce de telas al otro lado de la línea y se imagina a Henry con su pijama gris, cambiando de postura en la cama y tal vez encendiendo una lámpara.

—Oigamos, pues, ese terrible graznido.

—Muy bien, prepárate —le avisa Alex, y a continuación pone el manos libres y levanta el teléfono en alto.

Nada. Diez largos segundos de nada.

—Ciertamente estremecedor —dice la voz de Henry con tono metálico por el altavoz.

—Esto... vale, no ha sido representativo —responde Alex contrariado —. Pero te juro que llevan toda la puñetera noche graznando.

—No lo pongo en duda —asegura Henry.

—No, espera un momento —le dice Alex—. Voy a... Voy a provocar a uno de ellos para que lance un graznido.

Se baja de la cama de un salto y se aproxima a la jaula de Pan de Maíz sintiéndose como si estuviera poniendo su vida en peligro y también como si tuviera algo que demostrar, una situación en la que se ve a menudo.

—Hum —dice—. ¿Cómo se hace para que un pavo lance un graznido?

—Prueba a graznar tú —sugiere Henry—, a ver si te contesta.

Alex parpadea.

—¿Lo dices en serio?

—Nosotros, en primavera, cazamos montones de pavos salvajes —comenta Henry sabiamente—. El truco consiste en meterse en la mente del pavo.

—¿Y cómo diablos se hace eso?

—Bien —instruye Henry—, haz lo que yo te diga. Tienes que acercarte mucho a él, físicamente, me refiero.

Con mucho cuidado, sosteniendo todavía el teléfono cerca del cuerpo, Alex se inclina hacia los barrotes de la jaula.

—Vale.

—Establece contacto visual con el pavo. ¿Ya está?

Alex sigue las instrucciones que Henry le va dictando al oído. Pisa con firmeza y flexiona las rodillas para situarse a la altura de los ojos de Pan de Maíz, y siente un escalofrío que le recorre la columna vertebral en el momento de clavar sus ojos en los del depredador.

—Sí.

—Bien, pues aguanta así —dice Henry—. Conecta con el pavo, gánate su confianza... Hazte amigo suyo...

—Vale...

—Cómprate una casa en Mallorca con él...

—¡Serás cabrón! —grita Alex mientras Henry se ríe de su propio chiste, típico de ingleses, y los aspavientos de indignación que hace provocan que Pan de Maíz lance un fuerte graznido, lo cual, a su vez, le provoca un alarido muy poco masculino a él—. ¡Maldita sea! ¿Lo has oído?

—Perdona, ¿qué has dicho? Me he quedado sordo.

—Eres un hijo de puta —replica Alex—. No me creo que hayas cazado

pavos en tu vida.

—Alex, en Gran Bretaña ni siquiera los hay.

Alex regresa a la cama y hunde la cara en la almohada.

—Espero que Pan de Maíz me asesine de verdad.

—No, de acuerdo, lo he oído y ha sido... bastante aterrador —afirma Henry—. Así que te entiendo. Y a todo esto, ¿dónde está June?

—Pasando una noche de chicas con Nora. Les he escrito un mensaje pidiendo refuerzos y me han contestado... —lo lee en voz alta con voz monocorde—: «Ja, ja, ja, ja, que tengas buena suerte» seguido del icono del pavo y el de la caca.

—Muy justo —comenta Henry. Alex se lo imagina afirmando solemnemente con la cabeza—. Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora? ¿Vas a pasarte la noche en vela con ellos?

—¡No lo sé! ¡Supongo! ¡No sé qué otra cosa hacer!

—¿No podrías irte a dormir a otra parte? ¿No hay mil habitaciones en esa casa?

—Vale, sí, pero ¿y si se escapan? He visto *Parque Jurásico*. ¿Sabías que las aves descienden directamente de los raptores? Es una verdad científica. Raptores en mi dormitorio, Henry. ¿Y tú quieres que me eche a dormir como si no fueran a escaparse de sus jaulas y hacerse los dueños de la isla en cuanto cierre los ojos? No me jodas.

—En realidad voy a hacer que te liquiden —le dice Henry—. Ni siquiera lo verás venir. Nuestros asesinos se entrenan para ser discretos. Llegarán en mitad de la noche, y parecerá que has sufrido un humillante accidente.

—¿Asfixia autoerótica?

—Infarto en el váter.

—Joder.

—Estás avisado.

—Pensaba que ibas a matarme de una forma más personal. Poniéndome una almohada de seda en la cara para asfixiarme muy despacio, con delicadeza. Solos tú y yo. Muy sensual, todo.

—Ja. Ya. —Henry emite una tos.

—Bueno —dice Alex terminando de subirse a la cama—, da lo mismo,

porque antes me matará uno de estos puñeteros pavos.

—La verdad es que creo que no... Ah, mira quién llega por aquí. —Se oye una serie de crujidos, un papel al arrugarse y un fuerte olfateo que suena claramente al que hace un perro—. Ah, buen chico. David te manda saludos.

—Hola, David.

—Es... ¡eh, que no son para ti, Bamboleo! ¡Son mías! —Más crujidos, y después un maullido ofendido que se oye a lo lejos—. No, Bamboleo, no seas cabrón.

—¿Se puede saber quién cojones es Bamboleo?

—El imbécil del gato de mi hermana —explica Henry—. Pesa una tonelada y todavía intenta robarme mis Jaffa Cakes. David y él son amigos.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—¿Que qué estoy haciendo? Intentaba dormir.

—Vale, pero estás comiendo Jabba Cakes, ¿no?

—Se dice «Jaffa» —lo corrige Henry—. Dios, no dejan de acosarme un neandertal americano depravado y por lo visto un par de pavos.

—¿Y?

Henry lanza otro profundo suspiro. Siempre está suspirando cuando la cosa tiene que ver con Alex. Resulta asombroso que todavía le quede aire.

—Pues... no te rías.

—Vale —responde Alex de inmediato.

—Estaba viendo el programa *Bake Off*.

—Muy mono. Pero no es para nada bochornoso. ¿Qué más?

—Pues..., en fin..., llevo puesta una de esas mascarillas para la cara —dice todo de corrido.

—Ay, Dios. ¡Lo sabía!

—Me arrepiento de habértelo dicho.

—Sabía que te hacías uno de esos carísimos tratamientos escandinavos para la cara. ¿Qué crema usas para los ojos, esa que lleva diamantitos?

—¡No! —exclama Henry, y Alex se ve obligado a taparse la boca con la mano para amortiguar la risa—. Mira, mañana tengo un acto oficial, ¿vale? No sabía que me iban a escudriñar así.

—No te estoy escudriñando —protesta Alex—. Hay que tener bajo

control a esos poros rebeldes. Así que te gusta el programa *Bake Off*, ¿eh?

—Me resulta de lo más balsámico —afirma Henry—. Con esos decorados de colores pastel, y con esa música tan relajante, y con todos siendo tan amables con todos... Además, se aprende mucho de las diferentes clases de galletas que existen, Alex, muchísimo. Cuando el mundo se vuelva desagradable, por ejemplo, cuando te veas envuelto en la Gran Calamidad de los Pavos, puedes poner ese programa en la tele y dejarte llevar hasta el mundo de las galletas.

—Los concursos de cocina americanos no se parecen en nada. Los concursantes están siempre sudorosos, la música es dramática y da miedo, y hacen planos de cámara muy intensos —cuenta Alex—. Se parecen más bien a las películas de carnicerías como *La matanza de Texas*.

—Creo que eso explica por qué somos tan distintos —dice Henry, y Alex contesta con una breve risa.

—¿Sabes? —dice Alex—, eres toda una sorpresa.

Henry calla unos momentos.

—¿En qué sentido?

—En que no eres ningún capullo aburrido.

—Vaya —ríe Henry—. Me siento honrado.

—Veo que no eres una persona tan superficial.

—Pensabas que era un rubio tonto, ¿verdad?

—No exactamente —replica Alex—, solo un tío aburrido. A ver, le has puesto a tu perro el nombre de David, lo cual resulta bastante aburrido.

—Se lo puse por Bowie.

—Yo... —Alex sacude la cabeza y recalibra la respuesta—: ¿Lo dices en serio? Pero ¡cómo! ¿Y por qué no le pusiste Bowie, entonces?

—Eso habría sido poco imaginativo, ¿no? —dice Henry—. Un hombre necesita algo que le aporte una pizca de misterio.

—Supongo —acepta Alex.

Luego, como no consigue frenarlo a tiempo, suelta un enorme bostezo. Lleva levantado desde las siete, que salió a correr antes de ir a clase. Si estos pavos no acaban con él, lo matará el agotamiento.

—Alex —dice Henry con voz firme.

—¿Qué?

—Esos pavos no van a hacer contigo lo de *Parque Jurásico*. Tú no eres el protagonista de la serie *Seinfeld*, tú eres Jeff Goldblum. Vete a la cama.

Alex reprime una sonrisa que resulta ser más ancha de lo que merecía la frase.

—Vete tú a la cama.

—Es lo que pienso hacer —asegura Henry, y a Alex le parece captar una sonrisa extraña en la voz del príncipe; sinceramente, todo lo que está sucediendo esta noche es de lo más extraño—. En cuanto tú cuelgues el teléfono.

—De acuerdo —responde Alex—. Pero ¿qué hago si los pavos vuelven a graznarme?

—Pues te vas a dormir a la habitación de June, so memo.

—Vale —dice Alex.

—Vale —confirma Henry.

—Vale —repite Alex.

De pronto cobra conciencia de que nunca habían hablado por teléfono, y de que por lo tanto nunca ha tenido que averiguar cómo se le cuelga el teléfono al príncipe Henry. No sabe cómo actuar. Pero aún sonríe. Pan de Maíz lo mira fijamente, como si no lo entendiera. «Yo tampoco lo entiendo, colega».

—Vale —repite Henry—. Bueno, pues buenas noches.

—Genial —responde Alex tontamente—. Buenas noches.

Cuelga y se queda mirando el teléfono que tiene en la mano, como si este fuera la explicación de la electricidad estática que flota en el aire.

Se lo quita de la cabeza, acto seguido agarra su almohada y ropa de cama y cruza el pasillo para entrar en la habitación de June. Se sube a la alta cama de su hermana, pero no puede dejar de pensar que ha quedado un cabo suelto.

Vuelve a sacar el teléfono. «Yo te he mandado fotos de los pavos, así que me merezco que tú también me mandes fotos de tus mascotas».

Minuto y medio más tarde le llega una foto de Henry acostado en una cama gigantesca, palaciega, espantosa, con sábanas de color blanco y oro, con la cara ligeramente sonrosada y recién lavada, con la cabeza de un perro en un lado de la almohada y un obeso gato siamés en el otro,

enroscado en torno al envoltorio de un paquete de Jaffa Cakes. Muestra unas leves ojeras, pero se le ve una expresión relajada y divertida. Tiene una mano apoyada en la almohada, por encima de la cabeza, y la otra sosteniendo el teléfono para hacer el selfi.

«Esto es lo que tengo que soportar», dice, seguido de: «Buenas noches, en serio».

SAR Príncipe Gilipollas💩
8/12/2019, 20:53

oye, están poniendo una maratón de James Bond. ¿Sabías que tu padre estaba buenísimo?

SAR Príncipe Gilipollas💩
TE LO SUPLICO: NO

Los padres de Alex, ya antes de separarse, tenían la costumbre de llamarlo a él por el apellido del otro cuando mostraba alguna característica particular. Y aún siguen haciéndolo. Cuando se le va la lengua al hablar con la prensa, su madre lo hace ir a su despacho y le dice: «Compórtate como es debido, Díaz». Cuando su cabezonería lo mete en algún embrollo, su padre le envía el siguiente mensaje: «Suéltalo, Claremont».

Su madre lanza un suspiro y deja sobre el escritorio su ejemplar del *Washington Post,* abierto por un artículo de páginas interiores titulado: EL SENADOR ÓSCAR DÍAZ REGRESA A WASHINGTON PARA PASAR LAS FIESTAS CON SU EXMUJER, LA PRESIDENTA CLAREMONT. Casi resulta raro que ya no le resulte raro. Su padre va a venir desde California para pasar las Navidades, lo cual está muy bien, pero también sale en el *Post.*

Su madre hace lo que hace siempre que está a punto de pasar unos días con su exmarido: fruncir los labios y mover dos dedos de la mano derecha.

—¿Sabes? —le dice Alex desde el sofá del Despacho Oval en el que se ha instalado con un libro—, puedes pedir que te traigan un cigarrillo.

—Cállate, Díaz.

Había mandado que preparasen el Dormitorio Lincoln para su exmarido, pero cambia constantemente de idea respecto de la decoración, y ha ordenado al servicio que la modifique una y otra vez. Leo, por su parte, no se inmuta, y, entre una tira de espumillón y otra, se dedica a ablandarla con cumplidos. En opinión de Alex, nadie más que Leo podría permanecer casado con su madre; desde luego, su padre no pudo.

June, la perpetua mediadora, está fuera de sí. En el caso de Alex, su familia es casi el único contexto en el que prefiere relajarse y dejar que todo fluya, y limitarse a intervenir de tanto en tanto, cuando sea interesante o necesario, pero June se hace personalmente responsable de que nadie rompa más antigüedades de la Casa Blanca, todas valiosísimas, que el año pasado.

Por fin llega su padre en medio de un revuelo de agentes del Servicio Secreto, con su barba impecablemente recortada y su traje impecablemente hecho a medida. June, a pesar de todos sus nerviosos desvelos, casi rompe un jarrón antiguo al lanzarse a abrazarlo. De inmediato, ambos desaparecen en la tienda de chocolates de la planta baja, Óscar despotricando contra lo último que ha publicado su hija en el blog que escribe para el *Atlantic*. Alex y su madre intercambian una mirada; hay que ver cuán previsible puede ser en ocasiones su familia.

Al día siguiente, Óscar mira a Alex como diciendo: «Ven conmigo y no se lo digas a tu madre» y se lo lleva al Balcón de Truman.

—Feliz puta Navidad, hijo —le dice con una ancha sonrisa.

Alex suelta una carcajada y permite que su padre le pase un brazo por encima. Huele igual que siempre, a humo de tabaco, a sal y a cuero bien tratado. Su madre se quejaba de que tenía la impresión de vivir dentro de un estanco.

—Feliz Navidad, papá —le contesta.

Acerca una silla a la barandilla y levanta los pies, calzados con unas botas relucientes. A Óscar Díaz le encantan los paisajes.

Alex recorre con la vista el amplio césped cubierto de nieve que se extiende ante ellos, el seguro perfil del Monumento a Washington que se eleva hacia el cielo, los desiguales tejados abuhardillados del Edificio Eisenhower al oeste, el que tanto odiaba Truman. Su padre se saca un

cigarro puro del bolsillo, le recorta la punta y lo enciende con el minucioso ritual que lleva empleando desde hace años. Luego le da una calada y se lo pasa a Alex.

—¿Alguna vez te has reído al pensar en lo mucho que esto cabrea a los gilipollas? —le pregunta al tiempo que hace un ademán para abarcar toda la escena: dos mexicanos con los pies apoyados en la barandilla de un balcón en que los jefes de Estado comen cruasanes.

—Constantemente.

Óscar lanza una carcajada, disfrutando de su atrevimiento. Es un adicto a la adrenalina: alpinismo, buceo en cuevas, cabrear a su exmujer. Coquetear con la muerte, principalmente. Todo lo contrario del modo en que enfoca el trabajo, siempre metódico y preciso, o del modo en que enfoca su papel de padre, siempre relajado e indulgente.

Resulta agradable el hecho de que ahora lo vea más a menudo de lo que lo veía cuando él estaba en el instituto, gracias a que Óscar pasa la mayor parte del año en Washington. Durante las sesiones más ajetreadas del Congreso celebran reuniones de los Bastardos: así llaman a las quedadas semanales que organizan en la oficina de Óscar para tomarse unas cervezas después del trabajo, solo Óscar, Alex y Rafael Luna, en las que se dedican a criticar a todo el mundo. Y también resulta agradable que dicha proximidad haya obligado a sus padres a dejar atrás la etapa en que se prometían la destrucción mutua para entrar en la etapa actual, en la que celebran una sola Navidad en vez de dos.

Conforme van pasando los días, Alex se sorprende a sí mismo recordando, solo por un segundo, lo mucho que echa de menos la época en la que todos vivían bajo un mismo techo.

Su padre fue siempre el cocinero de la familia. Alex recuerda su infancia perfumada de cebollas y pimientos fritos, y de carne guisándose en una olla de hierro para hacer *caldillo,* y de *masa* fresca esperando en el tajo del carnicero. Recuerda a su madre soltando palabrotas y riendo cuando abría el horno para hacer las pizzas pequeñas con que se daba pequeños placeres y se lo encontraba abarrotado de cazuelas y sartenes guardadas allí, o cuando iba al frigorífico a por el tarro de la mantequilla y se lo encontraba relleno de salsa verde casera. En aquella cocina había risas, comida

abundante, música a todo volumen, desfiles de primos y deberes del colegio en la mesa.

Salvo que al final empezó a haber muchos gritos, seguidos de mucho silencio, y poco después June y él se hicieron adolescentes, sus padres llegaron ambos al Congreso, él se convirtió en el presidente del cuerpo estudiantil, en capitán conjunto de lacrosse, en rey del baile de graduación, se graduó con las mejores calificaciones, y, de forma muy intencionada, aquello dejó de ser una cosa en la que pensar.

Así y todo, su padre lleva tres días en la Residencia sin que haya ocurrido ningún incidente, y un día él lo sorprende en la cocina con una de las cocineras, riendo y echando pimientos en una olla. No sé, es que a veces le da por pensar que sería estupendo que estas cosas sucedieran más a menudo.

Zahra va a viajar a Nueva Orleans a pasar la Navidad con su familia, a instancias de la presidenta, y porque su hermana ha tenido un niño y Amy la ha amenazado con asesinarla si no entregaba el jerseicito que le ha tejido ella. Lo cual quiere decir que la cena de Navidad va a tener lugar en Nochebuena para que Zahra no se la pierda. A pesar de todas las noches que pasa maldiciéndolos, Zahra es de la familia.

—¡Feliz Navidad, Zahra! —le dice Alex en tono festivo en el pasillo que hay frente al comedor de familia.

A modo de adorno navideño, se ha puesto un jersey de cuello alto de color rojo. Alex lleva un jersey cubierto de tiras de espumillón de un verde brillante. Sonríe, pulsa un botón que tiene por dentro de la manga y al instante empieza a sonar un villancico por el altavoz que lleva oculto debajo de la axila.

—Estoy deseando perderte de vista dos días seguidos —le dice ella, pero su tono de voz denota verdadero cariño.

Este año el número de comensales es menor, dado que sus abuelos paternos están de vacaciones, así que la mesa se ha puesto para seis, adornada con dorados y purpurina. La conversación es tan agradable que a Alex casi se le olvida que no siempre ha sido así.

Hasta que sale el tema de las elecciones.

—He estado pensando —dice Óscar mientras corta cuidadosamente su

filete— que esta vez podría hacer campaña contigo.

Ellen, sentada al otro extremo de la mesa, deja un momento el tenedor.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes. —Óscar, masticando, se encoge de hombros—. Hacer la carretera, pronunciar unos cuantos discursos, ser tu suplente.

—No puedes estar hablando en serio.

Óscar también deja el tenedor y el cuchillo encima del mantel, con un ruido sordo que presagia lo peor. Alex mira a June.

—¿De verdad te parece tan mala idea? —pregunta.

—Óscar, ya estuvimos hablando de todo esto la última vez —le dice Ellen. Su voz se pone tensa al instante—. A la gente no le gustan las mujeres, pero sí que le gustan las madres y las esposas. Le gustan las familias. Lo que menos nos conviene es recordarle a todo el mundo que estoy divorciada paseando por ahí a mi exmarido.

Óscar emite una risa un tanto triste.

—De manera que vas a fingir que Leo es el padre, ¿no?

—Óscar —interviene el aludido—, tú sabes que yo por nada del mundo haría...

—No entiendes lo que quiero decir —lo interrumpe Ellen.

—Contribuiría a mejorar tus índices de aceptación —dice Óscar—. Los míos están bastante altos, El. Más altos de lo que jamás han estado los tuyos en la Casa Blanca.

—Ya empezamos —dice Alex dirigiéndose a Leo, que está sentado a su lado y mantiene un semblante agradablemente neutro.

—¡Hemos realizado estudios, Óscar! ¿De acuerdo? —Ellen ha elevado la voz en el volumen y en el tono, y tiene las manos apoyadas en la mesa—. ¡Los datos indican que mis índices empeoran entre los votantes indecisos cuando se les recuerda que estoy divorciada!

—¡La gente ya sabe que estás divorciada!

—¡Los números de Alex son altos! —grita, y tanto Alex como June dan un brinco—. ¡Los números de June son altos!

—¡Mis hijos no son números!

—Vete a la mierda, ya sé que no —escupe Ellen—. ¡En ningún momento he dicho que lo fueran!

—¿No te has parado a pensar que a veces te sirves de ellos como si lo fueran?

—Pero ¿cómo te atreves, cuando precisamente tú no tienes el menor problema en exhibirlos cada vez que te presentas a la reelección? —exclama ella agitando una mano en el aire—. A lo mejor, si solo se apellidasen Claremont, no tendrías tanta suerte. Seguro que resultaría menos confuso, ¡al fin y al cabo es el apellido por el que los conoce todo el mundo!

—¡Nadie va a aprovecharse de ninguno de nuestros apellidos! —salta June elevando la voz.

—June —la reconviene su madre.

—Intento ayudarte, Ellen —continúa su padre.

—¡No necesito tu ayuda para ganar unas elecciones, Óscar! —exclama ella golpeando la mesa con tanta fuerza que hace bailar los platos—. ¡No la necesité cuando estaba en el Congreso, no la necesité para convertirme en presidenta, y no la necesito ahora!

—¡Tienes que tomarte en serio los rivales a los que te enfrentas! ¿Crees que esta vez tu contrincante va a jugar limpio? Ocho años con Obama, ¿y ahora tú? ¡Están furiosos, Ellen, y Richards quiere sangre! ¡Tienes que estar preparada!

—¡Y lo estaré! ¿Crees que no tengo ya un equipo trabajando en esto? ¡Soy la presidenta de los puñeteros Estados Unidos! No necesito que vengas tú aquí y... y...

—¿Y se ponga a darte lecciones? —sugiere Zahra.

—¡Exacto! —chilla Ellen a la vez que mira a Óscar abriendo mucho los ojos y le apunta con el dedo—. ¡Que te pongas a darme lecciones sobre mi carrera presidencial!

Óscar tira la servilleta.

—¡Mira que eres testaruda!

—¡Que te jodan!

—¡Mamá! —exclama June.

—¡Por Dios, ya está bien! —grita Alex sorprendido, porque ni siquiera había decidido conscientemente contestar—. ¿No podríamos, por una vez, tener una cena en paz? Por lo que más queráis, es Navidad. ¿No se supone

que los dos dirigís este país? Pues comportaos.

Retira su silla y sale del comedor sabiendo que está actuando de forma melodramática, pero le da lo mismo. Entra en su dormitorio y cierra de un portazo, y el estúpido jersey que lleva puesto emite unos tintineos deprimentes, de tan desafinados, cuando se lo saca por la cabeza y lo arroja contra la pared.

No es que no sea habitual que pierda los nervios, pero es que... no suele perderlos en presencia de su familia. Sobre todo porque no suele tratar mucho a su familia.

Saca de la cómoda una camiseta de lacrosse vieja, y cuando se vuelve y se ve reflejado en el espejo colocado junto al armario, se siente de nuevo igual que cuando era adolescente y estaba muy preocupado por sus padres, pero no podía hacer nada por cambiar la realidad. Salvo que ahora no tiene clases extraescolares en las que inscribirse para que le sirvan de distracción.

Le hormiguea la mano, de ganas de coger el teléfono. Su mente es un vehículo que acepta como mínimo dos pasajeros: solo y ocupado en algo, o pensando acompañado de alguien. Pero Nora está en Vermont celebrando la Janucá, y no quiere molestarla, y Liam, su mejor amigo del instituto, apenas ha hablado con él desde que se vino a vivir a Washington.

De modo que solo le queda...

—Quisiera saber qué es lo que he hecho para que recaiga sobre mí este infortunio —dice Henry con una voz grave y soñolienta. Al fondo le parece estar oyendo cantar a Bing Crosby y Frank Sinatra.

—Hola... Esto... perdona. Ya sé que es tarde y que es Nochebuena, y tal. Seguramente estarás... en fin, con tu familia. Ahora he caído en la cuenta. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Vaya, por eso no tengo amigos. Soy un imbécil. Perdona, tío. Bueno, voy a... En fin...

—Alex, por favor —lo interrumpe Henry—. No pasa nada. Aquí son las tres y media, así que todo el mundo está durmiendo, excepto Bea. Bea, saluda.

—¡Hola, Alex! —exclama una voz clara y risueña al otro lado de la línea—. Henry lleva puesto un pijama con dibujos de bastones de caramelo...

—Ya basta. —Vuelve a oírse la voz de Henry, acompañada de un ruido

amortiguado que puede ser el de una almohada lanzada en dirección a Bea —. Bueno, ¿qué es lo que ocurre?

—Lo siento —dice Alex impulsivamente—. Ya sé que esto resulta extraño, y que estás con tu hermana y eso, y, bueno, no sé. Es que no tenía a nadie más a quien llamar que estuviera despierto. Y ya sé que tú y yo no... que en realidad no somos amigos y no hablamos de estas cosas, pero es que ha venido mi padre a pasar la Navidad, y mi madre y él son como dos putos tiburones peleándose por una cría de foca cuando están los dos juntos más de una hora en una misma habitación, y acaban de tener una bronca monumental, y la cosa no debería tener importancia, porque ya están divorciados y tal, y no sé por qué he perdido los nervios, pero quisiera que por una sola vez fueran capaces de no discutir, y así podríamos tener al menos unas Navidades normales, ¿sabes?

Sigue una larga pausa, y después Henry responde:

—Espera un momento. Bea, ¿me dejas un minuto? Calla. Sí, puedes coger las galletas. Vale, Alex. Te escucho.

Alex expulsa el aire y se pregunta débilmente qué diablos está haciendo, pero continúa.

Continúa hablándole a Henry del divorcio, de aquellos años extraños y borrascosos, del día en que al regresar de una acampada con los Boy Scouts descubrió que su padre se había llevado sus cosas, de las noches que pasó atiborrándose de helado. Hablarle de estas cosas no le resulta tan incómodo como probablemente debería. Con Henry nunca se ha tomado la molestia de ponerse filtros; al principio porque sinceramente le importaba un pito lo que opinase Henry, y ahora porque esa es ya la relación que tiene con él. Tal vez debería ser distinta, tal vez debería quejarse de lo mucho que tiene que estudiar en lugar de soltar todo lo que lleva dentro. Pero no lo es.

No se percata de que lleva una hora hablando hasta que termina de contarle a Henry lo sucedido en la cena y Henry le contesta:

—Por lo que me cuentas, has hecho lo que has podido.

Alex se olvida de lo que iba a decir a continuación.

Es que..., bueno, son muchas las veces que le dicen que es un chico estupendo, pero no es tan frecuente que le digan que es lo bastante bueno.

Antes de que se le ocurra qué responder, alguien da tres golpecitos en la

puerta. Es June.

—Esto..., vale, tío, muchas gracias, tengo que colgar —dice en voz baja al tiempo que June empuja la puerta.

—Alex...

—En serio, gracias —repite Alex. No tiene ganas de explicarle esto a June—. Feliz Navidad. Buenas noches.

Cuelga y arroja el teléfono a un lado al tiempo que June se sienta en la cama. Lleva puesto su albornoz rosa y trae el pelo mojado de la ducha.

—Oye —le dice—, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —responde—. Perdona, no sé qué es lo que me ha pasado. No era mi intención perder los nervios. Últimamente estoy... No sé. Estoy... en otra cosa.

—No pasa nada —dice June. Se echa la melena sobre el hombro, y unas gotas de agua salpican a su hermano—. En estos últimos seis meses de universidad lo mío ha sido tremendo. Le montaba broncas a todo el mundo. ¿Sabes?, no estás obligado a hacerlo todo al mismo tiempo.

—No pasa nada, estoy bien —repite Alex de forma automática. June lo mira de soslayo, nada convencida, y él le da una patadita en la rodilla con el pie descalzo—. Bueno, ¿y qué ha pasado después de irme yo? ¿Ya han terminado de limpiar la sangre?

June deja escapar un suspiro y le devuelve la patadita.

—No sé cómo, pero cambiaron de tema y empezaron a hablar de que antes de divorciarse formaban una pareja que tenía mucho poder en la política y de que aquellos fueron buenos tiempos. Mamá pidió perdón, y después se dio paso al whisky y a la nostalgia hasta que todo el mundo se fue a la cama. —Sorbe por la nariz—. Sea como sea, tú tenías razón.

—¿No opinas que saqué los pies del tiesto?

—Qué va. Aunque... estoy de acuerdo con lo que estaba diciendo papá. Mamá puede ser... ya sabes... mamá.

—Bueno, por eso está donde está ahora.

—¿Y no te parece que eso pueda suponer un problema?

Alex se encoge de hombros.

—Lo que me parece es que es una buena madre.

—Ya, para ti —replica June. Lo dice sin tono acusatorio, es una mera

observación—. La eficacia de su papel maternal depende más o menos de lo que uno necesite de ella. O de lo que uno pueda hacer por ella.

—A ver, yo entiendo lo que está diciendo —replica Alex en actitud evasiva—. A veces sigue doliendo que papá decidiera hacer las maletas y mudarse a California solo para presentarse como candidato allí.

—Ya, pero, a ver, eso no es tan distinto de lo que ha hecho mamá. Todo es política. Lo único que digo es que papá lleva algo de razón cuando dice que mamá nos presiona y no siempre nos da las demás cosas que debería darnos como madre.

Alex abre la boca para responder, cuando de pronto a June le suena el teléfono dentro del bolsillo del albornoz.

—Oh. Hum... —dice al sacarlo para mirar la pantalla.

—¿Qué?

—Nada. —Abre el mensaje—. Una felicitación de Navidad de Evan.

—Evan... ¿Tu antiguo novio Evan, el de California? ¿Todavía os mandáis mensajes?

June se muerde el labio, y teclea un mensaje de respuesta con una expresión ausente en la cara.

—Sí, a veces.

—Genial —dice Alex—. Evan siempre me cayó bien.

—Ya, a mí también —contesta June en voz queda. Acto seguido, cierra el teléfono y lo deja encima de la cama, y luego pestañea un par de veces, como si estuviera reiniciándose—. En fin, ¿qué ha dicho Nora cuando se lo has contado?

—¿Cómo...?

—Cuando estabas al teléfono. He supuesto que estabas hablando con ella, porque nunca hablas con nadie más de estas cosas.

—Ah —dice Alex. Nota un calor inexplicable que le sube por la nuca, como si estuviera traicionando a alguien—. Ah, esto..., no. Lo cierto es que te va a parecer raro, pero estaba hablando con Henry.

June alza las cejas de golpe, y Alex, de manera instintiva, recorre la habitación con la vista buscando dónde esconderse.

—No me digas.

—Escúchame. Ya sé, pero es que, cosa rara, tenemos bastantes cosas en

común y supongo que un bagaje emocional parecido y neurosis similares, y no sé por qué, pero me pareció que él iba a entenderme.

—Oh, Dios mío, Alex —dice June, y a continuación se abalanza sobre él y le da un abrazo—. ¡Has hecho un amigo!

—¡Es que tengo amigos! ¡Suéltame!

—¡Has hecho un amigo! —Le propina un leve coscorrón—. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Voy a matarte, déjalo ya —se queja Alex forcejeando como un caimán para zafarse de ella. Acaba aterrizando en el suelo—. Henry no es amigo mío. Es una persona con la que me gusta discutir todo el tiempo, y en una sola ocasión he hablado con él de algo real.

—Eso es un amigo, Alex.

Su hermano empieza varias frases que deja en suspenso antes de pronunciarlas, y finalmente señala la puerta.

—¡Puedes marcharte, June! ¡Vete a la cama!

—De eso nada. Cuéntamelo todo de ese nuevo amigo tuyo, que encima es miembro de la realeza. Muy sofisticado por tu parte. ¡Quién lo hubiera pensado! —dice June mirando a su hermano desde la cama—. Oh, Dios mío, esto se parece a todas esas comedias románticas en las que la chica contrata a un *escort* masculino para que la acompañe a una boda fingiendo ser su novio y luego se enamora de él de verdad.

—Esto no se parece nada a eso. Nada en absoluto.

Los empleados apenas acaban de guardar los árboles de Navidad cuando empieza todo.

Hay que acondicionar la pista de baile, finalizar el menú, aprobar el filtro de Snapchat. Alex pasa todo el día 26 encerrado con June en el despacho del secretario de Eventos Sociales, repasando las notas de descargo de responsabilidad que tienen que hacer firmar a todo el mundo porque el año pasado la hija de una actriz de Hollywood se cayó por las escaleras de la Rotonda; a Alex lo sigue sorprendiendo que no se le derramase la margarita que estaba tomando.

Una vez más, ha llegado el momento de celebrar la «Legendaria Fiesta

de Nochevieja en la que el Chiflado Trío de la Casa Blanca lo Da Todo». Técnicamente, el título es Gala de Nochevieja de la Joven América, o, según lo denomina por lo menos un presentador de un programa nocturno de televisión, la Cena de los Millennials Amigos por Correspondencia. Todos los años, Alex, June y Nora llenan el salón de baile de la segunda planta aproximadamente con trescientos invitados, entre ellos amigos suyos, famosos con los que guardan cierta amistad, antiguos ligues, posibles contactos políticos y otros veinteañeros notables por algún otro motivo. Oficialmente, dicha fiesta tiene como objetivo recaudar fondos, y genera tanto dinero para obras benéficas y tanta publicidad de relaciones públicas para la Primera Familia que hasta su madre le otorga su aprobación.

—Hum, discúlpenme —dice Alex sentado a una mesa de reuniones de la primera planta con una mano llena de muestras de confeti (¿prefieren una paleta de colores metalizados o de tonos más suaves, dorado y azul marino?) escrutando un ejemplar de la lista definitiva de invitados. June y Nora tienen los carrillos llenos de muestras de tartas—. ¿Quién ha incluido aquí a Henry?

—Yo no he sido —asegura Nora con la boca llena de tarta de chocolate.

—¿June?

—¡Deberías haberlo invitado tú mismo! —responde su hermana, reconociendo su culpa—. Resulta muy agradable que estés haciendo amigos aparte de nosotras. A veces, cuando te aíslas demasiado, empiezas a actuar de forma un poco alocada. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió el año pasado, cuando Nora y yo pasamos una semana fuera del país y estuviste a punto de hacerte un tatuaje?

—Sigo pensando que deberíamos haber dejado que se hiciera un tatuaje en el culo.

—No iba a ser un tatuaje en el culo —se defiende Alex con calor—. Tú sabías esto, ¿verdad?

—Ya sabes que me encanta el caos —le dice Nora sin alterarse.

—Tengo amigos aparte de vosotras —replica Alex.

—¿Quiénes, Alex? —le pregunta June—. A ver, ¿quiénes son?

—¡Gente! —responde a la defensiva—. ¡Gente de clase! ¡Liam!

—Por favor. Todos sabemos que llevas un año sin hablar con Liam —

dice June—. Necesitas amigos. Y yo sé que Henry te cae bien.

—Cierra el pico. —Alex se mete un dedo por debajo del cuello de la camisa y descubre que está sudando. ¿Por qué siempre tienen que poner la calefacción al máximo cuando nieva?

—Esto es interesante —observa Nora.

—No, no lo es —salta Alex—. De acuerdo, Henry puede venir. Pero si no conoce a ningún invitado más, yo no pienso hacerle de canguro toda la noche.

—Le he añadido un acompañante —anuncia June.

—¿A quién va a traer? —reacciona Alex de inmediato. Es un acto reflejo, involuntario—. Lo pregunto por curiosidad.

—A Pez —contesta su hermana observándolo con una mirada extraña que él no logra descifrar y que termina achacando a que June es una persona rara y engañosa.

Es frecuente que actúe con mucho misterio, que organice y prepare cosas que él nunca ve venir hasta que se unen todos los hilos.

De modo que Henry va a venir. Es una suposición que ve confirmada el día de la fiesta, cuando mira en Instagram y ve una foto publicada por Pez en la que aparecen el príncipe y él a bordo de un avión privado. Pez se ha teñido el pelo de un rosa pastel para la ocasión, y Henry posa sonriente y vestido con una sudadera gris de aspecto suave, con calcetines y con las piernas apoyadas en el marco de la ventana. Lo cierto es que, por una vez, tiene cara de haber dormido bien.

«¡Camino de EE.UU.! #GalaJovenAmerica2019», reza el pie de foto.

Alex esboza una sonrisa a su pesar y le escribe un mensaje a Henry.

«ATN: Esta noche llevaré un traje de terciopelo granate. Por favor, no intentes eclipsarme, porque fracasarás y te resultará muy violento».

Henry le contesta unos segundos más tarde:

«Nada más lejos de mi intención».

A partir de ahí todo se acelera: un estilista peluquero se lo lleva a la sala de maquillaje, y observa cómo transforman a las dos chicas en la versión de sí mismas que deben ofrecer a las cámaras. El cabello corto y rizado de Nora acaba peinado hacia un lado y sujeto con una horquilla de plata que hace juego con las duras formas geométricas del corpiño de su vestido

negro; June lleva un modelo de Zac Posen de profundo escote, en un tono azul noche que sirve de complemento perfecto a la paleta de colores en dorado y azul marino que han escogido.

Los invitados comienzan a llegar a eso de las ocho, y empieza a correr el alcohol. Para ponerse en marcha, Alex pide un whisky de nivel medio. Hay música en vivo, un grupo de pop que le debía un favor personal a June y que en estos momentos está interpretando *American Girl*, así que Alex agarra a su hermana de la mano y se la lleva a la pista.

Los primeros en llegar son siempre personajes del mundo de la política que acuden por primera vez: un pequeño grupo de becarios de la Casa Blanca, un organizador de eventos que trabaja para el Centro para el Progreso de América, la hija de un senador que está en su primer mandato, acompañada de una amiga con aspecto de rockera *punk* que Alex toma nota mentalmente de procurar esquivar durante la gala. A continuación, llega la oleada de invitados políticamente estratégicos elegidos por el equipo de prensa, y por último los personajes que están más de moda: estrellas del pop pequeñas y medianas, actores de culebrones para adolescentes, hijos de famosos de gran prestigio.

Está preguntándose cuándo llegará Henry, cuando de pronto aparece June a su lado y exclama:

—¡Ahí está!

Su mirada se topa con un fuerte estallido de color que resulta ser la cazadora de Pez, confeccionada en un tejido de seda muy brillante y con un estampado floral tan recargado que casi tiene que entornar los ojos. Sin embargo, los colores se atenúan ligeramente cuando desvía la mirada hacia la derecha.

Es la primera vez que ve a Henry en persona desde el fin de semana que pasó en Londres y los cientos de mensajes, chistes absurdos y llamadas a altas horas de la noche que siguieron después, y la impresión que le causa es casi como si estuviera conociendo a una persona nueva. Ahora sabe más cosas de Henry, lo entiende mejor, y es capaz de apreciar lo infrecuente que es ver una sonrisa auténtica en su rostro, famoso por su belleza.

Resulta una extraña disonancia cognitiva, la existente entre este Henry del presente y el Henry del pasado. Debe de ser por eso la intensa sensación

de inquietud y de calor que experimenta dentro del pecho. Por eso y por el whisky.

Henry lleva un sencillo traje azul oscuro, pero ha optado por lucir una corbata estrecha y de un vivo color mostaza cobrizo. Cuando descubre a Alex, sonríe de oreja a oreja y le da un tirón en el brazo a Pez.

—Una corbata muy bonita —le dice Alex cuando lo tiene lo bastante cerca como para que lo oiga en medio de tanta gente.

—Pensé que si me ponía algo menos llamativo me obligarían a salir del edificio —contesta el príncipe con una voz algo distinta de lo que recuerda él: parecida a un terciopelo muy caro, un objeto que indica dinero, suntuosidad y fluidez, todo al mismo tiempo.

—¿Y quién es este? —pregunta June al lado de Alex, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

—Ah, sí —responde Henry—, no habéis sido presentados oficialmente, ¿no? June, Alex, os presento a mi mejor amigo, Percy Okonjo.

—Podéis llamarme Pez —dice el presentado en tono festivo al tiempo que tiende la mano a Alex. Lleva varias uñas pintadas de azul. Cuando pasa a centrar la atención en June, sus ojos se vuelven más brillantes y su sonrisa se ensancha—. Le ruego que me propine un cachete si me estoy excediendo, pero es usted la mujer más exquisita que he visto en toda mi vida, y me gustaría invitarla a tomar una copa de lo más caro que haya en este lugar, si usted me lo permite.

—Vaya —dice Alex.

—Es usted un conquistador —le dice June con una sonrisa indulgente.

—Y usted es una diosa.

Los sigue con la mirada hasta que se pierden entre la multitud, Pez como una luminosa mancha de color que ya está arrastrando a June en una pirueta. La sonrisa de Henry se ha vuelto tímida y reservada, y Alex entiende por fin la amistad que existe entre ellos: Henry no desea la luz de los focos, y Pez va absorbiendo de manera natural todo lo que el príncipe aparta de sí.

—Ese hombre lleva suplicándome que le presente a tu hermana desde la boda —comenta Henry.

—¿En serio?

—Probablemente le hemos ahorrado una tremenda cantidad de dinero. Ya iba a empezar a pedir presupuesto a esos pilotos que dibujan cosas en el cielo mediante acrobacias aéreas.

Alex echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, y Henry, todavía sonriente, lo observa sin pestañear. June y Nora tenían razón: es verdad que, contra todo pronóstico, esta persona le cae muy bien.

—Vale, vente conmigo —dice Alex—. Ya llevo dos whiskies en el cuerpo. Tienes que beber bastante para alcanzarme.

Más de una conversación se interrumpe al paso de Alex y Henry, más de un invitado se queda con la boca abierta a punto de engullir un entremés. Alex intenta imaginar la imagen que deben de estar proyectando: el príncipe y el Primer Hijo, los dos mayores rompecorazones de sus respectivos países, yendo codo con codo de camino a la barra. Resulta intimidatorio y emocionante cumplir las expectativas que tiene la gente de lo que debe ser una fantasía tan intocable. Eso es lo que la gente ve, pero nadie tiene ni idea de la Gran Calamidad de los Pavos; eso solo lo saben Henry y él.

Finaliza el primer asalto y se pierden entre la multitud. Alex se sorprende de lo complacido que se siente teniendo a su lado la presencia física de Henry. Ni siquiera le importa ya tener que levantar la vista para mirarlo. Se lo presenta a varios becarios de la Casa Blanca y ríe cuando estos se ruborizan y balbucean. Henry mantiene una expresión neutra, una expresión que él antes confundía con una falta de interés pero que ahora entiende tal como es: diversión cuidadosamente disimulada.

Hay baile, mezcla con la gente, y June pronuncia un discurso acerca del fondo para inmigrantes que se sufragará con el dinero recaudado en esta velada. Alex se escabulle cuando intenta atraparlo con ademán agresivo una actriz de las nuevas películas de *Spiderman* para obligarlo a bailar en una conga que acaba de formarse espontáneamente, y Henry da la impresión de pasárselo bien. En un momento dado, June llega hasta ellos y se lleva a Henry a la barra. Alex los observa desde lejos, sintiendo curiosidad por saber de qué estarán hablando para que su hermana casi se caiga de la banqueta por la fuerza de las carcajadas, hasta que la multitud vuelve a engullirlo.

Pasado un rato, el grupo que tocaba en vivo se disgrega y cede el sitio a

un pinchadiscos que empieza a poner música de hip-hop de principios de los 2000, todos los grandes éxitos que salieron cuando Alex era pequeño y que todavía se oían cuando él era adolescente. En ese momento lo encuentra Henry, igual que un náufrago perdido en el mar.

—¿No bailas? —pregunta observando a Henry, quien, visiblemente, intenta averiguar qué hacer con las manos. Resulta enternecedor. «Huy», reflexiona, «estoy borracho».

—Sí que bailo —responde Henry—, es que las clases de bailes de salón que son obligatorias en mi familia no incluían precisamente esto.

—Venga, solo hay que mover la cadera. Tienes que soltarte. —Baja las manos y las apoya en las caderas de Henry, y Henry, al sentir el contacto, se pone tenso al instante—. Eso es lo contrario de lo que acabo de decirte.

—Alex, yo no...

—Mira —le dice Alex moviendo las caderas—, fíjate en mí.

Henry bebe un largo trago de champán.

—Ya me estoy fijando —contesta.

La canción da paso a otro ritmo: dum-dum-dum, dum-dum-dum...

—¡Calla! —chilla Alex interrumpiendo lo que Henry estuviera diciendo —, cállate la boca, ¡esta es mi canción! —Y a continuación levanta las manos en el aire. Henry lo mira con gesto inexpresivo, y alrededor de ellos la gente empieza a vitorear también, cientos de hombros que se mueven al compás de *Get Low*, el tema teñido de nostalgia del rapero Lil Jon—. ¿De verdad que no has ido nunca a un baile de secundaria y no has visto a los chavales magrearse bailando esta canción?

Henry se aferra a su copa de champán como si la vida le fuera en ello.

—Has de saber que, por supuesto, jamás he hecho tal cosa.

Alex alarga un brazo y secuestra a Nora, que está al lado, en otro grupo, coqueteando con la chica de las películas *Spiderman*.

—¡Eh, Nora! ¡Nora! ¡Henry nunca ha visto a los chavales magrearse bailando esta canción!

—¿Qué?

—Por favor, dime que nadie va a magrearme a mí —suplica Henry.

—¡Ay, Henry! —chilla Alex agarrando al príncipe de la solapa mientras la música continúa sonando con fuerza—, tienes que bailar. No te queda

más remedio. Tienes que entender esta formativa experiencia americana que da paso a la edad adulta.

En eso, Nora agarra a Alex, lo aparta de Henry, lo obliga a volverse, le apoya las manos en la cintura y empieza a restregarse contra él. Alex lanza un silbido, Nora ríe, y los invitados los rodean dando brincos. Henry se limita a contemplarlos boquiabierto.

—¿Ese hombre acaba de decir algo así como «me corre el sudor por las pelotas»?

Es divertido: Nora pegada a su espalda, la frente mojada de sudor, cuerpos a su alrededor, cada vez más cerca. A un lado, un productor de *podcasts* y el actor de *Stranger Things* están bailando al son de Kid'n Play, y al otro lado Pez está literalmente doblado hacia delante y tocándose los dedos de los pies, tal como le han pedido. Henry luce una expresión de confusión y asombro, y resulta graciosísimo mirarlo. Alex acepta un chupito de una bandeja que pasa por su lado, y se lo bebe para mitigar la extraña sensación que se le pone en el estómago al ver la forma en que los mira Henry. Frunce los labios y menea el trasero, y Henry, sumamente turbado, empieza a mover la cabeza.

—¡Fóllatela, tío! —chilla Alex, y Henry ríe a regañadientes; hasta imprime un poco de movimiento a sus caderas.

—Pensaba que no querías hacerle de canguro al príncipe toda la noche —le susurra June al oído al pasar junto a él.

—Y yo pensaba que tú estabas demasiado ocupada para interesarte por los tíos —le contesta Alex señalando significativamente a Pez, que está en la periferia.

Ella le guiña un ojo y se pierde de vista.

A partir de ahí, ya se dedican a divertir a los presentes hasta las doce de la noche, con las luces y la música a todo lo que dan de sí. El confeti vuela por los aires como salido de un surtidor; ¿habrán traído cañones de confeti? Más bebida: Henry empieza a beber directamente de una botella de Moet & Chandon. A Alex le gusta la cara que pone el príncipe, la seguridad con que agarra el cuello de la botella, el modo en que pega los labios al morro. La disposición de Henry a bailar es directamente proporcional a lo cerca que tenga las manos de Alex, y la cantidad de calor y de vértigo que nota Alex

bajo la piel es directamente proporcional al gesto que hace Henry con la boca cuando lo ve con Nora. Es una ecuación que podría descifrar si estuviera bastante menos borracho.

Cuando falta un minuto para las doce, todo el mundo se junta para la cuenta atrás, todos con los ojos vidriosos y abrazados unos a otros. Nora le grita al oído de Alex eso de «tres, dos, uno» y le rodea el cuello con un brazo al tiempo que él lanza un aullido de aprobación y la besa torpemente, entre risas. Lo hacen todos los años, ambos perpetuamente solteros, afectuosamente borrachos y encantados de generar envidias y rumores en los demás. La boca de Nora está caliente y sabe fatal, a licor de melocotón; ella le muerde el labio y, para que no falte nada, le revuelve el pelo.

Cuando abre los ojos, ve que Henry lo está mirando a su vez, con una expresión indescifrable en el rostro.

Su sonrisa se hace más amplia. Henry da media vuelta y se concentra en la botella de champán que todavía tiene aferrada en la mano, de la cual bebe un buen trago, y seguidamente se pierde entre la multitud.

Después de eso, Alex pierde la noción de los acontecimientos porque está muy, pero que muy borracho, la música está muy, pero que muy alta, y tiene muchas, muchísimas manos encima que lo empujan hacia la maraña de cuerpos que están bailando y le pasan más copas que beber. Nora pasa por su lado meciéndose, subida a la espalda de un fornido jugador recién llegado al fútbol americano de la NFL.

El ambiente es ruidoso, alborotado y genial. A Alex siempre le han encantado estas fiestas, la euforia que lo invade todo, el hormigueo del champán en la lengua, el confeti que se le pega a los zapatos. Le sirve para recordar que, aunque en las habitaciones privadas se estrese y se preocupe, siempre habrá un mar de gente en el que pueda diluirse; que el mundo puede resultar cálido y acogedor, y llenar las paredes de esta casa tan grande y antigua en la que vive de luminosidad y de una vitalidad contagiosa.

Pero por debajo del alcohol y de la música, no puede evitar darse cuenta de que Henry ha desaparecido.

Mira en los cuartos de baño, en el bufé, en los rincones tranquilos del salón de baile, pero no lo encuentra por ninguna parte. Intenta preguntar a

Pez, le grita el nombre de Henry para hacerse oír por encima del ruido, pero Pez se limita a sonreír y atrapa al vuelo un chupito de licor de un joven grumete que pasa en ese momento con una bandeja.

Se siente... «Preocupado» no es el término exacto. Molesto. Intrigado. Le estaba divirtiendo ver en el semblante de Henry la reacción a todo lo que iba haciendo él. Sigue buscando, hasta que sufre un tropezón junto a uno de los ventanales del pasillo. Está incorporándose cuando de pronto le da por mirar afuera, a los jardines. Allí, bajo un árbol, en la nieve, expulsando el aliento en pequeñas nubecillas de vaho, hay una figura alta y de hombros anchos que solo puede ser Henry.

Sin pensárselo mucho, sale al pórtico, y en el instante en que se cierran las puertas a su espalda la música da paso al silencio, y en el jardín están únicamente Henry y él. Sufre la visión borrosa y de efecto túnel típica de los borrachos cuando intentan enfocar algo. Sigue dicho túnel para bajar los escalones y saltar al césped nevado.

Henry está de pie, en silencio, con las manos en los bolsillos, contemplando el cielo, y casi parecería sobrio si no fuera porque está un poco inclinado hacia el lado izquierdo. La estúpida dignidad de los ingleses, incluso tras haber bebido champán. A Alex le entran ganas de arrearle un puñetazo en su soberana jeta.

Tropieza con un banco, y el ruido alerta a Henry. Cuando vuelve el rostro, el resplandor de la luna lo ilumina y lo suaviza formando medias sombras y confiriéndole un atractivo que Alex no consigue entender.

—¿Qué haces aquí fuera? —le pregunta al tiempo que se acerca al árbol bajo el que se cobija y se pone a su lado.

Henry entrecierra los ojos. Al observarlo de cerca, Alex repara en que bizquea un poco, tiene la vista enfocada entre su nariz y él. No se le ve tan digno, después de todo.

—Estoy buscando Orión —responde Henry.

Alex emite una risita y vuelve la vista hacia el cielo. Él no ve nada más que unos gruesos nubarrones de invierno.

—Debe de aburrirte muchísimo estar con la plebe, para salir aquí a mirar las nubes.

—No estoy aburrido —farfulla Henry—. ¿Y a qué has salido tú? ¿Qué

pasa, es que el chico de oro de América no tiene multitudes a las que cautivar que se desmayen a su paso?

—Habló el puto príncipe azul —replica Alex con una sonrisa de suficiencia.

Henry, sin dejar de mirar las nubes, hace una mueca muy poco principesca.

—En absoluto.

De pronto roza con los nudillos el dorso de la mano de Alex, una breve chispa de calor en medio del frío de la noche. Alex estudia su rostro de perfil, observa cómo parpadea para disipar los efectos del alcohol, sigue la suave línea de su nariz y el ligero hundimiento que tiene en el centro del labio superior, iluminado por la luna. Hace un frío helador y él solo lleva puesta la chaqueta del traje, pero nota un intenso calor en el pecho, a consecuencia del alcohol, junto con una sensación de mareo con la que su cerebro tropieza una y otra vez en el intento de ponerle nombre. En los jardines reina el silencio, salvo por la sangre que le ruge en los oídos.

—Pero en realidad no has respondido a mi pregunta —señala.

Henry deja escapar un quejido y se pasa una mano por la cara.

—No eres capaz de respetar la tranquilidad de nadie, ¿verdad? —Inclina la cabeza hacia atrás y se la golpea suavemente contra el tronco del árbol—. A veces resulta... demasiado.

Alex no deja de mirarlo. Por lo general, en la boca de Henry hay un gesto que delata una cierta simpatía, pero otras veces, como ahora, ese gesto es de reserva, indica que ha decidido mantener la guardia alta.

Alex cambia de postura, casi de forma involuntaria, y se apoya también contra el árbol. Rozando su hombro con el del Henry, advierte que su boca se agita ligeramente y ve algo que cruza su semblante por un momento. Estas cosas, estos sucesos tan importantes en los que permite que otras personas se nutran de su energía, rara vez son excesivas para él. No sabe muy bien qué es lo que siente Henry, pero una parte de su cerebro, probablemente empapada de tequila, piensa que quizá fuera útil que Henry tomase aquello que pueda manejar y él tomase el resto. Quizá pueda absorber una parte del «demasiado» del punto en el que se tocan los hombros de ambos.

De pronto se mueve un músculo en el mentón de Henry, y sus labios dibujan algo que es suave, casi una sonrisa.

—¿Alguna vez te has preguntado —dice despacio— cómo sería ir por el mundo siendo una persona anónima?

Alex frunce el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... —dice Henry— si tu madre no fuera la presidenta y tú fueras simplemente un tío normal que llevara una vida normal, ¿cómo serían las cosas? ¿Qué estarías haciendo?

—Ah —dice Alex, reflexionando. Extiende un brazo ante sí y zanja el asunto con un ademán displicente—. Pues, hombre, obviamente sería modelo. Ya he salido dos veces en la portada del *Vogue* juvenil. Esta genética mía se impone a cualquier otra circunstancia. —Henry vuelve a poner los ojos en blanco—. ¿Y tú?

El príncipe sacude la cabeza en un gesto de tristeza.

—Yo sería escritor.

Alex deja escapar una risita. Ya tenía la sensación de conocer ese dato, pero aun así lo sigue desarmando.

—¿Y no puedes serlo?

—No se considera lo que se dice una profesión que merezca la pena, para un varón que se encuentra en la línea sucesoria del trono, garabatear versos que hablen de la angustia vital de la juventud —replica Henry en tono irónico—. Además, en mi familia la profesión tradicional es la de militar, de modo que no hay más que decir.

Se muerde el labio, deja pasar unos instantes y vuelve a abrir la boca.

—Y también tendría más citas, probablemente.

Alex no puede evitar otra risita.

—Ya, como que es muy difícil tener una cita cuando uno es un príncipe.

Henry baja la vista hacia Alex.

—Te sorprenderías.

—¿Por qué? No es que te falten opciones precisamente.

Henry no aparta la vista, le sostiene la mirada durante un poco más de la cuenta.

—Las opciones que me gustarían a mí... —dice arrastrando las palabras

— no se contemplan en absoluto como opciones.

Alex parpadea.

—¿Qué?

—Estoy diciendo que hay... personas... que me interesan. —Henry gira el cuerpo hacia Alex y habla empleando un tono torpe pero directo, como queriendo decir algo con ello—. Pero no debo intentar tener una relación con ellas. Por lo menos desde la posición en que estoy.

¿Estarán demasiado borrachos para comunicarse en inglés? Alex se pregunta vagamente si Henry sabrá algo de español.

—No sé de qué cojones me hablas —dice.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿De verdad?

—De verdad.

Henry contorsiona todo el rostro en una mueca de frustración, y sus ojos se vuelven de nuevo hacia el cielo, como si buscaran un poco de ayuda en un universo que pasa totalmente de él.

—Dios, mira que eres tosco —se queja, y de improviso agarra a Alex de la cara con las dos manos y lo besa.

Alex se queda petrificado, intentando asimilar el contacto de los labios de Henry y de los puños de lana de su abrigo, que le están arañando el mentón. El mundo entero se difumina en una nube estática, y su cerebro lucha con todas sus fuerzas por escapar de ella e intenta resolver la ecuación de peleas de adolescente, tartas nupciales, mensajes a las dos de la madrugada, sin entender la variable que lo ha traído hasta este momento, salvo que..., en fin, cosa sorprendente, lo cierto es que le da lo mismo. No le importa en absoluto.

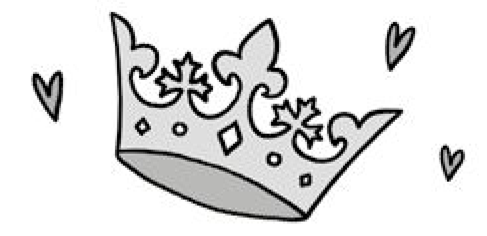
En su mente, y presa del pánico, intenta elaborar una lista, pero solo llega hasta: «Uno: Henry tiene los labios muy suaves», y ahí sufre un cortocircuito.

Prueba a devolver el beso, y se ve recompensado por la boca de Henry, que se desliza y se abre contra la suya, y por la lengua de Henry, que se restriega contra la suya, lo cual produce una sensación maravillosa. No se parece en nada al beso que se ha dado antes con Nora, no se parece en nada

a ningún beso que se haya dado con nadie en toda su vida. Este beso es tan firme y tan enorme como el suelo que tiene bajo los pies, abarca todos los rincones de su ser, es muy capaz de dejarlo sin una gota de aire en los pulmones. Una mano de Henry se introduce en su pelo por la nuca y lo aferra en la raíz, y sin querer le arranca un gemido que rompe el silencio sepulcral, y...

De manera igual de repentina, Henry lo suelta con tanta brusquedad que le hace dar un traspié. Murmura una palabrota y pide perdón con los ojos muy abiertos, luego da media vuelta y echa a correr por la nieve. Antes de que él pueda decir o hacer algo, ya se ha perdido de vista por el recodo.

—Ah... —dice al fin, con voz débil, llevándose una mano a los labios, y luego agrega—: Mierda.



CINCO

Bien, el problema que tiene lo del beso es que Alex se ve absolutamente incapaz de dejar de pensar en él.

Lo ha intentado. Henry, Pez y sus guardaespaldas ya hacía tiempo que se habían marchado cuando él volvió a entrar en el edificio. Ni siquiera el estupor del alcohol ni la tremenda resaca del día siguiente han logrado borrar esa imagen de su cerebro.

En las reuniones con su madre intenta prestar atención, pero no consigue mantenerla ni un minuto centrada, y Zahra le tiene prohibido salir del Ala Oeste. Estudia todos los proyectos de ley que van pasando por el Congreso y contempla la posibilidad de hacer rondas para convencer a los senadores, pero no logra hallar el entusiasmo necesario para ello.

Inicia el último semestre, acude a clase, se reúne con el secretario de eventos sociales para planificar la cena de graduación, se rodea de apuntes, textos subrayados y lecturas complementarias.

Pero por debajo de todo eso está ese príncipe inglés besándolo debajo de un tilo del jardín, con el cabello iluminado por la luna, y él siente que se derrite por dentro, y le entran ganas de arrojarse por las escaleras presidenciales.

No se lo ha contado a nadie, ni siquiera a Nora ni a June. No tiene ni idea de qué decirles siquiera, si decidiera contárselo. ¿Tiene siquiera permiso, técnicamente, para contar eso a alguien, dado que firmó un acuerdo de confidencialidad? ¿Era esa la razón por la que tenía que firmarlo? ¿Es algo que Henry tuvo en mente todo el tiempo? ¿Significa que Henry siente algo por él? ¿Por qué iba Henry a comportarse durante tanto tiempo como un capullo aburrido si él le gustaba?

Henry no está aportando ninguna idea, ni tampoco ninguna otra cosa.

No ha respondido a ninguno de los mensajes ni las llamadas que ha enviado él.

—Vale, ya está —dice June un miércoles por la tarde, tras salir indignada de su habitación y entrar en la salita que hay junto al pasillo común. Lleva puesta la ropa de gimnasia y se ha recogido el pelo en una coleta. Alex se apresura a guardarse el teléfono en el bolsillo—. No sé cuál es tu problema, pero llevo dos horas intentando escribir y me resulta imposible concentrarme si te estoy oyendo pasear arriba y abajo. —Le arroja una gorra de béisbol—. Voy a salir a correr, y tú te vienes conmigo.

Cash los acompaña hasta el estanque. June le propina una patadita a su hermano en el hueco de la rodilla para azuzarlo un poco, y él, tras un gruñido y una palabrota, aprieta el paso. Se siente igual que un perro al que hay que sacar de paseo para que queme energía. Sobre todo, cuando June le dice:

—Pareces un perro al que hay que sacar de paseo para que queme energía.

—A veces te odio —le contesta Alex, y a continuación se ajusta los auriculares y pone una canción de Kid Cudi.

Mientras corre, va pensando que lo más estúpido de todo es que él es heterosexual.

Está bastante seguro de ser heterosexual.

Podría rememorar varios momentos de su vida en los que se dijo para sus adentros: «Esto quiere decir que no me gustan los tíos», como cuando en secundaria besó por primera vez a una chica, y cuando eso sucedió no le vino un tío a la cabeza, simplemente pensó que el cabello de aquella chica era muy suave y tenía un tacto muy agradable. O cuando en segundo curso del instituto resultó que uno de sus amigos era gay, y él no se imaginó a sí mismo haciendo nada parecido. O como cuando en el último curso se emborrachó y se enrolló con Liam durante una hora en su cama, y no sufrió ninguna crisis sexual, y eso tenía que querer decir que era hetero, ¿no? Porque si le gustaran los tíos, le habría entrado miedo al acostarse con uno, pero no ocurrió tal cosa. Lo sucedido fue simplemente un ejemplo de lo cachondos que pueden ponerse en ocasiones dos adolescentes que son amiguísimos, como esas veces que se corrían los dos al mismo tiempo

viendo porno en el dormitorio de Liam, o aquella vez que Liam hizo un intento de meterle mano y él no se lo impidió.

Se vuelve para mirar a June tras captar una sonrisa sospechosa en sus labios. ¿Será capaz su hermana de oír lo que está pensando? ¿Sabrá lo ocurrido, de alguna forma? June siempre sabe cosas. Aprieta el paso, aunque solo sea por eliminar de su periferia visual el gesto que tiene su hermana en la boca.

Cuando ya llevan dadas cinco vueltas, Alex rememora de nuevo aquellos años de adolescencia, en los que mandaban las hormonas, y se acuerda de haber estado con chicas en la ducha, pero también recuerda haber fantaseado con las caricias de un chico, con las mandíbulas cuadradas y los hombros anchos. Recuerda haber apartado la vista de un compañero del equipo un par de veces en los vestuarios, pero aquello fue, no sé, un hecho objetivo. ¿Cómo se suponía que él iba a saber en aquella época si deseaba parecerse a otros chicos o más bien deseaba a otros chicos? ¿O si sus momentos de adolescente cachondo significaban algo siquiera?

Él es hijo de demócratas. Ese es un hecho que siempre lo ha rodeado. De manera que siempre ha dado por sentado que si no fuese heterosexual, lo sabría, igual que sabe que le gusta añadir dulce de leche al helado o que necesita llevar un calendario de lo más organizado para hacer cualquier cosa. Pensaba que tenía lo bastante clara su identidad sexual como para no tener ya ninguna pregunta pendiente.

Ya están terminando la séptima vuelta para iniciar la octava, y Alex está empezando a ver algunos fallos en su análisis lógico. Las personas heterosexuales, razona, probablemente no pasan tanto tiempo convenciéndose de que lo son.

Hay otro motivo por el que nunca se ha preocupado de examinar las cosas más allá del hecho básico de sentirse atraído hacia las mujeres. Vive bajo la mirada del público desde que su madre se convirtió en la candidata favorita para las elecciones de 2016, pues casi desde esa fecha el Trío de la Casa Blanca es la puerta que utiliza la Administración para conectar con la población adolescente y veinteañera. Los tres —June, Nora y él— tienen cada uno un papel que representar. Nora es la fría y cerebral, la que publica chistes inapropiados en Twitter acerca de una película de ciencia ficción

que está viendo todo el mundo, pero es una verdadera hacha jugando en equipo al Trivial. No es heterosexual, no lo ha sido nunca, pero para ella eso constituye un elemento secundario de su personalidad. No la preocupa decirlo en público; los sentimientos no la consumen del mismo modo en que lo consumen a él.

Observa a June, que en estos momentos va unos metros por delante, el sol arrancando destellos dorados a las hebras color caramelo de su cola de caballo; también sabe cuál es el sitio que corresponde a su hermana. June es la intrépida columnista del *Washington Post*, la marcadora de tendencias que todo el mundo quiere tener en su fiesta privada.

En cambio, él es el niño mimado. El rompecorazones, el canalla guapísimo, pero de buenos sentimientos. El que avanza por la vida sin esfuerzo, el que hace reír a todos. El que obtiene la puntuación más alta de toda la Primera Familia. Su única razón de ser es que ese atractivo suyo resulte lo más universal posible.

Pero... sea lo que sea lo que está empezando a sospechar que pudiera ser, está claro que no va a resultar atractivo a la universalidad de los votantes. Ya le resulta bastante carga ser medio mexicano.

Quiere que su madre continúe obteniendo índices de simpatía altos sin verse obligada a lidiar ahora con una complicación nacida en el seno de su propia familia. Quiere ser el congresista más joven de la historia de Estados Unidos. Está completamente seguro de que los tíos que han besado a un príncipe inglés, y les ha gustado, no salen elegidos para representar al estado de Texas.

Pero es pensar en Henry y... oh.

En cuanto piensa en Henry, se le revoluciona algo en el pecho, como un estiramiento que llevaba demasiado tiempo evitando.

En cuanto piensa en la voz de Henry hablándole bajito al oído, a través del teléfono, a las tres de la madrugada, de repente se le ocurre un nombre para describir lo que cobra vida en la boca de su estómago. Las manos de Henry sobre él, esas mismas manos aprisionándole las sienes, o tocándolo en otros lugares. La boca de Henry, lo que podría hacer con ella si él se lo permitiera. Los hombros anchos de Henry, sus largas piernas, su estrecha cintura, el punto en el que su mentón se junta con el cuello y el punto en el

que el cuello se junta con el hombro y el tendón que discurre entre uno y otro, y cómo se hace visible cuando Henry gira la cabeza para perforarlo con la mirada, y esos ojos de un azul imposible...

Tropieza con una grieta del pavimento y cae de bruces, y se hace un rasguño en la rodilla y se le salen los auriculares de las orejas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —La voz de June se abre paso entre el pitido que siente en los oídos. Está de pie junto a él, con las manos apoyadas en las rodillas y la frente fruncida, jadeando—. Está clarísimo que tienes la mente en otro sistema solar. ¿Vas a contármelo o qué?

Alex se agarra de su mano y permite que ella lo ayude a incorporarse, a él y a su rodilla magullada.

—No me pasa nada. Estoy bien.

June lanza un suspiro y vuelve a mirar a su hermano antes de dejar el tema. Cuando ya están los dos nuevamente de vuelta en casa, él un poco rezagado a causa de la cojera, June se mete en la ducha y él saca una tirita del armario del cuarto de baño y se la aplica en la rodilla para intentar que deje de sangrar.

Necesita hacer una lista. La titula «Cosas que sé en este momento».

Una: que se siente atraído por Henry.

Dos: que quiere besar otra vez a Henry.

Tres: que a lo mejor llevaba ya un tiempo deseando besar a Henry. Probablemente todo este tiempo.

Mentalmente tacha otro elemento de la lista. Henry. Shaan. Liam. Han Solo. Rafael Luna y sus camisas con el cuello abierto.

Se sienta ante su escritorio y saca la carpeta que le entregó su madre: INFORME DEMOGRÁFICO: QUIÉNES SON Y CÓMO LLEGAR HASTA ELLOS. La va recorriendo con el dedo hasta llegar a la pestaña LGBT y busca la página que está buscando, que lleva un título típico del carácter de su madre: LA B NO ES MUDA: CURSO ACELERADO SOBRE LOS BISEXUALES AMERICANOS.

—Quiero empezar ya —dice Alex entrando en tromba en la Sala de Tratados.

Su madre se baja las gafas hasta la punta de la nariz y lo mira por

encima de un montón de papeles.

—¿El qué? ¿Quieres empezar a recibir una buena somanta de palos por irrumpir aquí cuando estoy trabajando?

—En ese puesto de trabajo —contesta él—. Para la campaña. No quiero esperar a terminar los estudios. Ya he leído todo el material que me diste. Dos veces. Tengo tiempo. Puedo empezar ya.

Ella lo mira con los ojos entornados.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—Ninguna, simplemente... —Una de sus rodillas se agita con impaciencia, y él la obliga a estarse quieta—. Estoy preparado. Solo me queda menos de un semestre. No creo que tenga ya mucho más que aprender para desempeñar ese trabajo. Ponme a trabajar.

Ese es el motivo de que ahora esté sin resuello un lunes por la tarde después de las clases, yendo detrás de un empleado que se las ha arreglado para superarlo a él en el departamento de avituallamiento de cafeína, realizando una acelerada gira turística por las oficinas habilitadas para la campaña. Le entregan una chapa en la que figuran su nombre y su foto, le asignan una mesa en un cubículo compartido y lo sientan al lado de un individuo blanco, sajón y protestante, de Boston, llamado Hunter, que tiene una cara que entran ganas de aplastar de un puñetazo.

Le entregan una carpeta de datos recopilados por los grupos de sondeo más recientes y le dicen que empiece a hacer un borrador de ideas para finales de la próxima semana, y Hunter le formula quinientas preguntas acerca de su madre. Alex, como es muy profesional, no le arrea ningún puñetazo y se pone a trabajar.

Decididamente, no está pensando en Henry.

No está pensando en Henry cuando la primera semana de trabajo mete veintitrés horas, ni cuando las demás horas las llena con clases, trabajos de clase, saliendo a correr muchos kilómetros, tomando cafés triples y visitando despachos de senadores. No está pensando en Henry en la ducha ni por la noche, cuando se queda solo y totalmente desvelado en la cama.

Salvo cuando sí está pensando en él. Que es siempre.

Esto le suele funcionar. No entiende por qué esta vez no le funciona.

Cuando está en las oficinas de la campaña, termina yendo una y otra vez

hasta los grandes pizarrones de la sección de encuestas, adonde acude Nora todos los días para sumergirse entre gráficos y hojas de cálculo. Nora ha hecho buenas migas con los compañeros, dado que en la cultura de campaña la competencia se traduce directamente en popularidad, y no hay nadie a quien se le den mejor los números que a ella.

Alex no le tiene envidia, no es eso exactamente; él es muy popular en su departamento, constantemente lo acorralan junto a la cafetera para solicitarle una segunda opinión acerca de los borradores que han hecho otros y lo invitan a tomar una copa después del trabajo para la que nunca tiene tiempo. Por lo menos cuatro empleados de diversos sexos se le acercan para hacerle proposiciones, y Hunter no deja de intentar convencerlo de que asista a ver sus funciones de teatro de improvisación. Él sonríe amablemente con el café en la mano y hace algún chiste sarcástico, y la Iniciativa de Conquistador de Alex Claremont-Díaz resulta tan eficaz como siempre.

En cambio, Nora hace amigos, mientras que él termina teniendo meros conocidos que creen conocerlo porque han leído su perfil en la revista *New York*, personas perfectas de cuerpos perfectos que quieren llevárselo a casa después del bar. Nada de esto le resulta satisfactorio, nunca se lo ha resultado en realidad; pero es que antes tampoco importaba tanto como ahora: ahora existe un marcado contrapunto representado por Henry, que lo conoce de verdad. Henry, que lo ha visto con gafas y lo tolera cuando se comporta de un modo de lo más irritante, y que aun así lo besó como si lo deseara, a él personalmente, no a una idea de él.

De manera que así son las cosas, Henry está presente todo el rato, en su mente, en los apuntes de clase y en su cubículo, un día tras otro, por muchas cucharadas de *espresso* que le ponga al café.

Nora sería, obviamente, la persona a la que acudir a pedir ayuda, si no fuera porque está metida hasta el cuello en las cifras de las encuestas. Cuando se pone a trabajar de esa manera, es como intentar tener una conversación con contenido con un ordenador de alta velocidad al que le guste el chipotle y se burle de cómo vas vestido.

Pero Nora es su mejor amiga, y además es vagamente bisexual. Nunca sale con nadie, no tiene ni tiempo ni ganas, pero si saliera, afirma que procuraría repartirse de forma equitativa entre todos los becarios. De ese tema sabe tanto como de todos los demás temas.

—Hola —me saluda desde el suelo mientras deja encima de la mesa de centro una bolsa de burritos y otra de patatas fritas con guacamole—. Puede que tengas que meterme el guacamole en la boca con una cuchara, porque durante las próximas cuarenta y ocho horas voy a necesitar las dos manos.

Los abuelos de Nora, el vicepresidente y la Segunda Dama, viven en el Observatorio Naval, y los padres viven justo a las afueras de Montpelier, pero ella tiene el mismo apartamento de un dormitorio en Columbia Heights desde que se mudó del MIT a la Universidad George Washington. Lo tiene lleno de libros y de plantas que cuida siguiendo una compleja programación de los riegos, especificada en varias hojas de cálculo. Hoy está sentada en el suelo de la sala de estar, rodeada por un círculo de pantallas luminosas, como si estuviera llevando a cabo una sesión de espiritismo para Capitol Hill.

A su izquierda tiene el portátil que utiliza para la campaña, mostrando una página indescifrable de datos y gráficos de barras. A su derecha está su ordenador personal, gestionando tres lectores de noticias al mismo tiempo. Frente a sí tiene un televisor sintonizado en la CNN que emite noticias sobre las primarias del Partido Republicano. Y la tableta que tiene encima de las rodillas está reproduciendo un episodio de *Reinas del Drag*. En la mano sostiene su iPhone, a través del cual, a juzgar por el susurro que alcanza a percibir Alex, acaba de enviar un correo electrónico.

—¿Barbacoa? —le pregunta Nora con gesto esperanzado.

—Ya te conozco de antes, de modo que sí.

—He ahí a mi futuro marido.

Se inclina hacia delante para sacar un burrito de la bolsa, desgarra el envoltorio y se lo mete en la boca.

—No pienso firmar contigo un matrimonio de conveniencia si vas a estar siempre avergonzándome con tu forma de comer los burritos —le dice Alex mirándola masticar.

A Nora se le escapa una judía pinta de la boca y va a caer encima de

uno de los teclados.

—¿Tú no eres de Texas? —replica con la boca llena—. Yo te he visto beberte de golpe un bote de salsa barbacoa. Ve con cuidado, o de lo contrario me casaré con June.

Esto podría ser un pie para pasar a *la conversación*. «Oye, ¿sabes que siempre estás bromeando con lo de querer ligar con June? Bueno, ¿y si yo saliera con un tío?». No es que pretenda ligar con Henry. En absoluto. Jamás. Pero lo dice en sentido hipotético.

A continuación, Nora desconecta durante veinte minutos para ponerse a hablar de datos y de las últimas informaciones recabadas mediante no sé qué algoritmo Boyer-Moore para la mayoría de voto, y de las variables, y de la manera en que puede utilizarse para el trabajo que está realizando para la campaña, o algo parecido. Sinceramente, la concentración mental de Alex va y viene; él está trabajando únicamente en juntar valor suficiente hasta que Nora se agote de hablar y se quede callada.

—Ya. Oye..., esto... —prueba a decir aprovechando que Nora ha hecho un alto para coger otro burrito—. ¿Te acuerdas de cuando tú y yo salíamos?

Nora traga un bocado gigantesco y sonríe de oreja a oreja.

—Por supuesto que sí, Alejandro.

Alex suelta una risa forzada.

—Entonces, ya que me conoces tan bien...

—En el sentido bíblico.

—¿Qué probabilidades dirías que tengo de que me gusten los tíos?

Esta pregunta hace que Nora frene en seco. Luego inclina la cabeza hacia un lado y contesta:

—Un setenta y ocho por ciento de probabilidades de que tengas una tendencia bisexual latente. Un cien por cien de probabilidades de que esto no sea una pregunta hipotética.

—Ya. Vale. —Emite una tos—. Ha sucedido una cosa un poco extraña. Ya sabes que Henry vino a la fiesta de Nochevieja, ¿no? Bueno, pues..., me besó.

—¿Cómo, en serio? —responde Nora, y luego asiente con admiración —. Qué bien.

Alex se la queda mirando.

—¿No estás sorprendida?

—Pues no. —Nora se encoge de hombros—. Él es gay y tú estás cachondo, así que...

Alex endereza la espalda de manera tan brusca que casi se le cae el burrito al suelo.

—Espera, espera. ¿Por qué piensas que Henry es gay? ¿Te lo dijo él?

—No, simplemente... —Gesticula como si quisiera describir cómo son sus procesos mentales, tan incomprensibles como su cerebro—. Observo patrones y datos y veo que forman conclusiones lógicas, y la conclusión es que Henry es gay. Lo ha sido siempre.

—¿Qué?

—A ver. ¿No lo has conocido personalmente? ¿No se supone que es tu mejor amigo o algo así? Pues es gay. Está más claro que el agua. ¿De verdad no lo sabías?

Alex levanta las manos en un gesto de impotencia.

—Pues no.

—Alex, yo creía que eras una persona inteligente.

—¡Yo también! ¿Cómo es posible que... que me diera un beso así, sin más, sin siquiera decirme antes que era gay?

—Hombre... —especula Nora—, es posible que diera por sentado que ya lo sabías.

—Pero tiene citas con chicas.

—Ya, porque a los príncipes no se les permite ser gais —dice Nora, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Por qué crees que están siempre haciéndoles fotografías?

Alex se toma un segundo para asimilar esto último, y luego se acuerda de que el tema era el pánico que siente él ante la posibilidad de ser gay, no el que siente Henry.

—Vale. Pero espera un momento. ¿Podemos volver a la parte de cuando me besó?

—Oh, sí —contesta Nora recogiendo con la lengua un pegote de guacamole que le ha caído encima del teléfono—. Con mucho gusto. ¿Besaba bien? ¿Fue un beso con lengua? ¿Te gustó?

—Es igual —responde Alex al instante—. Olvídalo.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan mojigato? —le critica Nora—. El año pasado me hiciste escuchar todos los detalles más escabrosos de cuando te enrollaste con Amber Forrester, la becaria de June.

—No sigas —dice Alex escondiendo el rostro en el pliegue del codo.

—Pues entonces, cuenta.

—De verdad, te odio a muerte. Sí, Henry besaba bien, y fue un beso con lengua.

—¡Lo sabía! —exclama Nora—. Es de los que las matan a la chita callando.

—Basta —gime Alex.

—El príncipe Henry es un bombón —asegura Nora—. Déjale que te coma vivo.

—Me voy.

Nora echa la cabeza hacia atrás y lanza una carcajada. Alex reflexiona que, en serio, tiene que buscarse más amigos.

—Pero ¿te gustó?

Pausa.

—Pues... —empieza—. ¿Qué crees tú que significaría que sí me hubiera gustado?

—A ver, pequeño. Tú llevas desde el principio deseando que te la meta, ¿no es verdad?

Alex casi se atraganta con su propia lengua.

—¿Qué?

Nora lo mira.

—Venga. ¿Eso tampoco lo sabías? Mierda. No era mi intención decírtelo. ¿Es el momento adecuado para tener esta conversación?

—Pues... quizás —responde él—. Hum. ¿Qué?

Nora deja el burrito en la mesa de centro y se sacude los dedos igual que cuando se dispone a teclear una clave complicada. Alex se siente de repente intimidado por contar con toda su atención.

—Permíteme que te haga unas cuantas observaciones —dice ella—. Estás extrapolando. En primer lugar, llevas años obsesionado de forma enfermiza con Henry... No me interrumpas. Y desde la boda real cuentas con su número de teléfono, el cual no has utilizado para programar actos

públicos, sino para coquetear con él todo el día y todos los días. Te pasas el tiempo mirando tu teléfono con ojos de cordero, y si alguien te pregunta a quién estás escribiendo actúas como si te hubieran pillado viendo porno. Sabes a qué hora se va a la cama, él sabe a qué hora te vas tú, y si pasas un solo día sin hablar con él te pones de un clarísimo humor de perros. Te pasaste toda la fiesta de Nochevieja ignorando a un montón de tías importantes que están deseando follarse al soltero más cotizado del país, literalmente para contemplar a Henry de pie al lado de la tarta de profiteroles. Y encima Henry te besó, ¡y con lengua! Y a ti te gustó. De modo que, visto objetivamente, ¿qué crees tú que significa?

Alex la mira fijamente.

—Pues... —responde muy despacio—. No... No lo sé.

Nora frunce el entrecejo, tira visiblemente la toalla, recoge su burrito y vuelve a concentrarse en las noticias que van entrando en su portátil.

—De acuerdo.

—No, vale, mira —dice Alex—. Sé que, analizado objetivamente, con una calculadora, parece un enamoramiento brutal, de lo más bochornoso. Pero... ¡es que no lo sé! Hasta hace un par de meses era mi enemigo, luego nos hicimos amigos, supongo, y ahora va y me besa, y ya no sé lo que somos.

—Ya —responde Nora sin escuchar demasiado—. Sí.

—Y aun así —continúa él—, en lo que se refiere a mi sexualidad, ¿en qué me convierte eso?

Nora lo mira bruscamente.

—Ah, creía que ya habíamos dejado claro que podrías ser bisexual, y todo eso —responde—. Perdona, veo que no. ¿He vuelto a adelantarme? Fallo mío. Está bien, por qué no me lo cuentas todo. Te escucho. Vamos.

—¡No lo sé! —responde Alex medio gritando, hundido—. ¿Soy bisexual? ¿Tú crees?

—Eso no puedo decírtelo yo, Alex —replica Nora—. De eso se trata.

—Mierda —gime Alex volviendo a dejar caer la cabeza contra los cojines—. Necesito que alguien me lo diga. ¿Cómo supiste tú que lo eras?

—No sé. A ver. Estaba en el primer año del instituto y toqué una teta. No fue algo muy profundo. Nadie va a basarse en ello para escribir un

drama de teatro.

—Me ayudas mucho.

—Sí —admite Nora masticando una patata frita con gesto pensativo—. Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—No tengo ni idea —responde Alex—. Henry ha dejado de hablarme, así que supongo que le pareció horrible, o que fue un error estúpido por culpa del alcohol y que ahora lamenta, o...

—Alex —dice Nora—, a Henry le gustas. Está aterrorizado. Vas a tener que decidir qué es lo que sientes por él y hacer algo al respecto. Él no se encuentra en posición de hacer nada más.

Alex no tiene ni idea de qué más decir. Nora vuelve a concentrarse en una de sus pantallas, en la que está el periodista Anderson Cooper desgranando las últimas noticias sobre los candidatos republicanos a la presidencia.

—¿Existe alguna posibilidad de que obtenga la nominación alguien que no sea Richards?

Alex deja escapar un suspiro.

—No. Según afirman las personas con las que he hablado, no.

—Casi da pena ver lo mucho que continúan esforzándose los otros —comenta Nora, y a continuación ambos guardan silencio.

A Alex se le ha hecho tarde, otra vez.

Hoy, su clase va a repasar para el primer examen, y se le ha hecho tarde porque ha perdido la noción del tiempo mientras estudiaba el discurso que va a pronunciar en el evento de campaña que tiene este fin de semana en Nebraska, no podían haber escogido un lugar más en el quinto pino. Es jueves, y tiene que mover el culo directamente del trabajo al aula, y el examen es el martes que viene, y va a suspenderlo porque va a perderse el repaso.

La clase es de Cuestiones Éticas en las Relaciones Internacionales. La verdad, va a tener que dejar de estudiar asignaturas que tengan tanto que ver con lo que ocurre en su vida.

Pasa toda la hora sumido en una neblina, tomando apuntes medio

distraído, y seguidamente se encamina de nuevo hacia la Residencia. Sinceramente, va enfadado, enfadado por todo, y en ese estado de malhumor invasivo y sin rumbo sube la escalera que lleva a los dormitorios del Ala Este y del Ala Oeste.

Arroja la mochila contra la puerta de su habitación, se descalza en el pasillo y se queda mirando cómo rebotan sus zapatos por la moqueta, fea y antigua.

—Pues buenas tardes para ti también, cielo —dice la voz de June. Alex levanta la vista y la ve en su habitación, al otro lado del pasillo, retrepada en un sillón de orejas tapizado de rosa pastel—. Traes una cara horrible.

—Gracias, capulla.

Ve la pila de revistas que tiene su hermana sobre las rodillas: son las publicaciones sensacionalistas de esta semana, y al instante decide que no le apetece saber lo que dicen, pero June le lanza una.

—Ahí tienes un número nuevo de *People*. Sales en la página quince. Ah, y tu mejor amigo sale en la treinta y una.

Alex, con toda naturalidad, le enseña el dedo y se repliega en el interior de su habitación. Se deja caer en el sofá situado junto a la entrada, con la revista. Ya que la tiene, decide echarle un vistazo.

En la página quince aparece una fotografía suya que le tomó el equipo de prensa hace dos semanas, una pequeña mención de la ayuda que está prestando al Smithsonian con una exposición acerca de la historia de la campaña presidencial de su madre. Está colocado detrás de una pancarta que reza CLAREMONT AL CONGRESO 2004, y al lado se incluye un breve texto que habla de su profunda devoción al legado de la familia, bla-bla-bla.

Pasa a la página treinta y uno, y a punto está de lanzar un juramento en voz alta.

El titular dice lo siguiente: ¿QUIÉN ES LA MISTERIOSA RUBIA DEL PRÍNCIPE HENRY?

Tres fotos: en la primera, se ve a Henry dentro de un café de Londres, sonriendo a una mujer rubia muy guapa, anónima; en la segunda aparece Henry ligeramente desenfocado, agarrándola de la mano y yendo detrás del café; en la tercera, Henry, medio tapado por un seto, la está besando en la comisura de los labios.

—Pero ¿qué diablos?

Acompañando a las fotos hay una especie de artículo en donde se da el nombre de la chica, Emily algo, una actriz. Alex ya estaba enfadado, pero ahora está más cabreado que un mono; todo su malhumor se concentra en el lugar de esa página en el que Henry está tocando la piel de otra persona en vez de la suya.

Pero ¿quién cojones se cree Henry que es? Hay que ser muy puñetero, creerse que uno tiene todos los derechos del mundo, ser muy arrogante y muy egoísta para pasar meses haciéndose amigo de otra persona, hacer que te revele todos sus puntos débiles, besarla, obligarla a cuestionárselo todo, pasarte varias semanas sin hacerle ni puto caso, y luego salir con otra y publicarlo en la prensa. Todo el que haya tenido alguna vez un publicista sabe que la única manera de que algo salga publicado en *People* es si uno quiere que todo el mundo se entere.

Arroja la revista al suelo, se pone de pie y empieza a pasear arriba y abajo. Maldito Henry. No debería haberse fiado de ese cabrón de la realeza. Debería haber hecho caso a su instinto.

Aspira una bocanada de aire y vuelve a expulsarla.

Lo cierto es que no sabe si, más allá de este inicial acceso de cólera, de verdad cree a Henry capaz de hacer esto. Si toma al Henry que vio en una revista para adolescentes cuando tenía doce años, el Henry que se mostró tan frío con él en las Olimpiadas, el Henry que poco a poco se le fue desvelando a lo largo de los meses, y el Henry que lo besó a la sombra de la Casa Blanca, y los suma todos, no le sale este resultado.

Él posee un cerebro táctico. El cerebro de un político. Funciona deprisa y en muchas direcciones a un mismo tiempo. Y en este preciso momento está intentando desenmarañar un rompecabezas. No siempre se le da bien pensar cosas como: «¿Y si tú estuvieras en su lugar? ¿Cómo sería tu vida? ¿Qué cosas tendrías que hacer?». En vez de eso, piensa lo siguiente: «¿De qué forma encajan todas estas piezas?».

Rememora lo que le dijo Nora: «¿Por qué crees que están siempre haciéndoles fotografías?».

Luego rememora la actitud reservada de Henry, su actitud de apartarse cuidadosamente del mundo que lo rodea, la tensión que muestra siempre en

la comisura de la boca. Y piensa: «Si hubiera un príncipe que fuera gay y besara a alguien, y quizás eso tuviera importancia, dicho príncipe tendría que hacer algo para desviar el interés y que eso no le causara problemas».

Y de repente, dando un giro de ciento ochenta grados, deja de sentirse únicamente enfadado y pasa a sentirse también triste.

Regresa hasta la puerta y saca el teléfono de la mochila para abrir el menú de los mensajes. No sabe qué impulso obedecer y reprimir mientras va escogiendo qué palabras decir para hacer que suceda algo, lo que sea.

Débilmente, por debajo de todo ello, le viene un pensamiento a la cabeza: esta es una manera muy poco hetero de reaccionar al ver a un tipo con el que se tiene una relación de amor-odio besando a otra persona en una revista.

Suelta una leve risa sin querer, luego va hasta la cama y se sienta en el borde, a pensar. Piensa en mandarle un mensaje a Nora y preguntarle si puede ir a verla para hacerle por fin una importante revelación. Piensa en llamar a Rafael Luna, irse con él a tomar unas cervezas y pedirle que le cuente sus primeras hazañas sexuales como gay cuando era un adolescente antifascista y vestía ropa informal. Piensa en bajar al piso de abajo y preguntarle a Amy por su transición y por su esposa y cómo supo que era distinta.

Pero, en este momento, considera que lo más apropiado es acudir a la fuente y preguntar a alguien que haya visto lo que se refleja en sus ojos cuando lo toca un hombre.

Henry queda descartado. De modo que solo queda una persona.

—Diga —responde la voz al otro lado del teléfono.

Ha transcurrido por lo menos un año desde la última vez que hablaron, pero el acento texano de Liam resulta inconfundible y cálido en el oído de Alex.

Emite un carraspeo.

—Er... Hola, Liam. Soy Alex.

—Ya lo sé —responde Liam con voz seca.

—Esto..., ¿cómo estás?

Pausa. Al fondo se oye a unas personas hablando en voz baja, ruido de platos.

—¿Quieres decirme para qué me llamas, Alex?

—Pues —empieza, pero se interrumpe—. Puede que te parezca raro que lo pregunte, pero, oye, cuando estábamos en el instituto, ¿hubo algo entre nosotros? ¿Algo que yo no supe ver?

Al otro lado del teléfono se oye un estrépito, como si a alguien se le hubiera caído el tenedor en el plato.

—¿De verdad me has llamado para hablar de eso? Estoy almorzando con mi novio.

—Oh. —No sabía que Liam tuviera novio—. Perdona.

Acto seguido el ruido queda amortiguado, y cuando Liam vuelve a hablar, es para dirigirse a otra persona:

—Es Alex. Sí, el mismo. No sé, cielo. —De nuevo su voz vuelve a oírse con claridad—: ¿Qué es lo que me estás preguntando exactamente?

—Lo que quiero decir es que sé que estuvimos tonteando, pero ¿llegó a significar algo?

—Creo que no puedo responderte a esa pregunta —le dice Liam. Si todavía se parece algo al chico que él recuerda, estará frotándose el mentón con una mano, rascándose la barba incipiente.

Vagamente se pregunta si, tal vez, su nítida memoria de la barba incipiente de Liam acaba de darle la respuesta que buscaba.

—Exacto —contesta—. Tienes razón.

—Mira, tío —dice Liam—. No sé qué crisis sexual estarás atravesando, ahora que han pasado cuatro años desde que podría haber sido de alguna utilidad, pero, en fin, no digo que lo que hicimos en el instituto te convierta en gay, ni bisexual o lo que sea, pero puedo decirte que yo sí soy gay, y que aunque fingí que lo que estábamos haciendo no era gay en aquellos momentos, lo era de todas, todas. —Lanza un suspiro—. ¿Te ha servido de algo, Alex? Porque tengo un Bloody Mary esperándome, y tengo que hablarle de esta llamada telefónica.

—Sí, claro —dice Alex—. Gracias.

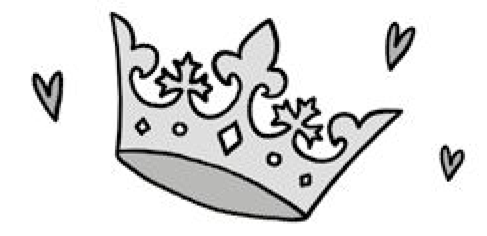
—De nada.

Liam da la impresión de llevar mucho tiempo sufriendo y de estar cansado. Alex vuelve a acordarse de todas aquellas ocasiones en el instituto, de cómo lo miraba Liam, del período de silencio que ha habido entre ellos

desde entonces, y se siente obligado a agregar algo:

—Ah, esto... y perdona.

—¡Por Dios! —gime Liam, y cuelga.



SEIS

Henry no va a poder evitarlo eternamente.

Hay una parte del acuerdo firmado tras la boda real que aún está por cumplir: la presencia de Henry en una cena oficial a finales del mes de enero. Inglaterra cuenta con un primer ministro relativamente nuevo, y Ellen desea conocerlo. También va a venir Henry, y, como cortesía, se alojará en la Residencia.

Alex se alisa las solapas del esmoquin y se coloca junto a June y Nora a esperar en la entrada norte, cerca de la fila de fotógrafos, mientras van llegando los invitados. Es consciente de que no deja de balancearse adelante y atrás debido a los nervios, pero no puede evitarlo. Nora esboza una sonrisita, pero no dice nada, va a guardar el secreto. Pero todavía no tiene valor para contárselo a June; revelárselo a su hermana es una acción irreversible, y no puede hacer eso hasta haber averiguado qué es exactamente.

En ese momento aparece Henry en escena, por la derecha.

Lleva un traje negro, recto, elegante. Perfecto. Alex siente deseos de arrancárselo.

Luce una expresión reservada, pero palidece de pronto al verlo en el vestíbulo de la entrada. Camina con paso indeciso, como si estuviera pensando en salir huyendo. Él mismo también tiene que hacer un esfuerzo para no echar a correr. En vez de eso, Henry continúa subiendo los escalones y...

—Muy bien, fotos —anuncia Zahra detrás de Alex.

—Oh —dice Henry como un idiota.

Odia que le guste tanto la forma en que suena esa estúpida vocal cuando la pronuncia Henry con su acento. Ni siquiera le gustan los acentos

británicos; lo que le gusta es el acento británico de Henry.

—Hola —saluda en voz baja. Sonrisa falsa, apretón de manos, flashes de las cámaras—. Es genial ver que no te has muerto, ni nada parecido.

—Ya —responde Henry añadiendo otro más a la lista de sonidos vocálicos particulares de él. Desgraciadamente, también resultan muy sexis. Después de todas estas semanas, Alex tiene el listón muy bajo.

—Tenemos que hablar —dice Alex, pero Zahra ya los está empujando físicamente para que posen como amigos, y se hacen nuevas fotos, hasta que Alex es separado y arrastrado con las chicas al Comedor de Estado mientras Henry se ve obligado a hacerse fotos con el primer ministro.

El entretenimiento para esta velada consiste en un cantante inglés de *rock indie* que parece una hortaliza y que es popular en la franja demográfica a la que pertenece Alex por motivos que él ni siquiera comprende. A Henry lo sientan con el primer ministro. Alex toma asiento y mastica la comida como si esta le hubiera causado una ofensa personal al tiempo que observa con furia contenida a Henry, que se encuentra en el otro extremo de la sala. De tanto en tanto, Henry levanta la vista, descubre a Alex mirándolo, se ruboriza hasta las orejas y vuelve a concentrarse en su arroz *pilaf* como si este fuera el plato más fascinante del planeta.

Cómo se atreve Henry a entrar en su casa con esa pinta de hijo de James Bond que tiene y que es en realidad, beber vino tinto con el primer ministro y actuar como si no le hubiera metido a él la lengua y no le hubiera hecho después el vacío durante un mes.

—Nora —dice mientras se inclina hacia ella mientras June conversa con una actriz de *Doctor Who*. La velada está empezando a decaer, y él ya ha superado la situación anterior—. ¿Podrías sacar a Henry de su mesa?

Ella lo mira de soslayo.

—¿Se trata de algún diabólico plan de seducción? —pregunta—. Porque en ese caso, sí.

—Sí, claro, de eso se trata —contesta, y a continuación se levanta y se dirige hacia la pared del fondo, donde se encuentra el Servicio Secreto.

—Amy —susurra al tiempo que la aferra por la muñeca. Ella hace un rápido movimiento que enseguida interrumpe: se ve a todas luces que está reprimiendo el reflejo aprendido de derribar a un atacante—. Necesito tu

ayuda.

—¿Dónde está la amenaza? —pregunta ella de inmediato.

—No, no, por Dios. —Alex traga saliva—. No es nada de eso. Necesito estar un momento a solas con el príncipe Henry.

Amy parpadea.

—No te sigo.

—Necesito hablar con él en privado.

—Si necesitas hablar con él, puedo acompañarte fuera, pero antes necesitaré que su equipo de seguridad me dé el visto bueno.

—No —replica Alex. Se pasa una mano por la cara y mira atrás para confirmar que Henry sigue estando donde lo dejó, soportando la agresiva conversación de Nora—. Necesito que esté solo.

Por el semblante de Amy cruza una expresión apenas perceptible.

—Lo más que puedo hacer es permitirte pasar a la Sala Roja. Si te lo llevas más allá, la respuesta es no.

Alex vuelve a mirar atrás, hacia las altas puertas que hay al fondo del Comedor de Estado. La Sala Roja se encuentra detrás de ellas, vacía, a la espera de los cócteles posteriores a la cena.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—De cinco min...

—Con eso me bastará.

Da media vuelta y se va caminando despacio hasta el arreglo ornamental de chocolates, donde, al parecer, Nora ha conducido a Henry con la promesa de ofrecerle unos profiteroles. Alex se planta entre ambos.

—Hola —dice. Nora sonríe. Henry se queda boquiabierto—. Lamento interrumpir, pero es que tengo un... hum... importante asunto de relaciones internacionales. —Y dicho esto agarra a Henry por el codo y tira de él.

—¿Te importa? —tiene el temple de decir Henry.

—Cierra la boca —replica él apartándolo rápidamente de las mesas, donde los invitados están demasiado distraídos mezclándose entre sí y escuchando la música como para percatarse de que está sacando de la sala, por la fuerza, a un heredero del trono.

Cuando llegan a las puertas, los está esperando Amy, con la mano en el picaporte. Duda unos momentos.

—No irás a matarlo, ¿verdad? —dice.

—Lo más probable es que no —le dice Alex.

Amy abre la puerta justo lo suficiente para que pasen, y Alex tira de Henry y se lo lleva consigo a la Sala Roja.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —exclama Henry.

—Cállate, cállate de una vez, joder —sisea Alex.

Si no estuviera ya decidido a destrozarle esa cara de idiota que tanto lo exaspera con la boca, se pensaría probar a hacerlo con un puñetazo. Está concentrado en el torrente de adrenalina que impulsa sus pies mientras cruza la alfombra. En la corbata de Henry que lleva enroscada en la mano. En cómo relampaguean los ojos de Henry. Al llegar a la pared que tiene más próxima, empuja a Henry contra ella y aplasta su boca contra la de él.

El príncipe, demasiado conmocionado para reaccionar, se queda con la boca abierta en un gesto que es más de sorpresa que de invitación. Y durante unos instantes de horror Alex piensa que tal vez lo haya calculado todo mal, pero entonces Henry lo besa a su vez, y eso lo dice todo. La sensación es tan maravillosa —mejor aún— como la recordaba, y no entiende por qué no han hecho esto todo el tiempo, por qué han estado dando vueltas el uno alrededor del otro en actitud beligerante, sin tomar ninguna decisión al respecto.

—Espera —dice Henry interrumpiendo el beso. Se aparta un momento para mirar a Alex con los ojos brillantes y la boca enrojecida. Alex se pondría a gritar, si no le preocupase que los dignatarios que hay en el salón contiguo pudieran oírlo—. ¿No deberíamos...?

—¿Qué?

—Quiero decir que... ¿no deberíamos, no sé, ir más despacio? —pregunta Henry tan avergonzado de sí mismo que incluso se le cierra un ojo—. Ir antes a cenar, o...

Alex tiene ganas de matarlo.

—Acabamos de cenar.

—Ya. Me refiero a que... Simplemente he pensado que...

—Pues deja de pensar.

—Vale. Con mucho gusto.

En un movimiento frenético, Alex tira al suelo el candelabro de la mesa

que tienen al lado y empuja a Henry para que se siente encima de ella, de modo que Henry da la espalda a un retrato de Alexander Hamilton. Alex lo advierte al levantar la vista y casi rompe a reír a carcajadas. Henry enseguida abre las piernas, y Alex se mete entre ellas al tiempo que le aferra la cabeza y se la echa hacia atrás para besarlo de nuevo con pasión.

Empiezan a moverse, se quitan rápidamente el traje el uno al otro. Henry tiene un labio aprisionado entre los dientes de Alex, el marco del retrato tabletea contra la pared cuando la cabeza de Henry tropieza con él. Alex, besándole el cuello, se siente a medio camino entre furioso y eufórico, atrapado entre todos estos años de odio y de otra cosa que está empezando a sospechar que siempre ha estado presente. Esa otra cosa es un fuego abrasador que lo enloquece, que lo ilumina desde dentro.

Henry responde en la misma medida: enrosca una pierna en torno a la espalda de Alex para afianzarse, y su delicada sensibilidad de miembro de la realeza desaparece en la forma en que muerden sus dientes. Alex ya hace algún tiempo que descubrió que el príncipe no es lo que él creía, pero otra cosa distinta es experimentar tan de cerca esa pasión oculta que arde en su interior, esa persona reprimida bajo una capa de perfecto barniz, que presiona, que empuja, que siente deseo.

Baja una mano hasta el muslo de Henry y nota cómo palpita de pronto, siente el tacto del músculo tenso bajo la suave tela del pantalón. Empuja más hacia arriba, y Henry le aferra una mano con la suya y le clava las uñas.

—¡Se acabó el tiempo! —exclama la voz de Amy por la puerta entreabierta.

Ambos se quedan paralizados, y Alex vuelve a apoyar los pies en el suelo. Ya se oye el ruido de los invitados acercándose, dando por finalizada la velada. Henry, de forma involuntaria, sorprendido él mismo, empuja las caderas una última vez hacia Alex, y este deja escapar una palabrota.

—Voy a morir —dice Henry en un gesto de impotencia.

—Voy a matarte yo —le dice Alex.

—Sí, así es —coincide Henry.

Alex se aparta de él con paso inseguro.

—Dentro de nada esto va a llenarse de gente.

Se agacha y procura no caerse de bruces al recoger el candelabro del suelo y colocarlo de nuevo encima de la mesa. Henry ya se ha incorporado, pero se tambalea ligeramente y tiene la camisa fuera del pantalón y el cabello revuelto. Alex, presa del pánico, empieza a ponérselo en su sitio.

—Joder, estás... horrible.

Henry, con los ojos muy abiertos, manotea con los faldones de la camisa y empieza a tararear en voz baja el *Dios salve a la reina*.

—¿Qué haces?

—Intentar que esto... —señala con un ademán muy poco elegante la parte delantera del pantalón— se me baje.

Alex hace un esfuerzo consciente para no mirar.

—Está bien —responde—. De acuerdo. Vamos a hacer lo siguiente: durante el resto de la velada tú vas a mantenerte, pongamos, a ciento cincuenta metros de mí, porque de lo contario voy a hacer algo que lamentaré profundamente delante de muchas personas importantes.

—De acuerdo...

—Y después... —continúa Alex a la vez que vuelve a agarrar al príncipe por la corbata, cerca del nudo, para acercar su boca a la de él. Oye cómo Henry traga saliva, y quisiera seguir el rastro de ese leve ruido a lo largo de su cuello—. Después, a las once de la noche, vas a subir al Dormitorio Este, situado en la segunda planta, y yo voy a hacerte cosas muy malas, y si vuelves a hacerme el puto vacío por teléfono, te borro para siempre de mi lista de candidatos. ¿Lo has entendido?

Henry reprime un sonido que intenta salir de su boca y contesta con voz ronca:

—Perfectamente.

Alex... En fin, lo más probable es que esté perdiendo la razón.

Son las 22:48 h y está paseando nervioso arriba y abajo.

Nada más volver al dormitorio arrojó la chaqueta y la corbata sobre el respaldo de la butaca y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa. Ahora se peina el pelo con las manos.

Aquí no pasa nada. No pasa nada.

Está claro que ha sido una idea horrorosa. Pero no pasa nada.

No sabe muy bien si debería quitarse algo más. No sabe con seguridad cuál es el código de vestimenta adecuado para invitar a tu dormitorio a un enemigo convertido en mejor amigo para tener relaciones sexuales, sobre todo cuando dicho dormitorio se encuentra dentro de la Casa Blanca, sobre todo cuando dicha persona es gay, y sobre todo cuando dicho gay es un príncipe del Reino Unido.

El dormitorio está iluminado de manera tenue: una única lámpara en el rincón, junto al sofá, que confiere un tono neutro al azul intenso de las paredes. Ha trasladado todos los expedientes de la campaña de la cama al escritorio, y ha estirado la colcha. Observa la chimenea antigua, los detalles en relieve de la repisa, que es casi tan antigua como este país; tal vez no sea el palacio de Kensington, pero está bastante bien.

Dios, si alguno de los fantasmas de los Padres Fundadores anda merodeando esta noche por la Casa Blanca, debe de estar sufriendo una barbaridad.

Hace verdaderos esfuerzos para no pensar en lo que va a suceder a continuación. Puede que no lo haya experimentado en la práctica, pero ha estado investigando un poco. Tiene diagramas. Puede hacerlo.

La verdad es que desea mucho hacerlo. De eso no le cabe la menor duda.

Cierra los ojos y se apoya con las yemas de los dedos en la fría superficie de su escritorio, abarrotado de papeles, y su mente vuelve a mostrarle la imagen de Henry, las líneas rectas de su traje, la sensación que le produjo su aliento en la cara cuando lo besó. Siente que su estómago ejecuta unos movimientos acrobáticos que por nada del mundo piensa contarle a nadie, jamás.

Henry, el príncipe. Henry, el chico que estaba en el jardín. Henry, el chico que va a estar en su cama.

Se recuerda a sí mismo que ni siquiera siente nada por él. Nada de nada.

De pronto se oye que llaman a la puerta. Alex mira el teléfono: las 22:54 h.

Abre la puerta.

Permanece unos instantes de pie y expulsa el aire muy despacio, sin

apartar la mirada de Henry. No está seguro de haberse permitido alguna vez simplemente mirarlo.

Henry es alto y guapísimo, medio miembro de la realeza y medio estrella de cine, y trae un leve cerco de vino tinto en los labios. Ha dejado en algún sitio la chaqueta y la corbata, y tiene la camisa remangada hasta los codos. La expresión de sus ojos dice que está nervioso, pero le ofrece a Alex una sonrisa ladeada teñida de rosa y le dice:

—Perdona que llegue antes de la hora.

Alex se muerde el labio.

—¿Te ha costado encontrar el sitio?

—Me ha ayudado una agente del Servicio Secreto —confiesa Henry—. Me parece que se llamaba Amy.

Alex dibuja una sonrisa.

—Pasa.

La sonrisa de Henry abarca todo el rostro. No es la que utiliza para las fotografías, sino otra más abierta, menos reservada, contagiosa. Lo toma delicadamente del codo, y Alex se deja llevar y coloca sus pies descalzos entre los bruñidos zapatos del príncipe. Siente el soplo de su respiración en los labios, el roce de su nariz, y cuando finalmente entra en contacto, responde con una sonrisa.

Henry cierra la puerta y echa el pestillo. A continuación, levanta una mano y la posa en la nuca de Alex. Hay algo distinto en la manera en que lo está besando ahora, es más comedido, más lento. Suave. Alex no conoce bien el motivo ni tampoco sabe qué hacer.

Se contenta con atraer a Henry hacia sí por la cintura y hacer que los cuerpos de ambos se toquen. Le devuelve el beso, pero se deja besar del modo en que a Henry le apetezca, que en este momento es exactamente tal como habría esperado que besara un príncipe azul: con dulzura, profundamente, como si estuvieran en medio de los páramos de Inglaterra a la salida del sol. Prácticamente le parece sentir el viento en el pelo. Es ridículo.

De pronto Henry se aparta y dice:

—¿Cómo quieres hacerlo?

De repente Alex se da cuenta de que no están en los páramos de

Inglaterra a la salida del sol. Aferra a Henry por el cuello de la camisa, lo empuja ligeramente y le ordena:

—Siéntate en el sofá.

Henry, con la respiración agitada, obedece. Alex se sitúa de pie a su lado y contempla esa boca suave y sonrosada. Se siente al borde de un precipicio muy alto y muy peligroso, sin intención de retroceder. Henry lo mira a su vez, expectante, hambriento.

—Llevas semanas esquivándome —dice Alex separando las piernas para aprisionar las de Henry. A continuación, se inclina hacia él y apoya una mano en el respaldo del sofá mientras con la otra acaricia el pliegue del cuello de Henry, tan vulnerable en este momento—. Has estado saliendo con una chica.

—Soy gay —le dice Henry en tono terminante. Pone una de sus anchas manos en la cadera de Alex, y este hace una inspiración profunda, ya sea a causa de ese contacto o por haber oído a Henry proclamarlo en voz alta—. Lo cual no es una inclinación muy sensata para un miembro de la Familia Real. Y tampoco estaba seguro de que tú no fueras a asesinarme por haberte besado.

—¿Y por qué lo hiciste entonces? —le pregunta Alex.

Se inclina hacia el cuello de Henry y empieza a rozarle con los labios la sensible piel de detrás de la oreja. Le parece que Henry está aguantando la respiración.

—Porque... esperaba que no... me asesinaras —responde Henry—. Tenía... mis sospechas de que a lo mejor me deseabas. —Deja escapar un leve siseo cuando Alex le mordisquea un lado del cuello—. O eso pensaba, hasta que te vi con Nora, y entonces me puse... celoso... y me emborraché, y me sentí como un idiota cansado de esperar a que la respuesta me llegara por sí sola.

—Te pusiste celoso —repite Alex—. De modo que me deseas.

De repente Henry hace un movimiento brusco: le propina a Alex un fuerte tirón con las dos manos que lo hace perder el equilibrio y caer encima de él, y después, sacando una voz grave y amenazadora que Alex no le ha oído nunca, contesta:

—Sí, pedazo de engreído, llevo tanto tiempo deseándote que no pienso

permitir que juegues conmigo ni un puto segundo más.

Resulta que ser la víctima de la autoridad del príncipe Henry actúa como un potente afrodisíaco. Se deja arrastrar a un beso arrollador pensando que jamás va a perdonarse esto a sí mismo. Así que a la mierda los páramos.

Henry lo aferra por las caderas y lo atrae hacia sí hasta tenerlo sentado a horcajadas sobre él. Esta vez lo besa con más fuerza, de un modo más parecido al de la Sala Roja, con dientes. La cosa no debería funcionar con tanta perfección, dado que no tiene la menor lógica, pero lo cierto es que funciona. Algo hay en ellos dos, en la manera en que se calientan a diferentes temperaturas. Alex posee una energía frenética, y Henry es todo seguridad.

Se frota contra la entrepierna de Henry y deja escapar un gemido al notarlo ya medio excitado. Henry responde con una palabrota que se pierde dentro de la boca de Alex. Los besos se vuelven desordenados, después urgentes y groseros, y Alex se deja arrastrar por ese ir y venir y se aprieta contra los labios de Henry en el afán de absorber el dulce licor que destilan. Mete las manos en su cabello y lo encuentra tan suave como lo había imaginado cuando observó la foto suya en la revista de June: frondoso y tupido entre sus dedos. Henry se derrite al sentir su contacto, lo abraza por la cintura y lo inmoviliza. Alex no va a irse a ninguna parte.

Besa a Henry hasta que tiene la sensación de no poder respirar, hasta que se siente a punto de olvidar los nombres y los títulos de ambos, hasta que son tan solo dos personas enredadas la una en la otra en una habitación en penumbra, cometiendo un error maravilloso, imparable y de proporciones épicas.

Consigue desabrocharse otros dos botones de la camisa antes de que Henry la aferre por los faldones y se la saque por la cabeza para a continuación empezar con la suya. Procura no sentir admiración ante esa sencilla agilidad de sus manos, procura no acordarse de que Henry sabe tocar el piano clásico ni de la rapidez y la suavidad que le han conferido los años de entrenamiento jugando al polo.

—No te muevas —le ordena Henry. Ya va a emitir un gruñido de protesta, pero el príncipe se aparta y le pone los dedos en los labios para

hacerlo callar—. Quiero... —empieza, pero enseguida se interrumpe, como si acabara de decidir no volver a avergonzarse de sí mismo. Se rehace, acaricia con un dedo la mejilla de Alex y después saca el mentón en actitud desafiante—. Quiero tenerte en la cama.

Alex enmudece y se queda quieto, mirando a Henry a los ojos, viendo la pregunta que se adivina en ellos: «¿Vas a interrumpir esto, ahora que está ocurriendo de verdad?».

—Muy bien, alteza, vamos allá —le contesta, y cambia el peso de sitio para hacerle a Henry una última insinuación antes de ponerse de pie.

—Eres un capullo —dice Henry, pero sonríe y sigue a Alex.

Alex se sube a la cama, seguidamente se echa hacia atrás para apoyarse en los codos y acercarse a las almohadas, mientras observa cómo Henry se quita los zapatos y recupera el dominio de sí mismo. A la luz de la lámpara se le ve transformado, parece un dios del libertinaje pintado de oro, con el pelo todo revuelto y los ojos entornados. Alex se permite recorrer su cuerpo con la mirada: los duros músculos que se le dibujan bajo la piel, sin una pizca de grasa, largos y ágiles; ese lugar situado justo debajo de las costillas, donde empieza la cintura, que parece tan suave; morirá si no logra encajar la mano en esa pequeña curva dentro de los próximos cinco segundos.

En un instante de nitidez, vívida y repentina, le cuesta trabajo creer que alguna vez se haya considerado heterosexual.

—No te entretengas tanto —le dice, interrumpiendo el momento a propósito.

—Mira que eres mandón —replica Henry, pero obedece.

El cuerpo de Henry se acomoda encima del suyo con un peso cálido y firme, uno de sus muslos se desliza entre sus piernas y sus manos se apoyan en las almohadas. En cada uno de los puntos de contacto, Alex experimenta una sacudida de electricidad estática en los hombros, en las caderas, en el centro del pecho.

Una de las manos de Henry asciende por su estómago y se detiene, pues ha encontrado la vieja llave plateada que cuelga de una cadenita.

—¿Qué es esto?

Alex lanza un bufido de impaciencia.

—La llave de la casa que tiene mi madre en Texas —responde a la vez que vuelve a hundir la mano en el cabello de Henry—. Empecé a llevarla encima cuando me mudé aquí. Imagino que pensé que me recordaría de dónde provengo... Oye, ¿no te he dicho que no te entretengas?

Henry, sin habla, lo mira a los ojos, y Alex tira de él otra vez, para arrastrarlo a otro beso arrollador. Henry hace recaer todo su peso sobre él y lo aplasta contra la cama. La otra mano de Alex encuentra el tan deseado hueco de la cintura, y la sensación que le causa es tan devastadora que tiene que contener una exclamación. Jamás lo habían besado así, como si las sensaciones que experimenta fueran capaces de consumirlo por entero. El cuerpo de Henry no deja de frotarse contra el suyo, cubriendo cada centímetro. Aparta la boca para besarlo en el cuello, debajo del oído, lo besa sin parar. Sabe que lo más probable es que le deje una marca, lo cual infringe la primera norma de todo ligue clandestino entre los hijos de políticos, y probablemente también entre los hijos de familias reales. Pero le da igual.

Siente que Henry encuentra la cinturilla del pantalón, el botón, la cremallera, el elástico del calzoncillo, y a partir de ahí todo se desarrolla muy deprisa, como en una nebulosa.

Abre los ojos y ve a Henry llevándose la mano tímidamente a su principesca boca para escupir en ella.

—Oh, Dios —exclama, y Henry vuelve al trabajo con una sonrisa ladeada—. Joder. —Su cuerpo se está moviendo, su boca emite palabras—. No me lo puedo creer... Dios, eres el cabrón más insufrible de todo el puto planeta, ¿sabes?... Joder... Eres exasperante, eres el peor... Eres...

—¿Tú alguna vez dejas de hablar? —lo interrumpe Henry—. Eres un bocazas.

Y cuando Alex vuelve a mirar ve a Henry observándolo con expresión de éxtasis, con los ojos brillantes y una sonrisa en la cara. El príncipe mantiene el contacto visual y el ritmo al mismo tiempo, y Alex se da cuenta de que antes estaba equivocado: va a ser Henry quien lo mate a él, y no al revés.

—Espera —le dice aferrando la colcha de la cama, y Henry se detiene al instante—. A ver, sí, esto me encanta, obviamente, pero si sigues

haciéndolo, voy a... —dice con la respiración entrecortada—. Es que... Es que no quiero que suceda antes de que me dejes verte desnudo.

Henry ladea la cabeza y sonríe.

—De acuerdo.

Alex invierte las posiciones y se quita el pantalón. Ya solo le queda el calzoncillo, un poco caído en la cadera. Empieza a trepar por el cuerpo de Henry y observa cómo su expresión va reflejando cada vez más nerviosismo y más impaciencia.

—Hola —le dice cuando llega a la altura de sus ojos.

—Hola —responde Henry.

—Voy a quitarte el pantalón —anuncia.

—Sí, vale, adelante.

Alex se lo quita. Henry baja una mano para levantar uno de los muslos de Alex de forma que los cuerpos de ambos vuelvan a encontrarse en el punto en que están duros, y los dos dejan escapar un gemido. Alex, con la mente borrosa, se dice que han tenido casi cinco años de juegos preliminares, y que ya está bien.

Baja la boca hacia el pecho de Henry y nota que su corazón se salta un latido, pues ha comprendido qué es lo que pretende hacer él. Seguro que también su propio corazón está latiendo con un ritmo alocado. Se ha metido en una situación que lo supera con creces, pero no importa, esa suele ser su zona de confort. Besa a Henry en el plexo solar, en el estómago, en la piel que queda por encima de la cinturilla.

—Esto... —empieza—, la verdad es que esto no lo he hecho nunca.

—Alex —contesta Henry bajando una mano para acariciarle el pelo—, no es necesario que lo hagas, yo...

—No, quiero hacerlo —insiste Alex tirando de la cinturilla del calzoncillo—. Lo único que necesito es que, si lo hago fatal, me lo digas.

Henry vuelve a quedarse sin habla, y la cara que pone es la de quien no se cree que esté teniendo tanta suerte.

—De acuerdo. Por supuesto.

Alex rememora la figura de Henry descalzo en aquella cocina del palacio de Kensington, y también el breve momento de vulnerabilidad que ha percibido en él hace unos instantes, y se entusiasma al verlo ahora en su

cama, abierto de piernas, desnudo y deseoso. Esto no puede estar sucediendo de verdad después de todo lo anterior, pero, milagrosamente, es real.

Si tiene que guiarse por la manera en que está reaccionando el cuerpo de Henry, por la manera en que hunde una mano en su cabello y lo aferra con el puño, deduce que, para ser la primera vez, no lo está haciendo mal. Recorre el cuerpo de Henry con la mirada y termina viendo que unos ojos de expresión ardiente y un labio enrojecido y atrapado entre unos dientes blancos. El príncipe deja caer la cabeza contra la almohada y gime algo que suena parecido a «tremendas pestañas». Quizá se sienta un tanto admirado de ver a Henry arquearse contra el colchón, de oírlo proferir toda clase de obscenidades hacia el techo, pero es algo que le da la vida ver a Henry desmadejado, dejarlo que sea lo que necesite ser mientras está a solas con él tras una puerta cerrada con llave.

Se sorprende cuando Henry tira de él para acercarlo hasta su boca y besarlo con furia. Ha estado con chicas a las que no les gustaba que las besaran después, y con chicas a las que no les importaba, en cambio Henry está disfrutando mucho con ello, a juzgar por la intensidad y la profundidad con que lo está besando. Se le ocurre hacer un comentario sobre el narcisismo, pero en vez de eso...

—Entonces, ¿no lo he hecho fatal? —pregunta Alex entre un beso y otro, hasta que finalmente apoya la cabeza en la almohada, al lado de la de Henry, para recuperar el aliento.

—Lo has hecho mejor que bien —responde Henry con una ancha sonrisa.

Agarra a Alex y lo aprieta contra su pecho, como si quisiera tocarle todo el cuerpo a la vez.

Alex nota sus enormes manos cubriéndole la espalda, el mentón cuadrado y áspero a causa de la barba de un día, sus hombros, lo bastante anchos como para eclipsarlo a él cuando se vuelve y lo aprisiona contra el colchón. Ninguna de esas cosas se parece a nada que haya sentido anteriormente, sin embargo, es igual de excitante, tal vez más.

Henry de nuevo está besándolo con agresividad, con una seguridad en sí mismo que resulta infrecuente en él. Es todo ímpetu desordenado y

concentración apasionada; no un príncipe cumpliendo sus obligaciones, sino un chico cualquiera de veintitantos años disfrutando de una cosa que le gusta, una cosa que se le da bien. Toma nota mentalmente de averiguar qué oscuro noble homosexual le habrá enseñado todo esto a Henry, para enviarle una cesta de frutas.

Henry le devuelve el favor con entusiasmo, con ardor, y Alex ya no sabe ni le preocupa qué palabras estén saliendo de su boca. Le parece entender que una de ellas es «cariño» y la otra «hijoputa». Henry es un cabrón con mucho talento, un hombre que tiene numerosas virtudes ocultas, se dice en un estado cercano a la histeria. Un auténtico prodigio. Dios salve a la Reina.

Una vez que ha terminado, Henry le deposita un pegajoso beso en el pliegue de la pierna que tenía apoyada en su hombro, un gesto que resulta de lo más cortés. A Alex le entran ganas de aferrarlo por el pelo, pero tiene todo el cuerpo agotado y lánguido. Se siente beatífico, muerto, elevado a un plano superior, un par de ojos que flotan en una niebla de dopamina.

El colchón se mueve... Es Henry, que sube hasta las almohadas para hundir el rostro en el hueco de su cuello. Alex emite un ruidito de placer y rodea la cintura de Henry con los brazos, pero no tiene fuerzas para hacer mucho más. Está seguro de que antes tenía bastante vocabulario, y en más de un idioma, de hecho, pero ahora no es capaz de recordar una sola palabra.

—Hum... —dice Henry rozando la punta de la nariz contra la de Alex —. Si hubiera sabido que esto era lo único que hacía falta para callarte la boca, lo habría hecho hace un siglo.

Alex, realizando una proeza de fuerza hercúlea, consigue recordar tres palabras:

—Que te den.

De manera vaga, a través de una niebla que poco a poco se va disipando, se dice que no puede evitar maravillarse al darse cuenta de que acaba de hacer algo que para él ha sido como cruzar el Rubicón, aquí, en este dormitorio que es casi tan antiguo como el país, del mismo modo que Washington cruzó el río Delaware. Ríe sin dejar de besar a Henry, visualizando mentalmente el retrato de ellos dos, jóvenes iconos de sus respectivas naciones, pintados en sendos óleos, desnudos y relucientes de

una capa de sudor bajo la luz de la lámpara. Ojalá Henry pudiera ver lo mismo; ¿le resultaría igual de gracioso?

Henry rueda a un costado y queda tumbado de espaldas. Alex desearía seguirlo con su cuerpo y acurrucarse a su lado, pero permanece donde está y lo observa desde esa corta, segura, distancia. Distingue un músculo que se está contrayendo en la mandíbula del príncipe.

—Oye —le dice pinchándolo en el brazo con un dedo—, no te asustes.

—No estoy asustado —replica Henry recalcando las sílabas.

Alex se acerca unos milímetros.

—Ha sido divertido —asegura—. Yo me he lo he pasado bien. Y tú también, ¿no?

—Desde luego —responde el príncipe en un tono que a Alex le provoca un escalofrío en la columna vertebral.

—Vale, genial. Pues entonces podemos repetirlo, cuando tú quieras —dice Alex al tiempo que acaricia el hombro de Henry con el dorso de los nudillos—. Además, ya sabes que esto no... En fin, que no cambia nada entre nosotros. Seguimos siendo lo que éramos antes, solo que ahora con mamadas.

Henry se tapa los ojos con una mano.

—Exacto.

—Bueno... —dice Alex cambiando de tema y estirándose con ademán lánguido—, supongo que debo decirte que soy bisexual.

—Me alegro de saberlo —contesta Henry. Su mirada se desvía un momento hacia la cadera de Alex, descubierta por la sábana, y, dirigiéndose tanto a él como a sí mismo, añade—: Yo soy muy, muy gay.

Alex observa su media sonrisa, las leves arrugas que se le forman alrededor de los ojos, y tiene que hacer un verdadero esfuerzo para no besarla.

Una parte de su cerebro continúa dando vueltas a lo extraño, y lo extrañamente maravilloso, que es ver a Henry así, abierto y desnudo en todos los sentidos. Henry se acerca a él, lo besa con suavidad en la boca y le acaricia muy levemente la línea del mentón con las yemas de los dedos. Es un contacto tan delicado que, una vez más, tiene que recordarse a sí mismo que no debe implicarse demasiado.

—Oye —le dice al tiempo que acerca la boca al oído de Henry—, puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero tengo que advertirte de que probablemente sea mejor para los dos que en algún momento de la noche regreses a tu dormitorio. A no ser que quieras que los guardaespaldas cierren la Residencia y vengan a sacarte por la fuerza de mis aposentos.

—Ah —contesta Henry. Se aparta de él y vuelve a tenderse de espaldas otra vez con la vista fija en el techo, como quien suplica penitencia a un dios iracundo—. Tienes razón.

—Si quieres, puedes quedarte durante otra ronda más —propone Alex.

Henry emite una tos y se pasa una mano por el pelo.

—Me parece que será mejor que... que regrese a mi dormitorio.

Alex lo contempla mientras recupera su calzoncillo, caído a los pies de la cama, y empieza a ponérselo. Después se pone de pie y sacude los hombros.

Es mejor así, se dice; de este modo nadie se hará una idea equivocada de qué es esto exactamente. No van a pasar la noche haciendo la cucharita, despertar el uno en los brazos del otro y desayunar juntos. Las experiencias sexuales mutuamente satisfactorias no definen una relación.

Y aunque él deseara una relación, hay un millar de razones por las que eso jamás será posible.

Alex lo acompaña hasta la puerta. Henry se vuelve y permanece unos instantes en el sitio, sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, esto... —prueba mirándose los pies.

Alex pone los ojos en blanco.

—Joder, tío, por el amor de Dios, acabas de meterte mi polla en la boca, bien puedes despedirte dándome un beso.

Henry levanta la mirada, boquiabierto y con una expresión de incredulidad, y de pronto echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Ha vuelto a ser él, el ricachón ñoño, neurótico, dulce e insomne que constantemente le manda fotos de su perro, y de repente todo encaja. Alex se acerca, lo besa intensamente, y él, con una ancha sonrisa, sale por la puerta.

—¿Que vas a hacer qué?

Sucede un poco antes de lo que ambos esperaban: tan solo han transcurrido dos semanas desde la cena oficial, dos semanas durante las cuales no ha hecho más que desear volver a tener a Henry debajo de él lo más pronto posible y en las que le ha dicho de todo menos eso en los mensajes que ambos se han cruzado. June no deja de mirarlo como si fuera a arrojarle el teléfono al Potomac.

—Un partido de polo este fin de semana, con fines benéficos, al que se accede solo mediante invitación —está diciendo Henry por teléfono—. Es en... —Calla unos instantes, probablemente para consultar el itinerario que debe de haberle entregado Shaan—. Greenwich, Connecticut. La entrada cuesta diez mil dólares, pero puedo apuntarte en la lista.

Alex está a punto de derramar el café en el suelo de la entrada sur. Amy lo mira con el ceño fruncido.

—Por Dios, qué barbaridad. ¿Para qué vais a recaudar fondos, para comprarles monóculos a los recién nacidos? —Luego tapa el micrófono del teléfono con la mano y pregunta—: ¿Dónde está Zahra? Necesito despejar mi agenda para este fin de semana. —Vuelve a destapar el teléfono—. Oye, voy a intentar hacer un hueco, pero la verdad es que últimamente estoy muy ocupado.

—Lo siento, Zahra pregunta que si este fin de semana quieres anular el acto de recaudación de fondos para acudir a un partido de polo en Connecticut —vocea June desde su habitación, con lo cual Alex casi vuelve a derramar el café que tiene en la mano.

—Escucha —le dice Alex—, estoy intentando organizar una estratagema de relaciones públicas geopolíticas.

—Tío, la gente está escribiendo toda clase de comentarios sobre vosotros...

—Ya lo sé, me los ha enviado Nora.

—Yo creo que bien podrías descansar un poco.

—¡La Corona desea que asista! —miente a toda velocidad.

Su hermana no parece convencida, y se despide de él con una mirada que seguramente lo preocuparía si en estos momentos le importase un poco más algo que no fuera la boca de Henry.

Y así es como termina acudiendo el sábado al Greenwich Polo Club vestido con su mejor conjunto de J. Crew y preguntándose en qué demonios se está metiendo. La mujer que está delante de él luce un sombrero que lleva encima una paloma entera, disecada. Sus partidos de lacrosse en el instituto no lo prepararon para esta clase de eventos deportivos.

Ver a Henry a caballo no es nada nuevo. Ver a Henry vestido de arriba abajo con su atuendo de jugar al polo: el casco, las mangas cortas que le llegan justo a la altura de los bíceps, el pantalón blanco y ceñido, embutido en unas botas altas de piel, los protectores de las rodillas, llenos de complicados herrajes, los guantes de cuero... todo ello le resulta ya familiar. Ya lo ha visto. Categóricamente, debería ser aburrido; no debería provocarle ninguna reacción visceral, carnal ni romanticona. Pero es que la manera en que Henry espolea a su caballo por la pista con la fuerza de sus muslos, la manera en que su culo rebota contra la silla de montar, la manera en que se estiran y se flexionan los músculos de sus brazos cuando golpea con el taco, la manera en que mira y en que lo lleva todo... es mucho.

Está sudando. Estamos en el mes de febrero, pero él está sudando debajo del abrigo.

Lo peor de todo es que Henry es muy bueno. Alex no finge conocer a fondo las reglas de juego del polo, pero a él lo que siempre le ha puesto cachondo es que una persona sea competente. Resulta demasiado fácil mirar cómo clava Henry las botas en los estribos haciendo fuerza y hacer aflorar el recuerdo de las pantorrillas desnudas que hay debajo, de unos pies descalzos apoyados con esa misma firmeza en el colchón. Los muslos de Henry se abren del mismo modo, pero estando él entre ellos. El sudor de la frente de Henry goteando sobre su cuello... En fin, justamente todo eso.

Desea..., Dios, después de todo el tiempo que ha pasado ignorándolo, lo desea de nuevo, ahora mismo.

Termina el partido después de que haya pasado un tiempo que se le ha antojado eterno, y tiene la sensación de que, si tarda un poco más en poder tocar a Henry, se desmayará o chillará. El único pensamiento posible en el universo es el cuerpo de Henry, el rostro de Henry, y todas las demás moléculas que puedan existir son una mera incomodidad.

—No me gusta nada esa cara —le dice Amy mirándolo a los ojos

cuando ambos llegan a pie de las gradas—. Estás... sudando.

—Voy a... esto... —responde Alex— saludar a Henry.

Amy pone un gesto serio.

—Por favor, no me des más detalles.

—Sí, ya sé —dice Alex—, «negación por falta de pruebas».

—No sé de qué puedes estar hablando.

—Claro. —Se pasa una mano por el pelo—. Sí.

—Disfruta de tu cumbre con la delegación inglesa —le dice Amy en tono terminante, y él da las gracias en silencio por la existencia de los acuerdos de confidencialidad.

Se encamina hacia los establos, ya sintiendo un hormigueo en los brazos y en las piernas porque sabe que tiene cada vez más cerca el cuerpo de Henry. Esas piernas largas y esbeltas, ese pantalón ajustado de un prístino blanco manchado de hierba... ¿Por qué este deporte tiene que ser tan repulsivo y, sin embargo, Henry tiene que estar tan guapísimo mientras lo practica?

—Mierda...

Apenas le da tiempo de frenar para no chocar de cabeza contra Henry, que ha aparecido en persona por el recodo de los establos.

—Ah, hola.

Permanecen unos instantes mirándose el uno al otro. Han pasado quince días desde que Henry estaba lanzando obscenidades hacia el techo del dormitorio de Alex y no sabía muy bien cómo proceder. El príncipe todavía lleva puesto el atuendo completo de polo, guantes incluidos, y Alex no acaba de decidir si se siente complacido o le apetece más bien arrearle un porrazo en la cabeza con el taco de polo. ¿O se dice... bate? ¿Palo? ¿Maza? Este deporte es una caricatura.

El príncipe rompe el silencio al agregar:

—La verdad es que pensaba ir a buscarte.

—Bueno, pues aquí me tienes.

—Aquí te tengo.

Alex mira hacia atrás.

—Hay... cámaras. A las tres.

—Cierto —responde Henry cuadrando los hombros.

Tiene el pelo revuelto y ligeramente húmedo, y las mejillas aún enrojecidas a causa del esfuerzo. Cuando acudan a la prensa, va a parecer un verdadero Apolo en las fotos. Sonríe sabiendo que se venderán.

—Oye, ¿no tenías... una cosa —pregunta Alex— que querías... esto... enseñarme?

El príncipe lo mira, después desvía la vista hacia las decenas de millonarios y famosos que pululan alrededor y por último vuelve a mirarlo a él.

—¿Ahora?

—Me ha llevado cuatro horas y media de coche llegar hasta aquí, y dentro de una hora tengo que regresar a Washington, así que no sé en qué otro momento esperas enseñármelo.

Henry deja pasar unos segundos, mira de nuevo a las cámaras, y después pone una sonrisa artificial, lanza una carcajada y toma a Alex por el hombro.

—Ah, sí, claro. Acompáñame.

Gira sobre los talones de sus botas y se encamina hacia la parte de atrás de los establos. Una vez allí, entra por una puerta, y Alex lo sigue. Se trata de una estancia pequeña y sin ventanas anexa a los establos, forrada de madera desde el techo hasta el suelo, en la que flota un olor a crema para el cuero. Las paredes están cubiertas de pesadas sillas de montar, fustas, bridas y riendas.

—¡Una mazmorra donde practican el sexo los blancos ricos! —exclama Alex en voz alta mientras Henry cruza por detrás de él.

El príncipe toma una gruesa correa de cuero de un gancho de la pared, y Alex casi se desmaya al verlo.

—¿Cómo dices? —pregunta Henry con naturalidad yendo a cerrar la puerta. Cuando se vuelve, su expresión es dulce e increíble—. Esto es el cuarto de aperos.

Alex deja caer el abrigo y da tres rápidas zancadas hacia él.

—Lo cierto es que me da lo mismo —dice, y a continuación aferra a Henry por el estúpido cuello del estúpido polo y lo besa en su estúpida boca.

Es un buen beso, macizo y ardiente. Alex no sabe dónde poner las

manos, porque quiere ponerlas en todas partes al mismo tiempo.

—Ah... —gime exasperado. Empuja a Henry por los hombros hacia atrás y finge sentirse asqueado al mirarlo de arriba abajo—. Estás ridículo.

—¿Quieres que...?

Henry da un paso atrás, apoya un pie en un banco que hay cerca y hace ademán de desabrocharse los protectores de las rodillas.

—¿Qué? No, claro que no, déjatelos puestos —le dice Alex. Henry se queda parado, de pie, en una artística postura con las piernas separadas y un pie levantado, creando tensión en la tela—. Dios, pero ¿qué haces? Ni siquiera soporto mirarte. —El príncipe frunce el entrecejo—. No, a ver, lo que he querido decir es que... me pones furioso. —Henry vuelve a poner el pie en el suelo con mucho cuidado. Alex quiere morirse—. Ven aquí, vamos, joder.

—Estoy un poco confuso.

—Yo también, joder —dice Alex sufriendo intensamente por algo que debió de hacer en una vida anterior—. Mira, no sé por qué, pero todo esto... —hace un ademán para abarcar toda la presencia física del príncipe— está... afectándome muchísimo, así que tengo que hacer una cosa.

Y, sin más ceremonias, se pone de rodillas y empieza a desabrochar el cinturón de Henry y la botonadura de los pantalones.

—Oh, Dios —exclama Henry.

—Ya —coincide Alex, y acto seguido le baja los calzoncillos.

—Oh, Dios —repite Henry, esta vez con sentimiento.

Todo esto sigue siendo nuevo para Alex, pero no le resulta difícil plasmar en la realidad lo que lleva una hora planificando mentalmente con todo detalle. Cuando levanta la vista, ve a Henry sonrojado y extasiado, con la boca entreabierta. Casi duele mirarlo, con esa concentración de deportista, con todos los aderezos de la aristocracia puestos a su plena disposición. El príncipe lo mira a su vez, con todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo centradas en un solo punto.

La mamada es rápida y sucia, y Henry está diciendo tacos sin parar, lo cual desarma, de tan sexi, pero esta vez inserta alguna que otra palabra de elogio, y, sin saber por qué, eso lo pone todavía más cachondo. Alex no está preparado para la manera en que la frase «así, muy bien» suena pronunciada

por Henry, con esas redondeadas vocales de Buckingham, ni tampoco para la sensación que le causa un guante de lujosa piel cuando le roza la mejilla, junto a la comisura de los labios, en una caricia de aprobación.

Nada más terminar, Henry sienta a Alex en el banco y le encuentra utilidad a los protectores de las rodillas.

—Sigo estando muy cabreado contigo —le dice Alex destrozado, derrumbado hacia delante y con la frente apoyada en el hombro de Henry.

—Por supuesto que sí —responde Henry sin prestar mucha atención.

Acto seguido, Alex le quita toda la autoridad a lo que acaba de decir atrayendo a Henry hacia sí para darle un beso profundo y largo, y después otro, durante un espacio de tiempo del que decide que no quiere llevar la cuenta.

Salen del cuarto en silencio, y Henry le toca a Alex en el hombro para indicarle el lugar donde está esperando su monovolumen. Nota bajo la mano la lana del abrigo y, más abajo, la dura musculatura.

—Supongo que no vas a ir por Kensington en un futuro próximo.

—¿Ese agujero de mierda? —replica Alex guiñándole un ojo—. No, si puedo evitarlo.

—Eh —dice Henry, ahora con una ancha sonrisa—. Eso es faltar al respeto a la Corona. Insubordinación. He mandado a hombres a las mazmorras por menos que eso.

Alex se vuelve y echa a andar hacia el coche levantando las manos en el aire.

—No me amenaces con pasarlo bien.

Paris?



A <agcd@eclare45.com> 3/3/2020 19:32
para Henry

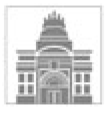
Su Alteza Real Príncipe Henry de lo que sea:

No me hagas aprenderme tu título completo.

¿Vas a acudir este fin de semana al evento de recaudación de fondos para la conservación de los bosques?

Alex,
Primer Hijo de tu antigua colonia

Re: Paris?



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 4/3/2020 02:14
para A

Alex, Primer Hijo de la Inglaterra de segunda fila:

En primer lugar, has de saber que resulta sumamente inapropiado que hagas una chapuza con mi título de forma intencionada. Podría haberte convertido en el cojín de un diván real por semejante delito de lesa majestad. Afortunadamente para ti, creo que no pegarías nada bien con la decoración de mi sala de estar.

En segundo lugar, no voy a asistir a ese acto de recaudación de fondos, tengo un compromiso previo. Vas a tener que buscarte a otro al que asaltar dentro de un guardarropa.

Saludos,
Su Alteza Real Príncipe Henry

Re: Paris?



A <agcd@eclare45.com> 4/3/2020 02:27
para Henry

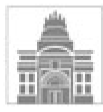
Soporífero Aburrido Repelente Príncipe Henry:

Es increíble que puedas sentarte a escribir correos teniendo un real palo metido por el culo. Me parece recordar que te gustó mucho eso de verte «asaltado».

De todas formas, allí todo el mundo va a ser de lo más aburrido. ¿Qué vas a hacer?

Alex,
Primer Hijo de los Airados Recaudadores de Fondos

Re: Paris?



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 4/3/2020 02:32
para A

Alex, Primer Hijo que Elude Responsabilidades:

Un real palo es lo que formalmente se conoce como «cetro».

Me han enviado a una cumbre que se celebrará en Alemania, a fingir como si supiera algo de la energía eólica. Principalmente escucharé la charla de unos ancianos ataviados con lederhosen y me haré fotos al lado de los molinos de viento. Al parecer, la monarquía ha decidido que se preocupa por las energías sostenibles, o por lo menos que quiere dar esa impresión. Una auténtica farsa.

En cuanto a los invitados a la recaudación de fondos, has dado a entender que yo soy aburrido.

Saludos,
Sermoneada Alteza Real

Re: Paris?

A <agcd@eclare45.com> 4/3/2020 02:34
para Henry

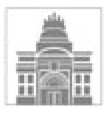
Sufrido Alborotador Repugnante:

Hace poco me he dado cuenta de que no eres tan aburrido como yo pensaba.

En ocasiones. Por ejemplo, cuando estás haciendo eso que haces con la lengua.

Alex,
Primer Hijo de Cuestionables Correos de Madrugada

Re: Paris?



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 4/3/2020 02:37
para A

Alex, Primer Hijo de Correos a Horas Intempestivas Cuando Voy a Tener Reuniones a Primera Hora de la Mañana:

¿Estás intentando propasarte conmigo?

Saludos,
Soberano Atractivo Rebelde

Re: Paris?



A <agcd@eclare45.com> 4/3/2020 02:41
para Henry

Salida Alteza Real:

Si intentara propasarme contigo, lo sabrías.

Por ejemplo: llevo toda la semana imaginando tu boca encima de la mía, y me había hecho la ilusión de verte en París para poder hacer realidad mi sueño.

También he pensado que a lo mejor tú sabes escoger un buen queso francés. No es precisamente mi especialidad.

Alex,
Primer Hijo de Compradores de Quesos y Mamadas

Re: Paris?

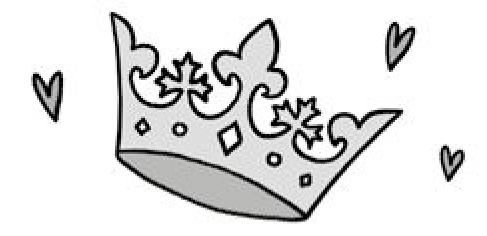


Henry <hwales@kensingtonemail.com> 4/3/2020 02:43
para A

Alex, Primer Hijo de Hacer que me Tire Encima el Té en Dicha Reunión de Primera Hora:

Te odio. Intentaremos salir de Alemania.

X



SIETE

En efecto, Henry consigue salir de Alemania, y, luciendo una americana de un azul intenso y una sonrisa maliciosa, se reúne con Alex cerca de un rebaño de turistas que están comiendo crepes junto a la Place du Tertre. Tras dos botellas de vino regresan a su hotel dando tumbos, Henry se arrodilla sobre el mármol blanco y mira a Alex con unos ojos grandes, azules e inmensamente profundos. Alex no conoce ninguna palabra de ningún idioma que valga para describir esa mirada.

Está tan borracho, y la boca de Henry es tan suave, y todo es tan puñeteramente francés que se le olvida decirle al príncipe que se vaya a su hotel. Se le olvida que no deben pasar la noche juntos. De modo que eso es lo que hacen.

Descubre que Henry duerme acurrucado sobre un lado, con la columna vertebral encorvada y mostrando unos pequeños bultitos que, en realidad, si se tocan con la mano, se ve que son blandos. Pone mucho cuidado para no despertarlo, porque por una vez está durmiendo de verdad. A la mañana siguiente, el servicio de habitaciones les trae *baguettes* crujientes, untuosos pastelillos rellenos de albaricoque y un ejemplar de *Le Monde* que Alex pide a Henry que le traduzca en voz alta.

Recuerda vagamente haberse dicho a sí mismo que no iban a hacer esta clase de cosas. Pero en este momento todo resulta un tanto confuso.

Cuando Henry se marcha, Alex encuentra junto a la cama unas tarjetas de visita: *Fromagerie Nicole Barthélémy*. Así que antes de irse le ha dejado instrucciones para un encuentro clandestino en una tienda de quesos de París. Hay que reconocer que Henry sabe manejar bien su marca personal.

Más tarde, Zahra le manda un mensaje con una captura de pantalla de un artículo publicado por BuzzFeed que habla del «mejor romance de su

vida» con el príncipe. Es una variedad de fotos: la cena oficial, un par de instantáneas en las que ambos están en Greenwich, sonriendo junto a los establos, otra sacada del Twitter de una chica francesa en la que Alex está sentado en un diminuto café con Henry, que se está terminando la botella de vino tinto que acaban de compartir.

Debajo, Zahra ha escrito a regañadientes: «Estarás contento, cabrón».

Imagina que así es como va a funcionar esto de ahora en adelante: el mundo seguirá creyendo que son amigos íntimos, y ellos seguirán representando dicho papel.

Objetivamente, sabe que debería ir más despacio. Es solo atracción física. Pero el Perfecto y Estoico Príncipe Azul suelta una carcajada al llegar y le escribe a horas intempestivas de la noche lo siguiente: «Eres un cabrón total, malo y rencoroso, y voy a besarte hasta que se te olvide hablar». Y Alex empieza a obsesionarse con esa idea.

Decide no darle demasiadas vueltas al asunto. Normalmente sus caminos solo se cruzarían unas cuantas veces al año; se requiere ser creativo a la hora de manipular la agenda y saber camelar a sus respectivos equipos para poder verse con la frecuencia que exigen sus cuerpos. Por lo menos tienen como estratagema recurrir a las relaciones públicas internacionales.

Resulta que sus respectivos cumpleaños están separados por menos de tres semanas, lo cual quiere decir que durante casi todo el mes de marzo Henry tiene veintitrés años y Alex tiene veintiuno. («Sabía que era un maldito Piscis», afirma June.) Casualmente, a finales de marzo Alex tiene que ir a la Universidad de Nueva York para una campaña de inscripción de votantes, y cuando le escribe a Henry para contárselo recibe una rápida respuesta quince minutos después: «He reprogramado la visita a Nueva York a una empresa sin ánimo de lucro para este fin de semana. Estaré allí, preparado para los azotes de cumpleaños y demás».

Los fotógrafos ya se encuentran bien visibles cuando se reúnen delante del Met, así que se saludan con un apretón de manos y Alex, con la ancha sonrisa que reserva para las cámaras, le dice:

—Quiero verte a solas, ahora.

En Estados Unidos son más cuidadosos, de modo que suben a la

habitación del hotel cada uno por su lado: Henry por la parte de atrás, flanqueado por dos enormes guardaespaldas; y un poco después Alex acompañado por Cash, que, al tanto de todo, sonríe, pero no dice nada.

Hay un montón de champán, besos y merengue de una pequeña tarta de cumpleaños que Henry, inexplicablemente, ha obtenido a saber de dónde. Merengue que acaba untado en la boca de Alex, en el pecho de Henry, en el cuello de Alex, entre las caderas de Henry. Henry le aprisiona las muñecas contra el colchón y empieza a lamerlo, y Alex, borracho y totalmente extasiado, se siente de cabo a rabo como un chico de veintidós años y ni un solo día más viejo, una especie de joven hedonista de la historia. Por obra y gracia de la mamada que le está haciendo, como regalo de cumpleaños, un príncipe de otro país.

Es la última vez que se ven en varias semanas, y después de mucho insistir y, quizás, de suplicar un poco, Alex convence a Henry de que se baje la aplicación de Snapchat. Henry le envía principalmente fotos insinuantes de sí mismo totalmente vestido que le hacen sudar: una tomada en un espejo, unos pantalones de polo manchados de barro, un elegante traje. Un sábado, la conexión con la televisión por cable C-SPAN que tiene su teléfono se ve interrumpida por una imagen de Henry a bordo de un velero, sonriendo a la cámara con los hombros desnudos e iluminados por el sol, y a Alex se le acelera el corazón de tal modo que se ve obligado a cogerse la cabeza con las manos y dejar pasar un minuto entero.

(Pero bueno, no pasa nada. La cosa no es tan grave.)

Entre una cosa y otra, hablan del trabajo que realiza Alex para la campaña, de los proyectos sin ánimo de lucro de Henry, de las apariciones en público de los dos. Comentan que ahora Pez ha proclamado estar totalmente enamorado de June y se pasa el tiempo hablando de ella con embeleso o suplicándole a Henry que le pregunte a Alex si a June le gustan las flores (sí) o las aves exóticas (verlas sí, tenerlas no), o las joyas con la forma de su cara (no).

Hay muchos días en que Henry se alegra de recibir mensajes suyos y responde enseguida haciendo gala de un sentido del humor rápido e incisivo, dice que desea estar con él y saber qué es lo que piensa en todo momento. Pero a veces se le nota de un ánimo abatido y se expresa en un

tono inusual, de tan cáustico, extraño y vitrificado. Pasa horas o días sin contestar, y Alex termina entendiendo que son períodos de bajón, pequeños brotes de depresión, o momentos en los que está sobrepasado. Henry odia a muerte esos días. Alex quisiera poder ayudarlo, pero tampoco le importa demasiado; se siente profundamente atraído por los arranques de malhumor de Henry, por cómo está cuando sale de ellos, y por los millones de matices que hay entre un momento y otro.

También ha descubierto que el carácter plácido de Henry se altera si uno sabe dónde pincharlo. Le gusta sacar a colación los temas que sabe que encienden al príncipe, como, por ejemplo:

—Oye —está diciendo Henry, furioso, al teléfono un jueves por la noche—. Me importa un comino lo que diga *Joanne*. Remus John Lupin[3] es más gay que nadie, y no pienso consentir que nadie diga lo contrario.

—Muy bien —contesta Alex—. Que conste que estoy de acuerdo contigo, pero cuéntame más.

Y Henry se lanza a una interminable diatriba, y Alex lo escucha divertido y un poco asombrado mientras Henry se esfuerza en exponer su punto de vista:

—Como príncipe que soy de este país, simplemente opino que, en lo relativo a las referencias culturales positivas de Gran Bretaña, sería bueno que no hiciéramos con nuestras personas marginadas lo que dice el refrán: tirarlas a los pies de los caballos. La gente tiene una imagen aséptica de Freddie Mercury, Elton John o David Bowie, que en los años setenta se tiraba a Mick Jagger por todo Oakley Street, debería añadir. Sencillamente, esa no es la verdad.

Lo que hace Henry es otra cosa: el hecho de que saque esos análisis de lo que lee, ve o escucha confronta a Alex con la realidad de que posee un título universitario en Literatura Inglesa y un interés personal por la historia de los homosexuales en el país al que pertenece su familia. Alex siempre ha conocido la historia de los homosexuales en Estados Unidos (al fin y al cabo, la política de sus padres ha formado parte de ella), pero no empezó a comprometerse con dicha historia como hace Henry hasta que descubrió que él mismo era gay.

Está empezando a comprender lo que brotó en su pecho la primera vez

que leyó la historia de las manifestaciones de Stonewall y por qué le dolió la decisión tomada en 2015 por el Tribunal Supremo. Está empezando a ponerse al día vorazmente en su tiempo libre: el poeta Walt Whitman, las Leyes de Illinois de 1961, los Disturbios de la Noche White, el documental *Paris is burning*. Junto a su mesa de trabajo ha pinchado la foto de un hombre en una manifestación de los años ochenta vestido con una cazadora que lleva escrito en la espalda: «Si yo muero de sida, no me enterréis: dejad mi cadáver a la puerta de la FDA».

Un día, June, al pasar por la oficina para comer con su hermano, se fija en la foto y mira a Alex con la misma expresión extraña que aquel día tomando café, a la mañana siguiente de haber entrado Henry en su habitación. Pero no dice nada, y continúa comiendo sushi y hablando de su último proyecto: juntar todos los diarios que lleva escritos para elaborar sus memorias. A Alex le gustaría saber si en dichas memorias se incluirá algo de todo esto. Quizás, si se lo cuenta a su hermana a no mucho tardar. Y debería contárselo a no mucho tardar.

Se le hace raro que el tema que tiene con Henry le haya hecho entender esta enorme parte de sí mismo, pero así ha sido. Cuando se para a pensar en las manos de Henry, en sus nudillos cuadrados y sus elegantes dedos, se maravilla de que no se hubiera fijado antes. En la siguiente ocasión en que ve a Henry, en una gala celebrada en Berlín, cuando siente esa atracción gravitatoria, se deja llevar por ella sentado en la parte trasera de una limusina, y cuando ya en el hotel ata las muñecas de Henry al poste de la cama con su propia corbata, se conoce mejor a sí mismo.

Cuando dos días más tarde acude a una reunión informativa semanal, Zahra le aferra la cara con una sola mano, le gira la cabeza y le escudriña de cerca un lado del cuello.

—¿Eso es un chupetón?

Alex se queda petrificado.

—Yo..., hum, no.

—¿Me ves cara de tonta, Alex? —replica Zahra—. ¿Quién te está dando chupetones, y por qué no has obligado a esa persona a firmar un acuerdo de confidencialidad?

—Oh, Dios mío —gime Alex, porque lo cierto es que Henry es la

última persona por la que Zahra debería preocuparse respecto de una posible filtración de detalles sórdidos—. Si necesitase un acuerdo de confidencialidad, te lo diría. Tranquilízate.

A Zahra no le gusta que le digan que se tranquilice.

—Mírame —le ordena—. Te conozco desde que todavía te cagabas en los calzoncillos. ¿Crees que no sé distinguir cuándo me estás mintiendo? —Lo pincha en el pecho con una uña puntiaguda y esmaltada—. Me da igual quién te haya hecho eso, pero más te vale que haya sido alguna chica incluida en la lista de las que te permiten ver durante las elecciones, una lista que, por si acaso se te ha olvidado, te mandaré por correo electrónico en cuanto te apartes de mi vista.

—Vale, está bien.

—Y te recuerdo —sigue diciendo Zahra— que antes prefiero amputarme una mano que permitirte cometer alguna estupidez que haga que tu madre, nuestro primer presidente mujer, sea el primer presidente que no es reelegido desde el puñetero George H. W. Bush. ¿Me has entendido? Si es necesario, te encerraré en tu habitación un año entero y tendrás que hacer los exámenes finales mediante señales de humo. Te graparé la polla a la pierna, para que no la saques del puto pantalón.

Y dicho esto vuelve a sus notas con total profesionalidad, como si no acabara de amenazarlo. Detrás de ella está June, sentada en su sitio de la mesa, y por la expresión de su cara se ve con toda claridad que ella también se da cuenta de que está mintiendo.

—¿Tienes un apellido?

La verdad es que Alex nunca ha tenido que saludar al llamar a Henry.

—¿Qué?

La respuesta de siempre: monosilábica, divertida y alargada.

—Que si tienes algún apellido —repite Alex. Es media tarde y fuera de la Residencia está cayendo una tormenta; él se encuentra tumbado en el Solárium, revisando borradores para el trabajo—. Yo tengo dos. ¿Tú utilizas el de tu padre? ¿Eres Henry Fox? Eso suena de lo más bobo. ¿O más bien se antepone la realeza? En ese caso, utilizarás el de tu madre.

Oye un murmullo de telas al otro lado del teléfono, e imagina que Henry estará en la cama. Llevan un par de semanas sin poder hablar, así que su cerebro se apresura a proporcionarle dicha visualización.

—El apellido oficial es Mountchristen-Windsor —explica el príncipe—. Con un guion en medio, como el tuyo. De modo que mi nombre completo es... Henry George Edward James Fox-Mountchristen-Windsor.

Alex, boquiabierto, vuelve la mirada hacia el techo.

—Oh... Dios santo.

—Ciertamente.

—Y a mí que ya me parecía largo Alexander Gabriel Claremont-Díaz...

—¿Te lo pusieron por alguien?

—Alexander por el padre fundador, y Gabriel por el patrón de los diplomáticos.

—Muy poco sutil.

—Ya, no tuve donde escoger. A mi hermana le pusieron Catalina June por la isla y por la cantante, en cambio, yo me llevé todas las profecías autocumplidas.

—A mí me tocaron los dos reyes homosexuales —señala Henry—. Toma profecía.

Alex lanza una carcajada y aparta con el pie los apuntes de la campaña; no piensa seguir revisándolos esta tarde.

—Tener tres apellidos es malvado.

Henry deja escapar un suspiro.

—En el colegio, a todos nos llamaban Gales. Sin embargo, Philip es actualmente el teniente Windsor de la RAF.

—Entonces, ¿eres Henry de Gales? Eso no está tan mal.

—No, no está tan mal. ¿Por eso me has llamado?

—Puede ser —responde Alex—. Llámalo curiosidad por la historia. —Excepto que la verdad se aproxima más a la leve entonación que tiene Henry al hablar y a un brevísimo instante de titubeo antes de una frase; lleva toda la semana pensando en ello—. Hablando de curiosidades históricas, voy a contarte un detalle divertido: estoy sentado en la estancia en que se encontraba Nancy Reagan cuando se enteró de que habían disparado a Ronald Reagan.

—Dios santo.

—Y también fue aquí donde el bueno de Dick el Tramposo le dijo a su familia que pensaba dimitir.

—Perdona... ¿quién es Dick el Tramposo?

—¡Nixon! Oye, ya que estás desbaratando todo aquello por lo que lucharon los padres de la patria y desflorando al retoño de la república, por lo menos tienes que conocer los rudimentos de la historia de Estados Unidos.

—Yo difícilmente diría que «desflorar» sea el término adecuado —replica Henry en tono socarrón—. Se supone que dichos arreglos se llevan a cabo con novias vírgenes, ¿sabes? Y, desde luego, no parece que este sea el caso.

—Ajá, y además estoy seguro de que todas esas habilidades las has aprendido leyendo libros.

—Bueno, sí que fui a la universidad. Pero el mérito no hay que atribuírselo necesariamente a mis lecturas.

Alex asiente con un gesto insinuante y deja que decaiga el ritmo del diálogo. Vuelve la vista hacia el otro extremo de la sala: las ventanas que en otra época eran únicamente unos visillos, cuando esta estancia era utilizada por la familia Taft para dormir en las noches calurosas; el rincón, ahora repleto de viejos coleccionables de cómics de Leo, en el que Eisenhower jugaba a las cartas. Son cosas que hay por debajo de lo que se ve. Él siempre ha buscado sacarlas a la luz.

—Oye —dice—. Tu voz suena rara. ¿Te encuentras bien?

Henry coge aire y emite un carraspeo.

—Estoy bien.

Alex no dice nada y deja que se prolongue el silencio durante unos instantes, hasta que decide romperlo.

—¿Sabes? Este arreglo que tenemos los dos... Puedes contarme cosas. Yo te cuento cosas todo el tiempo. Cosas de la política, de las clases, locuras de mi familia. Ya sé que no soy, no sé, el parangón de las comunicaciones humanas normales, pero bueno. Ya sabes.

Otra pausa.

—Nunca... se me ha dado bien hablar de cosas —dice el príncipe.

—Bueno, a mí nunca se me había dado bien hacer mamadas, pero todos tenemos que aprender y crecer, corazón.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Venga —dice Alex con un bufido—. ¿Insinúas que todavía no se me dan bien?

—No, no, por nada del mundo diría eso —contesta Henry, y Alex percibe en su voz que está sonriendo—. La primera fue la única que... En fin, por lo menos pusiste entusiasmo.

—No recuerdo que te quejases.

—Ya, bueno, es que llevaba una eternidad fantaseando con ello.

—¿Ves? Ahí lo tienes —señala Alex—. Acabas de contarme una cosa. Puedes contarme otras.

—No es lo mismo.

Alex se pone boca abajo, reflexiona unos instantes y dice muy despacio:

—Cariño.

Se ha convertido en algo importante. Cariño. Sabe que se ha convertido en algo importante. Se le ha escapado de forma accidental en varias ocasiones, y en cada una de ellas Henry se derrite por dentro y él finge no darse cuenta, pero es muy consciente de estar jugando sucio.

En la línea se oye el lento siseo de alguien que resopla, como el aire que se escurre por la grieta de una ventana.

—Esto... No es el mejor momento —dice—. ¿Cómo catalogas eso? ¿Locuras de la familia?

Alex frunce los labios y se muerde la mejilla por dentro. Ahí está.

Ha estado preguntándose cuándo iba a empezar Henry a hablar de la Familia Real. Hace referencias indirectas a que Philip es una persona tan cerrada que podría pasar por un reloj atómico, o a la reprobación de su abuela, y menciona a Bea tanto como él menciona a June, pero él sabe que hay mucho más. Sin embargo, no sabría decir cuándo ha empezado a percatarse, del mismo modo que no sabe cuándo empezó a contar los días que Henry está de un humor o de otro.

—Ah —dice—. Entiendo.

—Imagino que no estarás al día de lo que dice la prensa sensacionalista británica, ¿no?

—No, si puedo evitarlo.

El príncipe suelta una carcajada de rencor.

—Bueno, pues al *Daily Mail* siempre le ha gustado airear nuestros trapos sucios. Hace unos años le pusieron un apodo a mi hermana: la Princesa del Polvo.

Se le enciende una luz.

—Por lo de...

—Sí, Alex, lo de la cocaína.

—Vale, eso me suena.

Henry suspira.

—Bueno, pues alguien se las ha arreglado para esquivar a los de seguridad y pintarle lo de «Princesa del Polvo» en un costado del coche.

—Mierda —contesta Alex—. ¿Y ella no se lo ha tomado bien?

—¿Bea? —ríe Henry, y esta vez es una risa más auténtica—. No, ella no suele preocuparse por esas cosas. Está tan campante. Más asombrada de que alguien haya logrado burlar a los de seguridad que de otra cosa. Mi abuela ha echado a la calle a un equipo entero de guardaespaldas. Pero... no sé.

Deja la frase sin terminar, y Alex se imagina el final.

—Pero a ti sí te preocupa. Porque quieres protegerla, aunque seas su hermano pequeño.

—Yo... Sí.

—Conozco ese sentimiento. El verano pasado estuve a punto de darle un puñetazo a un tipo de Lollapalooza porque intentó tocarle el culo a June.

—Pero ¿no se lo diste?

—June ya le había tirado encima el batido que estaba tomando —explica Alex. Se encoge ligeramente de hombros, sabedor de que Henry no puede verlo—. Y, después, Amy le disparó con la Taser. El olor a batido de fresa chamuscado encima de un tío sudoroso es toda una experiencia.

Esto provoca una carcajada en Henry.

—Nunca nos necesitan, ¿verdad?

—No —coincide Alex—. De modo que estás molesto porque los rumores no dicen la verdad.

—Bueno... Lo cierto es que sí dicen la verdad —responde Henry.

«Vaya», piensa Alex.

—Vaya —dice en voz alta.

No sabe muy bien cómo reaccionar, busca en su reserva mental de tópicos utilizados en la política y descubre que todos son clínicos e insoportables.

Henry, con cierto nerviosismo, continúa:

—Verás, lo único que ha querido Bea siempre es dedicarse a la música —empieza diciendo—. Me parece que mis padres la hicieron escuchar mucho a Joni Mitchell cuando era pequeña. Quiso aprender a tocar la guitarra, pero mi abuela quería que estudiase violín, que es más apropiado. Le permitieron recibir clases de ambos instrumentos, pero ella fue a la universidad para estudiar violín clásico. Sea como sea, en el último año de universidad falleció nuestro padre. Sucedió muy... rápido. Se fue, sin más.

Alex cierra los ojos.

—Mierda.

—Sí —dice Henry con voz ronca—. Todos nos volvimos un poco locos. Philip tuvo que convertirse en el hombre de la familia, yo estaba gilipollas y mi madre no salía de sus habitaciones. Bea dejó de tener ilusión por nada. Yo estaba comenzando la universidad cuando ella la terminó, y Philip estaba de viaje por Afganistán. Salía todas las noches con todos los hípsters pijos de Londres, salía a hurtadillas para tocar la guitarra en locales secretos y consumía montañas de cocaína. Los periódicos estaban encantados.

—Dios mío —sisea Alex—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dice Henry. Se le nota en la voz que ha recobrado el dominio de sí mismo, como si hubiera sacado el mentón hacia fuera con ese gesto de tozudez que pone en ocasiones. Le gustaría poder verlo—. Sea como fuere, la especulación, las fotos de los paparazzi y ese maldito sobrenombre terminaron siendo demasiado. Philip vino a casa a pasar una semana, y entre la abuela y él subieron a Bea a un coche y la llevaron a una clínica de desintoxicación. A la prensa le dijeron que iba a pasar una temporada de descanso.

—Espera... disculpa un momento —interrumpe Alex sin poder evitarlo —. ¿Y tu madre dónde estaba?

—Mi madre no ha participado en casi nada desde que falleció mi padre —dice el príncipe expulsando el aire, pero de repente guarda silencio—.

Perdona, no es justo decir eso. Es que... para ella el dolor fue devastador. Paralizante. Sigue siendo paralizante. Ella, que era una fuerza de la naturaleza. No sé. Todavía escucha, y se esfuerza, y quiere que nosotros seamos felices, pero no sé si ella desea ya formar parte de la felicidad de nadie.

—Eso es... terrible.

Una pausa grave.

—En fin —prosigue Henry—, Bea fue a esa clínica en contra de su voluntad, sin creerse que tuviera ningún problema, aunque se le notaban las costillas y llevaba varios meses casi sin hablar conmigo, cuando de pequeños éramos inseparables. Al cabo de seis horas, se largó de la clínica. Recuerdo que aquella noche me llamó desde una discoteca, y perdí los nervios. Por aquel entonces tenía... no sé, dieciocho años. Fui con el coche y la encontré sentada en la entrada posterior del local, colocada hasta las cejas. Me senté a su lado, lloré y le dije que no tenía permiso para suicidarse porque papá se hubiera muerto y que yo era gay y no sabía qué diablos hacer, y así fue como me confesé.

»Al día siguiente volvió a casa, y desde entonces no ha vuelto a probar la droga, y ninguno de los dos ha contado a nadie lo que sucedió aquella noche. Hasta este momento, claro. Y no sé muy bien por qué te he contado todo esto, la verdad es que nunca he hablado de ello. Pez estuvo presente durante casi todo el proceso, y... no sé. —Carraspea—. En fin, no recuerdo haber dicho tantas cosas seguidas en toda mi vida; así que, por favor, estás en tu derecho de librarme de este sufrimiento cuando quieras.

—No, no —contesta Alex, tan precipitadamente que se le traba la lengua—, me alegro de que me lo hayas contado. ¿Te sientes mejor ahora, después de haberlo soltado todo?

Henry guarda silencio. Alex se muere por saber qué expresiones cruzarán su semblante, quisiera poder tocarlas con las yemas de los dedos. Al otro lado de la línea oye que Henry traga saliva y luego dice:

—Imagino que sí. Gracias. Por escucharme.

—Por supuesto —replica Alex—. A ver, es bueno que haya veces que no hablemos solamente de mí, por más tedioso y agotador que resulte.

Este comentario es recibido con un gruñido, y reprime una sonrisa

cuando Henry le contesta:

—Mira que eres gilipollas.

—Ya, ya —dice Alex, y aprovecha la oportunidad para hacerle una pregunta que lleva meses queriendo hacerle—: Bueno, y... ¿lo sabe alguien más? ¿Lo tuyo?

—El único miembro de la familia al que se lo he dicho es Bea, aunque estoy seguro de que los demás tienen sus sospechas. Siempre he sido un poco diferente, nunca he ido por ahí en actitud altiva. Creo que mi padre lo sabía y no le preocupaba. Pero el día que terminé los exámenes para acceder a la universidad, mi abuela me sentó y me dejó bien claro que no debía hacer a nadie partícipe de ningún deseo perverso que pudiera estar empezando a albergar y que pudiera proyectar una mala imagen de la Corona, y que, si era necesario, existían canales apropiados para guardar las apariencias.

A Alex le da un vuelco el estómago. Se imagina a Henry de adolescente, destrozado por la pena, adoctrinado para guardar silencio acerca de ese detalle y de todos los demás.

—Hay que joderse. ¿En serio?

—Las maravillas de la monarquía —dice Henry con altivez.

—Dios. —Alex se pasa una mano por la cara—. Yo he tenido que aguantar algunas cosas a mi madre, pero nadie me ha dicho nunca que tuviera que mentir respecto de quién soy.

—No creo que mi abuela lo considere mentir. Ella considera que es hacer lo que hay que hacer.

—Menuda chorrada.

Henry suspira.

—No es que haya otras opciones, ¿no crees?

Sigue una larga pausa, durante la cual Alex imagina al príncipe en su palacio, y quisiera saber cómo ha sido su vida, cómo ha llegado al momento presente. Se muerde el labio.

—Oye —le dice—, háblame de tu padre.

Otra pausa.

—¿Disculpa?

—Quiero decir... si quieres. Es que estaba pensando que no sé gran cosa

de él aparte de que hizo de James Bond. ¿Cómo era?

Alex pasea arriba y abajo por el Solárium mientras Henry le cuenta anécdotas de un hombre que tenía el mismo cabello rubio arena que él y la misma nariz recta, un hombre que él ha conocido en sombras que pasan por el modo en que Henry habla, se mueve y se ríe. Henry le habla de cuando ambos se escabulleron del palacio a hurtadillas y se fueron a dar una vuelta en coche por el campo, de cuando su padre le enseñó a navegar, de cuando lo sentaba en la silla del director. El hombre que Henry recuerda es a la vez sobrehumano y un ser conmovedor, de carne y hueso, un hombre que abarcó toda la infancia de Henry y que enamoró al mundo, pero que también era simplemente un hombre.

La manera en que Henry habla de su padre constituye una proeza física: por los extremos se levanta impulsado por el afecto, pero por el centro se hunde a causa del peso. Baja la voz para contarle a Alex cómo se conocieron sus padres: la princesa Catherine, empeñada en ser la primera princesa que tuviera un doctorado, con veintitantos años y estudiando a Shakespeare, fue a ver una representación de *Enrique V* a cargo de la Royal Shakespeare Company en la que trabajaba Arthur de protagonista. Fue a los camerinos y dio esquinazo a sus guardaespaldas para perderse con él en Londres y pasar la noche entera bailando. La reina se lo prohibió, pero de todas formas se casó con él.

Le cuenta a Alex que se crio en Kensington, que Bea cantaba y que Philip estaba muy unido a su abuela, pero que eran felices, con sus abrigos de cachemir y sus calcetines hasta las rodillas, viajando a países extranjeros a bordo de helicópteros y coches relucientes. Cuando cumplió los siete años, su padre le regaló un telescopio de bronce. A los cuatro, ya se había percatado de que todos los habitantes del país sabían cómo se llamaba, y le dijo a su madre que no sabía si quería tal cosa, y ella se arrodilló y le dijo que nunca jamás permitiría que nada le hiciese daño.

Alex también empieza a hablar. Henry ya conoce casi todo de la vida que lleva él en la actualidad, pero el hecho de hablar de cuando ambos eran pequeños siempre ha sido una línea de demarcación invisible. Le habla del condado de Travis, de cuando confeccionaban carteles de campaña con cartulinas para el consejo estudiantil de quinto curso, de los viajes en

familia a Surfside, de cómo se lanzaba de cabeza hacia las olas. Le habla del enorme ventanal que había en la casa en la que él se crio; y Henry no le dice que sea un loco por todas las cosas que escribía y escondía allí debajo.

Fuera está empezando a anochecer, la Residencia está envuelta en un ambiente triste y lluvioso, y Alex emprende el regreso a su habitación y a su cama. Henry le sigue contando cosas de los diversos compañeros que conoció en su época universitaria, todos ellos fascinados con la idea de estar durmiendo con un príncipe, casi todos ellos apartados de él inmediatamente debido a la burocracia, el secretismo y, de vez en cuando, el malhumor que mostraba Henry por tanta burocracia y tanto secretismo.

—Pero, naturalmente... —dice Henry—, nadie desde que... bueno, desde que tú y yo...

—No —dice Alex más rápido de lo previsto—, en mi caso tampoco. Nadie más.

Oye ciertas palabras salir de su propia boca, unas palabras que le cuesta creer que esté diciendo en voz alta. Habla de Liam, de aquellas noches, pero también de que le robaba anfetaminas cuando empezaban a decaer sus calificaciones y de que permanecía despierto dos o tres días seguidos. De June le cuenta que, aunque nunca lo haya dicho, sabe que ella está viviendo aquí únicamente para cuidarlo a él, el callado sentimiento de culpa que lo embarga por no poder prescindir de ella. Habla de lo mucho que le duelen algunas de las mentiras que la gente cuenta acerca de su madre, del miedo que le da que pierda las elecciones.

Conversan durante tanto tiempo que Alex se ve obligado a enchufar el teléfono para que no se agote la batería. Se tumba de costado y continúa escuchando, extiende la mano sobre la otra almohada y se imagina a Henry tumbado enfrente de él, en su propia cama, dos paréntesis que abarcan seis mil kilómetros. Se mira las cutículas de las uñas, todas mordisqueadas, y se imagina a Henry bajo sus dedos, hablándole desde una distancia de unos pocos centímetros. Imagina cómo se vería el rostro de Henry en esta penumbra gris azulada; tal vez mostrase la sombra de una barba incipiente, a la espera del afeitado matinal, o tal vez las ojeras que tiene siempre quedasen difuminadas en esta tenue iluminación.

No sabe cómo, pero esta es la misma persona que lo tenía tan

convencido de que no se preocupaba por nada, que todavía tiene al mundo convencido de ser un príncipe azul dulce y libre de ataduras. Le ha llevado meses llegar a este punto, a entender plenamente lo equivocado que estaba.

—Te echo de menos —dice sin poder refrenarse.

Al instante se arrepiente, pero Henry le contesta:

—Yo también.

—Eh, espere un momento.

Alex se vuelve en su silla y sale de su cubículo. La señora de la limpieza que viene cuando acaba del horario de oficina se para en seco, con la mano en el asa de la cafetera.

—Ya sé que está asqueroso, pero ¿le importaría dejarlo tal cual? Iba a terminármelo.

La señora lo mira con expresión escéptica, pero deja los últimos vestigios de café, quemados y llenos de posos, donde están y se marcha con su carrito.

Alex mira el interior de su taza, que lleva el rótulo de CLAREMONT POR AMÉRICA, y frunce el ceño al ver la leche de almendras acumulada en el centro. ¿Por qué no se comprará leche normal en esta oficina? Esta es la razón por la que la gente de Texas odia a las élites de Washington: porque han echado a perder la maldita industria lechera.

Encima de su mesa hay tres pilas de papeles. No deja de mirarlos fijamente, con la esperanza de que si los recita mentalmente suficientes veces averiguará lo que se siente habiendo hecho todo lo posible.

Uno: el tema de las armas. Un índice detallado de todas las clases de armas que pueden poseer los americanos y de las normativas que rigen en cada estado, las cuales tiene que repasar a fondo a fin de realizar una investigación de una nueva serie de políticas federales sobre los fusiles de asalto. Encima tiene una gigantesca mancha de salsa de pizza, porque el estrés le da hambre.

Dos: la Asociación Transpacífica. Sabe que tiene que trabajar en esto, pero apenas lo ha tocado porque le produce un tremendo aburrimiento que le embota el cerebro.

Tres: el tema de Texas.

Se supone que él no debe tener este expediente. No se lo ha entregado ni el jefe de equipo ni ningún miembro de la campaña. Ni siquiera tiene que ver con políticas que aplicar. Y es más un informe que un expediente.

El informe de Texas es su niña. Lo protege con celo, lo guarda dentro de su mochila para llevárselo a casa cuando sale de la oficina y lo esconde para que no lo vea el estirado de Hunter. Contiene un mapa de los condados de Texas con un complejo desglose demográfico que indica las poblaciones de hijos de inmigrantes sin papeles, los votantes no registrados que tienen la residencia legal, los patrones de voto de los veinte últimos años. Él lo ha llenado de hojas de cálculo, de datos de votaciones, de proyecciones que ha calculado Nora a petición suya.

En el año 2016, cuando su madre salió victoriosa por un estrecho margen en las elecciones generales, lo más doloroso fue perder el estado de Texas. Ella era la primera desde Nixon en ganar la presidencia, pero en perder el propio estado en el que residía. No fue exactamente una sorpresa, teniendo en cuenta que Texas había salido republicano en las encuestas, pero en secreto todos esperaban que al final Lometa la Improbable consiguiera ganar. Pero no ganó.

Repasa de nuevo las cifras de 2016 y de 2018 distrito por distrito, sin poder sacudirse el sentimiento de esperanza. Está ocurriendo algo, algo está cambiando, lo jura.

No es su intención mostrarse desagradecido con este trabajo de estudiar las políticas, es solo que... no era lo que él esperaba. Es frustrante y lento. Debería concentrarse en él, concederle más tiempo, pero, en vez de eso, regresa una y otra vez al informe.

Toma un lápiz del bote de Harvard de Hunter y, por enésima vez, empieza a dibujar rayas en el mapa de Texas, en el afán de rehacer los distritos que dibujaron hace años los ancianos de raza blanca para dirigir los votos hacia ellos.

Siente un hormigueo en la base de la columna vertebral que lo incita a hacer el mayor bien posible, y aunque se pasa varias horas al día sentado aquí, en su cubículo, peleando con todos los pormenores, no sabe con seguridad si lo está consiguiendo. Pero si se le ocurriese una manera de

lograr que los votos de Texas sean el reflejo de lo que sienten sus habitantes... Él no está ni mucho menos cualificado para desmantelar por su cuenta los telones de acero ni los fraudes electorales existentes en Texas, pero... ¿y si pudiera?

Un incesante zumbido lo devuelve al presente, y saca el teléfono del fondo de la mochila.

—¿Se puede saber dónde estás? —exclama la voz de June al otro extremo de la línea.

Mierda. Consulta el reloj: las 21:44 h. Hace más de una hora que debería haberse reunido con June para cenar.

—Mierda, June, lo siento mucho —se disculpa al tiempo que se levanta de un salto y empieza a meter sus cosas en la mochila—. Me he liado con el trabajo... y se me ha olvidado completamente.

—Te he enviado un millón de mensajes —dice ella, como si ya estuviera viendo escrito el anuncio de su funeral.

—Tenía el teléfono en silencio —responde Alex impotente, yendo a toda prisa hacia el ascensor—. De verdad que lo siento mucho. Soy un imbécil. Ya estoy saliendo.

—No te preocupes por ello —dice su hermana—. He comprado comida para llevar. Te veo en casa.

—No seas así.

—Necesito que no me llames en este momento.

—June...

La llamada se corta.

Cuando llega a la Residencia encuentra a June sentada encima de su cama, comiendo pasta de un recipiente de plástico y viendo una serie televisiva en su tableta. June, cuando lo ve aparecer en la puerta, lo ignora con toda la intención.

Esto le recuerda la época en que eran pequeños, cuando tenían ocho y once años, respectivamente. Recuerda estar sentado junto a su hermana ante el espejo del cuarto de baño, observando las similitudes que había entre sus rostros: la misma punta redondeada de la nariz, las mismas cejas tupidas y rebeldes, la misma mandíbula cuadrada, heredada de su madre. Recuerda cómo, el primer día de clase, él miraba la imagen de su hermana reflejada

en el espejo mientras se lavaban los dientes; la trenza que llevaba June se la había hecho su padre, porque su madre estaba en Washington y no había podido venir.

Reconoce esa misma expresión en la cara que pone ahora: la de un sentimiento de desilusión cuidadosamente disimulado.

—Lo siento —prueba Alex otra vez—. De verdad que me siento realmente fatal. Por favor, no te enfades conmigo.

June continúa masticando y con la vista fija en la tableta.

—Podemos almorzar mañana —propone Alex a la desesperada—. Invito yo.

—Me importa una mierda una estúpida comida, Alex.

Alex lanza un suspiro.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres que haga?

—Quiero que no actúes igual que mamá —dice su hermana, levantando por fin la vista.

Cierra el envase de plástico, se baja de la cama y empieza a pasear nerviosa por la habitación.

—Está bien —dice Alex levantando las dos manos—. ¿Eso es lo que pasa ahora?

—Yo... —June respira hondo—. No. No debería haber dicho eso.

—Qué va, es obvio que lo has dicho en serio —replica él. Deja la mochila en el suelo y entra en la habitación—. ¿Por qué no dices lo que necesitas decir, sea lo que sea?

June se vuelve y lo mira, cruzada de brazos y apoyada contra la cómoda.

—¿De verdad no lo ves? Nunca duermes, estás siempre metido en algo hasta el cuello, te muestras dispuesto a permitirle a mamá que te utilice para lo que se le antoje, la prensa amarilla te persigue...

—June, he sido siempre así —la interrumpe con delicadeza—. Voy a ser político, tú lo sabes desde siempre. Pienso empezar en cuanto termine los estudios... dentro de un mes. Así es como va a ser mi vida, ¿vale? Lo estoy escogiendo yo.

—Pues a lo mejor estás escogiendo mal —replica June, y se muerde el labio.

Alex vuelve sobre sus pasos.

—¿Se puede saber de dónde ha salido eso?

—Alex... —dice June—, venga.

No sabe adónde diablos quiere ir a parar su hermana.

—Hasta ahora, siempre me has apoyado.

June hace un gesto estirando el brazo con tanta fuerza que molesta a un cactus que descansa sobre su cómoda.

—¡Porque hasta ahora no te estabas tirando a un puñetero príncipe de Inglaterra!

Esta frase logra cerrarle la boca a Alex. Va hasta los sofás dispuestos delante de la chimenea y se deja caer en un sillón. June, intensamente sonrojada, lo mira con fijeza.

—Te lo ha contado Nora.

—¿Qué? —replica June—. Por supuesto que no. Ella no haría algo así. Aunque resulta bastante feo que se lo hayas contado a ella, y a mí no. —Vuelve a cruzarse de brazos—. Perdona, mi intención era esperar a que me lo contases por ti mismo, pero... por Dios, Alex. ¿Cuántas veces tengo que creerme que te presentaste voluntario a esas apariciones internacionales en público para las que siempre hemos buscado alguna excusa para no asistir? Además, ¿se te ha olvidado que llevo casi toda la vida viviendo al otro lado del pasillo de donde vives tú?

Alex se mira los pies, apoyados en la alfombra de mediados de siglo, perfectamente cuidada.

—¿De manera que estás enfadada conmigo por culpa de Henry?

June emite un ruidito ahogado, y cuando Alex se vuelve hacia ella la descubre rebuscando en el primer cajón de la cómoda.

—Dios mío, no sé cómo puedes ser tan inteligente y tan idiota al mismo tiempo —comenta su hermana sacando una revista que tenía debajo de la ropa interior.

Alex está a punto de decirle que no está de humor para ver qué dice la prensa amarilla, pero June le arroja la revista a la cabeza.

Se trata de un número atrasado de *J14*, una publicación para adolescentes, abierto por una página del centro. Muestra una fotografía de Henry a la edad de trece años.

Alex levanta la vista.

—¿Lo sabías?

—¡Pues claro que lo sabía! —exclama June al tiempo que se deja caer con gesto teatral en el sillón de enfrente—. ¡Todo el tiempo estabas dejando marcas en esa revista con tus deditos manchados de grasa! ¿Por qué siempre supones que puedes irte de rositas? —Lanza un suspiro de profunda aflicción—. La verdad es que yo, en ningún momento..., entendí lo que era el príncipe para ti, hasta que lo entendí. Pensaba que te habías enamorado tontamente de alguien, o que yo podría ayudarte a hacer un amigo. Alex, nosotros conocemos a muchas personas. A miles de personas. Y muchas de ellas son idiotas, y otras muchas son increíbles, únicas, pero casi nunca me tropiezo con alguien que pueda ser pareja tuya. ¿A que no lo sabías? —Se inclina hacia delante y le toca la rodilla apoyando sus uñas de color rosa en su pantalón azul marino—. Tú llevas tanto dentro que es casi imposible estar a tu altura. Pero él sí está a tu altura, so tonto.

Alex se la queda mirando, en un esfuerzo por asimilar lo que ha dicho.

—Tengo la sensación de que estás proyectando sobre mí tu propio romanticismo sentimentaloide —decide responder, y June de inmediato retira la mano y vuelve a mirarlo con expresión ceñuda.

—¿Sabes que Evan no rompió conmigo? —dice—. Fui yo la que rompió con él. Pensaba irme con él a California, a vivir en la misma zona horaria que papá, y buscar un trabajo en el puñetero periódico *Sacramento Bee* o donde fuera, pero renuncié a todo eso para venir aquí, porque era lo que tenía que hacer. Hice lo que hizo papá: ir a donde más necesitaban mi presencia, porque esa era mi responsabilidad.

—¿Y te arrepientes?

—No —contesta June—. No lo sé. Creo que no. Pero... me lo pregunto. Papá se lo pregunta de vez en cuando. Alex, tú no tienes necesidad de preguntártelo. Tú no tienes necesidad de hacer como hicieron nuestros padres, puedes conservar a Henry y lo demás ya lo irás resolviendo. —Ahora lo mira con expresión serena, tranquila—. Hay veces que te preocupas demasiado, sin tener ninguna necesidad. Si sigues así, vas a acabar quemándote.

Alex se reclina en el sillón y se pone a toquetear las puntadas del

reposabrazos.

—Y entonces, ¿qué? —dice—. ¿Quieres que deje la política y me convierta en una princesita? Eso no parece muy feminista por tu parte.

—No es así como funciona el feminismo —replica June poniendo los ojos en blanco—. Y no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que... no lo sé. ¿Alguna vez has pensado que puede haber más de una vía para aprovechar lo que tienes? ¿O para ir a adonde quieres, a fin de dejar la máxima huella en el mundo?

—No estoy seguro de entenderte.

—Bien. —June se mira las cutículas—. Es igual que todo eso del *Sacramento Bee*: en realidad, nunca habría salido bien. Era un sueño que yo tenía antes de que mamá llegara a presidenta. La clase de periodismo que quiero hacer yo es justo el periodismo que queda descartado cuando se es la hija de un presidente. Pero el mundo es mejor teniéndola a ella donde la tiene, y en este momento yo estoy buscando un sueño nuevo que también sea mejor. —Mira a su hermano con sus ojos Díaz, grandes y castaños—. Así que no sé. Quizás haya para ti más de un único sueño, o más de un camino para llegar hasta él.

Encoge un hombro y ladea la cabeza para mirar abiertamente a su hermano. June a menudo constituye un misterio, una gran madeja de emociones y motivaciones complejas, pero en cambio posee un corazón sincero y leal. Se parece mucho a la idea pura de las personas del sur que Alex conserva en su memoria: siempre generosas, sinceras y cálidas, trabajadoras y dignas de confianza. Una luz que está siempre encendida. Su hermana quiere lo mejor para él, lisa y llanamente, sin egoísmos y sin maquinaciones. Ahora se da cuenta de que llevaba una temporada intentando hablar con él.

Vuelve a mirar la revista y nota que sonríe sin querer. Le cuesta trabajo creer que June la haya guardado durante todos estos años.

—Ahora Henry está muy distinto —comenta tras un instante, contemplando al jovencito Henry de la foto, con esa seguridad tan tranquila e inexperta que irradia—. Quiero decir, obviamente. Pero me refiero a la actitud que tiene en la actualidad. —Pasa las yemas de los dedos por la foto igual que hacía cuando era joven, por encima de ese cabello rubio dorado,

salvo que ahora sabe cuál es su textura exacta. Es la primera vez que lo ve desde que supo adónde fue a parar esta versión de Henry—. A veces me cabreo, pensando en todo aquello por lo que ha tenido que pasar. Henry es buena persona. Se preocupa de verdad, y se esfuerza mucho. En absoluto se merecía nada de lo que le ha sucedido.

June se inclina hacia delante y mira también la foto.

—¿Se lo has dicho alguna vez?

—Lo cierto es que nosotros no... —Emite una tos—. No sé. No hablamos tanto.

June respira hondo y suelta un tremendo bufido que hace añicos el tono serio de la conversación. Alex se siente tan agradecido que se tira al suelo en un ataque de risa histérica.

—¡Aj! ¡Hombres! —gime June—. Carecen de vocabulario emocional. Me cuesta trabajo creer que nuestros antepasados sobrevivieran a varios siglos de guerras, plagas y genocidios para acabar creando a un triste ser como tú. —Le arroja un cojín, y Alex suelta una risotada cuando lo golpea en la cara—. Deberías intentar decirle algunas de estas cosas a Henry.

—¡Deja de intentar ser la Jane Austen de mi vida! —replica Alex.

—Oye, no es culpa mía que Henry sea un joven príncipe misterioso y reservado y que tú seas el ingenuo impetuoso que le ha llamado la atención, ¿vale?

Alex lanza otra carcajada e intenta huir, aunque su hermana lo aferra por un tobillo y le lanza otro cojín a la cabeza. Todavía se siente culpable por haberle dado plantón, pero le parece que ya han hecho las paces. Ya lo arreglará. Los dos pelean por ocupar un sitio en la enorme cama con dosel de June, y esta lo obliga a confesar cómo es estar viéndose en secreto con un príncipe de verdad. Y de este modo June se entera de todo; su hermano se lo cuenta, y ella lo abraza y le demuestra que no le importa. Hasta que el miedo ha desaparecido, Alex no se había dado cuenta de lo aterrorizado que estaba de que June lo supiera todo.

June vuelve a ver la serie televisiva en su tableta y pide a la cocina que le manden helado, y Alex se queda unos momentos reflexionando sobre una frase que ha dicho ella: «Tú no tienes necesidad de hacer como hicieron nuestros padres». Nunca había mencionado a su padre en el mismo contexto

que su madre. Alex siempre ha sabido que una parte de ella está resentida con su madre por la posición que ocupan en el mundo, por no tener una vida normal, porque su madre se ha apartado de ellos. Pero en realidad él nunca había comprendido que su hermana experimentaba el mismo sentimiento de pérdida que él, igual de profundo, acerca de su padre. Que eso es algo que June ya encajó y superó; que lo que todavía no ha superado es lo de su madre.

Considera que June está equivocada respecto de él en muchas cosas: él no cree necesariamente que todavía tenga que escoger entre la política y su relación con Henry, ni que esté yendo demasiado rápido en su carrera. Pero... está el informe de Texas, y sabe que hay otros estados como Texas y otros millones de personas que necesitan que alguien luche por ellos, y también está ese hormigueo que siente en la base de la columna vertebral, un impulso batallador que él podría refinar para darle un fin más productivo.

Está la Facultad de Derecho.

Cada vez que mira el informe de Texas, sabe que constituye un importante caso que merece que él se presente al examen de acceso a la Facultad de Derecho, tal como sabe que desean sus padres, en vez de meterse de cabeza en la política. Siempre, siempre se ha negado. A él no le gusta esperar. No dedica tiempo a eso, a hacer lo que le dicen.

Nunca ha pensado demasiado en otras opciones que no sean una línea recta al frente; a lo mejor debería.

—¿Ahora es un buen momento para comentar que el mejor amigo de Henry, ese tipo cachondísimo y riquísimo, está enamorado de ti? —le dice a su hermana—. Es una especie de multimillonario, un genio, un filántropo, el chico de tus sueños. Opino que eso te gustaría.

—Hazme el favor de cerrar la boca —responde June, y pasa a atacar el helado.

Ahora que June ya lo sabe todo, el círculo de personas que están «en el ajo» alcanza el número de siete.

Antes de Henry, la mayoría de sus líos amorosos como hijo de la

presidenta eran rollos ocasionales que incluían el detalle de que Cash o Amy confiscaban teléfonos antes del acto en sí y al salir señalaban la línea de puntos del acuerdo de confidencialidad, Amy con mecánica profesionalidad y Cash con la actitud propia del director de un crucero. Era inevitable que todos fracasaran.

Luego está Shaan, el único miembro de los empleados de la Casa Real que sabe que el príncipe Henry es gay, con la excepción de su terapeuta. En última instancia, a Shaan le da lo mismo cuáles sean las preferencias sexuales del príncipe, siempre que no le causen problemas. Él es un consumado profesional que se viste con inmaculados trajes Tom Ford hechos a medida, que no se altera nunca por nada, y cuya devoción por el cargo que desempeña se aprecia en el modo en que atiende a Henry como si este fuera una querida planta de interior. Shaan está enterado de todo por el mismo motivo que Amy y Cash: por absoluta necesidad.

Luego está Nora, que todavía esboza una sonrisita de satisfacción cada vez que sale el tema. Y Bea, que lo descubrió cuando irrumpió por la puerta durante una de las sesiones de FaceTime que celebran su hermano y Alex cuando ya se ha hecho de noche; durante un día y medio Henry no hizo otra cosa que balbucir aturdido en su inglés británico y con una expresión de hombre atormentado en la cara.

En cuanto a Pez, da la impresión de conocer el secreto desde el principio. Alex imagina que debió de exigir una explicación cuando Henry lo hizo huir del país, literalmente, al amparo de la noche después de darle a él aquel beso con lengua en los Jardines Kennedy.

Es Pez el que contesta cuando él se conecta con Henry por FaceTime a las cuatro de la madrugada, hora de Washington, esperando pillarlo en el té del desayuno. Henry está pasando las vacaciones en una de las casas que su familia posee en el campo, mientras él se muere de calor en la última semana de clases. No se para a pensar la razón de que su migraña requiera imágenes balsámicas de Henry en un entorno pintoresco y acogedor, tomándose un té en la falda de una verde colina. Se limita a pulsar las teclas del teléfono.

—Alexander querido —le dice Pez al aceptar la llamada—. Qué amable por tu parte que llames a tu tía Pezza en esta magnífica mañana de

domingo.

Está sonriendo desde lo que parece ser el asiento del pasajero de un automóvil de lujo, y lleva puesta una enorme pamela propia de los dibujos animados y una pashmina a rayas.

—Hola, Pez —lo saluda él con otra ancha sonrisa—. ¿Por dónde andáis?

—Hemos salido a dar una vuelta para disfrutar del paisaje de Carmarthenshire —le dice Pez. Inclina el teléfono hacia el asiento del conductor—. Henry, da los buenos días a tu meretriz.

—Buenos días, meretriz —dice Henry desviando la vista de la carretera para hacerle un guiño a la cámara. Se le ve fresco y relajado, lleva una camisa de un tono gris suave con las mangas subidas. Alex se tranquiliza un poco al ver que en algún lugar de Gales Henry ha podido dormir como Dios manda—. ¿Qué es lo que hace que estés levantado a las cuatro de la madrugada esta vez?

—Mi puñetero examen final de economía —responde Alex moviéndose hacia un lado para mirar la pantalla—. Me ha dejado de funcionar el cerebro.

—¿No puedes hacerte con uno de esos auriculares que llevan los del Servicio Secreto, y que Nora te vaya chivando?

—Yo puedo presentarme al examen por ti —tercia Pez volviendo la cámara otra vez hacia sí—. El dinero se me da de vicio.

—Sí, claro, Pez, ya sabemos que no hay nada que tú no seas capaz de hacer —replica Henry fuera de cámara—. No es necesario que nos lo pases por las narices.

Alex ríe en voz baja. Gracias al ángulo en que Pez sostiene el teléfono, alcanza a ver el paisaje de Gales pasando por la ventanilla del coche, raudo y espectacular.

—Oye, Henry, dime otra vez el nombre de la casa en la que te alojas.

Pez esboza una media sonrisa y gira la cámara hacia Henry.

—Llwynywermod.

—Otra vez.

—Llwynywermod.

—Joder —gime Alex.

—Yo tenía la esperanza de que empezarais a deciros cosas cachondas —comenta Pez—. Por favor, continuad.

—No creo que pudieras seguirnos el ritmo, Pez —le dice Alex.

—¿Cómo que no? —La cámara vuelve a enfocarlo a él—. ¿Y si pongo mi p...?

—¡Pez! —se oye decir a Henry, y se ve una mano con un anillo de sello en el dedo meñique que le tapa la boca a Pez—. Te lo ruego. Alex, ¿pretendías poner a prueba lo de que no hay nada que Pez no sea capaz de hacer? En serio, vas a conseguir que nos matemos.

—De eso se trata —replica Alex en tono festivo—. Bueno, ¿y qué tenéis pensado hacer hoy?

Pez se zafa de la mano de Henry con un lametón y continúa hablando.

—Retozar desnudos por las colinas, asustar a las ovejas y después volver a casa para lo de costumbre: tomar té con galletas y hacer una tanda de ejercicios para fortalecer los muslos mientras nos lamentamos de los hermanos Claremont-Díaz, que, trágicamente, han quedado reducidos a uno solo desde que Henry empezó a salir contigo. Antes era todo contarnos nuestras cuitas compartiendo botellas de coñac y suspirando: «Cuándo se fijarán en nosotros...».

—¡No le cuentes eso!

—... y ahora yo simplemente le pregunto a Henry cuál es su secreto. —Y agrega—: Te insulto a ti todo el tiempo, y eso parece funcionar.

—Voy a dar media vuelta al coche.

—Eso no te funcionará con June —dice Alex.

—Voy a coger un bolígrafo...

Resulta que van a pasar las vacaciones trabajando en proyectos filantrópicos. Henry lleva varios meses hablándole de sus planes de saltar al plano internacional, y ahora están promoviendo tres programas para refugiados en Europa Occidental, varias clínicas para el tratamiento del sida en Nairobi y en Los Ángeles, y varios refugios para menores del colectivo LGBT en cuatro países diferentes. Es un proyecto ambicioso, pero como Henry se empeña en cubrir todos sus gastos personales con la herencia de su padre, las cuentas que le corresponden de la Casa Real permanecen intactas. Está decidido a no utilizarlas para nada que no sea esto.

Alex se acurruca sobre el teléfono y sobre su almohada mientras en Washington empieza a salir el sol. Él siempre ha querido ser una persona que deje un legado a este mundo. Henry es esa clase de persona, sin la menor duda, por decisión propia. Le resulta un poco embriagador, pero no pasa nada. Solo está un poco falto de sueño.

Con todo, los exámenes llegan y se van con mucho menos alboroto de lo que él imaginaba. Es una semana de apreturas, presentaciones y las acostumbradas noches en vela, y finalmente se termina.

En general, todo lo de la universidad ha sido siempre así. En realidad, él no ha vivido las experiencias que ha vivido todo el mundo, siempre se ha visto apartado por culpa de la fama o agobiado por el equipo de seguridad. No le estamparon un sello en la frente en el restaurante The Tombs cuando cumplió los veintiuno, no se bañó en la fuente Dalhgren. A veces tiene la sensación de que apenas ha ido a la Universidad de Georgetown, y que se ha limitado a hacer acto de presencia en una serie de clases que por casualidad tuvieron lugar en esa misma zona geográfica.

Sea como sea, se gradúa, y el auditorio entero se pone en pie y le ofrece una ovación, lo cual se le hace extraño, pero está genial. Después, una decena de compañeros de clase quieren hacerse una foto con él. Todos lo conocen por el nombre, nunca ha hablado con ninguno de ellos. Sonríe mientras los padres le hacen fotos con sus iPhones y se pregunta si debería haberlo intentado.

«Alex Claremont-Díaz se gradúa *summa cum laude* en la Universidad de Georgetown y obtiene la diplomatura en Políticas», rezan sus alertas de Google cuando las consulta desde el asiento trasero de la limusina, incluso sin haberse quitado todavía el birrete y la capa.

En la Casa Blanca se ha organizado una tremenda fiesta en los jardines. Nora, ataviada con un vestido y una americana y luciendo una sonrisa malévola, se acerca a él y le planta un beso en la mejilla.

—Por fin se gradúa el último integrante del Trío de la Casa Blanca —comenta sonriendo de oreja a oreja—. Y para ello no ha hecho falta sobornar a ningún profesor con favores políticos o sexuales.

—Creo que varios de ellos por fin van a conseguir sacarme de sus pesadillas —replica Alex.

—Qué raros sois en esta universidad... —dice June llorando un poquito.

A la fiesta han acudido una mezcla de personajes de peso político y amigos de la familia, entre ellos Rafael Luna, que está incluido en ambas categorías. Alex lo localiza junto al ceviche, con cara de cansado pero apuesto, enfrascado en una animada conversación con el abuelo de Nora, el vicepresidente. Su padre está recién llegado de California, con el rostro bronceado tras haber hecho una excursión por el parque Yosemite, sonriente y orgulloso. Zahra le entrega una tarjeta que dice: «Buen trabajo, tal como se esperaba de usted», y cuando él intenta darle un abrazo, ella casi lo mete de un empujón en el recipiente del ponche.

Transcurrida una hora, Alex siente vibrar el teléfono en el interior del bolsillo. June lo mira con el ceño ligeramente fruncido cuando se interrumpe en mitad de la frase y desvía la atención para ver quién es. Se dispone a descartar la llamada, cuando de repente ve un repentino revuelo en todos los iPhones y Blackberries que tiene a su alrededor.

Ha sido el estirado de Hunter: «Jacinto acaba de llamar a la prensa, se comenta que ha decidido abandonar las primarias, también conocidas oficialmente como Claremont contra Richards 2020».

—Mierda —dice Alex, y gira el teléfono para mostrar el mensaje A June.

—Pues vaya fiestecita.

Y lleva razón: en cuestión de segundos la mitad de las mesas se vacían porque los empleados de campaña y los congresistas abandonan sus asientos para correr a por sus teléfonos.

—Esto es un tanto melodramático —comenta Nora cogiendo una aceituna pinchada en un palillo—. Todos sabemos que al final va a darle la nominación a Richards. Lo más probable es que hayan metido a Jacinto en una sala sin ventanas y le hayan amarrado la polla a la mesa hasta que ha dicho que se da por vencido.

Alex no oye lo que Nora dice acto seguido, porque llama su atención cierto revuelo que tiene lugar en las puertas de la Sala de Palmeras, cerca de donde arrancan los jardines. Se trata de su padre, que está llevándose a Luna por el brazo. Ambos desaparecen por una puerta lateral que conduce al cuarto de la gobernanta.

Deja su copa de champán a las chicas y se dirige, dando un rodeo, hacia la Sala de Palmeras, fingiendo que quiere mirar el teléfono. Después, tras reflexionar si le va a merecer la pena la bronca que le van a echar los empleados de la tintorería, se esconde entre los arbustos.

En el cuarto de la gobernanta, al pie del tercer ventanal de la pared que da al sur hay un cristal suelto. Se encuentra ligeramente desencajado del marco, lo bastante para que la insonorización y el sellado a prueba de balas no estén intactos. En la Residencia hay otros dos cristales como este; los descubrió a los seis primeros meses de vivir aquí, antes de que June se graduase y Nora se instalase, y estaba él solo y sin nada mejor que hacer que investigar un poco el terreno.

Nunca le ha dicho a nadie lo de estos cristales sueltos; siempre ha sospechado que algún día podrían serle de utilidad.

Se agacha en cuclillas y, manchándose los zapatos de tierra, se acerca sigilosamente al ventanal con la esperanza de no haberse equivocado, hasta que encuentra el cristal que está buscando. Se apoya en él e intenta pegar el oído todo lo posible. Por encima del murmullo del viento en los arbustos que lo rodean, alcanza a distinguir dos voces que hablan en tono grave y tenso:

—Joder, Óscar —dice una voz en español, la de Rafael Luna—. ¿Se lo has dicho a ella? ¿Sabe que me estás pidiendo esto?

—Es demasiado precavida —contesta la voz de su padre. Él también habla en español, una precaución que ambos toman de tanto en tanto, cuando les preocupa que alguien pueda oírlos—. A veces es mejor que ella no sepa nada.

Se oye un resoplido, seguido de un cambio de peso.

—No pienso actuar a sus espaldas haciendo algo que ni siquiera me apetece hacer.

—¿Me estás diciendo que, después de lo que te ha hecho Richards, no hay una parte de ti que tiene ganas de prenderle fuego a todo esto?

—Pues claro que sí, Óscar —contesta Luna—. Pero tú y yo sabemos que las cosas no son tan simples. Nunca lo son.

—Escucha, Raf. Sé que conservas los archivos de todo. Ni siquiera es necesario que hagas una declaración. Podrías dar un chivatazo a la prensa.

¿Cuántos chavales más calculas desde...?

—No sigas.

—¿Y cuántos más...?

—Tú no crees que pueda ganar por sí sola, ¿verdad? —lo interrumpe Luna—. Después de todo, sigues sin tener fe en ella.

—No se trata de eso. Esta vez es diferente.

—Óscar, ¿por qué no nos dejas a mí y a lo que sucedió hace veinte puñeteros años fuera de los sentimientos sin resolver que aún tienes respecto de tu exmujer, y te concentras en ganar estas malditas elecciones? Yo no...

De pronto Luna se interrumpe, porque acaba de oír el ruido del picaporte al girar: alguien está entrando en el cuarto.

Óscar cambia rápidamente al inglés, se excusa diciendo que tiene que hablar de un proyecto de ley y se despide de Luna diciéndole en español:

—Piénsatelo.

A continuación, se oyen varios ruidos amortiguados producidos por Óscar y Luna, que están saliendo del cuarto. Alex se agacha un poco más en el barro y se pregunta qué diablos se le habrá pasado por alto.

Comienza con una gala de recaudación de fondos, un traje de seda y un cheque gigantesco, un evento de elegantes mesas con manteles blancos. Comienza, como siempre, con un mensaje: «Recaudación de fondos en Los Ángeles el próximo fin de semana. Pez dice que va a traer kimonos bordados para todos, a juego. ¿Te apunto a ti más dos acompañantes?».

Toma el almuerzo con su padre, el cual cambia bruscamente de tema cada vez que él saca a Rafael Luna a colación, y al terminar se dirige a la gala, en la que logra conocer a Bea como Dios manda por primera vez. Es mucho más bajita que Henry, incluso que June, y posee el mismo gesto de inteligencia en la boca que tiene su hermano, pero el cabello castaño y la cara en forma de corazón de su madre. Lleva un vestido de cóctel y encima una cazadora de motorista, y adopta una postura de fumadora empedernida reformada que a Alex le recuerda a su propia madre. Lo saluda con una sonrisa ancha y traviesa, y él la pilla al instante: otra rebelde.

Hay gran cantidad de champán y demasiados apretones de manos, y también un discurso por parte de Pez, encantador como siempre. Nada más finalizar la gala, sus respectivos equipos de seguridad se reúnen en la salida y se los llevan.

Pez, tal como ha prometido, tiene seis kimonos de seda a juego esperando en la limusina, cada uno de ellos bordado en la espalda con una variación del nombre de un personaje de una película. El de Alex es de un color verde azulado chillón y reza «Putón Dameron».[4] El de Henry tiene un tono verde lima y pone «Príncipe prometido».

Terminan perdidos por West Hollywood, en un cutre karaoke de brillantes luces de neón que Pez misteriosamente conoce. Las luces son tan brillantes que parece espontáneo el acto de entrar, aun cuando Cash y el resto del equipo de seguridad lo han explorado previamente media hora antes y han advertido a los clientes que no hagan fotos. El camarero de la barra, que lleva los labios pintados de color rosa y se le adivina la barba incipiente por debajo de la gruesa capa de maquillaje, rápidamente les prepara cinco chupitos y un refresco con lima.

—Ay, Dios —dice Henry observando su vasito de chupito vacío—. ¿Qué había aquí dentro? ¿Vodka?

—Sí —confirma Nora, y al momento tanto Pez como Bea rompen a reír.

—¿Qué pasa? —le pregunta Alex.

—Que no me he tomado un vodka desde que terminé la universidad —responde Henry—. Suele ponerme... esto...

—¿Intrépido? —sugiere Pez—. ¿Desinhibido? ¿Cachondo?

—¿Divertido? —propone Bea.

—¡Perdonen ustedes, pero yo soy siempre divertidísimo! ¡Soy encantador!

—Disculpe, ¿nos puede servir otra ronda de lo mismo, por favor? —pide Alex al camarero.

Bea chilla, Henry ríe y hace el signo de la victoria, y todo va tornándose vago y confuso, tal como le gusta a Alex. Luego, tambaleándose, se sientan los seis juntos a una mesa. Las luces se atenúan y Alex y Henry mantienen una distancia segura, pero Alex no puede evitar mirar la forma en que inciden los haces de luz de efectos especiales en el rostro de Henry, la

forma en que acarician sus pómulos y esculpen un mosaico de azules y verdes. Henry es un ser excepcional: está medio borracho y va vestido con un traje de dos mil dólares y un kimono, y Alex no es capaz de apartar los ojos de él. Hace una seña para que le traigan una cerveza.

Una vez que la cosa ha arrancado, resulta imposible entender por qué Bea es a la que convencen de salir la primera al escenario, pero saca una coronita de plástico del arcón de artículos de atrezo que hay en el entarimado y arrasa cantando una versión del *Call Me* de Blondie. Todos le lanzan aullidos y vítores, y por fin los clientes del local se dan cuenta de que tienen a dos miembros de la Familia Real, a un millonario filántropo y al Trío de la Casa Blanca, todos apretujados en una de las mesas y todos luciendo kimonos de colores chillones. Aparecen tres rondas de chupitos: una procedente de una despedida de solteras que están como cubas, otra de un grupito de lesbianas de gesto avinagrado sentadas a la barra y otro de una mesa de *drag queens*. Todos levantan los vasos para brindar, y Alex se siente más aceptado que nunca, incluso más que en los actos electorales con que celebraron la victoria de su familia.

De repente Pez se levanta y se pone a cantar *So Emotional* de Whitney Houston en un falsete tan perfecto que en cuestión de segundos tiene el bar entero a sus pies, admirando cómo entona las notas más altas. Alex, mareado y asombrado, mira a Henry, que ríe y se encoge de hombros.

—Ya te dije que no hay nada que Pez no sea capaz de hacer —grita por encima del ruido.

June está observando toda la actuación con las manos en la cara y la boca abierta. Se inclina hacia Nora y le grita con voz gangosa:

—¡Oh, no... es... está buenísimo!

—Ya lo sé, querida —responde Nora gritando también.

—Me están entrando ganas de... meterle los dedos en la boca... —gime horrorizada.

Nora suelta una carcajada, afirma con la cabeza y le dice:

—Si te sirvo de algo...

Bea, que ya lleva cinco refrescos con soda, rechaza educadamente un chupito que le han puesto delante mientras Pez tira de June y la sube al escenario. El chupito se lo bebe Alex. La sensación de quemazón le hace

sonreír y separar un poco más las piernas, y de pronto se encuentra con su teléfono en la mano, que sin darse cuenta se le acaba de salir del bolsillo. Le escribe un mensaje a Henry por debajo de la mesa: «¿Te apetece hacer una estupidez?».

Ve que Henry saca su teléfono, sonríe y lo mira arqueando una ceja.

«¿Qué puede ser más estúpido que esto?».

Unos momentos más tarde Henry lee la respuesta y descuelga la mandíbula en una mueca muy poco favorecedora de excitación alocada y alcoholizada, como un pez cachondo. Alex sonríe y se reclina contra el respaldo del asiento, y bebe de la botella de cerveza acariciando el morro con los labios. Henry pone cara de estar viendo pasar toda su vida por delante de sus ojos, y exclama en un tono un poco demasiado agudo:

—Sí, vale, pero... ¡Tengo que ir al baño!

Se separa del grupo mientras los demás continúan fascinados con la actuación de Pez y June juntos. Alex cuenta hasta diez antes de pasar por delante de Nora y seguir. Intercambia una mirada con Cash, que está de pie contra una pared y luce valientemente una boa de plumas de un rosa intenso. Pone los ojos en blanco, pero se aparta de la pared para vigilar la puerta.

Alex encuentra a Henry apoyado contra el lavabo, cruzado de brazos.

—¿Te he comentado últimamente que eres un demonio?

—Sí, sí —dice Alex al tiempo que se cerciora de que no haya moros en la costa. Acto seguido, agarra a Henry por el cinturón y lo hace retroceder hasta uno de los retretes—. Ya me lo cuentas luego.

—Sabes... Sabes que con esto no vas a convencerme de que salga a cantar, ¿verdad?

Pero se queda sin voz al sentir la boca de Alex recorriendo su cuello.

—¿De verdad te parece buena idea lanzarme un reto, corazón?

Y así es como, al cabo de treinta minutos y otras dos rondas más, Henry sube al escenario en medio del griterío de los clientes del bar y destroza la canción *Don’t Stop Me Now* de Queen mientras Nora le hace la segunda voz y Bea le arroja rosas de purpurina a los pies. El kimono se le ha resbalado de un hombro, de modo que el bordado de la espalda ahora dice «Príncipe metido». Alex no sabe de dónde han salido las rosas, e imagina que si lo

pregunta no va a obtener ninguna respuesta. Y tampoco iba a poder oírla, porque lleva dos minutos enteros gritando sin parar a pleno pulmón.

—*I wanna make a superwoman of youuu!* —chilla Henry. Se echa violentamente hacia un lado y agarra a Nora por los brazos—. *Don't stop me! Don't stop me! Don't stop me!*

—*Hey, hey, hey!* —corea el bar entero.

Pez ya está prácticamente subido a la mesa, golpea el respaldo del sofá con una mano y ayuda a June a subirse a una silla con la otra.

—*Don't stop me! Don't stop me!*

Alex se lleva las manos a la boca para hacer bocina:

—*Ooh, ooh, ooh!*

En una cacofonía de gritos, patadas, golpes de pelvis y destellos de luces, la canción pasa a un solo de guitarra eléctrica. No hay una sola persona en todo el bar que se quede sentada en su asiento cuando el príncipe se desliza de rodillas por el escenario imitando el sonido de la guitarra con movimientos apasionados y un tanto eróticos.

Nora ha pedido una botella de champán y empieza a rociar a Henry con ella, y Alex, con un ataque de risa, se pone de pie en su silla y lanza un aullido. Bea, con las lágrimas corriéndole por el rostro, está totalmente enajenada, y Pez ya está subido del todo a la mesa, bailando con June, y luce una mancha de lápiz de labios de un vivo color rosa en su cabello platino.

De pronto Alex siente que alguien le tira del brazo; es Bea, que intenta arrastrarlo al escenario. Lo coge de la mano y lo hace girar en una pirueta. Él se pone una de las rosas entre los dientes, y ambos observan la actuación de Henry sonriéndose el uno al otro. Bajo las múltiples capas de alcohol que lleva encima, Alex percibe una clara sensación que irradia Bea, la idea compartida por ambos de lo infrecuente y maravillosa que es esta versión de Henry.

Henry está chillando de nuevo por el micrófono, entre trompicones, y lleva el traje y el kimono tan empapados de champán y de sudor que forman una masa confusa, pero sexi. De repente levanta la vista, con una mirada borrosa y cachonda, y la clava de manera inconfundible en Alex, que está en un extremo del escenario sonriéndole de oreja a oreja.

—*I wanna make a supersonic man out of youuu!*

Cuando termina, hay una fuerte ovación esperándolo, y Bea, con mano firme y una sonrisa pícara, le revuelve el cabello pegajoso de tanto champán. Se lo lleva hasta la mesa, lo sienta al lado de Alex, él la obliga a sentarse también, y los seis explotan en una mezcla de ruidosas carcajadas y zapatos caros.

Los observa a todos. A Pez, con su ancha sonrisa y resplandeciente a causa de la euforia, con ese cabello rubio platino en vivo contraste con su piel oscura y lisa. La curva de la cintura y la cadera de Bea, y la sonrisa de rockera punk que pone al chupar la piel de una lima. Las largas piernas de Nora, una de ellas subida en la mesa y cruzada por encima de las de Bea, enseñando el muslo. Y Henry, sonrosado, juvenil y esbelto, con una postura elegante y abierta, la cara siempre vuelta hacia Alex, la boca sonriente y franca, dispuesta.

Se vuelve hacia June y le dice con voz gangosa:

—La verdad es que la bisexualidad constituye un mosaico intrincado y complejo. —Y ella lanza una sonora carcajada y le mete una servilleta en la boca.

Alex no se entera de gran cosa durante la siguiente hora: la parte trasera de la limusina, Nora y Henry peleándose por sentarse en las rodillas de él, un restaurante de comida para llevar sin bajarse del coche y June gritándole al oído:

—¡Una hamburguesa con todo! ¿Has oído que he pedido una hamburguesa con todo? Pez, deja de reírte de una vez.

Llegan al hotel: tres suites reservadas para ellos en la última planta, Alex atraviesa el vestíbulo echado encima de las anchísimas espaldas de Cash.

Se encaminan hacia sus habitaciones tambaleándose y con las manos manchadas con la grasa de las bolsas de hamburguesas; June les repite continuamente que bajen la voz, pero lo cierto es que ella hace más ruido que cualquiera de ellos, de modo que al final es lo comido por lo servido. Bea, perpetuamente la única voz sobria del grupo, elige una de las suites al azar, deposita a June y a Nora encima de la enorme cama y mete a Pez en la bañera vacía.

—Supongo que vosotros dos sabréis arreglároslas solos —les dice a Alex y a Henry en el pasillo con un brillo travieso en los ojos al tiempo que les entrega la tercera llave—. Yo tengo toda la intención de ponerme un albornoz e ir a investigar esas patatas fritas mojadas en batido de las que me ha hablado Nora.

—Sí, Beatrice, nos comportaremos tal como corresponde a la Corona —asegura Henry con los ojos un poco bizcos.

—No seas gilipollas —replica ella, y acto seguido le da a cada uno un beso en la mejilla y se pierde por el recodo del pasillo.

Teniendo a Henry riendo y resoplando contra su nuca, Alex abre la puerta de la habitación con gestos torpes. Los dos chocan primero contra la pared, y después se dirigen hacia la cama dejando diversas prendas de ropa por el camino. Henry huele a colonia cara y a champán, y también a una esencia característica suya que no lo abandona nunca, limpia y herbosa. Su pecho resulta ser tan ancho como la espalda de él cuando, llegados al borde de la cama, lo abraza desde atrás y le cubre las caderas con las manos.

—*Supersonic man out of youuu* —musita en voz baja a la vez que gira la cabeza hacia el oído de Henry, y este ríe e intenta zafarse de él.

Ambos caen torpemente sobre la cama, de costado, cada uno aferrando al otro con ansia. Henry todavía lleva el pantalón colgando de un tobillo, pero le da lo mismo porque Alex por fin vuelve a besarlo, y se le cierran los ojos.

Sus manos, de manera instintiva, empiezan a bajar lentamente, sus músculos van rememorando la sensación del cuerpo de Henry en contacto con el suyo, hasta que Henry baja una mano para que no avance más.

—Espera, espera —dice el príncipe—. Acabo de caer en la cuenta. A pesar de todo lo que ha sucedido antes, tú todavía no te has corrido esta noche, ¿verdad? —Apoya la cabeza en la almohada y lo mira con los ojos entrecerrados—. Bueno, pues eso no es justo.

—Hum, ¿sí? —responde Alex. Aprovecha la ventaja del momento para besar a Henry en el cuello, en el hueco del esternón, en la nuez—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Henry hunde una mano en su cabello y le da un suave tirón.

—Tendré que proporcionarte el mejor orgasmo de toda tu vida. ¿Qué

puedo hacer para provocártelo? ¿Hablarte mientras tanto de la reforma fiscal en Estados Unidos? ¿Tienes algún tema de conversación?

Alex levanta la vista y ve que Henry está sonriendo de oreja a oreja.

—Te odio.

—¿Quizás unos pequeños pases de lacrosse a modo de preliminares? —Ya está riendo, y rodea los hombros de Alex para apretarlo contra su pecho—. «Oh, capitán, mi capitán».[5]

—Literalmente, eres de lo peor —le dice Alex, y le corta el rollo besándolo una vez más, primero con delicadeza, después con más intensidad, en una caricia larga y apasionada. Nota que el cuerpo de Henry cambia de postura y se abre a él.

—Un momento —pide Henry sin aliento, interrumpiendo el beso—. Espera. —Alex abre los ojos, y cuando baja la vista descubre en el semblante de Henry una expresión que le resulta más familiar: inseguridad, nerviosismo—. La cosa es que... se me ocurre una idea.

Sube una mano por el pecho de Henry hasta llegar a un lado de la cara, y allí empieza a acariciarle la mejilla con un dedo.

—Vale —le dice, ya en tono serio—, te escucho. De verdad.

Henry se muerde el labio. Se le nota que está buscando la manera apropiada de decir algo, y finalmente da la impresión de haberse decidido:

—Ven aquí —dice al tiempo que nuevamente atrapa a Alex en un beso, esta vez poniendo todo el cuerpo en ello, bajando las manos hasta el trasero de Alex.

Este siente un gemido que le nace en la garganta y se deja arrastrar a ciegas, se hunde con Henry en el colchón, se deja llevar por la ondulación de su cuerpo.

Siente que los muslos de Henry, esos malditos muslos con los que monta a caballo y juega al polo, suaves y calientes, cambian de posición, se le enroscan a la cintura y le clavan los talones en la espalda. Cuando interrumpe un momento el beso para mirarlo, la intención que ve dibujada en su cara es lo más patente que ha visto jamás.

—¿Estás seguro?

—Ya sé que no lo hemos hecho nunca —dice Henry en voz baja—, pero... bueno... yo sí que lo he hecho. Así que puedo enseñarte la manera.

—A ver, conozco el mecanismo —replica Alex con una sonrisa traviesa, y observa que Henry también sonríe igual—. Pero ¿quieres que lo haga?

—Sí —contesta el príncipe. Empuja las caderas hacia arriba, y ambos producen de forma involuntaria unos ruiditos muy poco favorecedores—. Sí. Sin la menor duda.

Henry tiene la bolsa de aseo encima de la mesilla de noche; alarga el brazo y rebusca a ciegas en ella durante unos instantes hasta que da con lo que está buscando: un condón y un tubo pequeño de lubricante.

Alex casi se echa a reír al verlo. Un lubricante de tamaño de viaje. A lo largo de su vida ha tenido alguna que otra sesión de sexo experimental, pero nunca se le ha ocurrido pensar que pudiera existir tal cosa, y mucho menos que Henry pudiera viajar por ahí con eso en la bolsa, al lado del hilo dental.

—Esto es nuevo.

—Sí, bueno —dice Henry, y seguidamente toma una mano de Alex y se la lleva a la boca para besarle las yemas de los dedos—. Todos tenemos que aprender y crecer, ¿no?

Alex pone los ojos en blanco, dispuesto a replicar con alguna pulla sarcástica, pero Henry se introduce dos dedos suyos en la boca y consigue, de forma muy eficaz, hacerlo callar de golpe. Resulta increíble y turbador que la seguridad que tiene Henry en sí mismo sea tan intermitente, que le cueste tanto pedir lo que quiere y luego se dé tanta prisa en tomarlo en cuanto obtiene el permiso. Igual que ha sucedido en el bar, donde tras el impulso adecuado se puso a bailar y a dar gritos como si hubiera estado esperando a que alguien le dijera que podía hacerlo.

Ya no están tan borrachos como hace un rato, pero todavía llevan bastante alcohol en las venas, así que la situación no resulta tan intimidatoria como podría, por ser la primera vez, aun cuando sus dedos ya están empezando a palpar el camino. Henry vuelve a apoyar la cabeza en la almohada, cierra los ojos y deja que Alex tome la iniciativa.

Lo que tiene el sexo con Henry es que nunca es igual. Unas veces se mueve con facilidad, llevado por el ímpetu, y otras veces está tenso y rígido y quiere que Alex lo relaje y lo folle. En ocasiones nada hace que se corra más rápido que unas palabras impertinentes, pero en otras ocasiones los dos

prefieren que él haga uso de toda su autoridad, que no permita a Alex llegar al final hasta que él se lo diga, hasta que él lo obligue a suplicar.

Resulta impredecible, embriagador y también divertido, porque Alex nunca se ha enfrentado a un reto que no le haya encantado, y Henry... bueno, Henry representa un reto de la cabeza a los pies, de principio a fin.

Esta noche, Henry está blandito, cariñoso y dispuesto, su cuerpo reacciona enseguida para darle a él lo que está buscando, ríe con incredulidad ante la sensibilidad que él mismo demuestra a cada caricia. Alex se acerca a él para besarlo, y el príncipe le murmura al oído:

—Estoy listo para cuando tú quieras, amor.

Alex toma aire y aguanta la respiración. Está preparado. O eso le parece.

Henry levanta una mano para acariciarle la cara, la línea de nacimiento del pelo empapada de sudor, y Alex se coloca entre sus piernas y deja que el príncipe entrelace los dedos de su mano derecha con los suyos de la izquierda.

Observa fijamente el rostro de Henry, porque en este momento no se imagina mirar ninguna otra cosa, y ve que su expresión se torna tan blanda, tan asombrada y feliz que, sin permiso, le sale un ronco: «Cariño». Henry hace un gesto afirmativo, tan imperceptible que pasaría inadvertido para todo el que no conociera los tics del príncipe, en cambio él sabe con toda exactitud lo que significa, así que baja la cabeza, toma entre sus labios el lóbulo de la oreja de Henry y vuelve a llamarlo «cariño».

—Sí —responde Henry—, por favor. —Y se aferra a la raíz de su pelo.

Alex le deposita un beso superficial en el cuello, apoya las manos en sus caderas y se hunde en la cegadora euforia de estar tan imposiblemente próximo a él, de poder compartir su cuerpo. No sabe cómo, pero todavía lo asombra que todo esto dé la impresión de ser tan increíblemente, singularmente maravilloso para Henry como para él. El rostro de Henry debería ser ilegal, como también la manera en que está vuelto hacia él, ruborizado y desmadejado. Alex, admirado y orgulloso, siente que sus propios labios se distienden en una sonrisa de placer.

Después, va volviendo poco a poco a su propio cuerpo: a sus rodillas, todavía hundidas en el colchón y temblorosas; a su estómago, húmedo y

pegajoso; a sus manos, retorcidas entre el cabello de Henry, acariciándolo con suavidad.

Tiene la sensación de haber salido de sí mismo y, al regresar, haberse encontrado ligeramente cambiado. Cuando retira el rostro para mirar a Henry, de nuevo experimenta esa sensación en el pecho: una especie de dolor, en respuesta al gesto que hace Henry con la boca.

—Dios... —exclama por fin, y cuando vuelve a mirar a Henry descubre que este lo está observando maliciosamente con un solo ojo y con una sonrisa irónica.

—¿Dirías que esto ha sido «supersónico»? —le pregunta Henry, y Alex deja escapar un gemido y le propina una palmadita en el pecho, y los dos rompen a reír.

Se separan, se enrollan de nuevo, discuten para decidir quién ha de dormir en la zona mojada de la cama, hasta que por fin se quedan fritos alrededor de las cuatro de la madrugada. Henry pone a Alex de costado y se tiende detrás de él, a lo largo de su espalda, hasta tenerlo completamente cubierto, sus hombros abrazando los brazos de Alex, uno de sus muslos apoyado en los muslos de Alex, los brazos encima de los de Alex y las manos igual, para no dejar ni un solo centímetro sin tocar. Hacía años que Alex no dormía tan bien.

Las alarmas de los dos teléfonos suenan tres horas más tarde. Tienen que tomar un avión para volver a casa.

Se duchan juntos. El estado de ánimo de Henry se torna serio y taciturno mientras toman el café, ante la cruda realidad de tener que regresar tan pronto a Londres, y Alex lo besa en silencio y le promete llamarlo. Ojalá pudiera hacer algo más.

Observa mientras Henry se enjabona la cara y se afeita, se echa brillantina en el pelo, se pone el Burberry, y se sorprende a sí mismo deseando poder observarlo hacer esto todos los días. Le gusta follar con Henry, pero resulta increíblemente íntimo estar sentado en la cama que ambos han desbaratado la noche anterior y ser la única persona que ve cómo Henry se transforma en el príncipe.

A pesar de la nebulosa de la resaca, tiene la sospecha de que todos estos sentimientos constituyen el motivo de que haya postergado durante tanto

tiempo lo de follarse a Henry.

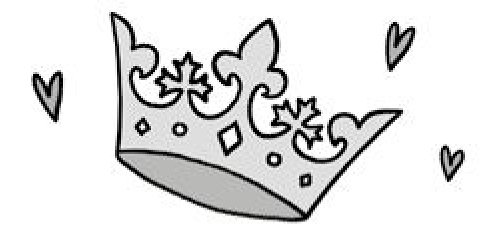
Y también le están entrando ganas de vomitar. Posiblemente lo uno no guarde relación con lo otro.

Se reúnen con los demás en el pasillo. A Henry se le nota resacoso, pero está guapo, y Alex hace todo lo posible por aguantar el tipo. Bea tiene cara de estar descansada y fresca, y de sentirse muy orgullosa de sí misma por ello. June, Nora y Pez salen de su suite con aspecto desaliñado, como gatos que han estado cazando al canario, pero resulta imposible saber quién es un gato y quién un canario. Nora tiene una mancha de pintalabios en la nuca. Alex no le pregunta.

Cash emite una risita para sus adentros cuando se reúne con ellos en los ascensores llevando una bandeja con seis cafés. Paliar una resaca no forma parte de sus obligaciones profesionales, pero es que es igual que mamá gallina.

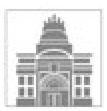
—En fin, aquí tenemos a la nueva cuadrilla, según veo.

A pesar de todo, Alex se da cuenta, con cierta sorpresa, de que ahora tiene amigos.



OCHO

Eres un brujo negro



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 8/6/2020 15:23
para A

Alex:

No se me ocurre ninguna otra forma de empezar este correo que diciendo, y espero que disculpes tanto mi lenguaje como mi total falta de contención, lo siguiente: eres maravillosamente guapísimo.

Llevo una semana incapaz de hacer nada, dejándome arrastrar a reuniones y actos en público, y dudo que haya logrado hacer alguna aportación significativa a alguno de ellos. ¿Cómo va un hombre a hacer nada productivo sabiendo que Alex Claremont-Díaz anda por ahí suelto? Es una idea que me distrae constantemente.

Pero todo resulta inútil, porque cuando no estoy pensando en tu cara, estoy pensando en tu culo, o en tus manos, o en tu inteligente boca. Sospecho que esta última es la que, ya de entrada, me puso en esta lamentable situación. Nadie ha tenido nunca el valor de mostrarse caradura con un príncipe, excepto tú. En el primer momento en que me llamaste «capullo», mi destino ya estaba sellado. ¡Oh, padres de mi linaje! ¡Oh, reyes de la Antigüedad! Apartad de mí esta corona, enterradme en la tierra de mis antepasados. ¡Si supierais que el producto del gran esfuerzo que realizaron vuestras carnes iba a ser echado a perder por un heredero homosexual al que le gusta que los muchachos americanos con hoyuelos en la barbilla lo traten con crueldad!

De hecho, ¿recuerdas a esos reyes homosexuales que mencioné? Pues tengo la impresión de que Jacobo I, que se enamoró perdidamente de un caballero muy fornido y excepcionalmente lerdo en un torneo y de inmediato lo nombró Caballero de la Alcoba (un título auténtico), se habría apiadado de mi particular infortunio.

Que me aspen, pero te echo de menos.

x
Henry

Re: Eres un brujo negro

A <agcd@eclare45.com> 8/6/2020 17:02
para Henry

H:

¿Estás insinuando que tú eres Jacobo I y yo soy un tipo lerdo y fornido que está buenísimo? ¡¡¡Yo soy mucho más que una estructura ósea fantástica y un culo más duro que el acero para los barcos, Henry!!!

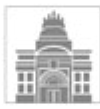
No me pidas perdón por decirme que soy guapo. Porque entonces me estás poniendo en una situación en la que yo tengo que pedirte perdón por haberte dicho que cuando estuvimos en Los Ángeles me volviste loco y que me moriré si eso no se repite pronto. ¿Qué, te parece suficiente falta de contención? ¿De verdad quieres jugar a ese juego conmigo?

Escucha: pienso coger ahora mismo un avión e irme a Londres a sacarte de la absurda reunión en la que estés metido, y te obligaré a reconocer lo mucho que te gusta que te llame «cariño». Voy a follarte con los dientes, corazón.

xoxo

A

Re: Eres un brujo negro



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 8/6/2020 19:21

para A

Alex:

Sabes, cuando uno va a estudiar a Oxford para licenciarse en Literatura Inglesa, como he hecho yo, la gente siempre quiere saber quién es su escritor inglés favorito.

El equipo de prensa compiló una lista de respuestas aceptables. Ellos querían a un realista, de modo que les sugerí a George Eliot; no: en realidad no era un fuerte escritor masculino sino una mujer que se llamaba Mary Anne Evans y que escribía con seudónimo. También querían que en la lista hubiera alguno de los inventores de la novela inglesa, de modo que les sugerí a Daniel Defoe; no: Defoe era un disidente de la Iglesia de Inglaterra. En un momento dado les lancé el nombre de Jonathan Swift, solo para ver el ataque al corazón que les daba al pensar en un irlandés que escribía sátiras políticas.

Al final eligieron a Dickens, lo cual resulta ridículo. Ellos buscaban algo menos picante que lo auténtico, pero ¿qué puede ser más homosexual que una mujer que languidece en una mansión destartalada llevando puesto su vestido de novia todos los días de su vida?[6]

La verdad picante es que mi escritor favorito es Jane Austen.

Así que, tomando prestado un pasaje de *Sentido y sensibilidad*, «Tú no quieres sino paciencia, o, empleando otro término más fascinante, llámalo esperanza». Parafraseando, espero que no tardes mucho en llevar tus opiniones a la práctica.

Sumido en la frustración sexual, se despide,

Henry

Alex se siente tal como seguramente le han advertido en alguna ocasión acerca de los servidores privados de correos electrónico, pero está un poco confuso respecto de los detalles. No parece que sea importante.

Al principio, como sucede con muchas de las cosas que requieren tiempo cuando en cambio es posible obtener una gratificación instantánea, no ve para qué sirve comunicarse con Henry por correo electrónico.

Pero cuando Richards le dice a Sean Hannity que su madre no ha hecho nada importante como presidenta, Alex pone el grito en el cielo y contesta lo siguiente: «Tu manera de hablar a veces se parece al azúcar que sale de una bolsa que tiene un agujero en el fondo». Cuando el estirado Hunter saca a colación al equipo de remo de Harvard por quinta vez en una sola jornada de trabajo, le escribe: «Tiene delito que metas ese culo que tienes en ese pantalón». Cuando está cansado de que lo toquen personas desconocidas, dice: «Vuelve cuando hayas terminado de darte una vuelta por el firmamento, estrella solitaria».

Ahora lo comprende.

Su padre no estaba equivocado respecto de lo feas que iban a ponerse las cosas estando Richards a la cabeza de la lista del partido. Feas en Utah. Feas en las facciones cristianas, fealdad oculta en silbatos para perros y en sonrisas blanquísimas. Artículos de opinión de la derecha que hablan de privilegios, dirigidos hacia June y hacia él, que insinúan que «los mexicanos también han robado los puestos de trabajo de la Primera Familia».

Alex no puede permitir que se instale el miedo a perder. Bebe café, se lleva consigo su trabajo sobre políticas a los viajes que requiere la campaña electoral y bebe más café, lee los correos de Henry, bebe todavía más café.

La primera fiesta del Orgullo Gay de Washington desde su «despertar bisexual» tiene lugar cuando él se encuentra en Nevada, y pasa el día mirando con envidia el Twitter: lluvia de confeti en el Mall, el gran mariscal Rafael Luna con un pañuelo arcoíris atado a la cabeza. Regresa al hotel y habla de ello con el minibar.

El punto positivo más importante dentro de todo ese caos es que la labor de presión que ha realizado él con uno de los jefes de la campaña (y con su propia madre) por fin ha rendido sus frutos: van a organizar un mitin multitudinario en el Minute Maid Park de Houston. Las encuestas van cambiando y tomando direcciones nunca vistas. Principal artículo político de la semana: «¿Será 2020 el año en que el estado de Texas se convierta en un decisivo campo de batalla?».

—Sí, yo me aseguraré de que todo el mundo sepa que el mitin de Houston fue idea tuya —le dice su madre durante el vuelo a Texas prestándole apenas atención, pues está estudiando su discurso.

—Ahí deberías decir «coraje», no «fortaleza» —le indica June leyendo por encima de su hombro—. A los texanos les gusta el coraje.

—¿No podríais los dos ir a sentaros en otra parte? —replica ella, pero añade una anotación.

Alex sabe que una gran parte de la campaña es escéptica, incluso después de haber visto las cifras. Así que cuando llegan al Minute Maid y ve que la cola de gente da dos vueltas a la manzana, se siente más que gratificado. Se siente orgulloso de sí mismo. Su madre sube a la tarima para pronunciar un discurso ante esos miles de personas, y él piensa: «Eso es, Texas. Demuestra que esos cabrones están equivocados».

Todavía no se ha bajado de la nube cuando pasa su tarjeta por la puerta de la oficina de campaña el lunes siguiente. Ya está cansado de sentarse a una mesa y estudiar una y otra vez los diversos grupos de sondeo, pero viene listo para reanudar la lucha.

Sin embargo, enseguida se viene otra vez abajo cuando, al doblar el recodo para entrar en su cubículo, se encuentra al estirado de Hunter con el informe de Texas en la mano.

—Ah, te dejaste este informe encima de la mesa —dice Hunter con naturalidad—. Pensé que a lo mejor era un proyecto nuevo que nos estaban asignando.

—¿Me meto yo en tu lado del cubículo a desconectarte tu Dropkick Murphys que sueles escuchar por Spotify, por muchas ganas que tenga? —exclama Alex—. No, Hunter, yo no hago eso.

—Pero me robas muchos lápices y...

Alex le arrebata el informe antes de que pueda terminar la frase.

—Esto es privado.

—¿Qué es? —le pregunta Hunter cuando él vuelve a guardar el informe en su mochila. Le cuesta trabajo creer que se lo haya dejado fuera—. Todos esos datos y todas esas demarcaciones de distritos... ¿Qué haces con todo eso?

—Nada.

—¿Tiene que ver con el mitin de Houston para el que tanto presionaste?

—Lo de Houston ha sido una buena idea —replica Alex, instantáneamente a la defensiva.

—Tío... no pensarás en serio que Texas puede volverse azul, ¿verdad? Es uno de los estados más retrógrados del país.

—Hunter, tú eres de Boston. ¿De verdad quieres hablar de todos los lugares de los que proviene el fanatismo?

—Tío, yo solo lo digo.

—¿Sabes una cosa? —dice Alex—. Vosotros creéis que estáis libres del fanatismo porque venís de un estado azul. Pero no todos los supremacistas blancos son drogatas de Bumfuck, Misisipi, hay montones de ellos en Duke o en la Universidad de Pensilvania viviendo del dinero de sus papás.

Hunter está sorprendido, pero no convencido.

—Todo eso no cambia el hecho de que los estados rojos hayan sido siempre rojos —contesta riendo, como si fuera un tema del que bromear—, y esas poblaciones no parece que se preocupen de lo que les conviene votar.

—A lo mejor esas poblaciones estarían más motivadas para votar si nosotros hiciéramos de verdad un esfuerzo de campaña dirigido a ellas y les demostráramos que nos importan y que nuestra plataforma está diseñada para ayudarlas, no para dejarlas en la cuneta —responde Alex con vehemencia—. Imagínate qué pasaría si una persona que afirma tomarse en serio las cosas que te importan a ti no fuera nunca a tu estado ni intentara hablar contigo. O si tú fueras un delincuente, o un puto votante al que le exigen identificación, gente que no tiene acceso a las urnas, que no puede dejar el trabajo para ir a votar...

—Ya, claro, sería genial que pudiéramos movilizar por arte de magia a todos los votantes marginados de los estados rojos, pero las campañas

políticas cuentan con una cantidad limitada de tiempo y de recursos, y tenemos que establecer prioridades basándonos en proyecciones —dice Hunter, como si Alex, Primer Hijo de Estados Unidos, no supiera cómo funcionan las campañas—. Sencillamente, no hay el mismo número de fanáticos en los estados azules. Si la gente de los estados rojos no quiere quedarse en la cuneta, tal vez debería hacer algo para solucionarlo.

Llegados a este punto, Alex, francamente, ya no aguanta más.

—¿Se te ha olvidado que tú trabajas en la campaña de una persona salida del estado de Texas? —grita en un tono de voz que oficialmente ha alcanzado el nivel justo para que los que ocupan los cubículos contiguos se lo queden mirando, pero a él le da igual—. ¿Por qué no hablamos de que en todos los estados hay un capítulo del Ku Klux Klan? ¿Crees que no hay racistas y homófobos entre la juventud de Vermont? Tío, te agradezco mucho el trabajo que estás haciendo aquí, pero tú no eres especial. De modo que no vengas aquí a sentarte y hacer como que ese asunto es el problema de otro. Ninguno de nosotros hace eso.

Y acto seguido coge su mochila y sale furioso de la oficina.

En cuanto se ve fuera del edificio, saca el teléfono obedeciendo a un impulso y entra en Google. Este mes hay fechas de exámenes, está seguro. Teclea «Centro pruebas admisión zona Washington».

3 Genios y Alex

23/6/2020, 12:34

juniper

Bichito

Ni mi nombre ni el de nadie, punto

principal miembro del grupo pop coreano

BTS kim nam-june

Bichito

Voy a bloquearte

SAR Príncipe Gilipollas 💩
Alex, pf no me digas que Pez te ha adoctrinado en el pop coreano

pues tú dejaste que Nora te metiera en coches de carreras, así que...

irl demonio del caos
[latrice royale eat it.gif]

Bichito
Qué querías, Alex???

dónde está mi discurso de milwaukee? sé que lo cogiste tú

SAR Príncipe Gilipollas 💩
¿Es necesario que tengáis esta conversación por el grupo de chat?

Bichito
Era necesario redactarlo de nuevo en parte!!! te lo dejé con las correcciones en tu mochila, en el bolsillo de fuera

davis te matará si sigues haciendo estas cosas

Bichito
Davis sabe que mis correcciones de la semana pasada a lo de Seth Meyers quedaron fenomenal, así que no se enfada

cómo es que también hay una piedra aquí dentro?

Bichito
Es un cristal de cuarzo, para que nos transmita claridad y buenas vibraciones, no me menciones. En estos momentos necesitamos toda la ayuda posible

no pongas HECHIZOS en mis COSAS

irl demonio del caos
QUEMAD A LA BRUJA

irl demonio del caos
oye, qué os parece este #look para el mitin de mañana en la universidad

irl demonio del caos
[Imagen adjunta]

irl demonio del caos
voy a ir de poetisa lesbiana y deprimida que conoció a un instructor de yoga buenísimo que la hizo amar la meditación y la alfarería, y ahora está empezando una nueva vida de mujer de negocios superpoderosa propietaria de una marca de fruteros hechos a mano

. . .

SAR Príncipe Gilipollas 💩
Tía, me has dejado anonadado

alskdjfadslfjad

NORA, LO HAS HECHO POLVO

irl demonio del caos

En mi opinióóón

La invitación llega por avión y por correo certificado, directamente del palacio de Buckingham. Bordes dorados, caligrafía inglesa: EL PRESIDENTE Y EL COMITÉ GESTOR DE LOS CAMPEONATOS SOLICITAN EL PLACER DE CONTAR CON LA COMPAÑÍA DE ALEXANDER CLAREMONT-DÍAZ EN EL PALCO REAL EL 6 DE JULIO DE 2020.

Alex le toma una foto y se la envía a Henry.

«1. ¿Qué coño es esto? ¿No tenéis pobres en vuestro país?

»2. Ya he estado en el palco real».

Henry le contesta:

«Eres un malandro y una auténtica peste, pero, aun así, ven, por favor».

Y aquí está Alex, pasando en Wimbledon el día libre que tiene en su trabajo de campaña, solo para sentir su cuerpo otra vez junto al de Henry.

—Bien, tal como te advertí —le dice el príncipe cuando se dirigen a las puertas que dan acceso al Palco Real—, va a acompañarnos Philip. Y una serie de miembros de la nobleza con los que tal vez tengas que entablar conversación. Un tal Basil.

—Creo que ya he demostrado que sé manejarme con los miembros de la realeza.

Henry no parece muy seguro.

—Eres valiente. No me vendría mal a mí tener un poco de tu valentía.

Cuando salen al palco, Alex observa que, por una vez, el sol brilla con fuerza en Londres y baña las gradas que tienen a su alrededor, ya prácticamente repletas de espectadores. Divisa a David Beckham vestido con un traje hecho a medida; una vez más se pregunta cómo pudo convencerse a sí mismo de que era heterosexual. En ese momento David Beckham gira la cabeza, y Alex descubre que la persona con quien estaba hablando era Bea. A Bea se le ilumina el rostro cuando los ve.

—¡Eh, Alex! ¡Henry! —los llama haciéndose oír por encima de los murmullos del palco.

Está maravillosa con un vestido de seda de color verde lima y de cintura baja, y lleva puestas unas gafas de sol de Gucci enormes, redondas, adornadas con una abeja dorada.

—Estás impresionante —le dice Alex aceptando un beso en la mejilla.

—Gracias, querido —responde Bea. Se coge del brazo de cada uno y se los lleva escalera abajo—. Lo cierto es que tu hermana me ha ayudado a escoger el vestido. Es de McQueen. Tu hermana es un genio, ¿lo sabías?

—Eso me han dicho.

—Ya hemos llegado —anuncia Bea cuando llegan a la primera fila—. Estos son nuestros asientos.

Henry observa los lujosos cojines de color verde que cubren los asientos situados justo en la zona delantera del palco. Cada uno tiene encima un grueso y lustroso programa de WIMBLEDON 2020.

—¿Al frente y en el centro? —dice con un toque de nerviosismo—. ¿En serio?

—Sí. Por si se te ha olvidado, Henry, tú perteneces a la realeza y esto es el Palco Real. —Hace un gesto con la mano para espantar a los fotógrafos, que ya están haciéndoles fotos, después se inclina hacia ellos y susurra—: No os preocupéis, no creo que desde la pista sean capaces de detectar el olor a animal cachondo que desprendéis los dos.

—Ja, ja, ja, Bea —se mofa Henry, con las orejas coloradas.

A pesar de su aprensión, toma asiento entre su hermana y Alex con los codos cuidadosamente recogidos y sin invadir el espacio de Alex.

Ya ha transcurrido media jornada cuando llegan Philip y Martha, Philip con su habitual atractivo genérico. Alex se pregunta de qué forma habrá conspirado la genética para que Bea y Henry hayan resultado con un físico tan interesante, todo sonrisas traviesas y pómulos marcados, y en cambio haya sido tan cruel con Philip, que parece una foto de archivo.

—Buenos días —saluda Philip al tiempo que ocupa el asiento que tiene reservado al lado de Bea.

Su mirada se posa dos veces en Alex, y este nota que se está preguntando por qué lo habrán invitado a él. Quizá resulte extraña su

presencia en este palco. Pero le da igual. Martha también lo mira de manera rara, pero puede que en su caso se deba simplemente a que todavía le tiene rencor por lo sucedido con la tarta nupcial.

—Buenas, Pip —responde Bea educadamente—. Martha.

Henry, sentado a su lado, se pone en tensión.

—Henry —dice Philip. Henry tiene la mano apoyada con rigidez en el programa que descansa sobre sus rodillas—. Me alegro de verte, tío. Has estado bastante ocupado, ¿no? Con tu año sabático y todo eso.

Lo dice con un ligero retintín, como insinuando: «¿Dónde has estado exactamente? ¿Qué has estado haciendo exactamente?». En la mandíbula de Henry se contrae un músculo.

—Sí —responde Henry—. He tenido muchísimo trabajo con Percy. Ha sido demencial.

—Ya, la Fundación Okonjo se llama, ¿no? —dice Philip—. Es una lástima que no haya podido venir hoy. Supongo que tendremos que conformarnos con nuestro amigo americano, pues.

Al decir esto, mira a Alex con una sonrisa irónica.

—Pues sí —contesta Alex en un tono de voz demasiado alto, y a continuación sonríe de oreja a oreja.

—No obstante, supongo que Percy estaría un poco fuera de lugar en el Palco Real, ¿no?

—Philip... —lo reconviene Bea.

—Venga, Bea, no seas tan melodramática —le dice Philip quitando importancia a su comentario—. Lo único que estoy diciendo es que Percy es un tipo peculiar, con esos vestidos que se pone. Un poco demasiado para Wimbledon.

Henry mantiene un semblante tranquilo y afable, pero ha empezado a empujar con la rodilla la pierna de Alex.

—Se llaman *dashikis*, Philip, y solo se puso uno en una ocasión.

—Exacto —responde Philip—. Ya sabes que yo no lo critico. Simplemente estaba pensando, ¿recuerdas cuando de pequeños tú te juntabas con mis compañeros de la universidad? ¿O del hijo de lady Agatha, ese que siempre estaba cazando codornices? Podrías buscar más amigos de un... nivel similar.

Henry tiene los labios apretados, pero no dice nada.

—No todos podemos ser amigos íntimos del conde de Monpezat como tú, Philip —murmura Bea.

—En cualquier caso —continúa presionando Philip sin hacer caso—, es poco probable que encuentres esposa a menos que te muevas en los círculos apropiados, ¿no crees?

Suelta una risita y se vuelve para atender al partido.

—Disculpadme —dice Henry.

Deja el programa en el asiento y se va.

Al cabo de diez minutos, Alex lo encuentra en la casa club, al lado de un gigantesco jarrón de flores de un color fucsia chillón. Su mirada se clava en Alex nada más verlo, y se muerde el labio hasta tornarlo tan rojo como la bandera inglesa que lleva bordada en el bolsillo.

—Hola, Alex —dice con un tono de voz calmado.

Alex responde igual:

—Hola.

—¿Ya te han enseñado la casa club?

—No.

—Pues vamos.

Henry lo toca en el codo con dos dedos, y Alex obedece de inmediato.

Bajando un tramo de escaleras, atravesando una puerta lateral que está oculta y yendo por un segundo pasillo escondido, hay una pequeña estancia llena de sillas, manteles y una raqueta de tenis vieja y abandonada. En cuanto la puerta se cierra a su espalda, Henry empuja a Alex contra ella.

Invade todo el espacio personal de Alex, pero no lo besa. Se queda ahí, a escasos centímetros de él, con las manos en sus caderas y la boca entreabierta en una sonrisa satisfecha.

—¿Sabes qué es lo que me apetece? —le pregunta en un tono tan bajo y apasionado que Alex experimenta una quemazón por debajo del plexo solar, en lo más hondo.

—¿Qué?

—Me apetece hacer exactamente lo último que se supone que debería estar haciendo en este momento.

Alex saca el mentón hacia fuera y sonríe con una mueca desafiante.

—Pues en ese caso dime qué es lo que tengo que hacer, cariño.

Y Henry, tocándose la comisura de los labios con la lengua, se abalanza sobre el cinturón de Alex y le dice:

—Fóllame.

—En fin —gime Alex—, cuando vayas a Roma...

Henry suelta una áspera carcajada y se inclina hacia él para besarlo con la boca abierta, ávido. Se mueve deprisa, consciente de que están utilizando tiempo prestado, y se apresura a complacer a Alex cuando este deja escapar un gemido y lo aferra de los hombros para cambiar de posición. Se coloca detrás de Henry y apoya las manos en la puerta.

—Solo para que quede claro —le dice—, estoy a punto de follarte en este trastero para fastidiar a tu familia. Porque eso es lo que pasa, ¿no?

Henry, que, por lo visto, durante todo este tiempo ha traído consigo su tubo de lubricante tamaño viaje en la chaqueta, responde:

—Exacto. —Y le pasa el tubo a Alex.

—Es increíble que estemos haciendo el amor para fastidiar a otros —comenta sin una pizca de sarcasmo al tiempo que separa las piernas de Henry.

Debería ser... Debería ser gracioso. Debería ser excitante, estúpido, ridículo, obsceno, otra loca aventura sexual que sumar a la lista. Y lo es, pero... no debería además causar las mismas sensaciones que la vez anterior, en la que Alex pensó que iba a morirse si aquello llegara a acabarse. Le entran ganas de reír, pero no se ríe, porque sabe que esta vez está ayudando a Henry a llevar a cabo un deseo: rebelarse.

«Eres valiente. No me vendría mal a mí tener un poco de tu valentía».

Al terminar, besa la boca de Henry con ferocidad, le introduce los dedos en el pelo, lo deja sin respiración. Henry, sin resuello, sonríe con una expresión de profunda satisfacción consigo mismo.

—Por mi parte, no me apetece seguir viendo el tenis, ¿y a ti?

Así que se escabullen por detrás de un grupo de personas, amparados por sombrillas y guardaespaldas, y regresan a Kensington, donde Henry sube a Alex a sus habitaciones.

Su «apartamento» es un gigantesco laberinto de veintidós habitaciones ubicado en el lado noroeste del palacio, cerca del invernadero de naranjos.

Lo comparte con Bea, pero en él no hay gran cosa que resulte característica de sus dos inquilinos, con sus techos altos y su mobiliario pesado y con tapicería adamascada. Es todo más típico de Bea que de Henry: una cazadora de cuero echada sobre el respaldo de un diván; Bamboleo, el gato, acicalándose en un rincón; un óleo holandés del siglo XVII en un rellano, titulado literalmente *Mujer en el aseo,* que solo Bea habría podido seleccionar de la colección real.

El dormitorio de Henry es tan amplio y opulento, y de un beis tan insufrible como lo había imaginado Alex, con una cama barroca y dorada y unos ventanales que dan al jardín. Contempla a Henry mientras este se quita el traje y se imagina teniendo que vivir aquí, preguntándose si simplemente sucede que a Henry no le permiten escoger la decoración de sus propias dependencias o si es que nunca ha sentido el deseo de pedir algo diferente. Le vienen a la memoria todas esas noches en las que el príncipe no puede dormir y se dedica a vagar por estas estancias interminables, impersonales, igual que un pájaro atrapado dentro de un museo.

La única habitación que realmente contiene la esencia de Henry y de Bea es una pequeña salita de la segunda planta que se ha transformado en un estudio de música. Aquí los colores son más vivos: las alfombras turcas tejidas a mano tienen tonos violetas y rojos intensos, el diván es de color tabaco. Por todas partes, como si fueran champiñones, brotan pequeños pufs y mesas repletas de trastos, y las paredes están forradas de guitarras eléctricas Stratocaster y Flying V, de violines, también hay un surtido de arpas, y hasta un robusto violonchelo apoyado en un rincón.

En el centro de la sala se encuentra el piano de cola. Henry se sienta ante él y se pone a tocar con aire distraído, jugueteando con la melodía de algo que recuerda a una antigua canción de The Killers. David, el perro, dormita en silencio junto a los pedales.

—Toca algo que yo no conozca —pide Alex.

Cuando estaba en Texas e iba al instituto, Alex era el más culto de su pandilla, porque era un forofo de los libros y de la política, y también el único deportista distinguido de los equipos de preparatoria que debatía los puntos más sutiles de Dred Scott en la clase especial de Historia de Estados Unidos. Escucha a Nina Simone y a Otis Redding, le gusta el whisky caro.

Pero Henry posee una gama de conocimientos completamente distinta.

Así que se limita a escuchar y a sonreír un poco mientras Henry le explica que así es como suena Brahms, y que esto otro es Wagner, y que ambos compositores se encontraban en polos opuestos del movimiento del Romanticismo.

—¿Notas la diferencia?

Sus manos se mueven con rapidez, casi sin esfuerzo, incluso cuando se sale por una tangente y se pone a hablar de la Guerra de los Románticos y de que la hija de Liszt abandonó a su marido para irse con Wagner, *quel scandale*.

Cambia y pasa a tocar una sonata de Alexander Scriabin, y le guiña un ojo a Alex para que repare en el nombre de pila del músico. Este *andante*, el tercer movimiento, es su favorito, explica, porque en cierta ocasión leyó en alguna parte que se escribió para evocar la imagen de un castillo en ruinas, cosa que en aquel momento le pareció graciosa, de tan siniestra. De pronto guarda silencio y durante largos minutos se concentra en la pieza que está tocando. Después, sin avisar, cambia de nuevo y ataca unos acordes turbulentos que otra vez le resultan familiares a Alex: son de Elton John. Henry tiene los ojos cerrados y está tocando de memoria. El tema se titula *Tu canción*. Oh.

A Alex no se le sale el corazón del pecho, ni tampoco tiene que aferrarse al borde del diván para no caerse, porque eso es lo que haría si estuviera aquí, en este palacio, para enamorarse de Henry y no simplemente para continuar con esta locura que los lleva a irse en avión al otro lado del mundo para tocarse sin hablar de ello. No ha venido aquí para eso. En absoluto.

Se enrollan en el diván durante un lapso de tiempo que se les antoja de varias horas. Alex quiere hacerlo encima del piano, pero se trata de una antigüedad de valor incalculable o algo así, de modo que se van al dormitorio de Henry y se meten en la cama de dimensiones palaciegas.

Henry permite que Alex le haga el amor con precisión y paciencia, y pronuncia tantas veces el nombre de Dios entre gemidos que la habitación entera adquiere un aire de estancia consagrada.

Todo ello va conduciendo a Henry al límite, hasta que queda derretido y

abrumado entre sus propias sábanas. Después, Alex pasa casi una hora provocándole leves temblores, admirando sus diversas muecas de asombro y sus gestos mezcla de placer y dolor, acariciándolo suavemente con las yemas de los dedos en la clavícula, en los tobillos, en la cara interior de las rodillas, en los nudillos de las manos, en la hendidura del labio inferior. Lo toca sin cesar, hasta llevarlo de nuevo a borde del orgasmo solo con los dedos, solo soplando su aliento sobre la cara interior de sus muslos, la promesa de poner la boca donde antes ha puesto los dedos.

Henry pronuncia las mismas palabras que pronunció en el cuarto secreto de Wimbledon, solo que ahora añade un «Por favor, necesito que lo hagas». Todavía le cuesta creer que Henry pueda decir estas cosas, que él sea el único que se las oye decir.

De manera que obedece.

Cuando terminan, Henry prácticamente se queda dormido sobre el pecho de Alex sin decir nada más, follado y desmadejado, y Alex ríe para sí, le acaricia el pelo sudoroso y escucha los suaves ronquidos que empieza a emitir casi de inmediato.

Él, en cambio, tarda varias horas en dormirse.

Henry está durmiendo sobre él con la boca abierta. El perro se viene hasta la cama y se acurruca a sus pies. Dentro de pocas horas Alex tiene que estar otra vez cogiendo un avión para acudir a las preparatorias de la Convención Nacional Demócrata, pero le resulta imposible dormir. Es el desfase horario. Solo el desfase horario.

Le viene a la memoria, como si hubiera ocurrido hace una eternidad, aquella vez que le dijo a Henry que no merecía la pena obsesionarse con esto.

—Cuando sea vuestro presidente —está diciendo Jeffrey Richards en una de las pantallas planas que hay en la oficina de campaña—, una de mis principales prioridades será la de estimular a los jóvenes para que colaboren con su gobierno. Si queremos conservar el control del Senado y recuperar la Casa Blanca, necesitamos que la siguiente generación se levante y se sume a la lucha.

Los republicanos de la Universidad de Vanderbilt lanzan vítores al oír esta transmisión en directo, y Alex finge vomitar sobre el borrador de políticas en el que está trabajando.

—Brittany, ¿por qué no subes aquí? —Una alumna rubia y muy guapa sube al podio y se pone al lado de Richards, y él la rodea con el brazo—. Brittany ha sido la organizadora principal con la que hemos trabajado para este evento, ¡y no podría haberlo hecho mejor al proporcionarnos esta increíble asistencia de público!

Más vítores. Un empleado de nivel intermedio arroja una bola de papel contra la pantalla.

—Los jóvenes como Brittany son los que nos inspiran esperanza para el futuro de nuestro partido. Y por eso tengo el placer de anunciar que, cuando llegue a la presidencia, pondré en marcha el programa Richards para Jóvenes Congresistas. Otros políticos no quieren que la gente, sobre todo la gente joven y sagaz como vosotros, venga por nuestras oficinas y vea cómo hacemos las cosas...

«Me encantaría ver peleándose en una jaula a tu abuela y a este jodido imbécil que pretende desbancar a mi madre», le escribe Alex a Henry en un mensaje cuando regresa a su cubículo.

Ya faltan muy pocos días para la convención, y en lo que va de semana aún no ha podido tomarse un café antes de que sus compañeros vaciasen la cafetera. Los buzones de entrada están llenos a rebosar desde hace dos días, cuando lanzaron la plataforma oficial, y el estirado de Hunter no ha parado de disparar correos electrónicos como si la vida le fuera en ello. No le ha vuelto a decir nada desde la bronca que tuvieron el mes pasado, pero ha empezado a llevar auriculares para no molestar a Alex con sus gustos musicales.

Escribe otro mensaje, esta vez dirigido a Rafael Luna: «¿Te importaría ir a ver a Anderson Cooper, y explicar ese párrafo sobre las leyes fiscales que escribiste sin firmar para la plataforma, para que la gente deje de preguntarme cosas? Es que no tengo tiempo, tío».

Lleva toda la semana escribiéndose con Luna, desde que la campaña de Richards filtró que han dado el nombre de un senador independiente para su futuro gabinete. Ese cabrón de Stanley Connor negó de plano toda petición

de aval; al final, Luna le dijo en privado a Alex que tenían suerte de que Connor no intentase ganarlos en las primarias. No hay nada oficial, pero todo el mundo sabe que Connor es el que se ha sumado al partido de Richards. Pero si Luna sabe cuándo va a tener lugar el anuncio, desde luego no lo dice.

Menuda semanita. Las encuestas no arrojan resultados demasiado halagüeños, Paul Ryan se está poniendo santurrón con la Segunda Enmienda y circula por ahí un comentario provocativo aparecido en la página *Salon* que dice lo siguiente: «¿Habría sido elegida Ellen Claremont si no poseyera una belleza convencional?». Está seguro de que su madre, si no fuera por sus sesiones de meditación que practica todas las mañanas, a estas alturas ya habría estrangulado a algún ayudante.

Por su parte, él echa de menos la cama de Henry, el cuerpo de Henry, al propio Henry, que se encuentra a unos cuantos miles de kilómetros de la fábrica de montaje de la campaña. Esa noche pasada en Wimbledon hace una semana le parece ahora que ha sido un sueño, tanto más seductor cuanto que Henry está pasando unos días en Nueva York; ha venido con Pez a ocuparse del papeleo para un albergue que se abrirá en Brooklyn destinado a jóvenes del colectivo LGTB. El día no tiene suficientes horas para buscar una excusa para ir a Nueva York, y por mucho que al mundo le guste ver lo amigos que son en público, se les están agotando las razones plausibles para dejarse ver juntos.

Esta vez no se parece en nada al primer viaje que hicieron a la Convención Nacional Demócrata, la de 2016. En aquella ocasión su padre fue el delegado para transmitir los resultados de las votaciones en California, que hicieron que su madre ganara, y todos lloraron. June y él presentaron a su madre antes de que esta pronunciase el discurso de aceptación, y a June le temblaban las manos, en cambio a él no. El público estalló en vítores, y él sintió que su corazón hacía lo mismo.

Este año, todos están con los pelos de punta y agotados de intentar llevar a cabo una campaña y gobernar el país al mismo tiempo, y ya pasar una sola noche en la convención supone un esfuerzo. La segunda noche de la convención, se suben todos al Air Force One; iba a ser el Marine One, pero no iban a caber todos en un solo helicóptero.

—¿Has hecho un cálculo de la relación costes-beneficio que va a suponer esto? —pregunta Zahra por el teléfono en el momento del despegue —. Porque sabes que tengo razón, y si no estás de acuerdo estos activos pueden transferirse en cualquier momento. Sí. Sí, lo sé. Está bien. Eso es lo que he pensado yo. —Sigue una larga pausa, y luego añade en voz baja—: Yo también te quiero.

—Hum —dice Alex una vez que Zahra ha colgado—. ¿Hay algo que te apetezca compartir con la clase?

Zahra ni siquiera levanta la vista de su teléfono.

—Sí, era mi novio, y no, no puedes hacerme más preguntas sobre él.

June, súbitamente interesada, ha cerrado la revista.

—¿Cómo es posible que tengas un novio sin que nosotros nos hayamos enterado?

—Te veo más a ti que mi ropa interior limpia —comenta Alex.

—Será porque no te cambias de ropa interior lo bastante a menudo, cielo —dice su madre desde el otro lado de la cabina.

—Suelo ir mucho sin calzoncillos —replica Alex con desdén—. ¿Qué pasa, que tu novio «vive en Canadá»? —Hace el signo de comillas en el aire—. ¿O «va a otro instituto»?

—Veo que estás empeñado en que uno de estos días te arroje por una escotilla de emergencia —le dice Zahra—. Es una relación a distancia. Pero no es eso que dices. Y se acabaron las preguntas.

Cash se suma a la conversación e insiste en que merece saber qué se cuece, dado que es el gurú sentimental del equipo, y estalla un debate acerca de cuál es la información que se ha de compartir con los compañeros de trabajo, lo cual resulta ridículo si se tiene en cuenta lo mucho que ya sabe Cash de la vida personal del Alex. Están sobrevolando Nueva York cuando de pronto June deja de hablar y vuelve a mirar a Zahra, que ha enmudecido de repente.

—¿Zahra?

Alex se vuelve y ve a Zahra totalmente inmóvil, una actitud muy distinta de lo que es habitual en ella, que es una persona siempre en movimiento, por lo que los demás también se quedan quietos. Está boquiabierta y con la mirada fija en su teléfono.

—Zahra —dice también su madre, con la cara muy seria—. ¿Qué ocurre?

Por fin Zahra levanta la vista, agarrando el teléfono con fuerza.

—El *Washington Post* acaba de publicar el nombre del senador independiente que va a sumarse al gabinete de Richards —dice—. No es Stanley Connor, sino Rafael Luna.

—No —dice June. Lleva los zapatos colgando en la mano y le brillan los ojos bajo la luz cálida que ilumina la puerta del ascensor del hotel en el que han acordado encontrarse. El pelo se le escapa de la trenza en rabiosos mechones—. Tiene mucha suerte de que yo haya accedido, ya de entrada, a hablar con usted, así que o lo toma o lo deja.

El reportero del *Washington Post* parpadea y manipula su grabadora con gestos torpes. Lleva llamando a June a su teléfono personal desde el momento en que aterrizaron en Nueva York, en el intento de obtener de ella algún comentario acerca de la convención, y ahora le está pidiendo que diga algo acerca de Rafael Luna. June no suele ser una persona colérica, pero ha sido un día muy largo y está a punto de clavarle a este tío el tacón de uno de sus zapatos en el ojo.

—¿Y qué me dice usted? —le pregunta el reportero a Alex.

—Si mi hermana no quiere decirle nada, tampoco voy a decírselo yo —contesta Alex—. Ella es mucho más amable.

June, furiosa, chasquea los dedos delante de la cara del reportero, que lleva unas gafas de hípster.

—No conseguirá hablar con él —le dice—. Aquí tiene mi titular: Mi madre, la presidenta, aún tiene toda la intención de ganar esta carrera. Hemos venido aquí a apoyarla y a animar al partido a que permanezca unido y le dé su respaldo.

—Pero ¿qué pasa con el senador Luna y...?

—Gracias. Vote a Claremont —dice June en tono terminante y tapándole la boca a Alex con una mano.

A continuación, se lo lleva y lo mete con ella en el ascensor. Alex le da un lametón en la palma de la mano, y ella le propina un codazo.

—Maldito traidor de mierda —masculla Alex cuando llegan a su planta —. ¡Maldito cabrón, hipócrita! Yo... Yo lo ayudé a salir elegido. Hice campaña por él veintisiete horas seguidas. Fui a la boda de su hermana. ¡Hasta memoricé el puñetero pedido que encargábamos en la hamburguesería Five Guys!

—Ya lo sé, Alex —le responde June a la vez que introduce la tarjeta-llave en la ranura.

—¿Cómo es que ese mierdecilla de reportero tenía tu número personal de teléfono?

June arroja los zapatos contra la cama, y estos rebotan y caen al suelo en diferentes direcciones.

—Lo tenía porque el año pasado me acosté con él, Alex, ¿por qué crees? Tú no eres el único que toma decisiones estúpidas de índole sexual cuando está estresado. —Se deja caer en la cama y empieza a quitarse los pendientes—. Es que no entiendo de qué va esto. No sé qué es lo que pretende Luna. ¿No será una especie de agente durmiente enviado desde el futuro para provocarme una úlcera?

Es tarde, llegaron a Nueva York ya pasadas las nueve y se metieron directamente en varias sesiones de gestión de crisis que han durado horas. Alex todavía se siente lleno de adrenalina, pero cuando lo mira su hermana se da cuenta de que una parte del brillo que ve en sus ojos se debe a las lágrimas de frustración, y se ablanda un poco.

—Puestos a adivinar, yo diría que Luna cree que vamos a perder —le dice a June en un tono de voz calmado—, y cree que puede contribuir a empujar a Richards hacia la izquierda sumándose a su partido. Es como intentar apagar un fuego desde el interior de una casa.

June se vuelve hacia él con gesto cansado y escruta su rostro. Puede que ella sea la mayor, pero en política su hermano le lleva la delantera. Si le hubieran dado a escoger, Alex habría elegido esta vida por decisión propia; ella no.

—Pues yo creo que... necesito dormir. Digamos que hasta... el año que viene. Como mínimo. Despiértame cuando hayan pasado las generales.

—De acuerdo, Bichito —responde Alex. Se inclina para depositarle un beso en la coronilla y agrega—: Sin ningún problema.

—Gracias, hermanito.

—No me llames así.

—Hermanito pequeñín, diminuto, miniatura.

—Que te den.

—Vete a la cama.

Cash, que se ha cambiado el traje por ropa de paisano, está esperándolo en el pasillo.

—¿Aguantas un rato más? —le pregunta a Alex.

—Qué remedio.

Cash le da una palmada en el hombro con una mano de gigante.

—Abajo hay un bar.

Alex reflexiona un momento.

—Vale, de acuerdo.

Gracias a Dios, el hotel Beekman está tranquilo a esta hora tan tardía, y el bar mantiene una iluminación tenue, las paredes están tapizadas en un cálido tono dorado y las banquetas de la barra están forradas de cuero verde. Alex pide un whisky solo.

Mira el teléfono y amortigua su sentimiento de frustración con el whisky. Hace tres horas que envió un mensaje a Rafael Luna, un sucinto: «¿Qué cojones?». Y hace una hora que Rafael Luna le respondió: «No espero que lo entiendas».

Le entran ganas de llamar a Henry. Imagina que tiene lógica: siempre han sido dos puntos fijos el uno en el mundo del otro, pequeños polos magnéticos. En estos momentos, algunas leyes de la física lo tranquilizarían bastante.

Dios, este whisky lo está volviendo sensiblero. Pide otro.

Está estudiando la posibilidad de escribir un mensaje a Henry, aun cuando probablemente se encuentre sobrevolando el Atlántico, cuando de pronto oye una voz suave y cálida que le habla al oído. Deben de ser imaginaciones suyas, sin duda.

—Tomaré una ginebra con tónica, gracias —dice la voz. Es Henry en carne y hueso, que acaba de sentarse a su lado ante la barra, un tanto desaliñado, vestido con una camisa gris suave y unos vaqueros. Durante una demencial fracción de segundo, Alex se pregunta si su cerebro habrá

materializado una especie de espejismo sexual inducido por el estrés, pero en eso Henry dice en tono quedo—: Se te ve muy triste bebiendo solo.

Así pues, está claro que es Henry en carne y hueso.

—Estás... ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues verás, dado que soy un representante de uno de los países más poderosos del mundo, me las arreglo bastante bien para mantenerme al tanto de la política internacional.

Alex enarca una ceja.

Henry inclina la cabeza en ademán contrito.

—He mandado a Pez a casa sin mí, porque estaba preocupado.

—Ahí está —dice Alex con un guiño. Coge su vaso para disimular lo que sospecha que es una media sonrisa de tristeza; los cubitos de hielo le chocan contra los dientes—. No pronunciemos el nombre de ese bastardo.

—Salud —le dice Henry al camarero que acaba de traerle la copa.

Bebe un primer sorbo y chupa el zumo de lima que le ha mojado el dedo pulgar. Dios, qué guapo está. Tiene color en las mejillas y en los labios, producto del calor veraniego de Brooklyn al que su sangre británica no está acostumbrada. Parece una masa blanda y plumosa en la que dan ganas de hundirse, y Alex se percata de que el nudo de ansiedad que tenía en el pecho por fin ha desaparecido.

Es poco frecuente que alguien que no sea June haga un esfuerzo para comprobar si él se encuentra bien. Por decisión suya, ello se debe principalmente a una barricada de encanto, monólogos intermitentes y obstinada independencia. Henry lo mira como si no se dejase engañar por ninguna de esas cosas.

—Date prisa con esa copa, Gales —le dice—. Arriba tengo una cama enorme que lleva mi nombre escrito.

Cambia de postura en la banqueta y deja que una de sus rodillas se introduzca entre las de Henry por debajo de la barra y las separe.

Henry lo mira con los ojos entornados.

—Mira que eres mandón.

Permanecen sentados un rato más, esperando a que Henry se termine la copa. Alex escucha su voz tranquilizadora hablando de las diferentes marcas de ginebra, agradecido de que por una vez Henry parezca estar

contento de llevar a solas el peso de la conversación. Cierra los ojos, expulsa de su mente el desastre sufrido este día y procura olvidarlo. Rememora lo que le dijo Henry en los jardines hace unos meses: «¿Alguna vez te has preguntado cómo sería ir por el mundo siendo una persona anónima?».

Si él es una persona anónima, normal, fuera de la historia, tiene veintidós años, está achispada y está llevándose a un tío a su habitación agarrándolo por el cinto. Está mordiéndole el labio con los dientes, está manoteando a su espalda en el intento de encender una lámpara y está pensando: «Me gusta esta persona».

Se separan, y Alex, cuando abre los ojos, ve que Henry lo está mirando.

—¿Seguro que no te apetece hablar de ello?

Alex deja escapar un gemido.

La cosa es que sí le apetece, y Henry también lo sabe.

—Es que... —empieza a decir Alex. Da unos pasos hacia atrás, con las manos apoyadas en las caderas—. Se suponía que yo iba a ser como él dentro de veinte años, ¿sabes? Cuando lo conocí tenía quince y estaba... alucinado. Él era todo lo que yo quería ser. Y además se preocupaba por la gente, y por hacer aquel trabajo porque era lo que había que hacer, porque estábamos mejorando la vida de las personas.

En la tenue iluminación de la lamparilla, Alex se vuelve y se sienta en el borde de la cama.

—Jamás he estado más seguro de querer dedicarme a la política que cuando fui a Denver. Vi a aquel joven homosexual que se parecía a mí, que se quedaba dormido encima de su mesa de trabajo porque quería que los niños de los colegios públicos de su estado almorzaran gratis en la escuela, y me sentí capaz de hacer aquello. Sinceramente, no sé si soy lo bastante bueno o lo bastante inteligente para ser como cualquiera de mis padres, pero eso sí que podría hacerlo. —Deja caer la cabeza sobre el pecho; nunca había expresado esto último en voz alta en presencia de nadie—. Y ahora estoy aquí sentado, pensando que ese hijo de puta ha traicionado sus principios, o que quizás era todo mentira, y que quizá solo soy en realidad un ingenuo que cree en una magia que no existe en la vida real.

Henry se acerca y se queda de pie frente a Alex, rozándole la cara

interior de la rodilla con su muslo, y baja una mano para aquietar el nerviosismo de Alex.

—Las decisiones que toman otras personas no cambian la persona que eres tú.

—Pues a mí sí me lo parece —replica Alex—. Yo quería creer en que algunas personas son buenas y se dedican a este trabajo porque quieren hacer el bien. Que hacen lo correcto durante la mayor parte del tiempo, y la mayoría de las cosas las hacen por las razones correctas. Yo quería ser la clase de persona que cree en eso.

Henry mueve las manos, acaricia los hombros de Alex, el pliegue del cuello, la cara interior de la barbilla, y cuando Alex finalmente levanta la vista encuentra una expresión suave y firme en los ojos de Henry.

—Y lo sigues siendo. Porque te preocupas muchísimo. —Se inclina y le deposita un beso en el pelo—. Y también eres buena persona. La mayoría de las cosas son horribles durante una gran parte del tiempo, pero tú eres bueno.

Alex respira hondo. Henry tiene una manera particular de escuchar la errática cadena de pensamientos que le salen a él por la boca y sabe responder con verdades nítidas y claras como el agua que a él le han costado un tremendo esfuerzo. Cuando su cabeza es una tormenta, Henry es el lugar en el que el relámpago cae a tierra. Y quiere que sea cierto.

Permite que Henry lo empuje hacia atrás hasta tumbarlo en la cama y lo bese hasta dejarle la mente totalmente en blanco, permite que Henry lo desnude con detenimiento. Se abraza a él y siente que la tensión acumulada en sus hombros comienza a disiparse, como si se estuviera desplegando una vela.

Henry lo besa una y otra vez en la boca, y le dice en voz baja:

—Eres bueno.

Los golpes en la puerta llegan demasiado temprano para que Alex pueda soportar un ruido tan fuerte. Llevan una brusquedad que reconoce al instante sin necesidad de que el visitante hable siquiera: es Zahra. ¿Por qué diablos no habrá telefoneado, sencillamente? Pero luego, al ir a coger el

teléfono, lo encuentra apagado y sin batería. Eso explica que tampoco haya sonado la alarma.

—¡Alex Claremont-Díaz, son casi las siete! —grita Zahra al otro lado de la puerta—. Dentro de quince minutos tienes una reunión de estrategia y yo tengo llave, así que me da igual si estás desnudo, mucho o poco: si no abres esta puerta en treinta segundos, pienso entrar.

Alex se percata, mientras se frota los ojos, de que está totalmente desnudo. Tras realizar una exploración superficial del cuerpo que tiene pegado a la espalda, descubre que se trata de Henry, también totalmente desnudo.

—Ay, Dios —se lamenta, y se incorpora tan deprisa que se queda enredado en la sábana y se cae de la cama de costado.

—Hum... —gruñe Henry.

—Joder —dice Alex, cuyo vocabulario en estos momentos, por lo visto, solo se compone de exclamaciones. Se libera de la sábana y busca su pantalón—. Maldita sea.

—Qué... —pregunta Henry en tono inexpresivo, mirando al techo.

—¡Te estoy oyendo, Alex, y te juro por Dios que...!

Se oyen más golpes en la puerta, como si Zahra le hubiera dado una patada, y Henry se levanta también a toda prisa. Verdaderamente es para verlo, con esa expresión de sorpresa y pánico y sin llevar encima absolutamente nada más. Mira la cortina con ademán furtivo, como si estuviera estudiando la posibilidad de esconderse detrás de ella.

—Joder, joder... —sigue diciendo Alex a la vez que se pelea con el pantalón en el intento de ponérselo. Acto seguido recoge una camisa y unos calzoncillos de la ropa que hay tirada por el suelo, al azar, se los pasa a Henry y le señala el armario—. Métete ahí.

—Muy típico —observa él.

—Sí, ya hablaremos luego del simbolismo que encierra. Vamos —lo apremia Alex, y Henry obedece.

Cuando la puerta de la habitación se abre, Zahra aparece en el umbral con su termo y una expresión en la cara que dice no ha estudiado una carrera universitaria para hacer de canguro a una persona adulta que por casualidad está emparentada con la presidenta.

—Er... Buenos días —saluda Alex.

Zahra recorre brevemente la habitación con la mirada: las sábanas en el suelo, las dos almohadas utilizadas, los dos teléfonos en la mesilla de noche.

—¿Quién es la chica? —pregunta al tiempo que se encamina hacia el cuarto de baño y abre la puerta de un tirón, como si fuera a encontrarse con una actriz de Hollywood en ciernes metida dentro de la bañera—. ¿La has dejado entrar aquí con un teléfono?

—Nadie, por Dios —responde Alex, pero la voz se le quiebra en mitad de la frase. Zahra enarca una ceja—. ¿Qué pasa? Anoche me emborraché un poco, y ya está. No pasa nada.

—Ya, y como no pasa nada, hoy vas a estar el día entero con resaca —le dice Zahra caminando a su alrededor.

—Me encuentro bien —insiste Alex—. Estoy bien.

En eso, como si le hubiera dado pie, se oye una serie de golpes por dentro de la puerta del armario y seguidamente sale Henry a trompicones, con los calzoncillos de Alex a medio poner.

Alex, medio dominado por la histeria, lo considera un juego de palabras visual, de lo más perfecto.

—Esto... —empieza Henry desde el suelo. Termina de subirse el calzoncillo de Alex hasta la cadera y parpadea—. Hola.

Se hace un largo silencio.

—Yo... —empieza Zahra—. ¿Tengo que pedirte siquiera que me expliques qué cojones pasa aquí? Literalmente, cómo es que está él aquí, en sentido físico o geográfico, y por qué. No, espera, no me contestes a eso. No me digas nada. —Desenrosca el tapón de su termo y bebe un trago de café—. Ay, Dios mío, ¿esto ha sido obra mía? Jamás imaginé que... Cuando lo preparé... Oh, Dios mío.

Henry se ha levantado del suelo y se ha puesto una camisa, y tiene las orejas intensamente coloradas.

—Opino que, quizás, si de algo sirve... Era... esto... inevitable. Al menos para mí. De modo que no se eche la culpa a sí misma.

Alex se vuelve hacia él buscando algo que agregar, pero de pronto Zahra lo pincha en el hombro con uno de sus dedos de perfecta manicura.

—En fin, espero que te hayas divertido —le dice—, porque si alguien llega a enterarse de esto, estamos todos jodidos. —Luego señala al príncipe —. Y usted también. ¿Puedo suponer que no tengo que obligarlo a firmar un acuerdo de confidencialidad?

—Yo ya le he firmado uno a él —tercia Alex al tiempo que las orejas de Henry adquieren un alarmante color morado. Hace seis horas, estaba apoyado sobre su pecho, soñoliento, y ahora está aquí de pie, medio desnudo, hablando de papeleo. Oh, cómo odia el papeleo—. Yo creo que con eso ya no hace falta nada más.

—Oh, maravilloso —replica Zahra—. Me alegro mucho de que hayas pensado en ese detalle. Genial. ¿Cuánto tiempo hace que dura esto?

—Desde..., hum, desde Nochevieja —contesta Alex.

—¿Desde Nochevieja? —repite Zahra con los ojos como platos—. ¿Esto dura ya siete meses? Claro, por eso tú... Oh, Dios, y yo que creía que estabas trabajando en relaciones internacionales o algo así.

—Bueno, técnicamente...

—Si terminas esa frase, esta noche la pasaré en el calabozo.

Alex hace una mueca de dolor.

—Por favor, no se lo digas a mi madre.

—¿En serio? —sisea Zahra—. Literalmente, estás metiéndole la polla a un representante de un país extranjero, que es hombre, en medio del evento político más importante antes de las elecciones, en un hotel lleno de periodistas, en una ciudad llena de cámaras, en una carrera lo bastante reñida como para que sufra un puñetero vuelco por una cosa como esta, una materialización de las preocupaciones que a mí me quitan el sueño, ¿y me pides que no se lo comunique a la presidenta?

—Pues... sí. Yo no he..., esto..., no se lo he dicho. Todavía.

Zahra parpadea, aprieta los labios y emite un ruido como si la estuvieran estrangulando.

—Escucha —le dice—. No tenemos tiempo para entretenernos con esto, y tu madre ya tiene bastante de que ocuparse sin tener que asimilar el hecho de que su hijo esté atravesando una crisis sexual del primer cuarto de su vida que amenaza la OTAN, de modo que no se lo diré. Pero en cuanto haya acabado la convención, tendrás que decírselo tú.

—De acuerdo —responde Alex expulsando el aire.

—¿Cambiaría algo la cosa si yo te dijera que no vuelvas a ver al príncipe?

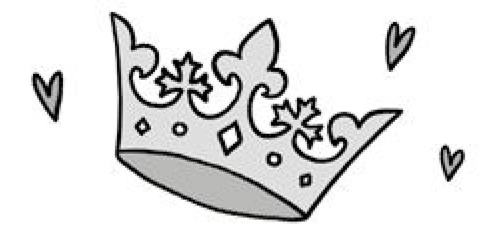
Alex se vuelve hacia Henry, que está en un rincón de la cama hundido, disgustado y aterrorizado.

—No.

—Maldita sea —exclama Zahra frotándose la frente con el canto de la mano—. Cada vez que te veo, me robas otro año más de vida. Voy a ir a la planta de abajo. Y tú más vale que te vistas y te reúnas conmigo dentro de cinco minutos para que podamos salvar esta puñetera campaña. Y usted —se vuelve hacia Henry— debe regresar a Inglaterra ahora mismo, y si alguien lo ve marcharse, me encargaré personalmente de acabar con usted. Pregúnteme si me da miedo la monarquía.

—Tomo nota —responde el príncipe con un hilo de voz.

Zahra le lanza una última mirada ceñuda, acto seguido gira sobre sus talones y sale de la habitación cerrando de un portazo.



NUEVE

–De acuerdo —dice Alex.

Su madre está sentada al otro lado de la mesa, con los brazos cruzados, mirándolo con gesto expectante. A él están empezando a sudarle las palmas de las manos. La estancia es pequeña, se encuentran en una de las salas de reuniones menores que hay en el Ala Oeste. Sabe que podría haberle pedido a su madre que lo acompañase a comer, pero, en fin, le entró el pánico.

Imagina que debería proceder sin más.

—De un tiempo a esta parte estoy... —empieza— reflexionando acerca de mí mismo. Y... he querido contártelo porque eres mi madre, y quiero que formes parte de mi vida, y no quiero ocultarte nada. Además, esto... viene al caso para la campaña, desde el punto de vista de la imagen.

—Muy bien —dice Ellen en tono neutro.

—Muy bien —repite Alex—. Vale. Esto... Me he dado cuenta de que no soy heterosexual. De hecho, soy bisexual.

A su madre se le relaja la expresión de la cara, rompe a reír y abre las manos.

—Oh, ¿es eso, cielo? ¡Dios, estaba preocupada de que fuera algo peor! —Extiende un brazo sobre la mesa y coge la mano de su hijo—. Es estupendo, cariño. Me alegro mucho de que me lo hayas contado.

Alex sonríe a su vez, sintiendo que el nudo de angustia que sentía en el pecho se afloja ligeramente, pero aún le queda otra bomba que soltar.

—Esto... Hay algo más. Es que... he conocido a una persona.

Ellen ladea la cabeza.

—No me digas. Bueno, pues me alegro por ti, espero que hayas hecho que esa persona firme todo el papeleo y...

—Es... esto... —la interrumpe Alex—. Se trata de Henry.

Transcurren unos instantes. Ellen frunce el ceño y junta las cejas.

—¿Henry...?

—Sí, Henry.

—¿Henry... el príncipe?

—Sí.

—¿El de Inglaterra?

—Sí.

—¿No es otro Henry?

—No, mamá. Es el príncipe Henry. El de Inglaterra.

—Pero yo creía que lo odiabas —replica su madre—. ¿Y ahora eres amigo suyo?

—Las dos cosas son ciertas, en diferentes momentos. Pero la cosa es que ahora somos... algo. Llevamos ya un tiempo siendo algo, como unos siete meses... más o menos.

—Entiendo.

La presidenta lo mira fijamente durante largos instantes. Alex se remueve incómodo en la silla.

De repente, coge el teléfono, se pone de pie y empuja la silla debajo de la mesa.

—Muy bien, voy a despejar mi agenda para primera hora de esta tarde —afirma—. Necesito un poco de tiempo para preparar unos materiales. ¿Estás libre dentro de una hora? Podemos volver a reunirnos aquí. Pediré que nos traigan algo de comer. Trae tu pasaporte y todos los recibos y documentos que vengan al caso, cielo.

No espera a ver si Alex le contesta si está libre o no, sale de la estancia y se pierde de vista por el pasillo. Aún no ha terminado de cerrarse la puerta cuando Alex ve aparecer en su teléfono la siguiente notificación: «Petición calendario mamá: 14:00 h en primera planta del Ala Oeste, charla sobre Ética Internacional e Identidad Sexual».

Una hora más tarde se encuentra con varios cartones de comida china y un PowerPoint proyectado en la pantalla. La primera diapositiva dice: «Experimentación sexual con monarcas extranjeros: una zona indefinida». ¿Será demasiado tarde para lanzarse en picado desde el tejado?

—Muy bien —dice su madre cuando él toma asiento, casi exactamente

en el mismo tono que empleó Alex anteriormente con ella—. Antes de empezar, quiero dejar clara una cosa: yo te quiero y te apoyo en todo momento. Pero esto, francamente, es un follón logístico y ético, así que tenemos que asegurarnos de tenerlo todo controlado, ¿de acuerdo?

La siguiente diapositiva se titula: «Explorar tu sexualidad es sano, pero ¿tiene que ser con un príncipe de Inglaterra?». Su madre pide disculpas por no haber tenido tiempo para buscar mejores títulos. Alex, para sus adentros, desearía que se lo tragase la tierra.

La siguiente dice: «Financiación federal, gastos de viaje, llamadas guarras y tú».

Lo que más le preocupa es asegurarse de que su hijo no haya utilizado aviones privados, financiados por el gobierno federal, para ir a ver a Henry en visitas de carácter exclusivamente personal, cosa que no ha hecho, y obligarlo a rellenar un montón de papeleo para protegerse los dos. A Alex le resulta muy frío, y también una equivocación, ponerse a marcar casillas para explicar su relación con Henry, sobre todo cuando en la mitad de ellas se le preguntan cosas de las que ni siquiera ha hablado todavía con él.

Es un proceso insufrible, pero al final queda terminado y no ha acabado con su vida, lo que ya es algo. Su madre toma el último formulario y lo mete con los demás en un sobre cerrado. Luego lo deja a un lado, se quita las gafas de leer y también las deja en la mesa.

—Bien —dice—. Ocurre lo siguiente. Ya sé que te exijo mucho, pero lo hago porque confío en ti. Eres tonto del culo, pero confío en ti y en tu criterio. Hace años te prometí que nunca te diría que fueras lo que no eres, de manera que no voy a ser una presidenta ni una madre que te prohíba ver a Henry.

Respira hondo de nuevo y da tiempo a su hijo para que indique con un gesto de cabeza que lo ha entendido.

—Pero —continúa— esta situación es un problema serio de verdad. Aquí no se trata simplemente de un compañero de clase o de un becario. Vas a tener que reflexionar largo y tendido, porque estás poniéndote a ti mismo y a tu carrera profesional, y por encima de todo a esta campaña y a toda esta Administración, en grave peligro. Ya sé que eres joven, pero esta decisión es para siempre. Aunque no estuvieras con Henry para siempre, si

la gente se entera, jamás te quitarás ese estigma. Así que tienes que averiguar si lo que sientes por él es para siempre. Y si no lo averiguas, tendrás que interrumpir la relación.

Apoya las manos sobre la mesa, frente a sí, y entre ambos se hace un silencio que queda flotando en el aire. Alex se siente como si tuviera el corazón atrapado entre las amígdalas.

«Para siempre». Parece una expresión imposible, de tanto como abarca, algo que presuntamente empezará a comprender dentro de diez años.

—Además —le dice la presidenta—, lo siento mucho, cielo, pero estás fuera de la campaña.

Alex se enfrenta de golpe a la cruda realidad, y siente que se le hunde el estómago.

—Espera, no...

—No es un tema abierto a debate, Alex —le dice ella con sincera pena, pero Alex conoce demasiado bien lo que significa esa mandíbula apretada —. No puedo correr riesgos. Estás volando demasiado cerca del sol. Le diremos a la prensa que estás estudiando otras opciones para tu carrera profesional. Ordenaré que dejen tu mesa despejada este fin de semana.

Le tiende una mano a su hijo, y este baja la mirada, observa las arrugas de preocupación que muestra, y por fin comprende lo que quiere su madre.

Busca en su bolsillo y saca su insignia de campaña. El primer objeto de toda su carrera, una carrera que ha malogrado en cuestión de meses, y se la entrega a su madre.

—Ah, una cosa más —dice Ellen en un tono que súbitamente vuelve a ser profesional. Saca algo del fondo de los papeles—. Sé que los colegios públicos de Texas no proporcionan ninguna educación sexual, y que no hablamos de este tema cuando tuvimos la charla, lo cual fue culpa mía por haber supuesto que ya estaba controlado, de modo que solo quería cerciorarme de que sabes que sigues necesitando usar condón, aunque practiques el sexo anal y...

—¡Vale, mamá, gracias! —replica Alex casi gritando.

En su apresuramiento por llegar hasta la puerta, a punto está de tirar su silla al suelo.

—¡Espera, cielo! —le dice ella—. ¡He pedido a Planificación Familiar

que reparta todos estos panfletos, coge uno! ¡Incluso han mandado mensajeros en bicicleta!

Una masa de necios y villanos

A <agcd@eclare45.com> 10/8/2020 01:04
para Henry

H:

¿Alguna vez has leído las cartas que escribió Alexander Hamilton a John Laurens?

Pero ¿qué estoy diciendo? Pues claro que no. Lo más seguro es que te desheredasen por simpatizar con los revolucionarios.

Bueno, pues desde que me echaron de la campaña, no tengo absolutamente nada que hacer excepto ver las noticias por cable (que, diligentemente, cada día van matándome unas cuantas células del cerebro), leer otra vez *Harry Potter* y ordenar todos los antiguos apuntes de la universidad. No hago más que mirar papeles y pensar: «Excelente, sí, cuánto me alegro de haber pasado toda la noche sin dormir, escribiendo esto para los imbéciles de la clase, para que luego me despidan de forma sumarísima del primer empleo que he tenido y me destierren a mi habitación. ¡Genial, Alex!

¿Así es como te sientes tú todo el tiempo en tu palacio? Pues qué mierda, tío.

En fin, me pongo a repasar los apuntes de la universidad y me encuentro con un análisis que hice de la correspondencia de Hamilton en la época de la guerra, y mira lo que se me ha ocurrido: yo creo que Hamilton pudo ser bisexual. Las cartas que le escribió a Laurens son casi tan románticas como las que le escribió a su mujer. La mitad de ellas van firmadas con un «Tuyo» o un «Cariñosamente tuyo», y la última que escribió antes de morir decía «Tuyo para siempre». No entiendo por qué nadie habla

de la posibilidad de que uno de los Padres Fundadores no fuera heterosexual (aparte de la biografía de Chernow, que, dicho sea de paso, está genial, véase la bibliografía adjunta). Bueno, sí entiendo por qué, pero vamos.

En fin, encontré un fragmento de una carta que escribió a Laurens y me recordó a ti. Y a mí mismo, supongo. Dice así:

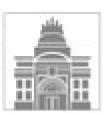
«La verdad es que soy un hombre sincero e infortunado que habla de sus sentimientos a todo el mundo y con énfasis. Te digo esto porque tú ya lo sabes y no me acusarás de ser vanidoso. Odio el Congreso, odio el ejército, odio el mundo, me odio a mí mismo. Es todo una masa de necios y villanos; quizá podría exceptuarte a ti...».

Reflexionar sobre la historia hace que me pregunte cómo encajaré yo en ella en el futuro. Y también tú. Me gustaría que la gente aún escribiera así.

Así que la historia, ¿eh? Seguro que tú y yo haríamos historia.

Cariñosamente tuyo, enloqueciendo lentamente,
Alex, Primer Hijo del Sacrilegio del Padre Fundador

Re: Una masa de necios y villanos



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 10/08/2020 04:18
para A

Alex, Primer Hijo de Lecturas Históricas Masturbatorias:

La frase de «véase la bibliografía adjunta» es lo más sexi que me has escrito jamás.

Cada vez que mencionas tu lento declive dentro de la Casa Blanca, no puedo evitar pensar que es por mi culpa, y me siento realmente fatal. Lo siento. Debería haber sabido que no convenía que me presentara de forma tan imprevista en una convención

así. Me dejé llevar, no pensé. Sé lo mucho que significaba para ti ese empleo.

Solo quiero que... lo sepas. Te ofrezco la alternativa. Si prefieres menos de mí y más de eso —el trabajo, las cosas sin complicaciones—, lo entenderé. De verdad.

En cualquier caso, lo creas o no, sí que he leído un poco de Hamilton, por diversas razones. En primer lugar, era un escritor magnífico. En segundo lugar, ya sabía que a ti te pusieron su nombre (a propósito, los dos compartís un número alarmante de rasgos: sois vehementes y decididos, nunca sabéis cuándo cerrar la boca, etc.). Y, en tercer lugar, en cierta ocasión una insolente mujerzuela intentó poner en duda mi virtud contra un antiguo cuadro de él, y en los entresijos de la memoria hay ciertas cosas que requieren un contexto.

¿Estás insinuando algún juego de rol que implique a soldados revolucionarios? Porque he de informarte que cualquier gota de sangre del rey Jorge III que pueda llevar se me congelaría en las venas y me dejaría inútil para la causa.

¿O estás sugiriendo más bien que intercambiemos apasionadas cartas a la luz de las velas?

¿Tengo que decirte que cuando estamos separados vuelvo a sentir tu cuerpo en sueños? ¿Que cuando estoy dormido te veo a ti, la curva de tu cintura, la peca que tienes en la cadera, y que cuando me despierto al día siguiente tengo la sensación de haber estado contigo, que aún siento la caricia de tu mano en mi nuca, reciente y no imaginada? ¿Que siento tu piel en contacto con la mía, y siento todo el cuerpo dolorido? ¿Que durante unos instantes puedo contener la respiración y estar de nuevo contigo, en un sueño, en un millar de habitaciones, o en ningún lugar?

Quizás Hamilton lo expresó mejor en una de sus cartas para Eliza:

«Tú acaparas mis pensamientos tan enteramente que no puedo pensar en nada más; no solo tienes mi mente ocupada todo el día, además te inmiscuyes en ella cuando estoy dormido. Me encuentro contigo en cada uno de mis sueños, y cuando despierto no puedo volver a cerrar los ojos, porque rememoro tu dulzura una y otra vez».

Si te decides por la opción que he mencionado al principio de este correo, espero que no hayas leído el resto de esta basura.

Recuerdos,
El Desventuradamente Romántico y Herético Príncipe Henry, el Embobado

Re: Una masa de necios y villanos



A <agcd@eclare45.com> 10/8/2020 05:36
para Henry

H:

Te ruego que no seas tonto. Nada de todo esto carecerá de complicaciones jamás.

Sea como sea, deberías hacerte escritor. Ya eres escritor.

Incluso después de todo esto, en todo momento sigo queriendo saber más cosas de ti. ¿Parece una locura? Es que estoy aquí sentado y me digo: ¿quién es esta persona que conoce a Hamilton y que escribe de este modo? ¿De dónde ha salido siquiera una persona así? ¿Cómo pude estar tan equivocado?

Resulta raro, porque yo siempre conozco a las personas, tengo intuiciones que por lo general no van muy desencaminadas. Y contigo estoy seguro de que también tuve una intuición, pero que no tenía en mi cabeza lo que necesitaba tener para entenderla. Sin embargo, decidí seguirla, decidí avanzar a ciegas en una dirección determinada y esperar lo mejor. Supongo que eso te convierte en la estrella Polar.

Quiero verte de nuevo, y pronto. No dejo de releer una y otra vez ese párrafo, ya sabes cuál. Quiero tenerte otra vez aquí, conmigo. Quiero tu cuerpo y quiero el resto de tu persona. Y quiero salir de esta puñetera casa. Ver a June y a Nora saliendo en la televisión sin que esté yo me resulta una tortura.

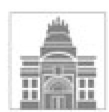
Vamos a celebrar nuestro encuentro anual en Texas, en la casa que mi padre tiene en el lago. Pasaré el fin de semana entero desconectado del sistema. Hay un lago con un embarcadero, y mi padre siempre cocina algo alucinante. ¿Te apetece venir? No puedo parar de imaginarte tostado por el sol, sentado al aire libre, allá en el campo. Será dentro de dos fines de semana. Si Shaan pudiera hablar con Zahra o con quien sea para que vengas en avión hasta Austin, nosotros podríamos recogerte allí. Di que sí.

Tuyo,
Alex

P.D.: De Allen Ginsberg para Peter Orlovsky, 1958:

«Aunque anhelo el contacto real de la luz del sol entre nosotros, te añoro como se añora el hogar. Brilla otra vez, amor, y piensa en mí».

Re: Una masa de necios y villanos



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 10/8/2020 20:22
para A

Alex:

Si yo soy la estrella Polar, no quiero ni pensar hacia dónde nos dirigimos.

Estoy dándole vueltas a lo de la identidad y a tu pregunta «de dónde sale una persona como yo», y lo mejor que se me ocurre para explicártelo es contarte un cuento:

Érase una vez un joven príncipe que nació en un castillo. Su madre era una princesa erudita, y su padre era el caballero más apuesto y más temido de todo el reino. De pequeño, la gente le llevaba todo lo que él podía desear: los ropajes de seda más hermosos, frutas maduras del invernadero. A veces, se sentía tan feliz que pensaba

que jamás se cansaría de ser príncipe.

Provenía de un larguísimo linaje de príncipes, pero nunca había existido uno que se pareciera a él: que hubiera nacido con el corazón fuera del cuerpo.

Cuando era pequeño, su familia sonreía y reía, y le decía que un día su cuerpo crecería y ocultaría al corazón. Pero, aunque él creció, su corazón se quedó tal como estaba, rojo, visible y palpitante. A él no le importaba mucho, pero a cada día que pasaba su familia tenía más miedo de que los habitantes del reino se percataran y le dieran la espalda a su príncipe.

Su abuela, la reina, vivía en una alta torre en la que hablaba tan solo de los otros príncipes, pasados y presentes, que habían sido normales al nacer.

Entonces, el padre del príncipe, el caballero, resultó muerto en batalla. La lanza le atravesó la armadura y el cuerpo, y lo dejó desangrándose entre el polvo. De manera que cuando la reina envió ropas nuevas, una armadura para el príncipe que protegiera su especial corazón, la madre no se lo impidió, porque ahora tenía miedo, miedo de que también resultase herido el corazón de su hijo.

De modo que el príncipe se puso esa armadura y durante muchos años creyó que era lo adecuado para él.

Hasta que conoció a un joven campesino de increíble hermosura, natural de una aldea vecina, que le dijo cosas absolutamente abominables que lo hicieron sentirse vivo por primera vez en muchos años. Aquel joven resultó ser un extraordinario hechicero, capaz de hacer aparecer cosas como oro, chupitos de vodka y pastelillos de albaricoque absolutamente de la nada. Su vida entera se esfumó en una nube de humo de un deslumbrante color púrpura, y el reino dijo: «Cuesta creer que estemos todos tan sorprendidos».

Me apunto a lo de la casa del lago. Debo reconocer que me alegro de que salgas de la casa. Me preocupa que puedas prenderle fuego. ¿Esto quiere decir que voy a conocer a tu padre?

Te echo de menos.

x

Henry

P.D.: Esto resulta mortificante y sensiblero y, sinceramente, espero que lo olvides en cuanto lo hayas leído.

P.P.D.: De Henry James para Hendrick C. Andersen, 1899:

«Que los espléndidos Estados Unidos de América no sean, entre tanto, agresivos contigo. Siento en ti una gran confianza, querido muchacho, la cual es para mí una alegría exhibir. Mis esperanzas, mis deseos y mis simpatías, de corazón y muy firmemente, están contigo. De modo que levanta el ánimo y cuéntame cómo evoluciona tu (inevitablemente, imagino, más o menos extraña) historia en América. Te deseo, en cualquier caso, que *tutta quella* gente sea amable contigo».

—No —dice Nora inclinándose sobre el asiento del pasajero—. Hay un sistema, y debes respetarlo.

—No creo en sistemas cuando estoy de vacaciones —replica June doblada sobre medio cuerpo de Alex, intentando quitar de en medio la mano de Nora.

—Son matemáticas —advierte Nora.

—Aquí no tienen autoridad las matemáticas —le dice June.

—Las matemáticas están en todas partes, June.

—Quítate de encima —le dice Alex empujándola para apartarla de su hombro.

—¡Se supone que debes apoyarme en esto! —exclama June tirándole del pelo, por lo cual recibe una mueca de desagrado.

—Te dejaré mirar una teta —le dice Nora—. La buena.

—Las dos son buenas —contesta June, distraída de pronto.

—Ya he visto las dos. Y prácticamente estoy viéndolas en este momento —dice Alex señalando el atuendo de Nora, consistente en un pantalón corto con peto, de lo más raído, y un sujetador absolutamente diminuto.

—*Hashtag* pezones en vacaciones —dice—. ¡Por favor!

Alex deja escapar un suspiro.

—Perdona, Bichito, pero es que Nora ha trabajado más horas con su lista de canciones, así que le corresponde usar el cable auxiliar.

Se produce una mezcolanza de voces femeninas en el asiento de atrás, de disgusto y de triunfo, y Nora enchufa su teléfono jurando que ha inventado un algoritmo a prueba de idiotas para la perfecta lista de canciones que escuchar durante un viaje por carretera. Empiezan a sonar las primeras trompetas de *Loco in Acapulco* de los Four Tops, y Alex por fin sale de la gasolinera.

El jeep es un vehículo reformado, un proyecto en el que trabajó su padre cuando Alex tenía unos diez años. Actualmente está en California, pero él lo lleva a Texas una vez al año, para este fin de semana, y lo deja en Austin para que puedan conducirlo Alex y June. Alex aprendió a conducir con este jeep, un verano que pasó en el valle, y nota la misma sensación en el acelerador mientras se coloca en formación con dos SUV del Servicio Secreto y se dirige hacia la interestatal. Ya casi nunca logra ir él a ninguna parte al volante de un coche.

El cielo se ve ancho y azul a lo largo de muchos kilómetros, el sol está bajo y ya ha salido el lucero del alba. Alex lleva puestas las gafas de sol y los brazos al aire en este coche sin puertas y sin techo. Enciende el estéreo y se siente capaz de arrojar cualquier cosa al viento que le azota el cabello; se alejaría volando como si no hubiera existido nunca, como si nada importara más que las ráfagas de viento que chocan contra su pecho.

Pero detrás de la nube de dopamina todo está bien: haber perdido el trabajo de campaña, los días que ha pasado inquieto, paseando nervioso en su habitación, pensando. «¿Lo que sientes por Henry es para siempre?».

Levanta el rostro hacia el aire cálido y pegajoso de su ciudad natal, y se ve a sí mismo en el espejo retrovisor. Es un chico de Texas bronceado, joven y con una expresión suave en la boca, el mismo que cuando se marchó para irse a Washington. De manera que, por hoy, se acabó lo de pensar en cosas trascendentes.

Frente al hangar aguardan un puñado de guardaespaldas acompañando a Henry, que viste una camisa vaquera de manga corta, pantalón corto y gafas

de sol a la moda, y lleva una bolsa Burberry de fin de semana echada sobre el hombro. Un verdadero sueño de verano. Para cuando Alex se apea del jeep de un salto apoyándose en una sola mano, la lista de canciones de Nora ha pasado al *Here You Come Again* de Dolly Parton.

—¡Sí, hola, hola, yo también me alegro de veros! —está diciendo Henry apabullado por los abrazos de June y de Nora.

Alex se muerde el labio y observa cómo el príncipe las estrecha a su vez por la cintura. Después le toca el turno a él; aspira el olor a limpio que desprende y ríe contra el pliegue de su cuello.

—Hola, amor —oye que le dice Henry en voz baja, íntima, justo por encima del oído, y a él se le olvida respirar y hacer cualquier otra cosa que no sea reír sin poder evitarlo.

—*¡Tambores, por favor!* —chilla el estéreo del jeep, y empieza a sonar el ritmo de *Summertime*.

Alex lo aprueba con un gesto afirmativo.

Una vez que el equipo de seguridad de Henry se sube a los vehículos del Servicio Secreto, la comitiva se pone en marcha.

Avanzan por la carretera 45, Henry sonriendo de oreja a oreja a su lado, agitando la cabeza al ritmo de la música, y Alex no puede evitar volver la mirada hacia él, alucinado ante la idea de que Henry, el príncipe Henry, está aquí, en Texas, acompañándolo en su viaje a casa. June saca cuatro botellines de Coca-Cola mexicana de la nevera portátil que hay bajo el asiento y los va pasando. Henry da el primer sorbo y prácticamente se derrite. Alex lo coge de la mano y entrelaza sus dedos con los de él sobre el salpicadero.

Tardan una hora y media en ir de Austin al lago LBJ, y cuando comienzan a descender por las curvas que llevan hasta la orilla, Henry le pregunta:

—¿Por qué se llama lago LBJ?

—¿Nora? —dice Alex.

—El lago LBJ —responde Nora—, o lago Lyndon B. Johnson, es uno de los seis pantanos que forman las presas del río Colorado, conocidos como los lagos del Alto Texas. Se crearon gracias a que LBJ promulgó la ley de Electrificación Rural cuando fue presidente. Y además tenía aquí una

casa.

—Eso es verdad —dice Alex.

—Y un detalle divertido es que LBJ estaba obsesionado con su polla —agrega Nora—. La llamaba Jumbo y se pasaba el tiempo sacándosela. Delante de sus colegas, de los periodistas, de quien fuera.

—Eso también es verdad.

—La política americana —comenta Henry—. Ciertamente fascinante.

—Mira quién fue a hablar, Enrique VIII —replica Alex.

—Sea como sea —dice Henry en tono ligero—, ¿desde cuándo estáis viniendo a este lugar?

—Mi padre lo compró tras separarse de mi madre, así que fue cuando yo tenía doce años —le explica Alex—. Quería tener una casa cerca de nosotros después de mudarse. Antes pasábamos mucho tiempo aquí en los veranos.

—Ah, Alex, ¿te acuerdas de cuando te emborrachaste por primera vez aquí? —dice June.

—Daiquiris de fresa todo el día.

—Los vomitaste todos —dice ella con cariño.

Se meten por un camino de entrada para coches flanqueado por una tupida arboleda y suben hasta la casa que hay en lo alto de la cuesta. Conserva el mismo color anaranjado intenso en la fachada, los arcos lisos, los grandes cactus, las plantas de áloe. A su madre nunca le gustó el estilo de decoración tipo hacienda mexicana, de modo que su padre se volcó en dicho estilo cuando compró esta casa en el lago, llena de puertas altas y verdiazuladas, vigas de madera y azulejos españoles en tonos rosas y rojos. Hay un enorme porche que da la vuelta a la casa y una escalera que baja por la cuesta hasta el embarcadero, todas las ventanas que dan al lago están abiertas de par en par y en ellas ondean los visillos agitados por la cálida brisa.

Los equipos se apartan para examinar el perímetro; han alquilado la casa contigua para gozar de mayor intimidad y para alojar a los miembros de seguridad. Henry levanta sin esfuerzo la nevera de June y se la sube al hombro, y Alex intenta no desmayarse al verlo.

De pronto se oye el fuerte grito de Óscar Díaz, que aparece doblando la

esquina, por lo visto recién llegado de nadar en el lago. Va calzado con sus viejas zapatillas deportivas y lleva un traje de baño con un estampado de loros. Viene con los brazos abiertos, y June enseguida se ve aprisionada en ellos.

—¡CJ! —exclama ejecutando una pirueta con ella, y después la deposita en la barandilla de estuco.

A continuación, le toca el turno a Nora, y por último le da un fuerte abrazo a Alex.

Henry da un paso al frente, y Óscar lo mira de arriba abajo: la bolsa Burberry, la nevera en el hombro, la elegante sonrisa, la mano extendida. Su padre se mostró un poco confuso al principio, pero finalmente accedió, cuando él le preguntó si podía llevar a un amigo y con naturalidad mencionó que dicho amigo iba a ser el príncipe Henry de Inglaterra. No sabe muy bien cómo acabará esto.

—Hola —saluda Henry—. Encantado de conocerlo. Yo soy Henry.

Óscar le estrecha la mano con energía.

—Espero que vengas dispuesto a divertirte.

Puede que su padre sea el cocinero de la familia, pero la persona encargada de la parrilla era su madre. No siempre sucedía así cuando vivían en Pemberton Heights: su mexicano padre en la cocina empapando diligentemente *tres leches* mientras su rubia madre estaba en el patio dando vuelta a las hamburguesas, pero funcionaba. Alex siempre procuraba tomar lo mejor de cada uno, y ahora, aquí, él es el único que puede encargarse de las ristras de costillas mientras Óscar se ocupa de lo demás.

La cocina de la casa del lago está orientada hacia la orilla, huele siempre a cítricos, a hierbas aromáticas y a sal, y cuando ellos van de visita su padre mantiene la despensa repleta de tomates bien gordos y aguacates maduros.

Alex está de pie frente a los grandes ventanales abiertos, delante de tres ristras de costillas puestas en sendas sartenes sobre la encimera, mientras su padre está en el fregadero limpiando mazorcas de maíz y tarareando por lo bajo al son de un viejo disco de Chente. Azúcar moreno. Pimentón

ahumado. Cebolla en polvo. Chile en polvo. Ajo en polvo. Cayena. Sal. Pimienta. Más azúcar moreno. Alex mide las cantidades con las manos y las va echando en el cuenco.

Abajo, en el embarcadero, June y Nora se hallan enfrascadas en lo que parece un improvisado torneo medieval, pues se embisten la una a la otra subidas en unos hinchables con forma de animales y se atacan con los espaguetis de la piscina. Henry, un tanto achispado y descamisado, intenta hacer de árbitro con un pie apoyado encima de un pilote y agitando un botellín de cerveza como un demente.

Alex los observa y sonríe un poco para sí mismo. Henry y sus chicas.

—En fin, ¿te apetece hablar de ello? —pregunta de repente la voz de su padre, en español, desde su izquierda.

Alex, sobresaltado, da un pequeño brinco. Su padre se ha reubicado en el bar, y está mezclando una buena cantidad de queso cotija, crema y aderezos para preparar unos elotes.

—¿De qué?

¿Resulta tan obvio?

—De Rafael.

Alex expulsa el aire, relaja los hombros y vuelve a concentrarse en la cobertura para las costillas.

—Ah, menudo hijo de puta —dice. Desde que estalló la noticia, solo han sacado ese tema en forma de palabrotas mediante mensajes de texto. Ambos experimentan un sentimiento de traición—. ¿Tú tienes idea de qué estará pensando?

—Yo no tengo nada más amable que decir sobre él que lo que puedas tener tú. Y tampoco tengo una explicación. Pero... —Calla unos instantes, pensativo, sin dejar de remover. Alex nota que está sopesando varias ideas a la vez, cosa que suele hacer a menudo—. No sé. Después de todo este tiempo, quiero creer que existe una razón para que se meta en la misma habitación que Jeffrey Richards, pero no alcanzo a imaginar cuál puede ser.

Alex rememora la conversación que oyó en el cuarto de la gobernanta y se pregunta si su padre alguna vez le proporcionará la información completa. No sabe cómo preguntarle sin revelar que literalmente se subió a un arbusto para escuchar lo que decían. La relación de su padre con Rafael

Luna siempre ha sido así: una charla entre personas adultas.

Alex estaba en el evento de recaudación de fondos para la campaña de su padre para el Senado cuando conocieron a Luna, él solo tenía catorce años y ya tomaba apuntes. Luna se presentó luciendo en la solapa, con todo descaro, una banderita del orgullo gay; Alex tomó nota.

—¿Por qué lo escogiste a él? —pregunta Alex—. Me acuerdo de aquella campaña. Conocimos a un montón de personas que habrían sido muy buenos políticos. ¿Por qué no escogiste a alguien que tuviera más posibilidades de salir elegido?

—¿Quieres decir que por qué aposté por el que era gay?

Alex se concentra en mantener una expresión neutra.

—No iba a decirlo de ese modo —contesta—, pero sí.

—¿Raf te contó alguna vez que sus padres lo echaron de casa a los dieciséis años?

Alex hace un gesto de dolor.

—Sabía que lo había pasado mal antes de ir a la universidad, pero no me contó nada concreto.

—Pues sí, no se tomaron muy bien la noticia. Tuvo un par de años malos, pero eso lo hizo más fuerte. El día que lo conocimos nosotros era la primera vez que regresaba a California desde que sus padres lo echaron de casa, pero no iba a dejar de acudir para apoyar a un hermano fuera de Ciudad de México. Fue lo mismo que cuando Zahra se presentó en la oficina de tu madre en Austin diciendo que quería demostrar a aquellos bastardos que estaban equivocados. Es fácil reconocer a los luchadores cuando se los ve.

—Sí —coincide Alex.

Sigue otra pausa. Al fondo se oye la suave música de Chente mientras su padre continúa removiendo.

—Sabes... —dice—. Aquel verano, te puse a trabajar en la campaña de Rafael porque eras la mejor persona clave que conocía. Sabía que eras capaz de aquello. Pero en realidad también pensé que podrías aprender muchas cosas de él. Tenéis mucho en común.

Alex deja pasar largos instantes sin decir nada.

—Tengo que ser sincero —dice su padre, y al levantar la vista ve que

está mirando hacia la ventana—. Pensaba que un príncipe sería más bien un gallina.

Alex ríe y se vuelve para mirar a Henry y cómo se mueve bajo el sol de primera hora de la tarde.

—Es más duro de lo que parece.

—No está mal, para ser europeo —agrega su padre—. Es mejor que la mitad de los idiotas que ha traído June a casa. —Alex se queda quieto un momento y gira la cabeza hacia su padre, que continúa removiendo con la cuchara de madera y el semblante imparcial—. Y también que la mitad de las chicas que has traído tú. Pero no es mejor que Nora; Nora siempre será mi favorita. —Alex lo mira, hasta que por fin su padre levanta la vista—. ¿Qué pasa? No eres tan sutil como crees.

—No... No lo sé —balbucea Alex—. Pensaba que necesitarías, no sé, ponerte católico con este asunto o algo así.

Su padre le propina un golpecito en el brazo con la cuchara y se lo deja manchado de crema y de queso.

—Ten un poco más de fe en tu viejo, ¿vale? Un poco más de aprecio por el santo patrón de los baños unisex de California. Cabroncete.

—¡De acuerdo, de acuerdo, perdona! —contesta Alex entre risas—. Es que sé que la cosa cambia cuando se trata de tu propio hijo.

Su padre también ríe, y se pasa una mano por la perilla.

—La verdad es que no. Por lo menos en mi caso. Yo te veo.

Alex vuelve a sonreír.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe tu madre?

—Sí, se lo dije hace un par de semanas.

—¿Y qué tal se lo tomó?

—Le da igual que yo sea bisexual. Pero se quedó bastante alucinada al saber que era Henry. Preparó un PowerPoint.

—Eso me lo creo.

—Me despidió del empleo. Ah, y me dijo que tenía que averiguar si lo que siento por Henry merece el riesgo.

—Bueno, ¿y lo merece?

Alex deja escapar un gemido.

—Por favor, por el amor de Dios, no me hagas esas preguntas. Estoy de vacaciones. Quiero emborracharme y comer carne a la barbacoa con tranquilidad.

Su padre emite una risa triste.

—Sabes, en muchos sentidos que tu madre y yo estuviéramos juntos era una idea absurda. Creo que ambos sabíamos que lo nuestro no iba a durar eternamente, porque los dos somos muy orgullosos. Pero menuda mujer. Tu madre ha sido, sin la menor duda, el amor de mi vida. Jamás amaré a nadie como la he amado a ella. Era una pasión devoradora. Y además os tuve a June y a ti, lo mejor que le ha pasado a un viejo gilipollas como yo. Un amor así es muy raro de encontrar, aunque haya sido un completo desastre. —Reflexiona unos instantes—. A veces, uno se lanza, abrigando la esperanza de no encontrarse con un precipicio al otro lado.

Alex cierra los ojos.

—¿Has terminado ya con los sermones paternos?

—Mira que eres cabrón —le dice su padre arrojándole un paño de cocina a la cabeza—. Vete a poner las costillas en la brasa. A ver si podemos comer hoy. —Y agrega—: ¡Más vale que esta noche durmáis en las dos literas! ¡La Virgen María está mirando!

Cenan un poco más tarde: montañas de elotes, tamales de cerdo con salsa verde, una fuente de fríjoles charros, costillas. Henry llena su plato con un poco de cada cosa y lo mira fijamente, como si estuviera esperando que le revelase sus secretos, y Alex cae en la cuenta de que el príncipe nunca ha comido carne a la barbacoa con las manos.

Le enseña cómo se hace y observa, disimulando mal lo divertido que le resulta, cómo Henry toma una costilla con las puntas de los dedos y estudia el modo de atacarla, y seguidamente lo acompaña con vítores cuando ve que baja la cabeza, arranca un pedazo de carne con los dientes y lo mastica todo orgulloso, con una enorme mancha de salsa barbacoa en el labio superior y en la punta de la nariz.

Su padre guarda una guitarra vieja en el cuarto de estar, y June la saca al porche para ir pasándosela el uno al otro. Nora, que se ha puesto una de las camisas de Alex encima del bikini, entra y sale descalza, ocupada en rellenar continuamente las copas con una jarra de sangría rebosante de

melocotones y moras.

Se sientan en torno al foso de la hoguera y tocan canciones de Johnny Cash, de Selena, de Fleetwood Mac. Alex escucha el canto de las cigarras, el murmullo del agua del lago, la voz ronca de su padre, y, cuando este se retira para acostarse, la voz cantarina de June. Se siente arropado y caliente, girando lentamente bajo la luna.

Henry y él terminan sentándose en un columpio que hay en el borde del porche, él se acurruca al lado del príncipe y apoya la cara en el cuello de la camisa. Henry lo rodea con un brazo y le acaricia el mentón con unos dedos que huelen a humo.

June empieza a tocar *Annie's Song*. «Tú llenas mis sentidos igual que una noche en el bosque», y la brisa continúa soplando para besar las ramas más altas de los árboles, y el agua del lago continúa subiendo para besar el embarcadero, y Henry baja la cabeza para besar la boca de Alex, y Alex... Bueno, Alex está tan enamorado que se siente morir.

A la mañana siguiente, Alex se cae de la cama con una ligera resaca y llevando uno de los trajes de baño de Henry enredado en el codo. Técnicamente, han dormido en camas separadas. No han empezado ahí.

Va a la cocina, se bebe un vaso de agua y mira por la ventana. El sol brilla con luz cegadora sobre el lago y él siente una chispa incandescente de certidumbre en el fondo del pecho.

Es este lugar, el hecho de estar tan apartado de Washington, el familiar aroma de los cedros y del chile de árbol seco, la cordura que desprende todo ello. Las raíces. Le entran ganas de salir afuera y hundir las manos en el mullido suelo, y comprender todo acerca de sí mismo. Y es que en realidad lo comprende. Ama a Henry, y eso no es nada nuevo. Lleva años enamorándose de él, probablemente desde la primera vez que lo vio en aquellas páginas satinadas de la revista *J14*, casi con toda seguridad desde que el príncipe lo mantuvo tirado en el suelo de un armario de suministros médicos y le dijo que cerrase la boca. Hace ya mucho tiempo. Todo ese tiempo.

Sonríe a la vez que toma una sartén, porque sabe que esa es

exactamente la clase de riesgo demencial al que no puede resistirse.

Cuando llega Henry a la cocina vestido con su pijama, ya hay un desayuno completo colocado en la mesa alargada y de color verde, y Alex está ante el fuego, dando la vuelta a la tortita número doce.

—¿Eso es un delantal?

Alex señala con un floreo, con la mano que le queda libre, la prenda de lunares que lleva encima del calzoncillo como si estuviera exhibiendo uno de sus trajes hechos a medida.

—Buenos días, cariño.

—Perdón —responde Henry—. Estaba buscando a otra persona. Un tipo guapo, irritante, bajito, que nunca está de humor antes de las diez. ¿Lo has visto?

—Vete a la porra, mi metro setenta y cinco está dentro de la media.

Henry cruza la cocina riendo y se coloca detrás de él para darle un besito en la mejilla.

—Amor, los dos sabemos que estás redondeando esa cifra.

Henry hace ademán de dirigirse a la cafetera, pero, antes de que pueda moverse, Alex echa una mano hacia atrás y lo aferra del pelo para besarlo, esta vez en la boca. Henry lanza un pequeño resoplido de sorpresa, pero le devuelve plenamente el beso.

Alex se olvida momentáneamente de las tortitas y de todo lo demás, no porque quiera hacerle verdaderas cochinadas a Henry —quizás incluso con el delantal puesto— sino porque lo ama, y resulta maravilloso saber que gracias a eso las cochinadas son tan estupendas.

—No me había dado cuenta de que esto era un *brunch* improvisado —dice la voz de Nora de repente, y Henry da un salto hacia atrás con tal brusquedad que casi mete el trasero en el cuenco que contiene la mezcla.

Nora continúa hacia la olvidada cafetera sonriéndoles a ambos con un gesto malicioso.

—Eso no parece muy higiénico —comenta June bostezando al tiempo que se sienta a la mesa.

—Estoy avergonzado —dice Henry en tono contrito.

—No lo estés —le dice Nora.

—Yo no lo estoy —dice Alex.

—Pues yo estoy con resaca —anuncia June al tiempo que alarga la mano para coger la jarra de mimosas—. Alex, ¿todo esto lo has hecho tú?

Alex se encoge de hombros y June lo mira con los ojos entornados, soñolienta, pero enterándose de lo que ocurre.

Esa tarde, acompañados por el ruido del motor de la lancha, Henry habla con el padre de Alex de los veleros que se distinguen en el horizonte y ambos se sumergen en una compleja conversación sobre motores fueraborda que Alex se siente incapaz de seguir. Así que se recuesta contra la proa a contemplar la escena, y le resulta muy fácil imaginarse un futuro en el que Henry viene con él todos los veranos a la casa del lago, aprende a preparar elotes y a hacer nudos náuticos, y encaja a la perfección dentro de su extraña familia.

Se bañan en el lago, hablan a gritos de la política, se pasan la guitarra unos a otros. Henry se hace una foto con June y con Nora, cada una debajo de un brazo y ambas en bikini. Nora le está agarrando la cara con la mano y le está lamiendo la mejilla, y June le está metiendo los dedos en el pelo y la cabeza en el hueco del cuello al tiempo que mira a la cámara con sonrisa angelical. Se la envía a Pez y recibe una ristra de letras tecleadas al azar y el icono de la carita llorando, y casi se mean de la risa.

Es fenomenal. Es, verdaderamente, fenomenal.

Esa noche Alex está desvelado, borracho de tanta cerveza y de una cantidad desorbitada de caramelos, contempla los nudos de los paneles de madera de la litera superior y le viene la memoria que fue aquí donde se hizo mayor de edad. Se acuerda de cuando era un crío lleno de pecas que no tenía miedo de nada, cuando el mundo parecía un lugar que no tenía fin, pero en el que todo todavía guardaba plena lógica. Dejaba la ropa amontonada en el embarcadero y se lanzaba al agua de cabeza. Todo estaba donde tenía que estar.

Lleva colgada del cuello una llave del hogar de su infancia, pero no sabe cuánto tiempo hace que no se acuerda del chaval que introducía dicha llave en la cerradura.

Quizás el hecho de haber perdido su empleo no haya sido lo peor que podría haber pasado.

Reflexiona sobre las raíces, sobre la primera lengua y la segunda, sobre

lo que quería cuando era pequeño y lo que quiere ahora, y dónde se superponen ambas cosas. Tal vez ese lugar donde ambas se encuentran sea este, aquí, en la dulce insistencia del agua que le rodea las piernas, en las toscas letras grabadas con una navaja vieja. En el ritmo constante del pulso de otra persona en contacto con el suyo.

—H —susurra—. ¿Estás despierto?

Henry suspira.

—Siempre.

Se escabullen por el jardín hablando en voz baja, pasan por delante de uno de los guardaespaldas de Henry, que está dando cabezadas en el porche, y echan a correr por el embarcadero empujándose el uno al otro. La risa de Henry es clara y aguda, sus hombros quemados por el sol relucen en la oscuridad con un vivo color rosa, y Alex, al mirarlo, experimenta una sensación tan fuerte en el pecho que se siente capaz de cruzar el lago a nado sin necesidad de pararse a tomar aire. Al llegar al final del embarcadero, se quita la camiseta y empieza a bajarse el calzoncillo, y cuando ve a Henry enarcando una ceja, suelta una carcajada y se tira al agua.

—Eres una amenaza —le dice Henry cuando vuelve a emerger a la superficie. Pero tan solo titubea un segundo antes de desnudarse también.

Se queda unos momentos de pie en el borde del embarcadero, desnudo, mirando la cabeza y los hombros de Alex flotar en el agua. Sus perfiles se ven alargados y lánguidos a la luz de la luna, es todo piel suave y azulada, tan bello que Alex se dice que esta imagen, con esas sombras tan suaves, esos muslos tan blancos y esa sonrisa ladeada, debería ser el retrato con el que Henry pase a la historia. Hay varias luciérnagas revoloteando alrededor de su cabeza y posándose en su cabello. Una corona.

Se lanza al agua con una elegancia que resulta exasperante.

—¿No podrías por una vez hacer por lo menos una sola cosa sin tener que ser tan extraordinario? —le dice haciéndole una aguadilla en cuanto sale a la superficie.

—Vaya, eso es todo un elogio, viniendo de ti —responde Henry con esa sonrisa que pone cuando está disfrutando de un reto, como si nada en el mundo lo complaciera más que el codazo que le propina Alex en el costado.

Se persiguen el uno al otro alrededor del embarcadero, se zambullen

hasta el fondo del lago, que no es muy profundo, y emergen de nuevo a la luz de la luna enredados en codos y rodillas. Alex por fin consigue atrapar a Henry por la cintura, lo aprisiona y acerca la boca al pulso que palpita en su garganta. Quisiera estar toda la vida trabado en las piernas de Henry. Quisiera emparejar las pecas que salpican la nariz de Henry con las estrellas que brillan ahora mismo en el cielo, y poner su nombre a las constelaciones.

—Oye —le dice con su boca a escasos centímetros de la de Henry.

Observa una gota de agua que resbala por su perfecta nariz y desaparece entre sus labios.

—Hola —responde Henry, y Alex solo piensa en lo mucho que lo quiere. Es un pensamiento que le viene constantemente a la cabeza, y cada vez le cuesta más trabajo no expresarlo en voz alta al ver las dulces sonrisas de Henry.

Patalea un poco para girar describiendo lentamente un círculo.

—Estás muy guapo aquí abajo.

La sonrisa de Henry se ladea y se torna un poco tímida. Baja la cabeza para rozar el mentón de Alex.

—¿Sí?

—Sí —responde Alex. Se enrosca en los dedos el cabello mojado de Henry—. Me alegra que hayas venido a pasar este fin de semana —dice sin querer—. Últimamente las cosas han sido muy intensas, y... la verdad es que necesitaba esto.

Henry le pincha un poco en las costillas, a modo de suave reprimenda.

—Llevas mucha presión encima.

Su reacción instintiva ha sido siempre la de replicar: «No, en absoluto» o «Es por decisión propia», pero se reprime y contesta:

—Ya lo sé. —Y cae en la cuenta de que es la verdad—. ¿Sabes en qué estoy pensando ahora mismo?

—¿En qué?

—En que, después de la inauguración, igual que el año pasado, vengas otra vez aquí conmigo, los dos solos. Podemos sentarnos a la luz de la luna sin preocuparnos de nada.

—Oh —contesta Henry—, suena genial, pero es improbable.

—Venga, cariño, piénsalo. El año que viene. Mi madre estará de nuevo

en la presidencia, y no tendremos que preocuparnos de ganar más elecciones. Por fin podré respirar. Será increíble. Prepararé migas para desayunar, pasaremos el día entero bañándonos, no nos vestiremos para nada, haremos el amor en el embarcadero, y ni siquiera nos importará que puedan vernos los vecinos.

—Bueno, sí que importará. Importará siempre.

Se aparta un poco para mirar a Henry, que luce una expresión indescifrable.

—Ya sabes a qué me refiero.

Henry lo mira fijamente, y él no puede librarse de la impresión de que lo está viendo de verdad por primera vez. Se da cuenta de que probablemente sea la primera vez que ha incluido el amor a propósito en una conversación con Henry y de que debe de llevarlo pintado en la cara.

Algo se mueve tras los ojos de Henry.

—¿Adónde quieres ir a parar con todo esto?

Alex hace un esfuerzo para averiguar cómo diablos expresar con palabras todo lo que necesita decirle a Henry.

—June dice que a veces me preocupo demasiado sin tener la necesidad —explica—. No sé. Ya sabes que siempre se dice que hay que tomar las cosas día a día. Yo siempre me adelanto diez años en el futuro. Cuando estaba en el instituto, era todo: vale, mis padres se odian, mi hermana se va a la universidad y a veces miro a otros tíos en la ducha, pero si sigo mirando al frente, esas cosas no podrán afectarme. O si me apunto a esta asignatura, o a este trabajo de becario, o a este empleo. Antes pensaba que si visualizase mentalmente a la persona que quería ser, concentrase toda la ansiedad que tenía en el cerebro y la redujese a un punto diminuto, podría recablearla, utilizarla como energía para otra cosa. Es como si nunca hubiera aprendido a simplemente estar donde estoy. —Respira hondo—. Y el lugar donde estoy es este. Contigo. Y estoy pensando que tal vez debería empezar a probar a tomarme las cosas día a día. Y simplemente... sentir lo que siento.

Henry no dice nada.

—Cariño.

A su alrededor, la superficie del agua se agita suavemente cuando sube

las manos hacia el rostro de Henry para acariciar el perfil de sus pómulos con las yemas de los dedos.

Las cigarras, la brisa y el lago seguramente estarán emitiendo suaves murmullos, pero todos se han fundido en un intenso silencio; Alex ya no oye nada más que los latidos de su corazón en los oídos.

—Henry, yo...

De repente Henry se hunde bajo la superficie y escapa de los brazos de Alex antes de que este pueda decir nada más.

Vuelve a emerger ya más cerca del embarcadero, con el cabello pegado a la frente, y Alex se vuelve y lo mira fijamente, atónito por haberlo perdido. Henry escupe el agua que se ha tragado y produce un chapoteo en dirección a Alex, que suelta una risa forzada.

—Dios —exclama Henry dando una palmada a un bicho que se ha posado encima de él—, ¿qué son estas criaturas infernales?

—Mosquitos —contesta Alex.

—Son horribles —dice Henry en altitud altiva—. Voy a pillar una enfermedad exótica.

—¿Cómo dices?

—Lo único que pretendo decir es que el heredero es Philip y yo soy la pieza de repuesto, y que si ese cabrón tan estresante sufre un infarto a los treinta y cinco y yo estoy enfermo de malaria, ¿qué ocurre con la pieza de repuesto?

Alex vuelve a reír débilmente, pero ahora tiene la clara sensación de que le han arrebatado algo de las manos antes de que pudiera asirlo. Henry ha adoptado un tono ligero, rápido, superficial, el que utiliza para hablar con la prensa.

—Sea como sea, estoy hecho polvo —está diciendo ahora. Alex observa impotente cómo se da media vuelta, se iza para salir del agua y subir de nuevo al embarcadero, y vuelve a ponerse el calzoncillo—. Si a ti te da lo mismo, creo que voy a irme a la cama.

Alex no sabe qué decir, de modo que se queda mirando a Henry mientras este se aleja por la larga cinta del embarcadero y se pierde de vista en la oscuridad.

Comienza a invadirlo un hormigueo, una sensación de vacío que le nace

en la articulación de la mandíbula y le baja por la garganta y por el pecho hasta instalarse en la boca del estómago. Algo va mal, y lo sabe, pero está demasiado aterrorizado para apartarlo de sí o preguntarse qué es. De repente comprende que ese es el peligro de permitir que intervenga el amor: el hecho de saber que si algo sale mal, no sabe qué va a hacer para soportarlo.

Por primera vez desde que Henry lo agarró y lo besó con tanta certidumbre en los jardines de la Casa Blanca, empieza a tomar forma una idea en su mente: ¿y si en ningún momento él hubiera tenido capacidad de decidir? ¿Y si hubiera estado tan obsesionado con todo lo que es Henry, con las cosas que escribe, con ese corazón dolorido que tan sinceramente expresa, que se hubiera olvidado de tener en cuenta que esa es su forma de ser, todo el tiempo, con todo el mundo?

¿Y si hubiera hecho precisamente lo que juró que jamás haría, lo que más odia, y se hubiera enamorado de un príncipe porque era una fantasía?

Cuando regresa a la habitación, Henry ya está acostado en su litera, callado, vuelto de espaldas.

A la mañana siguiente, Henry no está.

Al despertarse ve su litera vacía y hecha, la almohada cuidadosamente colocada debajo de la manta. Prácticamente arranca la puerta de sus goznes para salir corriendo al jardín, pero también lo encuentra vacío. No hay nadie en el jardín, ni en el embarcadero. Es como si Henry nunca hubiera estado aquí.

En la cocina encuentra una nota:

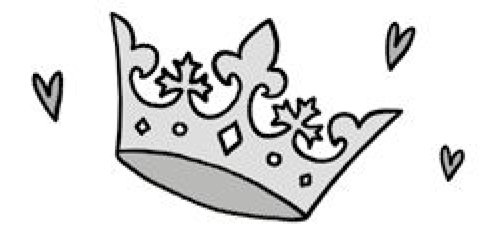
Alex,

He tenido que marcharme temprano por un asunto familiar. Me he ido con los guardaespaldas. No he querido despertarte.

Gracias por todo.

X

Es el último mensaje que le escribe Henry.



DIEZ

El primer día, le escribe a Henry cinco mensajes. El segundo día, dos. El tercer día, ninguno. Ya ha pasado un período demasiado largo de su vida hablando y hablando como para no saber reconocer las señales de cuando alguien no desea saber nada más de él.

Empieza a obligarse a mirar el teléfono solo cada dos horas en vez de cada hora, aguanta a duras penas hasta que terminan de pasar los minutos. En varias ocasiones se distrae leyendo de forma obsesiva lo que dicen los periódicos de la campaña y se da cuenta de que no ha mirado el teléfono en varias horas, y todas las veces lo consulta con desesperación, con la esperanza de que haya llegado algo, pero ese algo no llega nunca.

Creía que antes era una persona imprudente, pero ahora comprende que ponerle barreras al amor era lo único que lo protegía de perderse totalmente en esto y terminar convertido en un estúpido enfermo de amor, en un puto desastre. Ningún trabajo logra distraerlo. Es la viva imagen de las «Cosas que solo hacen y dicen quienes están enamorados».

De manera que, en vez de eso:

Un martes por la noche, escondido en el tejado de la Residencia, paseando furioso arriba y abajo tan seguido que en la piel de los talones se le forman grietas y empieza a brotar sangre que le mancha los zapatos.

Su taza de «Claremont por América», que tenía en su mesa de trabajo de la oficina de campaña y le ha sido devuelta dentro de una caja cuidadosamente marcada, un recordatorio concreto del coste que le ha supuesto todo esto, hecha añicos contra el lavabo de su cuarto de baño.

El aroma del té Earl Grey que sube de las cocinas y le forma un doloroso nudo en la garganta.

Dos sueños y medio diferentes en los que una mata de pelo del color de

la arena se le enreda entre los dedos.

Un correo electrónico de tres renglones, un extracto sacado de una carta archivada, de Hamilton para Laurens, que dice: «No deberías haberte aprovechado de mi sensibilidad para colarte en mis afectos sin mi consentimiento», convertida en borrador y eliminada.

El quinto día, Rafael Luna hace su quinta escala de campaña como suplente, representante de una minoría simbólica en la campaña de Richards. Alex se enfrenta momentáneamente a un dilema: destrozar alguna cosa o destrozarse a sí mismo. Al final termina estrellando su teléfono contra la acera de la calle, frente al Capitolio. Al terminar el día ya le han puesto una pantalla nueva, pero no por ello van a aparecer mensajes de Henry como por arte de magia.

En la mañana del séptimo día, está rebuscando en el fondo de su armario cuando de pronto tropieza con una prenda de seda: el estúpido kimono que encargó Pez para él. Desde aquel viaje a Los Ángeles no había vuelto a sacarlo.

Está a punto de volver a empujarlo al fondo el armario cuando nota un bulto en el bolsillo. Encuentra una pequeña cartulina, cuadrada y doblada. Lleva el membrete del hotel de aquella noche, la noche en que se revolucionó todo dentro de él, y está escrito con la letra cursiva de Henry:

Querida Tisbe:

Ojalá no existiera un muro.

Con cariño,

Píramo

Saca el teléfono con tanto apresuramiento que casi se le cae al suelo y vuelve a destrozarlo. Al buscar en internet descubre que Píramo y Tisbe eran dos amantes de la mitología griega, hijos de dos familias rivales, que tenían prohibido estar juntos. La única forma en que podían comunicarse era a través de una pequeña grieta que había en el muro que los separaba.

Y eso, oficialmente, ya es demasiado.

Lo que hace a continuación, tiene la seguridad de no recordar haberlo

hecho nunca. Es simplemente una laguna de interferencias en el período de tiempo que lo llevó del punto A al punto B. Escribe el siguiente mensaje a Cash: «¿Qué vas a hacer durante las próximas 24 horas?». Acto seguido saca la tarjeta de crédito de su cartera y compra dos billetes de avión, primera clase, vuelo directo sin escalas. Embarque dentro de dos horas. De Dulles International a Heathrow.

Zahra casi se niega a mandarle un coche cuando él tiene los «cojones» de llamarla desde la pista de despegue de Dulles. Cuando Cash y él aterrizan en Londres a eso de las nueve, es de noche y llueve a cántaros, y ambos se quedan empapados nada más apearse del automóvil al otro lado de la verja negra de Kensington.

Está claro que alguien ha llamado por radio para que acuda Shaan, porque está esperando de pie en la puerta de los apartamentos de Henry ataviado con un impecable chaquetón marinero de color gris, seco e impávido bajo un paraguas negro.

—Señor Claremont-Díaz —saluda—, qué honor.

Alex no tiene tiempo para gilipolleces.

—Aparta, Shaan.

—Ha llamado la señora Bankston para avisar de que venía usted hacia aquí —dice—. Tal como quizás haya adivinado, al ver la facilidad con que ha podido cruzar la verja del palacio. Hemos considerado oportuno permitirle que arme escándalo en un lugar más privado.

—Aparta.

Shaan sonríe como si realmente estuviera disfrutando de ver a dos americanos desvalidos hechos una sopa.

—Se dará usted cuenta de que es bastante tarde y de que poseo autoridad para ordenar al equipo de seguridad que lo expulsen de aquí. Ningún miembro de la Familia Real lo ha invitado a usted a entrar en el palacio.

—Chorradas —escupe Alex—. Necesito ver a Henry.

—Me temo que eso no va a poder ser. El príncipe no desea que lo molesten.

—Maldita sea... ¡Henry! —Esquiva a Shaan y se pone a dar voces hacia las ventanas del dormitorio de Henry, donde hay una luz encendida. Los gruesos goterones de lluvia se le están metiendo en los ojos—. ¡Henry, hijo de puta!

—Alex... —le dice Cash nervioso, detrás de él.

—¡Henry, cabrón de mierda, baja aquí!

—Está montando una escena —le dice Shaan con total placidez.

—¡No me digas! —replica Alex todavía gritando—. ¿Pues qué te parece si sigo chillando, a ver qué periódico acude primero? —Se vuelve hacia la ventana y empieza a agitar los brazos—. ¡Henry! ¡Jodida Alteza Real!

Shaan se lleva un dedo al auricular del oído.

—Equipo Bravo, tenemos un incidente en...

—Alex, por el amor de Dios, ¿se puede saber qué haces?

Alex enmudece al instante, con la boca ya abierta para gritar otra vez, al ver aparecer a Henry detrás de Shaan, en el umbral de la puerta, descalzo y con un pantalón de chándal. Siente que el corazón se le sale del pecho, en cambio Henry ni se inmuta.

Baja los brazos.

—Dile a Shaan que me deje entrar.

Henry lanza un suspiro y se pellizca el puente de la nariz.

—No pasa nada. Puede entrar.

—Gracias —dice Alex con retintín mirando a Shaan, al cual, por lo que parece, le trae totalmente sin cuidado que se muera de hipotermia.

Entra en el palacio con los pies chorreantes de agua y se descalza. Cash y Shaan desaparecen detrás de la puerta.

Henry, que ha entrado antes que él, ni siquiera se ha detenido para hablarle, así que lo único que puede hacer es seguirlo y subir la grandiosa escalinata que conduce a sus habitaciones.

—¡Ha sido muy amable por tu parte! —exclama por el camino, salpicando toda el agua que puede, con agresividad. Ojalá estropee alguna alfombra—. Pasarte una semana sin contestar a ninguno de mis mensajes, hacerme esperar en medio de la lluvia como un imbécil, y ahora ni siquiera me hablas. Me lo estoy pasando genial. Ahora entiendo por qué todos vosotros habéis tenido que casaros entre primos.

—Preferiría no hacer esto donde puedan oírnos —replica Henry al tiempo que dobla a la izquierda al llegar al rellano.

Alex lo sigue furioso hasta el dormitorio.

—¿El qué? —pregunta una vez que Henry ha entrado y cerrado la puerta—. ¿Qué vas a hacer, Henry?

El príncipe por fin se vuelve hacia él, y Alex, ahora que ya no tiene los ojos encharcados por el agua de lluvia, descubre sus profundas ojeras y la piel enrojecida alrededor de las pestañas. Henry tiene una actitud tensa en los hombros que hacía meses que no tenía, por lo menos dirigida hacia él.

—Voy a permitirte que digas lo que tengas que decir —ofrece en tono tajante— y después puedes marcharte.

Alex lo mira.

—¿Qué? Entonces, ¿hemos terminado?

Henry no le contesta.

Alex experimenta una sensación que le sube por la garganta: rabia, confusión, dolor, bilis. Irremisiblemente, siente deseos de echarse a llorar.

—¿En serio? —pregunta, impotente e indignado. Todavía gotea agua—. ¿Se puede saber qué coño pasa? Hace una semana me escribías correos para decirme lo mucho que me echabas de menos y que tenías muchas ganas de conocer a mi padre, ¿y ahora nada de nada? ¿Te crees que puedes hacerme así el vacío? Yo no puedo poner fin a esto como haces tú, Henry.

El príncipe se acerca a la chimenea de intrincados relieves que hay en el otro extremo de la estancia y apoya el codo en la repisa.

—¿Te crees que no me importa tanto como a ti?

—Desde luego, por tu actitud, lo parece.

—Sinceramente, no tengo tiempo para explicarte todas las cosas en las que estás equivocado y...

—Dios, ¿podrías dejar de ser un puñetero, obtuso gilipollas durante, no sé, veinte segundos?

—Me alegra mucho que hayas venido hasta aquí para insultarme.

—¡Yo te quiero! ¿Vale? —contesta Alex casi gritando, de manera inapelable, irreversible. Henry guarda silencio. Alex lo ve tragar saliva, advierte que le vibra un músculo en la mandíbula, y siente que no cabe dentro de sí—. Joder, te juro que no me pones las cosas nada fáciles. Pero

estoy enamorado de ti.

De pronto se oye un leve ruido metálico que rompe el silencio. Henry se ha quitado el anillo de sello y lo ha depositado encima de la repisa. Se lleva la mano al pecho y se la masajea mientras el resplandor parpadeante del fuego dibuja sombras marcadas en su rostro.

—¿Tienes idea de lo que quiere decir eso?

—Por supuesto que sí...

—Alex, por favor —dice el príncipe, y cuando por fin se vuelve hacia él y lo mira, su expresión es de profundo sufrimiento—. No sigas. Ese es precisamente el motivo. Yo no puedo hacer esto, y tú ya sabes por qué no puedo, así que te suplico que no me hagas decirlo.

Alex traga saliva.

—¿Ni siquiera vas a intentar ser feliz?

—Por el amor de Dios —dice Henry—, llevo toda mi estúpida vida intentándolo. El derecho que tengo por nacimiento no es la felicidad, sino un país.

Alex se saca del bolsillo la nota, empapada, que dice «Ojalá no existiera un muro» y se la arroja a Henry con saña. El príncipe la recoge del suelo.

—Entonces, si no quieres lo nuestro, ¿qué se supone que significa esa nota?

Henry lee lo que escribió hace varios meses de su puño y letra.

—Alex, en el mito, Tisbe y Píramo terminan muriendo.

—Oh, Dios —gime Alex—. Así que, entonces, ¿para ti todo esto de ningún modo iba a ser algo real?

En ese momento, Henry salta.

—Si crees eso, es que eres un completo idiota —sisea con la nota arrugada y encerrada en el puño—. ¿Cuándo he fingido yo, desde el primer momento que te toqué, otra cosa que estar enamorado de ti? ¿Tan egocéntrico eres que piensas que aquí lo importante eres tú y si yo te quiero o no, en vez del hecho de que yo soy un heredero de la puñetera Corona? Por lo menos tú tienes la capacidad de terminar no escogiendo una vida pública, en cambio yo viviré y moriré en estos palacios y en esta familia, así que no te atrevas a venir a cuestionar si te quiero o no, cuando eso es lo que podría acabar destrozándolo todo.

Alex no dice nada, no se mueve, no respira, tiene los pies clavados en el sitio. Henry no lo mira a él, sino a algún punto de la repisa de la chimenea, y se retuerce un mechón de pelo con exasperación.

—De ningún modo se esperaba que fuera a plantear un problema —continúa diciendo con la voz ronca—. Pensé que podría tener una parte de ti y no decirlo nunca, y tú nunca tendrías por qué saberlo, y un día te cansarías de mí y te irías, porque yo soy... —De repente se interrumpe y agita una mano en el aire, temblorosa, en un gesto de impotencia que indica todo cuanto él es—. En ningún momento pensé que estaría aquí de pie, enfrentándome a un dilema que no puedo resolver, porque nunca... nunca imaginé que tú podrías quererme.

—Bueno —responde Alex—, pues te quiero. Y sí que puedes escoger.

—Sabes de sobra que no es verdad.

—Puedes intentarlo —le dice Alex con el convencimiento de que esa debería ser la verdad más simple del mundo—. ¿Qué es lo que quieres?

—Te quiero a ti...

—Pues entonces tómame.

—Pero no quiero esto.

A Alex le entran ganas de agarrar a Henry y zarandearlo, de gritarle a la cara, de hacer añicos todas las antigüedades que hay en esta habitación.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—¡Que no lo quiero! —responde Henry prácticamente gritando. Tiene los ojos brillantes, y en ellos se dibuja una expresión de enfado y de miedo—. ¿Es que no lo ves? Yo no soy como tú. No puedo permitirme el lujo de actuar de forma imprudente. No tengo una familia que me apoye. No voy por ahí plantándole a todo el mundo en la cara quién soy y soñando con hacer carrera en la puñetera política para que el mundo entero me escudriñe todavía más y me diseccione de arriba abajo. Puedo quererte a ti, y desear tenerte, y al mismo tiempo no desear esa vida. Se me permite, cierto, y eso no me convierte en un mentiroso, sino en una persona que tiene un grado infinitesimal de instinto de conservación, a diferencia de ti, y no puedes venir aquí y llamarme cobarde por ello.

Alex respira hondo.

—En ningún momento he dicho que seas un cobarde.

—Pues... —Henry parpadea—. En fin. Sigo manteniendo lo mismo.

—¿Crees que yo quiero la vida que llevas tú? ¿Crees que quiero la vida que lleva Martha? ¿Encerrada en una puñetera jaula de oro? ¿Sin poder apenas hablar en público, sin tener opinión propia...?

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué estamos peleándonos, si las vidas que tenemos que llevar son tan incompatibles?

—¡Porque eso tampoco lo quieres! —insiste Alex—. No quieres nada de todo esto. Lo odias.

—No me digas qué es lo que quiero —le advierte Henry—.No tienes ni idea de lo que se siente.

—Mira, puede que yo no sea un puñetero miembro de la Familia Real —dice Alex cruzando la horrible alfombra e invadiendo el espacio de Henry—, pero sé lo que es que tu vida entera venga determinada por la familia en la que has nacido, ¿vale? Las vidas que queremos tú y yo no son tan diferentes. Por lo menos, en lo esencial. Tú quieres tomar lo que se te ha dado y dejar el mundo mejor que como te lo encontraste. Y yo también. Podemos... podemos buscar una manera de hacer eso los dos juntos.

Henry lo mira fijamente sin decir nada, y Alex adivina que está sopesando esa idea mentalmente.

—No creo que yo pueda.

Alex le da la espalda y retrocede como si lo hubieran abofeteado.

—Perfecto —dice al fin—. ¿Sabes una cosa? Todo está absolutamente perfecto. Me iré.

—Bien.

—Me iré —repite al tiempo que se vuelve otra vez hacia el príncipe— cuando tú me digas que me vaya.

—Alex.

Lo mira directamente a la cara. Si esta noche ha de irse con el corazón hecho pedazos, por lo menos quiere cerciorarse de obligar a Henry a que tenga el valor de decírselo como Dios manda.

—Dime que has terminado conmigo, y volveré a subirme al avión. Ya está. Y podrás vivir aquí, en tu torre, y ser desgraciado para siempre, y escribir un libro de poemas tristes para contarlo. Lo que sea. Pero dilo.

—Que te den —responde Henry con la voz rota.

Lo aferra por el cuello de la camisa, y Alex sabe que amará toda la vida a este idiota testarudo.

—Dímelo —insiste insinuando una media sonrisa—. Dime que me vaya.

Antes de que pueda darse cuenta de lo que ocurre, se ve empujado hacia atrás, contra una pared, y tiene la boca de Henry encima de la suya, desesperada y salvaje. Nota en la lengua un ligero sabor a sangre, y sonríe al tiempo que se entrega a esa sensación, se mete en la boca de Henry, le aferra el pelo con ambas manos. Henry deja escapar un gemido que a Alex le reverbera por toda la columna vertebral.

Forcejean contra la pared hasta que Henry levanta a Alex en volandas y retrocede, tambaleándose, hacia la cama. Alex cae rebotando sobre el colchón. El príncipe permanece unos segundos de pie, mirándolo fijamente. Alex daría cualquier cosa por saber qué está pasando por esa loca cabeza suya.

De pronto cae en la cuenta de que Henry está llorando.

Traga saliva.

Ese es el quid de la cuestión: que no sabe qué pensar. No sabe si se supone que esto es una especie de consumación o una última vez. Si fuera lo segundo, no se ve capaz de poder llevarlo a cabo. Pero tampoco quiere marcharse a casa sin esto.

—Ven aquí.

Le hace el amor a Henry despacio y profundo, como si fuera la última vez, ambos temblorosos, sin aliento, épicos, las bocas húmedas y los ojos arrasados de lágrimas. Alex se siente como un cliché entre esas sábanas color marfil y se odia a sí mismo, pero está muy enamorado. Estúpidamente, insoportablemente enamorado. Y Henry también lo ama, y al menos por una noche eso importa mucho, aunque a la mañana siguiente ambos tengan que fingir que lo han olvidado.

Henry se corre con la cara vuelta hacia la mano abierta de Alex. Su labio inferior toca el bulto de la muñeca. Alex intenta grabarse en la memoria hasta el último detalle: la manera en que las pestañas de Henry le rozan las mejillas y el rubor sonrosado que se le extiende hasta las orejas, y le dice a su acelerado cerebro: «Esta vez no te lo pierdas; Henry es

demasiado importante».

Cuando por fin el cuerpo de Henry se rinde, fuera está totalmente oscuro y en la habitación reina un silencio sepulcral. El fuego de la chimenea se ha apagado. Alex se vuelve para ponerse de costado y se lleva dos dedos al pecho, al lugar en el que descansa la llave colgada de la cadenita. Siente su corazón latiendo igual que siempre bajo la piel. No comprende cómo puede ser.

Transcurren largos instantes de silencio hasta que Henry, tumbado a su lado en la cama, cambia de postura, se tiende boca arriba y tira de la sábana para cubrir los cuerpos de ambos. Alex busca algo que decir, pero no se le ocurre nada.

Cuando se despierta, descubre que está solo.

Tarda unos momentos en reorientarlo todo en torno al punto fijo de su pecho sobre el que ha gravitado la noche pasada. La profusa decoración dorada del cabecero de la cama, el recargado bordado del edredón, la suave manta de chenilla, que es el único objeto del dormitorio elegido por el propio Henry. Desliza una mano por la sábana, por encima del lado de la cama donde estaba Henry, y la encuentra fría al tacto.

El palacio de Kensington se ve apagado y gris a la luz de primera hora de la mañana. El reloj de la chimenea dice que ni siquiera son las siete, y está cayendo un violento aguacero que golpea el amplio ventanal, semioculto por los visillos entreabiertos.

El dormitorio de Henry nunca se ha parecido gran cosa a él, pero en la quietud de la mañana se percibe su presencia en fragmentos sueltos: un montón de revistas encima del escritorio, la primera de todas manchada con la tinta de una pluma que reventó dentro de la bolsa, a bordo de un avión; un jersey demasiado grande, muy gastado y con parches en los codos, echado sobre un antiguo sillón de orejas que hay junto a la ventana; la correa del perro colgando del pomo de la puerta.

Y al lado suyo, en la mesilla de noche, tiene un ejemplar del periódico *Le Monde* metido debajo de un gigantesco volumen encuadernado en cuero de las obras completas de Oscar Wilde. Reconoce la fecha: París; la primera

vez que despertaron el uno al lado del otro.

Cierra los ojos con fuerza y por una vez en su vida se dice que debería dejar de ser tan cotilla. Se da cuenta de que ha llegado el momento de empezar a aceptar solo lo que Henry pueda darle.

Las sábanas huelen a Henry.

Uno: Henry no se encuentra aquí.

Dos: Anoche, Henry no llegó a decir que sí a ningún plan para el futuro.

Tres: Esta podría muy bien ser la última vez que consiga inhalar el aroma de Henry en un objeto.

Pero, Cuatro: En la repisa de la chimenea, al lado del reloj, está todavía el anillo de sello de Henry.

De pronto gira el picaporte de la puerta, y al abrir los ojos ve que se trata de Henry, con dos tazas en la mano y una sonrisa desvaída e indescifrable en la cara. De nuevo lleva puesto el chándal, humedecido de la neblina matinal.

—Por las mañanas tu pelo es algo digno de ver —dice el príncipe para romper el silencio.

Cruza la estancia, se arrodilla junto a la cama y le tiende una taza a Alex. Es café, con un terrón de azúcar y una pizca de canela. No quiere pensar nada del hecho de que Henry sepa cómo le gusta a él el café, ahora que está a punto de que lo pongan de patitas en la calle, pero lo piensa.

Excepto que cuando Henry lo mira de nuevo y observa cómo bebe el primer bendito sorbo de café, la sonrisa regresa con toda su fuerza. Henry le acaricia los pies por encima del edredón.

—Hola —le dice Alex con cautela, bebiendo con los ojos entornados—. Se te ve menos... encabronado.

Henry suelta un bufido.

—Mira quién fue a hablar. No fui yo el que ayer entró en el palacio hecho una fiera, en un ataque de rencor, para llamarme obtuso y gilipollas.

—En mi defensa —replica Alex—, debo alegar que en efecto habías sido un obtuso y un gilipollas.

Henry calla unos instantes, bebe un sorbo de té y deja la taza en la mesilla de noche.

—Lo he sido —reconoce, y a continuación se inclina hacia delante y

besa en la boca a Alex mientras al mismo tiempo le sostiene la taza para que no se derrame el café.

Sabe a pasta dentífrica y a Earl Grey, y puede que después de todo no vaya a ponerlo de patitas en la calle.

—Oye —le dice a Henry cuando este se incorpora—. ¿Dónde has estado?

Henry no contesta, y Alex observa que se quita las zapatillas deportivas mojadas y acto seguido sube a la cama y se sienta entre sus piernas. Pone las manos en sus muslos para captar toda su atención y lo mira fijo con unos ojos azules y despejados.

—Necesitaba salir a correr —dice—, para despejarme un poco la cabeza y pensar en... lo que viene ahora. Muy al estilo del señor Darcy meditando en Pemberley. Y me he encontrado con Philip. No te lo había mencionado, pero Martha y él han venido a pasar aquí la semana mientras duran las obras de Anmer Hall. Había madrugado para asistir a no sé qué acto público y estaba desayunando tostadas. Tostadas sin nada. ¿Tú has visto a alguien comer tostadas sin ponerles nada encima? Horroroso, la verdad.

Alex se muerde el labio.

—¿Adónde quieres ir a parar, cariño?

—Hemos estado charlando un poco. Por lo visto no estaba enterado de tu... visita de anoche, menos mal. Pero ha estado hablando de Martha, y de propiedades en el campo, y de sus hipotéticos herederos, un tema en el que ya tienen que ponerse a trabajar, aunque a Philip no le gustan nada los niños, y de repente ha sido como si... como si me viniera de nuevo a la cabeza todo lo que dijiste tú anoche. He pensado: Dios, no consiste en más que en eso, en seguir el plan. Y no es que Philip no sea feliz. Él está conforme. Totalmente conforme. Para él todo es perfecto. —Durante este tiempo ha estado tirando de un hilo del edredón, pero ahora levanta la vista, mira a Alex a los ojos y agrega—: Para mí eso no es suficiente.

Alex siente un aleteo desesperado en los latidos de su corazón.

—¿No?

Henry levanta una mano y roza suavemente la mejilla de Alex.

—No... se me da tan bien como a ti decir estas cosas, pero siempre, desde que descubrí quién era, e incluso antes, cuando me di cuenta de que

era distinto, y después de todo lo que ha sucedido en estos años, todas las cosas demenciales que piensa mi cabeza, siempre me he visto a mí mismo como un problema que merecía permanecer oculto. Nunca he confiado del todo en mí mismo ni en lo que quería. Antes de que aparecieras tú, estaba conforme con dejar que las cosas fueran ocurriéndome. Sinceramente, nunca pensé que mereciera «escoger». —Mueve la mano y le remete un mechón de pelo por detrás de la oreja—. En cambio, tú me tratas como si lo mereciera.

Alex siente un nudo doloroso en la garganta, pero procura no hacer caso de él. Coloca su taza en la mesilla de noche, al lado de la de Henry.

—Así es —confirma.

—Creo que de hecho estoy empezando a estar convencido de ello —continúa Henry—, y no sé cuánto tiempo habría tardado en convencerme si no te hubiera tenido a ti para decírmelo.

—Además, tú no tienes nada malo —asegura Alex—. Quiero decir, aparte del hecho de que de vez en cuando te comportes como un obtuso gilipollas.

Henry ríe otra vez, y se le forman unas finas arrugas en los ojos. Alex siente que el corazón se le sube a la boca, en dirección al bello techo del dormitorio, que pretende llenar todo el espacio y llegar hasta el anillo de oro que todavía descansa sobre la repisa de la chimenea.

—Perdóname —pide Henry—. No... No estaba preparado para lo que dijiste aquella noche en el lago. Fue la primera vez que me permití pensar que de hecho pudieras decirlo. Me entró el pánico, lo que hice fue estúpido e injusto, y no volveré a hacerlo.

—Más te vale —le dice Alex—. Entonces, ¿estás diciendo que... quieres continuar?

—Estoy diciendo... —empieza Henry. Su frente muestra arrugas de nerviosismo, pero su boca sigue hablando— que estoy aterrorizado y que mi vida es una locura total, pero que esta semana que he pasado intentando renunciar a ti ha estado a punto de acabar conmigo. Y cuando esta mañana me he despertado y te he visto... me va a resultar imposible ir tirando como antes. No sé si alguna vez tendré permiso para contárselo al mundo, pero... quiero contarlo. Algún día. Si he de dejar algún legado a esta maldita tierra,

quiero que sea auténtico. De manera que puedo ofrecerte toda mi persona, del modo que quieras tomarla, y puedo ofrecerte la oportunidad de una vida. Si puedes esperar, quiero que me ayudes a intentarlo.

Alex lo mira intentando absorber la totalidad de lo que es Henry, los muchos siglos de linaje real que tiene frente a sí, bajo esa antigua lámpara de araña del palacio, levanta una mano para acariciarle el rostro, se mira los dedos y recuerda que cuando su madre juró el cargo de presidenta él sostenía la Biblia con esa misma mano.

En ese momento comprende de lleno el gran peso que tiene todo esto, y cuán imposible es que alguno de los dos sea jamás capaz de vencerlo.

—De acuerdo —dice—. Me gusta hacer historia.

Henry pone los ojos en blanco y sella el trato con una sonrisa y un beso, y ambos se dejan caer juntos contra las almohadas, Henry con el pelo y el chándal mojados y Alex desnudo, enredado entre la lujosa ropa de cama.

Cuando era pequeño, antes incluso de saber cómo se llamaba, Alex soñaba que el amor era como un cuento de hadas, que un día llegaría a su vida a lomos de un dragón. Cuando se hizo un poco mayor, descubrió que el amor era una cosa rara que podía fracasar por mucho que uno luchase por conservarlo, que al fin y al cabo era una decisión. Jamás imaginó que resultaría haber acertado en los dos casos.

Henry lo acaricia con suavidad y sin prisa, y hacen el amor perezosamente durante horas o días, recreándose en ese lujo tan poco frecuente. Hacen descansos para terminarse el café y el té que se les están quedando fríos, y Henry pide que les traigan bollitos y mermelada de grosella negra. Desperdician la mañana entera en la cama, viendo la televisión en el portátil de Henry y escuchando la lluvia, que poco a poco ha ido transformándose en una llovizna.

En un momento dado, Alex recoge su vaquero tirado a los pies de la cama y rescata su teléfono. Tiene tres llamadas perdidas de Zahra, un amenazante mensaje de voz de su madre y cuarenta y siete mensajes sin leer en el grupo que tiene formado con June y Nora.

ALEX, Z ACABA DE DECIRME
QUE ESTÁS EN LONDRES

Por Dios, Alex

Te juro por Dios que si cometes
alguna estupidez y te pillan,
te mato yo misma

¡¡¡Pero has ido tú a buscarlo!!!
Eso es muy de Jane Austen

Cuando vuelvas, te voy a atizar
un puñetazo en la jeta.
No me puedo creer que no me hayas
dicho nada

¿Y qué tal ha ido?
¿¿¿Estás ahora con Henry???

TE VOY A ATIZAR UN PUÑETAZO

Resulta ser que cuarenta y seis de los cuarenta y siete mensajes son de June, y el último es de Nora: pregunta si alguno de los dos sabe dónde ha dejado sus zapatillas de deporte Chuck Taylor. Alex le responde: «Tus zapatillas están debajo de mi cama, y Henry te manda recuerdos».

Este mensaje apenas tiene tiempo de llegar a su destinatario, porque de pronto entra una llamada de June, que exige que ponga el manos libres y se lo cuente todo. Después, en vez de enfrentarse él mismo a la cólera de Zahra, convence a Henry para que llame a Shaan.

—¿Podrías por favor... esto... telefonear a la señora Banston y comunicarle que Alex se encuentra sano y salvo conmigo?

—Sí, señor —responde Shaan—. ¿Quiere que prepare un coche para su invitado?

—Pues... —contesta Henry, mira a Alex y le pregunta moviendo los labios: «¿Te quedas?». Alex hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Sí, para mañana.

Sigue una larga pausa al otro lado de la línea, y después Shaan dice:

—Se lo comunicaré.

Su tono de voz implica que preferiría hacer literalmente cualquier otra cosa.

Una vez que Henry ha colgado, Alex suelta una carcajada, pero vuelve a su teléfono para escuchar el mensaje de voz que le ha dejado su madre. Henry lo ve dudar con el dedo encima de la tecla de reproducir, sin tocarla, y le propina un leve codazo en las costillas.

—Supongo que en algún momento tendremos que afrontar las consecuencias —le dice.

Alex lanza un suspiro.

—Me parece que no te lo he contado, pero..., en fin, cuando me despidió me dijo que si contigo no estaba seguro al mil por cien, debía romper la relación.

Henry le hociquea con la nariz detrás de la oreja.

—¿Al mil por cien?

—Sí, y que no se te suba a la cabeza.

Henry le propina otro codazo, él suelta una carcajada, le agarra la cabeza, lo besa agresivamente en la mejilla y le aplasta la cara contra la almohada. Cuando por fin lo deja libre, Henry termina colorado y claramente complacido.

—Pero yo he estado reflexionando un poco acerca de eso —dice Henry —, de la posibilidad de que el hecho de estar conmigo desbaratase tu carrera. Pensabas llegar al Congreso antes de los treinta, ¿no?

—Venga. Mira esta cara. A la gente le encanta esta cara. Lo demás ya lo iré resolviendo. —Henry hace una mueca de profundo escepticismo, y Alex suspira otra vez—. Mira, no lo sé. Ni siquiera sé exactamente cómo funcionaría ser un legislador si tengo como pareja a un príncipe de otro país, de modo que ya ves que habrá cosas que solucionar. Pero lo cierto es que todo el tiempo salen elegidas personas mucho peores, con problemas mucho más grandes que los míos.

Henry lo está perforando con esa mirada que tiene en ocasiones y que hace que él se sienta como un mosquito pinchado con una chincheta en una vitrina.

—¿De verdad no te da miedo lo que pueda ocurrir?

—No, por supuesto que me da miedo —responde Henry—. Naturalmente, tiene que seguir siendo un secreto hasta que hayan pasado las elecciones. Y sé que va a ser complicado. Pero si conseguimos adelantarnos a la narrativa, esperar el momento adecuado y proceder como nosotros queramos, pienso que podríamos salir bien parados.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—¿Conscientemente? Más o menos desde la convención. ¿Inconscientemente, en total negación? Muchísimo tiempo. Por lo menos desde que tú me besaste.

Henry lo mira fijamente desde la almohada.

—Pues resulta bastante increíble.

—¿Y tú?

—¿Yo? —dice Henry—. Por Dios, Alex. Todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo?

—Desde las Olimpiadas.

—¿Desde las Olimpiadas? —Alex le arrebata la almohada—. Pero eso fue... Eso es...

—Sí, Alex, el día que nos conocimos. No se te escapa nada, ¿eh? —dice Henry intentando recuperar la almohada—. «¿Y tú?», me pregunta, como si no lo supiera...

—Cierra la boca —le dice Alex sonriendo como un idiota.

Deja de pelear con Henry por la posesión de la almohada, y en vez de eso se sube a caballo encima de él y lo aprisiona contra el colchón para besarlo. Luego sube las mantas y ambos desaparecen bajo ellas, un batiburrillo de manos y bocas, hasta que Henry, al darse la vuelta, aplasta su teléfono y aprieta sin querer el botón de los mensajes de voz.

—«Díaz, eres un loco romántico que no tiene remedio» —dice la voz de la presidenta de Estados Unidos, amortiguada por la cama—, «Más te vale que lo vuestro sea para siempre. Cuídate».

Lo de salir a hurtadillas del palacio a las dos de la madrugada sin ir acompañados del equipo de seguridad ha sido, cosa sorprendente, idea de

Henry. Sacó unas gorras y unas capuchas, el uniforme de incógnito de las personas conocidas internacionalmente, y acto seguido Bea salió haciendo mucho ruido por el otro extremo del palacio mientras ellos dos atravesaban los jardines a la carrera. Ahora se encuentran en la acerca mojada y desierta de South Kensington, flanqueados por altos edificios de ladrillo rojo y por un cartel que...

—Para, ¿estás de broma? —dice Alex—. ¿Aquí dice «Calle del Príncipe Consorte»? Cielo santo, hazme una foto con este cartel.

—¡Todavía no hemos llegado! —exclama Henry mirando hacia atrás y tirando de nuevo de Alex para que siga corriendo—. No te pares, haragán.

Cruzan otra calle y se meten por un hueco que hay entre dos columnas mientras Henry busca en el bolsillo de su sudadera un llavero que contiene decenas de llaves.

—Lo bueno que tiene ser príncipe —dice— es que la gente te entrega las llaves de cualquier cosa, siempre que se las pidas con educación.

Alex observa boquiabierto cómo Henry va palpando con las manos una pared que a todas luces es totalmente lisa.

—Durante todo este tiempo —comenta—, he creído que, en esta relación, el experto en diversiones era yo.

—¿Y quién creías que era yo, tu compinche pasivo? —dice Henry al tiempo que empuja el panel para abrir una rendija.

Tira de Alex y ambos entran en un patio.

El suelo está inclinado, y las baldosas levantan eco de sus pisadas a cada zancada. Los robustos muros victorianos se elevan hacia la noche enmarcando el patio, y Alex piensa: «Ah, es el museo Victoria y Alberto; Henry tiene la llave de este sitio».

En las puertas lo está esperando un recio vigilante de seguridad.

—No sé cómo darte las gracias, Gavin —le dice el príncipe, y Alex se percata del grueso fajo de billetes que le pasa Henry en el apretón de manos.

—Esta noche toca la Ciudad Renacentista, ¿no? —dice Gavin.

—Si eres tan amable —le responde Henry.

Echan a correr de nuevo, y atraviesan velozmente varias salas llenas de arte chino y de esculturas francesas. Henry va pasando fluidamente de una

sala a otra, deja atrás una escultura en piedra negra que representa a un Buda sentado y otra en bronce de San Juan Bautista sin dar un solo paso en falso.

—¿Sueles hacer esto con frecuencia?

—Ah, ese es mi secretillo —responde Henry riendo—. Cuando era pequeño, mis padres nos traían aquí por la mañana temprano, antes de que abrieran. Querían que fuéramos conociendo el arte, supongo, pero sobre todo la historia. —Aminora el paso y señala una pieza enorme de madera que representa un tigre atacando a un hombre vestido de soldado europeo y que lleva una tarjeta que dice: «Tigre de Tipu»—. Mi madre nos traía a ver esta escultura y me susurraba: «¿Ves que el tigre está devorando al soldado? Eso es porque esta pieza, mi tatara-tatarabuelo se la trajo robada de la India. En mi opinión deberíamos devolverla, pero mi abuela se niega».

Alex observa el rostro de Henry de perfil y la leve punzada de dolor que se adivina en él, pero enseguida borra eso de su mente y vuelve a cogerse de la mano de Alex. Echan a correr una vez más.

—Me gusta venir por la noche —dice el príncipe—. Varios de los jefes de los vigilantes de seguridad me conocen. A veces pienso que sigo viniendo porque, por más sitios que haya visitado, o por más personas que haya conocido, o por más libros que haya leído, este lugar constituye la prueba de que jamás lograré aprenderlo todo. Es como Westminster; cuando uno mira cada relieve o cada vidriera, se da cuenta de la inmensidad de historias que contiene, se da cuenta de que todo ha sido puesto en ese sitio por un motivo concreto. Todo tiene un significado, una intención. Aquí dentro hay piezas extraordinarias: la gran cama de Ware aparece mencionada en obras como *La duodécima noche, Epicoene* o *Don Juan,* y se encuentra aquí. Todo constituye una historia inacabada. ¿No es increíble? Y los archivos, Dios, podría pasarme horas enteras allí dentro, porque son...

Se interrumpe sin terminar la frase porque Alex se ha detenido en mitad del pasillo y ha tirado de él hacia atrás para besarlo.

—Vaya —dice Henry cuando se separan—. ¿Por qué has hecho esto?

—Simplemente —Alex se encoge de hombros— porque te quiero.

El pasillo los lleva hasta una amplia estancia circular rodeada por salas más pequeñas en todas direcciones. Solo se ha dejado encendida la

iluminación del techo, y allá en lo alto de la rotonda hay una enorme lámpara de araña de la que cuelgan zarcillos y bombillas de cristal de colores azules, verdes y amarillos. Detrás de ella se alza una recargada reja de hierro que cerraba un coro, ancha y majestuosa, subida en un entarimado.

—Aquí está —anuncia Henry tirando de la mano de Alex hacia la izquierda, donde hay una inmensa arcada de la que sale un chorro de luz—. He llamado a Gavin para decirle que dejase una luz encendida. Esta es mi sala favorita.

Alex ha ayudado personalmente en varias exposiciones del Smithsonian y duerme en una habitación que antiguamente estuvo ocupada por el suegro de Ulysses S. Grant, pero todavía se queda sin respiración cuando Henry lo hace pasar entre estas columnas de mármol.

En la penumbra, la sala cobra vida. El techo abovedado da la impresión de estirarse infinitamente hacia el cielo de Londres, negro como la tinta, y la sala está distribuida como una plaza urbana de Florencia, con elegantes columnas, altares y arcadas. En el suelo, entre las estatuas subidas en robustos pedestales, han colocado fuentes de tazas muy hondas, y se ven diversas efigies yacentes detrás de unos pórticos de pizarra negra en cuya superficie se muestra en relieve la Resurrección. Dominando toda la pared del fondo se encuentra la colosal portada de un coro, de estilo gótico, trabajada en mármol y adornada con estatuas de santos, en negro y dorado, imponente, sagrada.

Cuando Henry vuelve a hablar, esta vez es con voz suave, como si no quisiera quebrar el hechizo:

—En esta sala, por la noche, uno casi tiene la sensación de estar paseando por una *piazza* de verdad —susurra—. Pero sin que haya a tu alrededor nadie que te toque, o se te quede mirando embobado, o te haga una foto a escondidas. Uno puede ser simplemente el que es.

Alex lo mira y ve que su expresión es de prudencia, como a la espera de algo, y cae en la cuenta de que es la misma que tenía cuando él lo llevó a la casa del lago, el lugar más sagrado que posee él.

Le aprieta suavemente la mano y le dice:

—Cuéntamelo todo.

Henry así lo hace, y lo va guiando de una pieza a otra. Hay una escultura a tamaño real de Céfiro, el dios griego del viento del oeste, que cobra vida bajo la mano de Francavilla, con una corona en la cabeza y un pie posado en una nube. También está Narciso, con una rodilla en tierra, hipnotizado por su propia imagen reflejada en el estanque; antiguamente se creía que era el *Cupido* perdido de Miguel Ángel, pero en realidad es obra de Cioli.

—Fíjate en este detalle de aquí: tuvieron que repararle los nudillos con estuco.

Continúan hacia Plutón raptando a Proserpina para llevársela al inframundo, y después hacia Jasón con su vellocino de oro.

Terminan dando la vuelta hasta la primera estatua: Sansón asesinando a un filisteo, la que dejó sin habla a Alex nada más entrar en esta sala. Nunca ha visto nada igual: la lisura de los músculos, las hendiduras de la carne, la intensidad y el realismo del conjunto, todo tallado en mármol por Giambologna. Si pudiera tocarlo, juraría que esa piel desprendería calor.

—Resulta un tanto irónico —dice Henry contemplando la obra escultórica— que yo, el maldito heredero gay, esté aquí, en el museo de la reina Victoria, pensando en lo mucho que le gustaban a ella las leyes sobre la sodomía. —Esboza una media sonrisa—. De hecho... ¿recuerdas que te hablé de Jacobo I, el rey homosexual?

—¿El que tenía un novio un poco lerdo?

—Sí, ese. Bueno, pues el favorito al que más amaba era un tal George Villiers. El «cuerpo más atractivo de toda Inglaterra», decían. Jacobo estaba perdidamente enamorado de él. Todo el mundo lo sabía. Un poeta francés llamado De Viau escribió un poema basado en su relación. —Se aclara la garganta y empieza a recitar—. «Un hombre fornica con monsieur le Grand / otro fornica con el conde de Tonerra / y es bien sabido que el rey de Inglaterra / fornica con el duque de Buckingham». —Alex debe de estar mirándolo con los ojos como platos, porque agrega—: Bueno, en francés tiene mejor métrica. ¿Sabías que la razón de que exista una traducción de la Biblia hecha por el rey Jacobo es que, viendo que la Iglesia de Inglaterra estaba tan disgustada con él por airear su relación con Villiers, encargó dicha traducción para aplacarla?

—No hablas en serio.

—Se plantó delante del Consejo Privado y dijo: «Cristo tenía a Juan, y yo tengo a George».

—Dios.

—Exactamente. —Henry todavía está mirando la estatua, pero Alex no puede dejar de mirarlo a él y a la forma en que sonríe, sumido en sus pensamientos—. Y el hijo de Jacobo, Carlos I, es el motivo de que tengamos a nuestro querido Sansón. Es la única obra de Giambologna que salió de Florencia. Fue un regalo que le hizo a Carlos el rey de España, y Carlos cogió esta gigantesca obra maestra, de valor absolutamente incalculable, y se la regaló a Villiers. Y unos cuantos siglos más tarde, aquí la tenemos nosotros. Es una de las piezas más hermosas que poseemos, y ni siquiera la hemos robado. Tan solo nos hizo falta contar con Villiers y con los amoríos que tuvo con los reyes maricas. Si en el Reino Unido existiera un registro de los principales hitos históricos de la mariconería nacional, en él figuraría este Sansón.

Henry sonríe como un padre orgulloso, como si este Sansón le perteneciese a él, y Alex se siente impactado por esa misma ola de orgullo.

Saca su teléfono y le hace una foto a Henry ahí de pie, desaliñado, sonriente, al lado de una de las obras de arte más exquisitas del mundo.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciéndole una foto a un hito histórico de la mariconería nacional —le contesta—, que también es una estatua.

Henry ríe indulgente. Alex cruza el espacio que los separa, le quita la gorra de béisbol y se pone de puntillas para depositarle un beso en el borde de la frente.

—Es curioso —dice Henry—. Yo siempre he considerado que esto era lo más imperdonable que tenía, en cambio tú actúas como si fuera uno de mis mejores rasgos.

—Oh, desde luego —responde Alex—. Entre las razones por las que te quiero, la primera es tu cerebro, la segunda es tu polla y la tercera es tu inminente categoría de icono gay revolucionario.

—Eres, literalmente, la peor pesadilla de la reina Victoria.

—Y por eso me quieres tú.

—Dios, cuánta razón tienes. Durante todo este tiempo, no he hecho otra cosa que buscar a un tipo que más enfureciera a mis antepasados homófobos.

—Ah, y no podemos olvidarnos de que también eran racistas.

—En absoluto. —Henry se pone serio—. La próxima vez visitaremos algunas de las piezas de Jorge III, a ver si se prenden fuego.

Detrás de la portada de mármol que ocupa el fondo de la sala hay una segunda cámara, más profunda, llena de reliquias de iglesias. Más allá de las vidrieras y de las estatuas de santos, al final mismo de la cámara, se encuentra una capilla completa, con su altar, sacada de su iglesia. El cartelito explica que su ubicación original era el ábside de la iglesia del convento de Santa Clara de Florencia, en el siglo XV, y resulta espectacular, colocada en el interior de un nicho para semejar una capilla de verdad, y llena de estatuas de santa Clara y de san Francisco de Asís.

—Cuando yo era más pequeño —dice Henry—, se me ocurrió que un día traería aquí a una persona a la que amase, le enseñaría esta capilla, esa persona se quedaría tan fascinada como yo, y bailaríamos muy despacio delante de la Virgen María. No fue más que... una fantasía de la pubertad.

Duda unos instantes, pero finalmente se saca el teléfono del bolsillo. Pulsa unos cuantos botones y le tiende una mano a Alex al tiempo que empieza a sonar a bajo volumen el tema *Your Song* por el diminuto altavoz.

Alex ríe con un jadeo.

—¿No vas a preguntarme si sé bailar el vals?

—No es necesario bailar ningún vals —replica Henry—. Eso da lo mismo.

Alex acepta su mano, y Henry se vuelve hacia la capilla como si fuera un postulante nervioso, con las mejillas perfiladas por la tenue iluminación, y seguidamente hace entrar a Alex.

Cuando se besan, a Alex le parece oír una vieja frase que recuerda a medias del catecismo, mezclada entre traducciones: «Come, hijo mío, de la miel, porque es buena, y de la colmena, porque es dulce al gusto». Le gustaría saber qué pensaría de ellos santa Clara, estos David y Jonatán[7] que están bailando lentamente en su capilla.

Se lleva la mano de Henry a la boca y le besa suavemente los nudillos,

la piel que cubre una venita azulada, el lugar donde late el pulso, la sangre de ese antiguo linaje que se guarda eternamente entre estas paredes, y piensa: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén».

Henry dispone un avión privado para que lleve a Alex de vuelta a su casa, y este teme la bronca que le va a caer encima en cuanto ponga un pie en Estados Unidos, pero hace un esfuerzo para no pensar en ello. En el aeródromo, mientras el viento le azota el pelo contra la frente, Henry introduce la mano en el chaquetón buscando algo.

—Escucha —le dice sacando la mano cerrada en un puño. Coge una de las manos de Alex y le pone en ella un objeto pequeño pero que pesa mucho—. Quiero que sepas que yo estoy seguro. Al mil por cien.

A continuación, retira la mano, y en el centro de la palma de Alex aparece el anillo de sello.

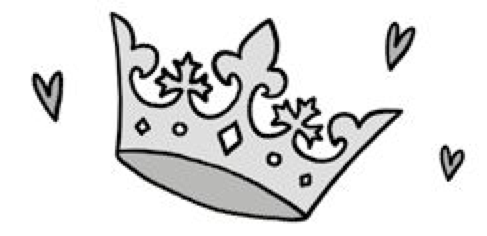
—¿Cómo? —Alex mira inmediatamente al príncipe, y descubre que sonríe—. No puedo...

—Quédatelo —le dice Henry—. Estoy harto de llevarlo puesto.

Se trata de un aeródromo privado, pero aun así existe peligro, así que abraza a Henry con todas sus fuerzas y le susurra con vehemencia:

—Estoy perdidamente enamorado de ti.

Cuando ya han alcanzado la altitud de crucero, se quita la cadenita que lleva al cuello y engancha el anillo de sello al lado de la llave. Ambos producen un dulce tintineo cuando vuelve a guardárselos bajo la camisa, dos hogares el uno al lado del otro.



ONCE

Cosas de casa



A <agcd@eclare45.com> 2/9/2020 17:12
para Henry

H:

Llevo tres horas en casa y ya te echo de menos. Esto es una mierda.

Oye, ¿te he dicho últimamente que eres muy valiente? Todavía me acuerdo de cuando estuviste hablando de Luke Skywalker con aquella niña del hospital: «Luke es la demostración de que no importa de dónde provenga uno ni quién sea su familia». Cariño, tú también eres una demostración de eso.

(A propósito, en esta relación está clarísimo que yo soy Han Solo y tú eres la princesa Leia. Y no intentes discutirlo, porque te equivocarás.)

También he estado pensando otra vez en Texas, una cosa que seguramente hago mucho cuando me siento estresado por lo de las elecciones. Hay muchas cosas que todavía no te he enseñado. ¡Ni siquiera hemos ido a Austin! Quiero llevarte a Franklin Barbecue. Hay que hacer una cola de varias horas, pero eso forma parte de la experiencia. Tengo muchas ganas de ver a un miembro de la Familia Real haciendo una cola de varias horas para comer chuletas.

¿Has vuelto a pensar en lo que dijiste antes de que yo me marchara, acerca de decirle

la verdad a tu familia? Obviamente, no estás obligado, pero es que se te notaba muy esperanzado al hablar de ello.

Estaré por aquí, todavía en cuarentena dentro de la Casa Blanca (por lo menos mi madre no me ha matado por el viaje a Londres), suspirando por ti.

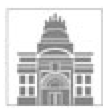
Te quiero.

xxoxoxoxo
A

P.D.: De Vita Sackville-West a Virginia Woolf, 1927:

«Una cosa tengo clara como el agua: te extraño incluso más de lo que creí posible; y eso que estaba preparada para extrañarte mucho».

Re: Cosas de casa



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 3/9/2020 02:49
para A

Alex:

Efectivamente, esto es una mierda. Tengo que hacer un esfuerzo para no hacer la maleta y marcharme para siempre. A lo mejor podría vivir en tu habitación, como un ermitaño. Tú podrías pedir que me llevaran la comida, y yo me quedaría agazapado y escondido en un rincón oscuro cada vez que le abrieras la puerta a alguien. Todo sería muy del estilo de *Jane Eyre.*

The Mail publicaría absurdas especulaciones acerca de dónde me he metido, de si me he largado o me he esfumado a St. Kilda, pero solo tú y yo sabríamos que estoy despatarrado en tu cama, leyendo libros y alimentándome de profiteroles o haciendo el

amor contigo infinitamente, hasta que los dos exhalemos el último aliento en medio de una neblina de chocolate líquido. Así es como me gustaría irme de este mundo.

Pero me temo que debo quedarme aquí. Mi abuela no deja de preguntar a mi madre cuándo voy a alistarme, y sé que Philip ya había hecho un año de servicio militar cuando tenía mi edad. Necesito pensar qué es lo que voy a hacer, porque desde luego ya me estoy acercando mucho al límite de lo que se considera una duración aceptable de un año sabático. Por favor, inclúyeme en tus... (¿cómo dicen los políticos americanos?) tus pensamientos y tus oraciones.

Lo de Austin pinta genial. ¿Quizá dentro de unos meses, cuando las cosas se hayan calmado un poco? Podría cogerme un fin de semana largo. ¿Podemos visitar la casa de tu madre? ¿Tu habitación? ¿Todavía conservas esos trofeos de lacrosse? Dime que todavía tienes los carteles pegados en las paredes. Deja que lo adivine... Han Solo, Barack Obama y... Ruth Bader Ginsburg.

(Estoy de acuerdo en que tú eres Han Solo y yo soy la princesa Leia en el sentido de que eres, sin la menor duda, un «presumido, estúpido, anormal, piojoso» capaz de meternos en un campo de asteroides. Resulta que me gustan los hombres agradables.)

He estado pensando otro poco lo de decirle la verdad a mi familia, lo cual es uno de los motivos por los que tengo que quedarme aquí de momento. Bea se ha ofrecido a estar presente cuando se lo diga a Philip, si quiero, de modo que creo que aceptaré. De nuevo, inclúyeme en tus oraciones.

Te quiero muchísimo, y estoy deseando que vuelvas pronto. Necesito que me ayudes a escoger una cama nueva para mi dormitorio, he decidido librarme de esa monstruosidad.

Tuyo,
Henry

P.D.: De Radclyffe Hall a Evguenia Souline, 1934:

«Querida, no sé si te das cuenta de lo mucho que cuento con que vengas a Inglaterra y de lo mucho que ello significa para mí: significa el mundo entero, y por supuesto mi cuerpo será todo, todo tuyo, como el tuyo será todo, todo mío, querida [...] Y nada importará salvo nosotras dos, dos personas que anhelan a su amor y que finalmente estarán juntas».

Re: Cosas de casa



A <agcd@eclare45.com> 3/9/2020 06:20
para Henry

H:

Mierda. Entonces ¿piensas que van a alistarte? Yo todavía no he investigado ese tema. Voy a pedir a Zahra que uno de los nuestros me prepare un informe. ¿Qué implicaría? ¿Tendrías que ausentarte durante mucho tiempo? ¿Sería peligroso? ¿O se trataría simplemente de ponerte el uniforme y sentarte a una mesa? ¿Cómo es que no salió este tema cuando estuve yo ahí?

Perdona, es que me ha entrado el pánico. Se me olvidó que era una cosa que aguardaba en el futuro. Estoy a tu disposición para lo que decidas hacer, simplemente dime si tengo que empezar a practicar eso de mirar por la ventana con expresión lánguida, esperando a que mi amor regrese de la guerra.

A veces me exaspera que no tengas más libertad de acción respecto de tu vida. Cuando te imagino feliz, te veo teniendo un apartamento propio fuera del palacio y sentado ante una mesa en la que puedas escribir antologías de la historia de la homosexualidad. Y yo estoy ahí contigo, gastándote el champú y obligándote a que me acompañes a hacer la compra y despertándome a tu lado todos los días en la misma zona horaria que tú.

Cuando hayan pasado las elecciones, podremos pensar qué hacer a continuación. Me encantaría que estuviéramos los dos en el mismo sitio durante una temporada, pero ya

sé que tienes que hacer lo que tienes que hacer. Pero que sepas que creo en ti.

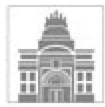
En cuanto a lo de decírselo a Philip, parece un plan estupendo. Si todo lo demás falla, haz lo que hice yo y actúa como un completo gilipollas hasta que la mayoría de los miembros de tu familia lo vayan descubriendo por sí solos.

Te quiero. Dale recuerdos a Bea.
A

P.D.: De Eleanor Roosevelt a Lorena Hickock, 1933:

«Te echo muchísimo de menos, querida. La hora más feliz del día es cuando te escribo. Donde tú estás el tiempo es más tormentoso, pero te extraño del mismo modo, creo [...] Por favor, que tu corazón siga estando en Washington mientras esté yo aquí, porque el mío está donde estás tú».

Re: Cosas de casa



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 4/9/2020 19:58
para A

Alex:

¿Alguna vez te ha salido una cosa tan horriblemente, increíblemente mal, que te han entrado ganas de que te metiesen en un cañón y que te lanzasen a las negras y despiadadas fauces del espacio exterior?

A veces me pregunto para qué sirvo. Debería haber hecho la maleta, como te comenté. Podría estar en tu cama, languideciendo poco a poco hasta morir, gordo y sexualmente conquistado, borrado del mapa en la flor de mi juventud. «Aquí yace el príncipe Henry. Murió tal como vivió, eludiendo planes y comiendo pollas».

Se lo he dicho a Philip. No le he hablado de ti, sino únicamente de mí. En concreto he estado hablando de lo de alistarme con Philip y con Shaan, y a Philip le he dicho que preferiría no seguir el rumbo tradicional y que no creo que le fuera a ser útil a nadie como militar. Él me ha preguntado por qué estoy tan empeñado en no respetar las tradiciones de los hombres de esta familia, y creo que me desenganché totalmente de la conversación, porque abrí esta bocaza que tengo y le solté. «Porque no soy como los demás hombres de esta familia, empezando por el hecho de que soy muy, pero que muy gay, Philip».

Cuando Shaan consiguió desenredarlo de la lámpara de araña, Philip me dijo unas cuantas cosas, empleando términos como «confuso o equivocado» y diciendo que mi deber era «asegurar la continuidad del linaje» y «respetar el legado». Sinceramente, no recuerdo gran cosa. Esencialmente, me quedé con la idea de que él no se sorprendió mucho al descubrir que no soy el heredero heterosexual que se supone que debo ser; lo que lo sorprendió fue que yo no tenga la intención de seguir fingiendo que soy el heredero heterosexual que se supone que debo ser.

De manera que sí, ya sé que hemos hablado y hemos abrigado la esperanza de que decírselo a mi familia sería un buen primer paso. No puedo decir que haya sido una señal alentadora respecto de las posibilidades que tenemos de hacer público lo que hay entre tú y yo. No sé. Para serte franco, me he comido una cantidad tremenda de Jaffa Cakes mientras lo pensaba.

A veces imagino que me mudo a Nueva York para encargarme de la dirección del hogar para menores que acaba de inaugurar Pez allí. Solo imagino que me voy, pero que no vuelvo. Y tal vez que le prendo fuego a algo al salir. Sería estupendo.

Tengo una idea: ¿sabes que he caído en la cuenta de que nunca te he contado lo que pensé cuando nos conocimos? Verás, para mí los recuerdos son difíciles. Con mucha frecuencia me resultan dolorosos. Una cosa curiosa que tiene el dolor es que te roba tu vida entera, todos esos años fundacionales que lo convirtieron a uno en lo que es en la actualidad, y resulta tan doloroso rememorarlos debido a la ausencia que se siente ahí, que de repente se vuelven inaccesibles. Uno tiene que inventar un sistema totalmente nuevo.

Empecé a compararme yo mismo, mi vida y los recuerdos que tengo de todos los años que he vivido, con las estancias oscuras y polvorientas del palacio de Buckingham. Tomé el recuerdo de la noche en que Bea salió de la clínica de rehabilitación y yo le rogué que se tomara la cosa en serio, y lo puse en una habitación empapelada con peonías de color rosa y en cuyo centro hay un arpa dorada. Tomé el recuerdo de mi primera vez, que fue a los diecisiete, con uno de los compañeros de universidad de mi hermano; busqué el armario de escobas más pequeño y abarrotado que pude imaginar, y lo metí allí dentro. Tomé el recuerdo de la última noche de mi padre, de cómo su rostro fue perdiendo toda la firmeza, del olor que desprendían sus manos, de la fiebre, de aquella espera terrible e interminable y de lo que vino después: no tener que esperar ya más; busqué la habitación más grande, un salón de baile, oscuro y abierto de par en par, con los ventanales cerrados y las cortinas echadas. Y cerré las puertas con llave.

En cambio, el recuerdo de la primera vez que te vi a ti, en Río de Janeiro, lo llevé a los jardines. Lo deposité sobre las hojas de un arce blanco y se lo narré al Jarrón Waterloo. No encajaba en ninguna habitación.

Estabas hablando con Nora y con June, contento, animado y lleno de vitalidad, eras una persona que vivía en dimensiones a las que yo no podía acceder, y estabas muy guapo. En aquella época llevabas el pelo más largo. Aún no eras el hijo de un presidente, pero no tenías miedo. Llevabas un *ipê-amarelo* en el bolsillo.

Me dije que eras lo más increíble que había visto en toda mi vida y que me convenía mantenerte a una distancia segura. Me dije que si alguien así llegase a amarme, encendería un fuego en mi interior.

Y luego resultó que fui un necio descuidado y me enamoré de ti de todas formas. Aquel día que me llamaste a horas intempestivas de la noche, me sentí profundamente enamorado. Aquella ocasión en que me besaste en un asqueroso baño público, y aquella otra en la que me hiciste morritos en la barra del bar de un hotel, me hiciste feliz, experimenté una felicidad que jamás había imaginado que pudiera experimentar una persona tan sujeta y encerrada como yo, y te amé.

Y luego, de manera inexplicable, tuviste la total audacia de amarme tú también. Es increíble.

A veces, incluso en este instante, me sigue costando creerlo.

Lamento que las cosas no hayan ido mejor con Philip. Ojalá pudiera decirte que estoy esperanzado.

Tuyo,
Henry
P.D.: De Miguel Ángel a Tommaso Cavalieri, 1533:

«Sé muy bien que, en esta hora, podría olvidar tu nombre con la misma facilidad con que olvido el alimento que me sustenta; no, sería más fácil olvidar el alimento, que tan solo nutre miserablemente mi cuerpo, que tu nombre, que nutre tanto mi cuerpo como mi alma y que llena el uno y la otra con tal dulzura, que no siento la fatiga ni el miedo a la muerte en tanto el recuerdo te conserve dentro de mi mente. Piensa, si los ojos pudieran también disfrutar de la parte que les corresponde, en qué estado me encontraría yo».

Re: Cosas de casa

A <agcd@eclare45.com> 4/9/2020 20:31
para Henry

H:

Mierda.

Cuánto lo siento. No sé qué otra cosa decir. Lo siento mucho. June y Nora te mandan su cariño. Aunque no tanto como yo. Obviamente.

Por favor, no te preocupes por mí. Ya buscaremos una solución. Simplemente, puede que lleve tiempo. Estoy trabajando en el tema de la paciencia. He aprendido muchísimas cosas de ti.

Dios, no sé qué escribir para arreglar esto.

Mira: no logro decidir si tus correos hacen que te extrañe menos o que te extrañe más. Cuando leo las cosas que me escribes, hay veces que me siento como si fuera una curiosa piedra en medio de un precioso océano de aguas transparentes. Tu amor es mucho más grande que tú mismo, más grande que todo. Me cuesta creer que haya tenido la suerte de presenciarlo siquiera, de ser el que ha conseguido tenerlo, y es tanto que deja de parecer una suerte y empieza a parecer el destino. El Dios de los católicos me hizo ser la persona sobre la cual escribes esas cosas. Rezaré cinco avemarías. Muchas gracias, Virgen María.

No soy capaz de igualar tu prosa, pero lo que sí puedo hacer es escribirte una lista de cosas.

LISTA INCOMPLETA DE COSAS QUE ME ENCANTAN DE S.A.R. EL PRÍNCIPE HENRY

1. Cómo te ríes cuando te cabreo.
2. Cómo hueles por debajo de esa colonia tan cara, como a ropa de cama limpia, pero también un poco a hierba fresca (¿qué clase de magia es esta?).
3. Eso que haces cuando sacas hacia fuera el mentón para hacerte el duro.
4. Verte las manos cuando tocas el piano.
5. Todas las cosas de mí mismo que ahora entiendo gracias a ti.
6. El hecho de que opines que la mejor película de *La guerra de las galaxias* es *El retorno del Jedi* (erróneo) porque en el fondo eres un gigantesco romántico, cursi y bochornoso, que solo busca lo de «vivieron felices y comieron perdices».
7. Tu capacidad para recitar a Keats.
8. Tu capacidad para recitar el monólogo «Don’t let it drag you down» de Bernadette que sale en *Priscilla, reina del desierto*.
9. Lo mucho que te esfuerzas.

10. Lo mucho que te has esforzado siempre.
11. Lo decidido que estás a seguir esforzándote.
12. Que cuando tus hombros cubren los míos, ya no importa nada más de este estúpido mundo.
13. El maldito ejemplar de *Le Monde* que te llevaste contigo a Londres y que aún tienes guardado en tu mesilla de noche (sí, lo he visto).
14. La pinta que tienes al despertarte.
15. La proporción que hay entre sus hombros y tu cintura.
16. Tu corazón enorme, generoso, ridículo, indestructible.
17. Tu polla, igualmente enorme.
18. La cara que has puesto al leer este último punto.
19. La pinta que tienes nada más despertarte (ya sé que me estoy repitiendo, pero es que, de verdad, me encanta).
20. El hecho de que me hayas querido durante todo este tiempo.

No dejo de pensar en este último punto desde que me lo dijiste, y en lo idiota que fui. A veces me cuesta mucho pensar de otra manera, pero ahora me acuerdo de lo que te dije en mi habitación aquella noche en la que comenzó todo, me acuerdo de que no te hice caso cuando te ofreciste a dejarme marchar después de la Convención Nacional Demócrata, me acuerdo de que a veces actuaba como si no fuera nada. Ni siquiera sabía lo que estabas ofreciéndote a hacer. Dios, me entran ganas de pelearme con todas las personas que te han hecho daño, pero eso me incluye a mí, ¿no? Todo ese tiempo. Lo siento mucho.

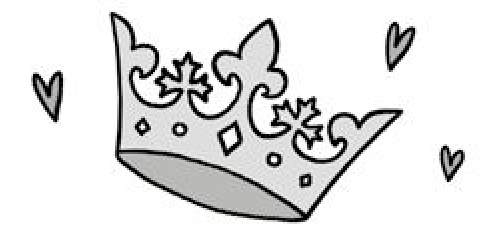
Por favor, sigue igual de guapo, fuerte e increíble. Te echo muchísimo de menos, te quiero. Voy a llamarte en cuanto mande este correo, pero sé que te gusta tener estas cosas por escrito.

A

P.D.: De Richard Wagner a Eliza Wille, en referencia a Luis II, 1864. (¿Recuerdas cuando me tocaste varias piezas de Wagner? Es un gilipollas, pero esto vale la pena.)

«Es cierto que tengo a mi joven rey, que me adora de verdad. No puedes formarte una

idea de cómo son nuestras relaciones. Recuerdo uno de los sueños de mi juventud. En cierta ocasión soñé que Shakespeare aún vivía, que yo lo veía y hablaba con él; jamás olvidaré la impresión que me causó ese sueño. Después me habría gustado ver a Beethoven, aunque ya había muerto. Algo parecido debe de suceder conmigo en la mente de este hombre tan adorable. Afirma que apenas puede creer que realmente me posea. Nadie puede leer sin asombro y sin fascinación las cartas que me escribe».



DOCE

Zahra trae un anillo de diamantes en el dedo cuando aparece con su termo de café y un grueso fajo de carpetas. Se encuentran en la habitación de June, engullendo el desayuno a toda prisa porque Zahra y June tienen que marcharse a Pittsburgh a dar un mitin. A June se le cae el gofre encima de la colcha de la cama.

—Dios mío, Z, pero ¿qué es eso? ¿Te has comprometido?

Zahra mira el anillo y se encoge de hombros.

—Me he tomado libre el fin de semana.

June la mira boquiabierta.

—¿Vas a decirnos con quién estás saliendo? —le pregunta Alex—. ¿Y cómo ha ocurrido?

—Pues no —responde Zahra—. Precisamente tú no me cuentas nada de las relaciones secretas que tienes dentro y alrededor de esta campaña, princesa.

—Ahí no te falta razón —concede Alex.

Zahra aparta el tema mientras June empieza a limpiar el sirope de encima de la cama con el pantalón del pijama.

—Esta mañana tenemos muchas cosas que hacer, así que céntrense, señores.

Tiene una agenda detallada para cada uno de ellos, con una lista de actividades escritas por las dos caras, y se zambulle de lleno en ella. Ya van por la campaña de inscripción de votantes para el jueves en Cedar Rapids (Alex, muy señaladamente, no está invitado) cuando de pronto suena el teléfono para indicar que se ha recibido una notificación. Zahra lo coge y observa la pantalla con gesto indiferente.

—Así que necesito que los dos estéis vestidos y listos... para las... —

Mira la pantalla con más detenimiento, distraída—. Para las... —De repente su rostro se contorsiona en una mueca de horror—. Ay, Dios...

—¿Qué ocurre? —pregunta Alex, pero enseguida le suena también su propio teléfono en el regazo, y cuando lo mira descubre una notificación de la CNN: IMÁGENES FILTRADAS DE CÁMARAS DE SEGURIDAD MUESTRAN AL PRÍNCIPE HENRY EN UN HOTEL DE LA CONVENCIÓN.

—Mierda —exclama Alex.

June lo lee por encima de su hombro; no se sabe cómo, pero una «fuente anónima» ha conseguido imágenes de las cámaras de seguridad del vestíbulo del hotel Beekman, tomadas aquella noche de la convención.

No son imágenes... explícitamente condenatorias, pero muestran claramente a los dos saliendo juntos del bar, hombro con hombro, flanqueados por Cash, y seguidamente la grabación pasa a una imagen tomada dentro del ascensor, Henry rodeando con un brazo la cintura de Alex mientras hablan con Cash. El fragmento termina con los tres saliendo del ascensor en la última planta.

Zahra levanta la vista y perfora a Alex con una mirada asesina.

—¿Puedes explicarme por qué este día concreto de nuestra vida no deja de perseguirme?

—No lo sé —responde Alex, hundido—. No me puedo creer que esto sea lo que... Quiero decir, hemos hecho cosas más arriesgadas que esta.

—¿Y se supone que con eso debo sentirme más tranquila?

—Solo quiero decir que no sé quién puede estar filtrando unas putas imágenes grabadas dentro de un ascensor. ¿Quién puede estar pensando en algo así? Ni que estuviera allí una estrella del pop...

Lo interrumpe un ruidito que emite el teléfono de June. Su hermana lanza una palabrota al mirarlo.

—Dios, ese reportero del *Washington Post* acaba de escribirme para pedirme que comente los rumores que rodean tu relación con Henry y para preguntarme si dicha relación tuvo algo que ver con el hecho de que abandonaras la campaña después de la convención. —Mira alternativamente a Alex y A Zahra, con los ojos muy abiertos—. Esto es grave, ¿verdad?

—No tanto —responde Zahra, que tiene la nariz pegada al teléfono y

está tecleando con furia mensajes seguramente muy duros, dirigidos al equipo de prensa—. Lo que necesitamos es algo que distraiga su atención. Tenemos que concertarte una cita con alguien, o algo así.

—¿Y si...? —intenta June.

—Joder, mandar a Alex a una cita —exclama Zahra—. Mandaros a los dos.

—Yo podría... —prueba otra vez June.

—¿A quién puedo llamar? ¿Qué chica va a aceptar meterse en este cenagal para fingir que está saliendo contigo a estas alturas? —Se restriega los ojos con las manos—. Dios, tiene que ser alguien que haga de carabina...

—¡Tengo una idea! —exclama June al fin. Ambos se vuelven hacia ella. Se muerde el labio y mira a Alex—. Pero no sé si os va a gustar.

Da vuelta al teléfono para mostrarles la pantalla. Es una foto que Alex recuerda: la hicieron en Texas para enviársela a Pez, y en ella se ve a June y a Henry tumbados juntos en el porche. Han apartado a Nora, de manera que solo están ellos dos. Henry, con gafas de sol, luce una sonrisa de oreja a oreja, y June le está dando un beso en la cara.

—En ese hotel también estaba yo —dice June—. No tenemos por qué confirmar ni desmentir nada. En cambio, sí que podemos implicar algo. Solo para enfriar la cosa.

Alex traga saliva. Siempre ha sabido que June estaba dispuesta a recibir una bala que fuera dirigida a él, pero ¿esto? Él jamás le pediría que hiciera algo así.

Pero lo cierto es que... funcionaría. La amistad existente entre ellos está bien documentada en las redes sociales, aun cuando la mitad sean fotografías de Colin Firth. Tomada fuera de contexto, esta foto parece la típica de una parejita heterosexual simpática, de gente guapa, que está de vacaciones.

Se vuelve hacia Zahra.

—No es mala idea —admite Zahra—. Tendríamos que contar con Henry. ¿Puedes encargarte tú?

Alex deja escapar un resoplido. No le apetece nada todo esto, pero tampoco sabe muy bien si le queda otra opción.

—Sí, creo que sí.

—Esto es exactamente lo que dijimos que no queríamos hacer —dice Alex por el teléfono.

—Lo sé —responde Henry al otro extremo de la línea. Se le nota la voz temblorosa. Philip espera en la otra línea—. Pero...

—Ya —dice Alex—. Pero.

June publica la foto tomada en Texas, y esta de inmediato se convierte en la favorita en las redes sociales. Pasadas unas pocas horas, ya está en todas partes. BuzzFeed publica una completa guía acerca de la relación de Henry con June, encabezada por esa maldita foto de ellos dos juntos bailando en la boda real. Rescatan fotografías de la noche que pasaron en Los Ángeles, analizan las interacciones que hay en Twitter. «Justo cuando pensábamos que June Claremont-Díaz no podía tener más #objetivos —dice un artículo—, ¿ha tenido en secreto durante todo este tiempo a su propio Príncipe Azul?». Y otro especula: «¿Los habrá presentado Alex, amigo íntimo de S.A.R.?».

June se siente aliviada, solo porque ha conseguido encontrar un modo de proteger a su hermano, aunque ello signifique que el mundo está hurgando en su vida en busca de respuestas y de pruebas, lo cual hace que a Alex le entren ganas de asesinarlos a todos. También tiene ganas de agarrarlos a todos por los hombros y decirles que Henry es suyo, idiotas, aunque el objeto de toda esta pantomima sea hacerla creíble. No debería sentirse tan contrariado por dentro, pero el hecho de que todo el mundo parezca estar tan fascinado, cuando la única diferencia entre la verdad y la mentira que prendería fuego dentro de Fox News es el sexo de los protagonistas... en fin, eso fastidia mucho.

Henry guarda silencio. Dice lo suficiente para que Alex deduzca que Philip está sufriendo una apoplejía y que la reina está molesta, pero complacida, de que su nieto por fin haya encontrado novia. Alex se siente fatal al respecto. Esa orden tan asfixiante, de que finja ser lo que no es... Él siempre ha intentado ser un refugio para proteger a Henry de todo ello, y jamás imaginó que el bombardeo también iba a provenir de él mismo.

Qué mal. Siente calambres en el estómago, sensación de claustrofobia... No existe un plan B por si esto fracasa. Hace apenas dos semanas estaba en Londres besando a Henry delante de una obra de Giambologna, y ahora esto.

Tienen otro as en la manga que va a engañar al público: la única relación de toda su vida a la que se puede sacar más jugo que a todo esto. Nora acude a verlo a la Residencia con los labios pintados de rojo, le da un lento y refrescante masaje en las sienes y le dice:

—Llévame a una cita.

Eligen un barrio universitario lleno de gente que les va a hacer fotos con el teléfono y luego publicarlas en todas partes. Nora introduce una mano en el bolsillo trasero de Alex, y este intenta concentrarse en lo reconfortante que le resulta notar su presencia física a su lado, en la sensación ya familiar de sus rizos rozándole la cara.

Durante una fracción de segundo, permite que una pequeña parte de él reflexione sobre lo mucho más fáciles que habrían sido las cosas si esto fuese verdad: relajarse en una cómoda y fácil armonía con su mejor amiga, dejarle huellas de grasa en la cinturilla frente a un Jumbo Slice, reír sus chistes groseros. Ojalá pudiera amar a Nora tal como la gente desea, y ojalá ella lo amase a él, y ojalá no hubiera ninguna otra complicación.

Pero Nora no lo ama, y él no puede, y en estos momentos su corazón viaja a bordo de un avión que está atravesando el Atlántico de camino a Washington para sellar el trato al día siguiente en un almuerzo con June bien fotografiado. Esa noche, ya acostado, Zahra le envía un correo lleno de hilos de Twitter que hablan de Nora y de él, y le entran ganas de vomitar.

Henry aterriza en mitad de la noche y ni siquiera le permiten acercarse a la Residencia, sino que lo secuestran y lo meten en un hotel situado en la otra punta de la ciudad. Cuando llama a la mañana siguiente, da la impresión de estar agotado; Alex se acerca el teléfono a la boca y le promete que intentará buscar un modo de verlo antes de que regrese a Inglaterra.

—Por favor —dice Henry con un hilo de voz.

A estas alturas, su madre, el resto de la Administración y la mitad de la prensa tienen todo el día ocupado en hacer frente a la noticia de una prueba

de misiles de Corea del Norte; así que nadie se fija en él cuando June le abre la portezuela de su SUV y lo invita a subir con ella. Se agarra de su brazo y le hace bromas sin mucho entusiasmo, y cuando detienen el coche a una manzana del café, le pide disculpas con una sonrisa.

—Voy a decirle que estás aquí —anuncia—. Por lo menos, puede que así se sienta un poco mejor.

—Gracias —responde Alex. Antes de que ella abra la portezuela para apearse, la retiene por la muñeca y agrega—: En serio. Gracias.

June le aprieta suavemente la mano y se apea con Amy, y Alex se queda solo en un callejón diminuto y escondido, acompañado por el segundo automóvil del equipo de seguridad y con el estómago hecho un nudo.

Tarda una hora en recibir un mensaje de June: «Todo resuelto conforme al plan. Te lo envío para allá».

Lo organizaron todo antes de salir: Amy trae a June y a Henry al callejón, y lo cambian de coche como si fuera un preso político. Alex se inclina hacia los dos agentes que están sentados en silencio en los asientos delanteros; no sabe si habrán averiguado de qué va todo esto en realidad, y la verdad es que tampoco le importa.

—Oigan, ¿me dan un minuto?

Ellos se miran el uno al otro, pero se apean, y un minuto después se detiene otro coche al costado, se abre la portezuela y aparece Henry, con gesto tenso y cara seria, pero al alcance de su mano.

Alex, instintivamente, lo atrae hacia sí agarrándolo por el hombro al tiempo que se cierra la puerta del coche. Lo mantiene así unos instantes, y ello le permite apreciar de cerca la ligera tonalidad grisácea de su piel y la ausencia de contacto entre los ojos de ambos. Jamás lo había visto así de mal, peor que si estuviera a punto de sufrir un acceso de cólera o de echarse a llorar. Está como vacío, ausente.

—Henry —le dice. El príncipe continúa sin centrar la mirada, de modo que cambia de postura y se coloca en medio del asiento, en medio de su línea visual—. Henry, mírame. Eh. Estoy aquí.

A Henry le tiemblan las manos y tiene la respiración entrecortada. Alex conoce estas señales: son el augurio de un inminente ataque de pánico. Le coge una muñeca con las dos manos y nota que tiene el pulso acelerado.

Por fin Henry lo mira a los ojos.

—Odio esto —dice—. Lo odio.

—Ya lo sé —responde Alex.

—Antes, por lo menos la situación era tolerable —se queja Henry—. Cuando de ningún modo existía la posibilidad de que hubiera nada más. Pero esto... Dios, esto es repugnante. Una maldita farsa. Y June y Nora, ¿qué, van a dejar que las utilicen? Mi abuela quería que me trajera a mis propios fotógrafos en este viaje, ¿lo sabías? —Toma aire, pero se atraganta y vuelve a expulsarlo entre toses—. Alex, yo no quiero hacer esto.

—Ya lo sé —le dice Alex otra vez. Levanta una mano y le acaricia una ceja con la yema del pulgar—. Ya lo sé. Yo también lo odio.

—¡Es que no es justo! —sigue diciendo Henry casi con la voz rota—. Mis antepasados iban por ahí haciendo cosas mil veces peores que esta, ¡y no le importaba a nadie!

—Cariño —le dice Alex. Baja la mano a la barbilla de Henry para acercarlo a sí—. Ya lo sé. Lo siento mucho, cielo. Pero esto no va a ser siempre así, ¿vale? Te lo prometo.

Henry cierra los ojos y expulsa el aire por la nariz.

—Quiero creerte, de verdad. Pero me temo mucho que no voy a poder.

Alex quisiera salir a batallar por este hombre, quisiera pelearse con todo y con todos los que le hagan daño, pero por una vez hace el esfuerzo de ser él el más calmado de los dos. De modo que le masajea el cuello con delicadeza hasta que ve que vuelve a abrir los ojos, le sonríe débilmente y toca su frente con la de él.

—Mira —le dice—, no voy a permitir que suceda eso. Escucha, en este momento te aseguro que, si es necesario, lucharé físicamente con tu abuela, ¿vale? Y, como ya es una anciana, estoy seguro de que podré con ella.

—Yo no me haría tanto el gallito —lo reprende Henry riendo a medias —. Mi abuela está llena de oscuras sorpresas.

Alex ríe y le propina un suave puñetazo en el hombro.

—Lo digo en serio —advierte. Henry lo mira de nuevo, bello, vital, dolido, y, aun así, siendo en todo momento la persona por la que él está dispuesto a correr el riesgo de destrozarse la vida—. Yo también odio esta situación. Pero esto vamos a hacerlo los dos juntos, y vamos a lograr que

funcione. Tú y yo haciendo historia, ¿te acuerdas? Vamos a luchar. Porque tú eres un luchador, ¿vale? Jamás voy a amar a nadie en el mundo como te amo a ti. Así que te prometo que algún día podremos ser lo que somos, y a los demás que les den.

Atrae a Henry empujándolo en la nuca y lo besa con pasión. La rodilla de Henry choca contra la consola central del coche cuando sube las manos hacia el rostro de Alex. Aunque las lunas están tintadas de negro, esta es la vez que más cerca han estado de besarse en público, y Alex sabe que constituye una temeridad, pero Alex solo piensa en las cartas de otras personas que han estado enviándose secretamente el uno al otro. Unas palabras que han pasado a la historia. «Me reúno contigo en todos mis sueños... Que tu corazón siga estando en Washington... Te añoro como se añora el hogar... Dos personas que anhelan a su amor... Mi joven rey».

«Algún día», se dice a sí mismo. «Algún día, nosotros también».

Nota el nerviosismo semejante al zumbido de un aleteo en los oídos en medio del silencio, igual que una avispa irritante. Lo ataca cuando intenta dormir y lo despierta de un sobresalto, lo sigue cuando pasea arriba y abajo por las estancias de la Residencia. Cada vez le resulta más difícil quitarse de encima la sensación de estar siendo observado.

Lo peor es que no se atisba el final. Decididamente, van a tener que soportarlo hasta que hayan pasado las elecciones, e incluso entonces existe siempre la sombría posibilidad de que la reina lo prohíba terminantemente. Su vena de idealismo no le permitirá aceptarlo plenamente, pero ello no impide que dicha vena exista.

Continúa despertándose en Washington, y Henry continúa despertándose en Londres, y el mundo entero continúa despertándose para hablar de que ellos dos están enamorados de otras personas. Fotografías de Nora cogiéndolo de la mano. Especulaciones acerca de si June recibirá el anuncio oficial de estar siendo cortejada por un miembro de la realeza. Y ellos dos, Henry y Alex, como la peor ilustración que puede haber del *Simposio* de Platón: partidos por la mitad y enviados, sangrando, a vivir vidas separadas.

Hasta esa idea lo deprime, porque Henry es el único motivo de que él se haya convertido en una persona que cita a Platón. Henry y sus clásicos. Henry en su palacio, enamorado, sufriendo, sin hablar ya gran cosa.

Incluso aunque ambos se esfuerzan mucho, es imposible no tener la sensación de que esto los está separando. Toda esta farsa les está robando constantemente partes de sí mismos, les roba días que fueron sagrados: la noche pasada en Los Ángeles, el fin de semana en el lago, la oportunidad perdida en Río de Janeiro, y vuelve a grabar la cinta con algo más aceptable. La narrativa es la de dos hombres jóvenes y apuestos que aman a dos mujeres jóvenes y hermosas y que, decididamente, no se aman entre sí.

No quiere que lo sepa Henry. Henry ya lo ha pasado bastante mal, mirado de reojo por toda su familia, incluido Philip, que está enterado y no ha sido amable. Intenta parecer calmado y entero cuando hablan por teléfono, pero no cree resultar muy convincente.

Cuando de más joven la ansiedad alcanzaba este grado, cuando los problemas de su vida eran mucho, mucho menos importantes, esto rayaba la autodestrucción. Si estuviera en California, cogería el jeep y se lanzaría a conducir a toda velocidad por la 101, adelantando a todo el mundo, con música de rap a todo volumen, a punto de estamparse contra el asfalto. En Texas, robaría una botella de whisky del armario de las bebidas y se emborracharía con la mitad del equipo de lacrosse, y después, tal vez, se metería en casa de Liam trepando por la ventana con la esperanza de haberlo olvidado todo a la mañana siguiente.

El primer debate tendrá lugar dentro de pocas semanas. Ni siquiera tiene trabajo para mantenerse ocupado, de modo que, acosado por la tensión y por los nervios, sale a correr durante largo rato y se castiga hasta que, satisfecho, se le forman ampollas. Quisiera prenderse fuego, pero no puede permitirse el lujo de que lo vean consumirse.

Está devolviendo una caja de expedientes que tomó de la oficina que tiene su padre en el edificio Dirksen, fuera del horario de trabajo, cuando de pronto le llega la música de Muddy Waters procedente de la planta de arriba, y lo comprende. Sí que hay una persona a la que puede prender fuego.

Encuentra a Rafael Luna en su despacho, fumando un cigarrillo ante la

ventana abierta. En el alféizar hay dos paquetes de Marlboro vacíos y arrugados junto a un encendedor y un cenicero lleno a rebosar. Cuando gira la cabeza tras oír el portazo, expulsa entre toses una nube de humo.

—El tabaco va a matarte —le dice Alex. Lo mismo le dijo como un centenar de veces aquel verano pasado en Denver, pero ahora está pensando: «Ojalá te mate de verdad».

—Hijo...

—No me llames eso.

Luna se vuelve y apaga el cigarrillo en el cenicero. Alex ve cómo se contrae un músculo en su mejilla. Está tan atractivo como siempre, pero ahora tiene una pinta horrible.

—No deberías estar aquí.

—Y una mierda —responde Alex—. Quería ver si tenías cojones para hablar conmigo.

—¿Eres consciente de que estás hablando con un senador de Estados Unidos? —pregunta Luna con voz plácida.

—¿Sí?, pues que le den —replica Alex avanzando hacia él, apartando una silla de una patada—. Menudo trabajo de mierda. ¿Por qué no me cuentas el servicio que estás prestando a la gente que te ha votado para que te hayas vendido cobardemente a Jeffrey Richards?

—¿A qué diablos has venido aquí, Alex? —le pregunta Luna, impávido—. ¿Vas a pegarme?

—Quiero que me digas por qué.

Luna vuelve a tensar la mandíbula.

—No lo entenderías. Tú eres...

—Te juro por Dios que si me dices que soy demasiado joven, pierdo los estribos.

—¿Y no los estás perdiendo ya? —replica Luna sin alterarse. La expresión que cruza por el semblante de Alex es tan asesina que inmediatamente lo frena levantando una mano—. Está bien, no es el momento. Mira, ya sé que esto parece una traición, pero es que... hay determinadas piezas de la maquinaria que tú no puedes ni siquiera imaginar. Sabes que siempre estaré en deuda con tu familia por lo que habéis hecho por mí, pero...

—Me importa una mierda lo que nos debas. Yo confiaba en ti —dice—. No te muestres condescendiente conmigo. Sabes tan bien como cualquiera lo que soy capaz de hacer, lo que he visto. Si me explicaras tus motivos, los entendería.

Está ya tan cerca que prácticamente está respirando el humo de tabaco que todavía desprende Luna, y cuando lo mira a la cara advierte una chispa de comprensión en esos ojos ennegrecidos e inyectados en sangre y en ese rostro demacrado que le recuerda la expresión que tenía Henry dentro del coche del Servicio Secreto.

—¿Richards tiene alguna autoridad sobre ti? —pregunta—. ¿Te está obligando a hacer esto?

Luna titubea.

—Estoy haciendo esto porque es lo que hay que hacer, Alex. Ha sido decisión mía y de nadie más.

—Entonces, dime por qué.

Luna respira hondo antes de contestar.

—No.

Alex se imagina arreándole un puñetazo en la cara y da dos pasos atrás para dejarlo fuera de su alcance.

—¿Te acuerdas de aquella noche en Denver —pregunta en tono controlado, pero con voz temblorosa—, cuando pedimos pizza y tú me enseñaste fotografías de todos los jóvenes por los que peleaste en los tribunales? ¿Te acuerdas de que estuvimos bebiendo aquel estupendo whisky del alcalde de Boulder? Recuerdo que me tumbé en el suelo de tu despacho, encima de aquella horrible moqueta, mamado hasta las cejas, y pensé: «Dios, ojalá algún día llegue a ser como él», porque tú eras valiente, porque luchabas por las cosas. Y no podía dejar de maravillarme de que tuvieras las agallas de levantarte todos los días y hacer lo que hacías mientras todo el mundo sabía lo que sabía de ti.

Durante una fracción de segundo cree haber tocado la fibra sensible de Rafael Luna, a juzgar por el modo en que cierra los ojos y se apoya contra el alféizar de la ventana. Pero cuando vuelve a mirar, ve que su expresión es dura.

—La gente no sabe una mierda de mí. No sabe ni la mitad. Y tú

tampoco —añade—. Joder, Alex, por favor, no quieras ser como yo. Busca otro modelo al que parecerte.

Alex, ya al límite de su resistencia, levanta la barbilla y escupe:

—Ya soy como tú.

La frase queda suspendida en el aire, su presencia es tan física como la silla que él ha tirado al suelo. Luna parpadea.

—¿Qué estás diciendo?

—Ya sabes lo que estoy diciendo. Creo que lo has sabido siempre, incluso antes que yo.

—Tú no... —responde el senador balbuceando, jugando al despiste—. Tú no eres como yo.

Alex le sostiene la mirada.

—Bastante. Y ya sabes a qué me refiero.

—De acuerdo, hijo —dice Luna rindiéndose finalmente—, ¿quieres que sea tu puñetero sherpa? Pues aquí tienes un consejo: no se lo digas a nadie. Búscate una buena chica y cásate. Eres más afortunado que yo, puedes hacer eso y ni siquiera estarías mintiendo.

Lo que sale a continuación de la boca de Alex es tan rápido que no tiene la menor posibilidad de impedirlo, solo puede pasar del inglés al español en el último segundo, por si los estuviera oyendo alguien:

—Sí que estaría mintiendo, porque no sería yo.

De inmediato sabe que Rafael ha captado lo que significa, porque retrocede al instante y vuelve a chocar de espaldas contra el alféizar de la ventana.

—¡Alex, no puedes decirme esto! —exclama. Rebusca en el interior de su chaqueta hasta que encuentra otro paquete de cigarrillos, saca uno y manotea con el encendedor—. ¿Se puede saber en qué estás pensando? ¡Estoy en la campaña del puñetero contrincante! ¡No puedes decirme estas cosas! ¿Cómo puedes pensar que vas a llegar a político de esta manera?

—¿Quién ha decidido que la política consiste en mentir, ocultar y ser lo que uno no es?

—¡Siempre ha sido eso, Alex!

—¿Y desde cuándo te has apuntado tú a ese juego? —escupe Alex—. Tú, yo, mi familia, la gente con la que nos presentábamos, ¡íbamos a ser los

honrados! Yo no tengo el más mínimo interés en ser un político de barniz perfecto y 2,5 hijos. ¿Acaso no decidimos que la cosa iba de ayudar a la gente, de luchar? ¿Qué parte de todo eso es tan irreconciliable con dejar que la gente vea quién soy yo en realidad y quién eres tú, Raf?

—Alex, por favor. Por favor. Joder. Tienes que marcharte. No puedo seguir oyendo esto. No puedes decirme estas cosas. Tienes que ser más cuidadoso.

—Dios —dice Alex con resentimiento, las manos apoyadas en las caderas—. ¿Sabes? La cosa es todavía peor. No solo confiaba en ti, es que además creía en ti.

—Ya lo sé —replica Luna, ya sin mirarlo a los ojos—. Ojalá no hubiera sido así. Ahora necesito que salgas.

—Raf...

—Alex. Vete.

Alex obedece y cierra de un portazo.

De vuelta en la Residencia, prueba a llamar a Henry. No lo coge, en cambio le escribe un mensaje: «Perdona, estoy reunido con Philip. Te quiero».

Introduce una mano debajo de la cama y tantea a oscuras hasta que da con la botella de whisky. El alijo de emergencia.

—Salud —musita en español, y acto seguido quita el tapón de la botella.

malas metáforas sobre los mapas



A <agcd@eclare45.com> 25/9/2020 03:21

para Henry

h:

he estado bebiendo whisky. ten paciencia conmigo.

tienes una cosa que haces siempre. una cosa. que me vuelve loco. pienso todo el

tiempo en ella.

hay un lado de tu boca, un sitio que se frunce y se retuerce como si temieras olvidarte de algo. antes lo odiaba. antes pensaba que era un tic con el que mostrabas tu desaprobación.

pero te he besado en la boca, en ese sitio, tantas veces ya, que he memorizado la topografía del mapa de tu cuerpo, un mundo que todavía estoy explorando. lo conozco. lo he añadido a la escala siguiente: de pulgadas a kilómetros. puedo multiplicar, calcular tu latitud y tu longitud, recitar tus coordenadas como quien recita el rosario.

esa cosa tuya, tu boca, ese sitio. es lo que haces cuando intentas que no se te note lo que estás pensando. no de la manera de siempre, esos intentos vacuos, avarientos, de comprenderte. me refiero a lo que eres de verdad. a la extraña y perfecta forma que tiene tu corazón, el que llevas por fuera del pecho.

en el mapa de tu cuerpo, mis dedos siempre logran encontrar las verdes colinas de Gales. aguas frías y una playa de tiza blanca. la parte antigua de ti tallada en piedra en un círculo de oración, sacrosanto. tu columna vertebral es un monte que me encantaría escalar.

si pudiera extenderlo sobre mi mesa, buscaría con los dedos ese lado de tu boca que se frunce y lo alisaría, y quedarías marcado con nombres de santos, como todos los mapas antiguos. ya tengo la nomenclatura: nombres de santos que hayan hecho milagros.

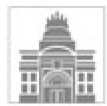
desvélate alguna vez, cariño. llevas mucho dentro.

tuyo,
a

p.d.: de wilfred owen a siegfried sassoon, 1917:

«Y tú has reparado mi Vida, por corta que sea. Tú no me has dado luz, pues siempre he sido un cometa enloquecido, pero me has reparado. Giré a tu alrededor como un satélite durante un mes, pero pronto me iré, una oscura estrella en la órbita en la que brillarás tú».

Re: malas metáforas sobre los mapas



Henry <hwales@kensingtonemail.com> 25/9/2020 06:07

para A

De Jean Cocteau a Jean Marais, 1939:

«Gracias desde el fondo de mi corazón por haberme salvado. Estaba ahogándome y tú te lanzaste al agua sin dudar, sin mirar atrás».

El timbre del teléfono sonando encima de la mesilla de noche saca a Alex de un profundo sueño. Se cae a medias de la cama en el torpe intento de cogerlo.

—Diga.

—¿Se puede saber qué has hecho? —exclama la voz de Zahra casi gritando.

A juzgar por el taconeo de zapatos que se oye al fondo y las palabrotas que masculla en voz baja, parece ser que se dirige corriendo a alguna parte.

—Hum —dice Alex. Se frota los ojos e intenta que le vuelva a funcionar el cerebro. ¿Zahra le pregunta qué ha hecho?—. ¿Podrías concretar un poco más?

—Mira las puñeteras noticias, sinvergüenza calentorro. ¿Cómo has podido ser tan tonto como para que te hayan fotografiado? Te juro por Dios que...

Alex ni siquiera oye la última parte de lo que le dice Zahra, porque acaba de volcar todo el contenido de su estómago en el suelo, y dicho contenido ha llegado hasta la Sala de Mapas, que se encuentra dos plantas más abajo.

—Mierda.

Con manos temblorosas, pone a Zahra en manos libres, entra en Google y teclea su propio nombre.

> ÚLTIMA HORA: Unas fotos revelan el romance existente entre el príncipe Henry y Alex Claremont-Díaz
>
> OMFG: El hijo de la presidenta y el príncipe Henry están liados
>
> LA OFICINA ORAL: LEEMOS LOS APASIONADOS CORREOS DEL HIJO DE LA PRESIDENTA AL PRÍNCIPE HENRY
>
> La Familia Real declina todo comentario acerca de los rumores que hablan de una relación entre el príncipe Henry y el hijo de la presidenta de Estados Unidos
>
> 25 GIF que describen a la perfección cómo hemos reaccionado al enterarnos del romance del príncipe Henry con el hijo de la presidenta
>
> DIOS ME LIBRE DE QUE ME CAIGA ENCIMA EL HIJO DE LA PRESIDENTA

Al instante le brota una carcajada histérica de la garganta.

De repente se abre de par en par la puerta del dormitorio y entra Zahra. Acciona el interruptor de la luz con una expresión de furia que a duras penas logra disimular el terror que siente. A Alex se le pasa por la cabeza pulsar el botón del pánico que tiene detrás del cabecero de la cama y se pregunta si el Servicio Secreto conseguirá dar con él antes de que muera desangrado.

—A partir de este momento tienes cortadas todas las comunicaciones —le dice Zahra, y en vez de arrearle un puñetazo le arrebata el teléfono de la mano y se lo guarda en el escote de la blusa, que, por culpa de las prisas, lleva mal abotonada.

Ni siquiera pestañea al ver su estado de semidesnudez; simplemente deja caer un enorme fajo de periódicos sobre la cama.

«¡REINA HENRY!», proclaman veinte ejemplares del *Daily Mail* en letras

gigantes. «EN PÁGINAS INTERIORES, EL ROMANCE GAY DEL PRÍNCIPE CON EL PRIMER HIJO DE ESTADOS UNIDOS!».

La primera plana la ocupa en su totalidad una foto ampliada de un joven que, innegablemente, es él mismo besándose con Henry en el asiento trasero del coche, detrás del café, por lo visto tomada con un teleobjetivo a través del parabrisas. Las lunas estaban tintadas, en cambio se le olvidó el puñetero parabrisas.

Al fondo de la página han insertado dos fotografías más pequeñas: en una se los ve a ambos en el ascensor del hotel Beekman, y en la otra están juntos en Wimbledon, él susurrándole algo a Henry al oído mientras Henry esboza una sonrisa dulce e íntima.

Hay que joderse. Está pero que muy jodido. Henry está pero que muy jodido. Y también está jodida la campaña de su madre, junto con su propia carrera en la política. Le están pitando los oídos y le están entrando ganas de vomitar.

—Mierda —repite—. Necesito mi teléfono. Tengo que llamar a Henry...

—No, nada de eso —lo frena Zahra—. Todavía no sabemos cómo han salido los correos a la luz, de manera que nada de comunicaciones hasta que descubramos donde está la filtración.

—¿La... qué? ¿Henry se encuentra bien?

Dios, Henry. Lo único que le viene a la cabeza son los ojos azules de Henry llenos de terror, la respiración de Henry rápida y superficial, Henry encerrado con llave en su dormitorio del palacio de Kensington y desesperadamente solo. De pronto se le tensa la mandíbula y empieza a notar un calor que le sube por el cuello.

—En estos momentos la presidenta está reunida con todos los miembros de la Oficina de Comunicaciones a los que hemos podido sacar de la cama, dado que son las tres de la madrugada —lo informa Zahra haciendo caso omiso de su pregunta. En la mano sostiene su teléfono, que no deja de sonar —. En esta Administración está a punto de declararse el estado DEFCON 5 gay. Por el amor de Dios, ponte algo encima.

Zahra desaparece en el interior del vestidor de Alex, y este, con el corazón a mil por hora, se apresura a abrir el periódico por la página del artículo en cuestión. Hay todavía más fotos. Recorre el texto con la vista,

pero hay demasiado contenido para poder asimilarlo siquiera.

En la segunda página encuentra varios extractos de los correos, impresos y con anotaciones. Uno de ellos lo han titulado «PRÍNCIPE HENRY: ¿POETA SECRETO?». Comienza con una frase que él ha leído ya un millar de veces:

«¿Tengo que decirte que cuando estamos separados vuelvo a sentir tu cuerpo en sueños?».

—¡Mierda! —exclama por tercera vez al tiempo que arroja el periódico al suelo. Esa frase la escribió él, y resulta obsceno verla aquí—. ¿Cómo demonios se han hecho con estos correos?

—Ya —coincide Zahra—. Yo también quisiera saberlo.

Le arroja una camisa blanca y unos vaqueros, y él se levanta de la cama con gesto cansado. Se apoya en el brazo que le ofrece Zahra de buena gana para que se apoye mientras se pone el pantalón y, pese a todo, se siente profundamente agradecido.

—Zahra, necesito hablar con Henry lo antes posible. No puedo ni imaginarme lo que... Dios, necesito hablar con él.

—Cálzate, que nos vamos —le dice Zahra—. La prioridad número uno es el control de daños, no los sentimientos.

Alex coge unas zapatillas deportivas y se las va poniendo por el camino a la vez que se dirigen a toda prisa hacia el Ala Oeste. Su cerebro hace un gran esfuerzo para analizar la situación, estudia unos cinco mil desenlaces posibles. Se imagina a sí mismo dentro de diez años, teniendo prohibida la entrada en el Congreso y con los índices de popularidad cayendo en picado, el nombre de Henry tachado de la línea sucesoria, su madre perdiendo la reelección porque los habitantes del estado en disputa ya no lo quieren a él. Está tan borracho que ni siquiera es capaz de decidir con quién está más enfadado, si consigo mismo, o con el *Daily Mail*, o con la monarquía, o con todo el puto país.

A punto está de chocar contra la espalda de Zahra cuando esta frena en seco al llegar a una puerta.

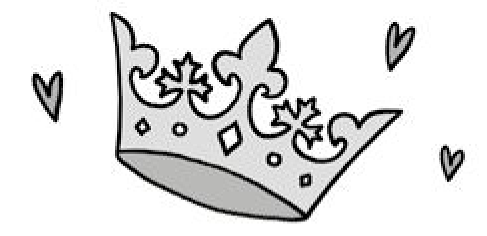
Abre la puerta, y en la sala entera se hace el silencio.

Su madre lo mira fijamente desde la cabecera de la mesa y dice en tono terminante:

—Fuera.

Al principio cree que está dirigiéndose a él, pero su madre recorre con la mirada a todas las personas sentadas a la mesa.

—¿Es que no me he expresado con claridad? Fuera todo el mundo, ahora mismo —dice—. Tengo que hablar con mi hijo.



TRECE

–Siéntate —le ordena la presidenta, y él nota cómo se le enrosca el miedo al estómago.

No tiene ni idea de lo que debe esperar; saber que tu progenitor es la persona que te ha criado no es lo mismo que ser capaz de adivinar qué va a hacer en su calidad de líder del mundo.

Se sienta, y entre ambos se hace el silencio. Su madre junta las manos sobre los labios, en actitud de reflexión. Tiene cara de cansada.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta al fin.

Cuando Alex, sorprendido, levanta el rostro, no ve cólera en su mirada.

La presidenta se encuentra al borde de un escándalo que podría poner fin a su carrera. Mide con calma sus inspiraciones y espera a que su hijo le responda.

Ah.

De repente advierte, con una súbita nitidez, que en absoluto se ha parado a analizar sus propios sentimientos. Sencillamente, no ha habido tiempo para ello. Se detiene a explorar lo que siente y descubre que no es capaz de definir ninguna emoción concreta, y de pronto hay algo en su interior que se agita y desaparece por completo.

No es frecuente en él el deseo de encontrarse en otro lugar, pero en este momento lo desea. Quisiera estar teniendo esta conversación con su madre en una vida distinta, cenando, ella sentada frente a él y preguntándole qué opina del respetable novio que tiene, qué tal está llevando lo de resolver su identidad. No lo quiere de esta manera, en una sala de reuniones del Ala Oeste, con unos correos cachondos que ha escrito él esparcidos sobre la mesa.

—Estoy... —empieza. Para horror suyo, nota algo que hace que le tiemble la voz, y se apresura a tragarlo—. No lo sé. No era mi intención decírselo al público de este modo. Pensé que tendríamos la oportunidad de hacerlo como Dios manda.

El semblante de su madre se ablanda, y Alex sospecha que acaba de contestar a otra pregunta más, aparte de la que ha formulado.

La presidenta alarga el brazo y posa la mano sobre la de su hijo.

—Escúchame —le dice. Tiene la mandíbula tensa, en actitud férrea; es el gesto con el que mira al Congreso, para intimidar a los autócratas. Le tiene agarrada la mano con fuerza y con firmeza. Él se pregunta, medio histérico, si era eso lo que se sentía al ir a la guerra en tiempos del presidente Washington—. Soy tu madre. Ya era tu madre antes de ser presidenta, y seré tu madre durante mucho tiempo después, hasta el día en que me metan en la fosa y me vaya de este mundo. Tú eres mi hijo. Así que, si en este asunto vas en serio, te apoyaré.

Alex guarda silencio.

«¿Y los debates?», piensa. «¿Y las generales?».

Su madre lo observa con mirada dura, de modo que comprende que no debe preguntar ninguna de esas cosas; su madre sabrá arreglárselas.

—¿Y bien? —dice la presidenta—. ¿Vas en serio con Henry?

No queda espacio para darle vueltas al tema, no queda nada por hacer salvo decir lo que viene

sabiendo desde el principio.

—Sí —responde—. Voy en serio.

Ellen Claremont expulsa el aire muy despacio y a continuación dibuja una sonrisilla secreta, una sonrisa ladeada y nada lisonjera que nunca utiliza en público pero que Alex conoce muy bien de la época en que él era un niño pequeño que correteaba a su alrededor, en la exigua cocina de la casa que tenían en el condado de Travis.

—Pues, en ese caso, adelante con todo.

The Washington Post

A MEDIDA QUE VAN CONOCIÉNDOSE MÁS DETALLES DE LA RELACIÓN DE ALEX CLAREMONT-DÍAZ CON EL PRÍNCIPE HENRY, LA CASA BLANCA GUARDA SILENCIO.

27 de septiembre de 2020

«Supongo que reflexionar sobre la historia hace que me pregunte cómo encajaré yo en ella en el futuro», escribe el Primer Hijo, Alex Claremont-Díaz, en uno de los muchos correos electrónicos dirigidos al príncipe Henry que ha publicado esta mañana el Daily Mail. «Y también tú».

Por lo visto, es posible que la respuesta a dicha pregunta llegue antes de lo que nadie esperaba ahora que repentinamente ha salido a la luz la relación romántica del Primer Hijo con el príncipe Henry, un romance que entraña importantes repercusiones para dos de las naciones más poderosas del mundo, cuando faltan menos de dos meses para que Estados Unidos vote el segundo mandato de la presidenta Claremont.

Mientras los expertos en seguridad del FBI y de la Administración Claremont se esfuerzan por dar con las fuentes que han facilitado a los diarios sensacionalistas británicos las pruebas de esta relación, la Primera Familia, que habitualmente se muestra muy abierta con la prensa, ha interrumpido todas las comunicaciones, y el Primer Hijo no ha hecho ninguna declaración oficial.

«La Primera Familia siempre ha mantenido y seguirá manteniendo su vida personal separada de la actividades políticas y diplomáticas de la presidencia», ha dicho esta mañana Davis Sutherland, secretario de Prensa de la Casa Blanca, en una breve declaración preparada con anterioridad. «Ruegan al pueblo americano que tenga paciencia y comprensión mientras solucionan este asunto tan privado».

Esta mañana, el Daily Mail ha revelado que el Primer Hijo Alex Claremont-Díaz lleva teniendo esta relación romántica y sexual con el príncipe Henry como mínimo desde el mes de febrero del presente año, según los correos electrónicos y las fotografías obtenidas por el periódico.

Se han subido a WikiLeaks las transcripciones completas de dichos correos electrónicos bajo el rótulo de «Las cartas de Waterloo», por lo visto haciendo

> referencia al Jarrón Waterloo que hay en los jardines del palacio de Buckingham y que aparece mencionado en uno de los correos escritos por el príncipe Henry. Esta relación epistolar continúa con regularidad hasta el domingo por la noche, y al parecer se ha obtenido de un servidor de correo privado que utilizan los residentes de la Casa Blanca.
>
> «Dejando a un lado las ramificaciones respecto de la capacidad de la presidenta Claremont para mostrar imparcialidad en los temas de las relaciones internacionales y de los valores familiares tradicionales», ha dicho hoy en una rueda de prensa el senador Jeffrey Richards, candidato republicano a la presidencia, «me siento profundamente preocupado por ese servidor de correo privado. ¿Qué clase de información se ha diseminado en dicho servidor?».
>
> Richards ha añadido que está convencido de que los votantes americanos tienen derecho a saber para qué otras actividades se ha utilizado el servidor de la presidenta Claremont.
>
> Varias fuentes próximas a la Administración Claremont insisten en que el servidor privado es similar al que estaba en funcionamiento durante la Administración del presidente George W. Bush, y que se utiliza exclusivamente para las comunicaciones internas de la Casa Blanca referentes a las operaciones cotidianas, así como para la correspondencia personal de la Primera Familia y del personal principal de la Casa Blanca.
>
> Tras una primera exploración de las «Cartas de Waterloo», los expertos todavía no han desvelado que exista ninguna información clasificada ni otro contenido que pueda resultar comprometedor, aparte del relativo a la relación existente entre el Primer Hijo y el príncipe Henry.

A lo largo de cinco interminables e insufribles horas, Alex va pasando de una sala del Ala Oeste a otra para reunirse, por lo visto, con todos los expertos en estrategia, todo el personal de prensa y todos los jefes de crisis que existen en la Administración de su madre.

El único momento que recuerda con claridad es uno en el que se lleva a su madre a un rincón para decirle:

—Se lo he contado a Raf.

Ella lo mira.

—¿Le has contado a Rafael Luna que eres bisexual?

—Le he contado a Rafael Luna lo de Henry —replica Alex en un tono sin inflexiones—. Hace dos días.

Su madre no le pregunta por qué; se limita a lanzar un suspiro de preocupación. Ambos reflexionan un momento sobre las implicaciones.

—No, no, esas fotografías las tomaron antes. No ha podido ser él.

Examina mentalmente los pros y los contras, modelos de diferentes resultados posibles, gráficos, tablas y más datos de los que siempre ha querido ver él mismo en la relación con Henry y las ramificaciones que tiene todo ello en el mundo que lo rodea. «Este es el daño que causas, Alex», parece decirle todo. Expresado aquí, en datos y en cifras: «Estas son las personas a las que haces daño».

Siente odio hacia sí mismo, pero no se arrepiente de nada, y tal vez eso lo convierta en una mala persona y peor político, pero no se arrepiente de lo suyo con Henry.

A lo largo de cinco interminables e insufribles horas, no se le permite siquiera ponerse en contacto con Henry. El departamento de prensa redacta una declaración. Se parece a cualquier otro informe.

A lo largo de cinco horas, no se ducha ni se cambia de ropa, ni tampoco ríe, sonríe ni llora. Son las ocho de la mañana cuando por fin lo dejan libre y le dicen que no salga de la Residencia y que permanezca a la espera de nuevas instrucciones.

Le devuelven su teléfono, por fin, pero cuando llama a Henry no contesta nadie, y tampoco cuando le escribe un mensaje. Nada de nada.

Amy lo acompaña al atravesar la columnata y al subir la escalera, sin decir nada, y cuando llegan al pasillo que separa los dormitorios de la zona este de los de la zona oeste, Alex los ve a todos.

A June, que, con los ojos enrojecidos, se ha recogido el pelo de cualquier manera en un moño alto y lleva puesto un albornoz rosa. A su madre, con un vestido negro, serio y elegante, y unos zapatos finos y de tacón, que lo mira con expresión dura. A Leo, que va descalzo y en pijama. Y a su padre, que todavía lleva un petate de cuero colgando de un hombro y tiene dibujado en la cara un gesto de preocupación y agotamiento.

Todos se vuelven para mirarlo, y él se siente barrido por una ola de algo que es mucho más grande que él mismo, como cuando era aún un crío de piernas arqueadas y se metía en el mar del golfo de México y el agua le cubría los pies. De su garganta se escapa sin querer un gemido, algo que ni siquiera vagamente reconoce, y acto seguido June, y después todos los demás, acuden a abrazarlo. Lo estrechan con fuerza, le acarician la cara y le hacen perder el equilibrio de tal forma que acaba en el suelo, encima de esa horrible alfombra antigua que tanto odia, sentado, contemplando el entramado de los hilos que la componen, oyendo el rumor del golfo en los oídos, pensando remotamente que está sufriendo un ataque de pánico, y que por eso no puede respirar, pero está mirando la alfombra y teniendo un ataque de pánico, y el hecho de conocer el motivo por el que sus pulmones se niegan a funcionar no va a hacer que funcionen de nuevo.

A duras penas se percata de que lo están llevando a su habitación y hacia su cama, que todavía está cubierta por esos malditos periódicos olvidados de la mano de Dios. Alguien lo guía hasta ella, y él se sienta y hace un esfuerzo sobrehumano para redactar mentalmente una lista.

Uno:

Uno:

Uno:

Cae en un sueño irregular e intermitente. Unas veces se despierta sudando; otras, tiritando. Tiene pesadillas breves y fracturadas que van y vienen de manera errática. Se ve a sí mismo en la guerra, dentro de una trinchera llena de barro, con una carta de amor dentro del bolsillo de la camisa y empapada de rojo. A continuación, se ve en una casa del condado de Travis que tiene las puertas cerradas con llave y en la que no puede volver a entrar. Luego sueña con una corona.

Sueña una sola vez, brevemente, con la casa del lago, una baliza anaranjada bajo la luna. Se ve a sí mismo allí, de pie y con el agua hasta el cuello. Ve a Henry, sentado desnudo en el embarcadero. Ve a June y a Nora cogidas de la mano, y a Pez en la hierba que hay entre ellas, y también a Bea, que está hundiendo sus uñas pintadas de rosa en la tierra húmeda.

En los árboles cercanos se oye un continuo crujir de ramas.

—Mira —dice Henry señalando las estrellas.

Alex intenta decir: «¿No oyes eso?». Intenta decir: «Algo se acerca». Abre la boca: un chorro de luciérnagas, y luego nada.

Cuando abre los ojos, ve a June sentada a su lado, recostada contra las almohadas, tocándose el labio inferior con sus uñas remordidas, aún con el albornoz puesto, montando guardia. Coge la mano de su hermano y le da un apretón; él le devuelve el gesto.

Entre un sueño y otro alcanza a oír el murmullo amortiguado de unas voces en el pasillo.

—Nada —está diciendo la voz de Zahra—. Nada en absoluto. Nadie está contestando a nuestras llamadas.

—¿Cómo es posible que no contesten a nuestras llamadas? Soy la maldita presidenta.

—Permiso para hacer una cosa, señora, ligeramente fuera del protocolo diplomático.

Un comentario: La Primera Familia nos ha estado mintiendo a nosotros, al pueblo americano. ¿EN QUÉ MÁS COSAS nos mienten?

Un tuit: LO SABÍA. SABÍA QUE ALEX ERA GAY, OS LO DIJE, ZORRAS.

Un comentario: Mi hija de doce años lleva todo el día llorando. Sueña que se casa con el príncipe Henry desde que era pequeña. Está destrozada.

Un comentario: ¿De verdad debemos creernos que no se han usado fondos públicos para tapar esto?

Un tuit: Me parto el culo, mirad página 22 de los correos, Alex es un calentorro.

Un tuit: ¿LO HABÉIS VISTO? Alguien que fue a la uni con Henry ha subido fotos de él en una fiesta, y se le ve totalmente gay. Me tiro de los pelos.

Un tuit: LEED en mi columna del Wall Street Journal lo que dicen las #CartasWaterloo sobre cómo funciona por dentro la Casa Blanca con los Claremont.

Más comentarios. Difamaciones. Mentiras.

June le quita el teléfono a su hermano y lo mete debajo de un cojín del sofá. Él no se molesta en protestar. Henry no va a llamar.

A la una de la tarde, por segunda vez en doce horas, Zahra irrumpe por la puerta de su dormitorio.

—Haz una maleta —dice—. Nos vamos a Londres.

June lo ayuda a meter en una mochila unos vaqueros, un par de zapatos y un manoseado ejemplar de *El prisionero de Azkabán*, luego se pone una camisa a toda prisa y sale de la habitación. Zahra lo espera en el pasillo, con su propia maleta y un traje suyo recién planchado, uno de un sobrio color azul marino que, por lo visto, ha decidido que es el más adecuado para presentarse ante la reina.

Le ha dicho muy poca cosa, salvo que el palacio de Buckingham ha cerrado todos los canales de comunicación, tanto los de entrada como los de salida, y que simplemente van a llegar y solicitar una audiencia. Parece estar muy segura de que Shaan accederá a su petición, y se la ve dispuesta a imponerse a él por la fuerza en caso contrario.

La sensación que nota en las tripas es extraña. Su madre les ha dado el visto bueno para que den a conocer la verdad al público, lo cual es increíble, pero no existen motivos para esperar lo mismo de la Corona. Podría ser que se le ordenase inmediatamente negarlo todo. Si se diera la necesidad, estaría dispuesto a agarrar a Henry por el cuello y fugarse con él.

Está casi totalmente seguro de que Henry no se avendría a fingir que todo ha sido una farsa. Confía en Henry, y cree en él.

Pero también se suponía que iban a disponer de más tiempo.

En la Residencia existe una puerta secreta en un costado por la que Alex puede escabullirse sin ser visto, y allí se reúnen con él June y sus padres.

—Ya sé que esto asusta un poco —le dice su madre—, pero sabrás afrontarlo.

—Dales bien fuerte —agrega su padre.

June le da un abrazo, él se pone las gafas de sol y una gorra y sale a la carrera para dirigirse hacia donde todo esto quiera conducirlo.

Cash y Amy están esperando en el avión. Alex se pregunta por un instante si se habrán presentado voluntarios para este encargo, pero hace un esfuerzo para mantener controlados sus sentimientos, y eso no lo va a ayudar. Choca el puño con el de Cash al pasar junto a él, y Amy levanta la vista de la cazadora vaquera en la que está bordando unas flores amarillas para saludarlo con un gesto de la cabeza.

Ha sucedido todo tan deprisa que es en este momento, con las rodillas subidas hasta el pecho mientras el avión se despega del suelo, cuando por primera vez puede de verdad reflexionar con calma.

No le molesta que la gente se haya enterado. Nunca ha pensado que tuviera que pedir perdón por cosas como con quién salía o qué le gustaba, aunque todo eso no se parecía en nada a lo que ocurre ahora. Aun así, el gilipollas orgulloso que lleva dentro se siente ligeramente complacido de tener por fin el derecho de reclamar a Henry. «Sí, el príncipe. El soltero más cotizado del mundo. Acento británico, rostro de dios griego, piernas interminables. Todo eso es mío».

Pero eso constituye solamente una fracción minúscula de la totalidad. Lo demás es un nudo de miedo, rabia, transgresión, humillación, incertidumbre, pánico. Están los defectos que todo el mundo puede ver: que es un bocazas, que tiene un carácter voluble, que sufre impulsos irrefrenables, y luego está esto. Igual que él, que solo se pone las gafas cuando esta solo: nadie ha de ver lo mucho que las necesita.

Le importa un pimiento lo que piense la gente de su cuerpo y lo que escriba acerca de su vida sexual, sea real o imaginario. Lo que le importa es que la gente sabe, dicho con sus propias palabras, lo que sale de su corazón.

Y Henry. Dios, Henry. Esos correos electrónicos, esas cartas, eran el único medio en el que Henry podía decir lo que estaba pensando de verdad. En ellas no faltaba nada: que era gay, que Bea había ido a una clínica de rehabilitación, que la reina tácitamente lo mantenía a él dentro del armario. Alex hace mucho tiempo que no es un buen católico, pero sabe que la confesión es un sacramento. Se suponía que no corrían ningún peligro.

Mierda.

No consigue estar tranquilo. Después de leer cuatro páginas de *El prisionero de Azkabán*, lo deja a un lado. Encuentra en Twitter un comentario que habla de su relación, y acaba cerrando la aplicación. Pasea nervioso arriba y abajo por el pasillo del avión, lanzando pataditas a los asientos.

—¿Puedes hacer el favor de sentarte? —le dice Zahra cuando lleva ya veinte minutos observando sus evoluciones por la cabina—. Me vas a provocar otra úlcera encima de la que ya

tengo.

—¿Estás segura de que, cuando lleguemos, van a dejarnos entrar? —le pregunta él—. ¿Y si no nos dejan? ¿Y si... no sé, llaman a la Guardia Real y nos detienen? ¿Pueden hacer eso? Seguro que Amy se pelearía con ellos. ¿La detendrán si intenta pegarles?

—Por Dios —gruñe Zahra.

A continuación, saca el teléfono y empieza a marcar un número.

—¿A quién llamas?

Zahra lanza un suspiro y se lleva el teléfono a la oreja.

—A Srivastava.

—¿Qué te hace pensar que va a contestarte?

—Lo estoy llamando por su línea personal.

Alex se la queda mirando.

—¿Tienes su línea personal y no la has utilizado hasta ahora?

—Shaan —exclama Zahra—. Escúchame bien. En estos momentos estamos volando. Tengo conmigo al hijo de la presidenta. La hora estimada de llegada es dentro de seis horas. Tendrás un coche esperando. Nos reuniremos con la reina y con quien coño tengamos que reunirnos para zanjar este puñetero asunto, porque, de lo contrario, que Dios me ayude, pero me encargaré personalmente de fabricarme unos pendientes con tus cojones. Pienso amargarte toda tu puñetera vida. —Calla unos instantes, supuestamente para escuchar a Shaan decir a todo que sí, porque Alex no lo imagina haciendo ninguna otra cosa—. Bien, ahora pásame con Henry, y no intentes decirme que no está, porque sé que no lo has perdido de vista ni un segundo.

Y pega el teléfono al rostro de Alex.

Él lo coge con inseguridad y se lo acerca al oído. Se oye un murmullo, un ruido confuso.

—Diga.

Es la voz de Henry, dulce, elegante, temblorosa y confusa, y Alex experimenta tal alivio que se queda sin respiración.

—Cariño.

Oye que Henry expulsa el aire.

—Hola, amor. ¿Estás bien?

Deja escapar una risa húmeda, sorprendida.

—Dios, ¿estás de broma? Estoy bien, estoy bien. ¿Y tú?

—Voy tirando.

Alex hace una mueca de disgusto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Philip ha roto un jarrón que perteneció a Ana Bolena, mi abuela ha ordenado que se suspendan todas las comunicaciones, y mi madre no ha hablado con nadie —lo informa Henry—. Pero, en fin, aparte de eso, teniendo en cuenta la situación, todo va bien.

—Ya lo sé —dice Alex—. Llegaré dentro de poco.

Sigue otra pausa, y durante ella se oye respirar a Henry por el aparato.

—No me importa —dice— que la gente lo sepa.

Alex siente que el corazón se le sube a la garganta.

—Henry —empieza—, yo...

—Quizás...

—He hablado con mi madre...

—Ya sé que no es el mejor momento...

—¿Querrías...?

—Quiero...

—Espera —dice Alex—. Estamos... Hum. ¿Estamos preguntando lo mismo?

—Depende. ¿Tú ibas a preguntarme si quiero contar la verdad?

—Sí —responde Alex. Debe de tener los nudillos ya blancos, de tanto aferrar el teléfono—. Sí, eso iba a preguntarte.

—Pues, en ese caso, sí.

Una mínima pausa.

—¿Es lo que quieres?

Henry tarda unos segundos en contestar, pero su voz es tranquila.

—No sé si me habría decidido ya, pero lo cierto es que ya es de conocimiento público, y... No quiero mentir. En esto, no. Respecto de ti, no.

Alex tiene las pestañas mojadas.

—Cuánto te quiero.

—Yo también.

—Tú aguanta hasta que yo llegue, ya lo solucionaremos.

—Así lo haré.

—Ya voy para allá. Enseguida llego.

Henry deja escapar una risa húmeda, entrecortada.

—Date prisa, por favor.

Ambos cuelgan. Alex le devuelve el teléfono a Zahra, la cual lo coge sin pronunciar palabra y se lo guarda otra vez en el bolso.

—Gracias, Zahra, yo...

Ella levanta una mano, con los ojos cerrados.

—Calla.

—En serio, no tenías por qué haber hecho esto.

—Mira, esto voy a decirlo solo una vez, y si se te ocurre repetirlo, ordenaré que te rompan las rodillas. —Baja la mano y lo taladra con una mirada ceñuda que resulta a la vez cariñosa y glacial—. Estoy contigo a muerte, ¿vale?

—Espera. Zahra. Oh, Dios mío. Acabo de caer en la cuenta. Eres... amiga mía.

—No, no lo soy.

—Zahra, eres mi puñetera amiga.

—No lo soy. —Coge una manta de entre sus pertenencias, se vuelve de espaldas a Alex y se envuelve con ella—. No me hables durante las próximas seis horas. Me merezco una siesta.

—Espera, espera, vale, espera —le ruega Alex—. Tengo una pregunta.

Zahra lanza un fuerte suspiro.

—¿Cuál?

—¿Por qué has esperado tanto para utilizar el teléfono personal de Shaan?

—Porque es mi prometido, gilipollas, pero algunas personas comprendemos lo que significa la discreción, así que tú no podías saberlo —responde sin siquiera mirarlo, al tiempo que se acurruca contra la ventanilla del avión—. Hemos acordado que no usaríamos nuestros números personales para el trabajo. Ahora, cierra la boca y déjame dormir un rato antes de que nos enfrentemos a lo que nos queda. No he tomado nada más que un café solo, un *pretzel* y un puñado de píldoras de vitamina B12. Ni se te ocurra respirar en mi dirección.

No es Henry, sino Bea, quien contesta cuando Alex llama a la puerta cerrada de la sala de música de la segunda planta del palacio de Kensington.

—Te he dicho que no te acerques —está diciendo Bea cuando se abre la puerta, con una guitarra colgada del hombro, la cual deja en el suelo en cuanto ve a Alex—. Oh, Alex, perdona. He creído que eras Philip. —Lo agarra con la mano libre y le da un abrazo que lo sorprende, de tan intenso—. Gracias a Dios que has venido, estaba a punto de ir yo misma a buscarte.

Cuando Bea lo suelta, por fin puede ver a Henry detrás de ella, derrumbado en el diván con una botella de coñac. El príncipe esboza una sonrisa débil y le dice:

—Disto mucho de ser un soldado de asalto.

Alex suelta una risa que es casi un sollozo, y resulta imposible saber si el primero en moverse es él o es Henry, pero lo cierto es que ambos se encuentran en el centro de la habitación. Henry se abraza al cuello de Alex y lo cubre por entero. Si por el teléfono su voz era una amarra, su cuerpo es la gravedad que lo hace posible, su mano en la espalda es una fuerza magnética, una brújula que siempre señala el norte.

—Lo siento —es lo único que acierta a decir Alex, hundido en la miseria, de todo corazón, pegado al cuello de Henry—. Ha sido culpa mía. Lo siento. Lo siento mucho.

Henry deja de abrazarlo, apoya las manos en sus hombros y lo mira con gesto serio.

—Ni se te ocurra. Yo no lamento nada en absoluto.

Alex ríe otra vez, con incredulidad, observando las profundas ojeras que muestra Henry y el labio inferior todo mordido, y por primera vez ve a un hombre que ha nacido para conducir una nación.

—Eres increíble —le dice. Se inclina hacia él y lo besa en un lado de la cara. Lo encuentra áspero, como si llevara un día entero sin afeitarse. Le roza la nariz con la mejilla y nota que parte de la tensión que tiene Henry desaparece gracias a ese contacto físico—. ¿Lo sabías?

Se acomodan entre los rojos y los morados de las alfombras persas que cubren el suelo, Henry apoya la cabeza en el regazo de Alex y Bea se sienta en un puf y se pone a tocar un instrumento pequeño y raro que, según le informa a Alex, se llama autoarpa. También acerca una mesa diminuta y esparce sobre ella un puñado de galletas saladas y un trozo de queso blando, y retira la botella de coñac.

Según parece, la reina está profundamente furiosa, no por haber confirmado por fin lo que ocurre con Henry, sino por haberlo confirmado de una manera tan poco digna como un escándalo en la prensa sensacionalista. Philip regresó de Anmer Hall en el instante en que estalló la noticia, y se ha visto bloqueado por Bea cada vez que ha intentado abordar a Henry para lo que él afirma que va a ser «simplemente una conversación seria acerca de las consecuencias de sus actos». También ha venido Catherine, una vez, hace tres horas, con expresión impertérrita y triste, a decirle a Henry que lo quiere y que ya podría habérselo contado antes.

—Y yo le he dicho: «Genial, mamá, pero mientras permitas que la abuela me tenga encerrado, eso no significa absolutamente nada» —cuenta Henry. Alex lo mira, conmocionado y un tanto impresionado. Henry se tapa la cara con un brazo—. Me siento fatal. Fui... No sé. Me vinieron a la memoria todas las veces que mi madre debería haber estado a mi lado en estos años.

Bea suspira.

—Quizá fue la patada en el culo que necesitaba. Desde que murió papá, llevamos años intentando conseguir que haga algo.

—Así y todo —dice Henry—, del mismo modo que la abuela sí que tiene culpa, mamá no la tiene. Además, ha sabido protegernos en otras ocasiones. No seamos injustos.

—Henry —le dice Bea con firmeza—, es duro, pero era necesario que mamá te oyera decir eso. —Baja la vista hacia los pequeños botones de la autoarpa—. Nos merecemos tener un progenitor, al menos.

Al decir esto tuerce un lado de la boca, un gesto muy parecido al que hace Henry.

—¿Estás bien? —le pregunta Alex—. Sé que... He visto un par de artículos y... —Deja la frase sin terminar—. Hace diez horas, lo de la «Princesa del Polvo» estaba siendo la cuarta tendencia más fuerte en Twitter.

Ella relaja el ceño y lo disuelve en una media sonrisa.

—¿Yo? Sinceramente, casi supone un alivio. Siempre he dicho que lo más cómodo para mí es que todo el mundo conozca mi historia sin tapujos, así no tendré que oír especulaciones ni mentir para encubrir la verdad... o para explicarla. Hombre, preferiría que no hubiera sucedido de esta forma, pero es lo que hay. Por lo menos ahora ya puedo dejar de actuar como si fuese algo de lo que deba avergonzarme.

—Sé lo que se siente —dice Henry en voz queda.

El silencio se vuelve intermitente al cabo de un rato, la noche de Londres presiona con su negrura en los cristales de los ventanales. David, el perro, está acurrucado en actitud protectora a un costado de Henry, y Bea escoge una canción de Bowie y canturrea en voz baja:

—«Yo seré rey, y tú serás reina».

A Alex le entran ganas de echarse a reír. El ambiente es el mismo que el de un día de huracán según le ha contado Zahra: todos apiñados, abrigando la esperanza de que los sacos de arena aguanten el vendaval.

Llegado un momento, Henry se queda dormido, y Alex lo agradece, pero todavía nota un poco de tensión en todas las zonas del cuerpo de Henry que están en contacto con el suyo.

—Desde que estalló la noticia, no ha dormido nada —le dice Bea en voz baja.

Alex afirma en silencio, y la mira fijamente.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Siempre.

—Tengo la impresión de que Henry no me lo está contando todo —susurra—. Le creo cuando me dice que adelante, que quiere revelar la verdad a todo el mundo. Pero hay algo más que no dice, y me estoy volviendo loco por no saber lo que es.

Bea levanta la vista y deja los dedos quietos.

—Ay, cielo —dice simplemente—. Es que echa de menos a papá.

Oh.

Alex lanza un suspiro y se coge la cabeza con las manos. Por supuesto.

—¿Puedes explicarme un poco? —prueba con timidez—. ¿Cómo es eso? ¿Qué puedo hacer yo?

Bea cambia de postura en el puf en que está sentada, coloca el arpa en el suelo y busca dentro de su jersey. Saca una moneda de plata unida a una cadena: el símbolo de la sobriedad.

—¿Te importa que haga un poco de consejera? —pregunta con una sonrisa pícara. Alex le responde con otra media sonrisa, y ella continúa—. Bien, imaginemos que todos hubiéramos nacido con un conjunto dado de sentimientos. Unos son más amplios o más profundos que otros, pero todos tenemos un grupo fijo de ellos, como la base de una tarta. Esa es la máxima profundidad de sentimiento que has experimentado. Y de repente te sucede lo peor. Te sucede lo peor que podría sucederte. Aquello que te provocaba pesadillas de pequeño, y tú te decías que no pasaba nada, porque aquello te sucedería cuando ya fueras mayor y más sabio, y para entonces ya habrías experimentado tantos sentimientos que aquel, el peor posible, ya no te parecería tan horroroso.

»Pero te sucede cuando eres joven. Te sucede cuando tu cerebro ni siquiera ha terminado de madurar del todo, cuando apenas has experimentado nada. Lo peor es una de las primeras cosas importantes que te sucederán en la vida. Te sucede, y te llega hasta el fondo de los sentimientos que conoces, y al llegar allí abre una brecha enorme para hacerse hueco. Y como eras tan joven, y como era una de las primeras cosas importantes que te sucedían en la vida, ya siempre vas a llevarla dentro de ti. A partir de entonces, cada vez que te suceda algo terrible, el sentimiento no se frenará antes de penetrar tan hondo, sino que te llegará al corazón.

Alarga un brazo por encima de la minúscula mesita de té y por encima de las galletas, y toca la mano de Alex.

—¿Lo entiendes? —le pregunta mirándolo a los ojos—. Para estar con Henry tienes que entender eso. Mi hermano es la persona más cariñosa, atenta y altruista que vas a conocer en toda tu vida, pero lleva dentro una tristeza y un dolor tremendos, y es muy posible que jamás llegues a entender del todo esos sentimientos, pero debes amarlos igual que el resto de su persona, porque forman parte de él. Conforman su personalidad, va todo junto. Y él está preparado para entregártelo todo a ti, lo cual es mucho más de lo que yo, ni en un millón de años, lo habría imaginado capaz de hacer.

Alex dedica largos instantes a hacer el esfuerzo de asimilar esta información, y finalmente dice:

—Yo nunca... Yo no he pasado por nada parecido —dice con voz ronca—. Pero siempre he percibido en él una faceta que resulta... imposible de conocer. —Toma aire—. Pero mi especialidad es saltar desde precipicios. Esa es la decisión que hay que tomar. Yo quiero a Henry con todo eso, precisamente por eso. A propósito. Lo amo a propósito.

Bea sonríe suavemente.

—Pues entonces no tendrás problema.

A eso de la cuatro de la madrugada, Alex se mete en la cama detrás de Henry; Henry, cuya columna vertebral está llena de bultitos blandos; Henry, que ha pasado por lo peor, y por lo peor de lo peor, y aún está vivo. Toca con la mano el bulto que forma el omoplato de Henry, allí donde la sábana deja la piel al descubierto y donde sus pulmones, tozudos, se niegan a dejar de aspirar aire. Un metro ochenta de hombre enrollado en torno a un conjunto de costillas de extrañas formas y un corazón renuente.

Con sumo cuidado, pega el pecho a la espalda de Henry y ocupa su sitio.

—Es una locura, Henry —está diciendo Philip—. Eres demasiado joven para comprenderlo.

A Alex le pitan los oídos.

Se han sentado esta mañana en la cocina de Henry, con unos bollitos y con una nota de Bea que dice que ha ido a reunirse con Catherine. De repente ha entrado Philip por la puerta, con el traje torcido y el cabello despeinado, gritándole a Henry que cómo ha tenido el valor de infringir el bloqueo de las comunicaciones trayendo aquí a Alex mientras el palacio está bajo vigilancia, para seguir abochornando a la familia.

En este momento, Alex está pensando en romperle la nariz con la cafetera eléctrica.

—Tengo veintitrés años, Philip —replica Henry haciendo un esfuerzo visible por mantener un tono de voz normal—. Mamá apenas tenía más años cuando conoció a papá.

—Sí, ¿y consideras que fue una decisión sensata? —dice Philip con desprecio—. Casarse con un hombre que pasó la mitad de nuestra infancia haciendo películas, que nunca prestó el servicio

militar, que se puso enfermo y nos dejó, a nosotros y a ella...

—Basta, Philip —le dice Henry—. Te juro por Dios. El hecho de que tu obsesión por el legado familiar no lo impresionara a él no te...

—Está claro que no tienes ni puta idea de lo que es un legado, cuando permites que sucedan cosas como esta —salta Philip—. Lo único que cabe hacer ahora es enterrar el asunto y abrigar la esperanza de que la gente de alguna manera se crea que todo esto no ha sido real. Ese es tu deber, Henry. Es lo menos que puedes hacer.

—Lo siento —contesta Henry en tono contrito, pero al mismo tiempo con un toque desafiante —. Siento mucho representar una deshonra por ser como soy.

—Me da lo mismo si eres gay —le dice Philip recalcando el condicional, como si Henry no se lo hubiera dicho ya específicamente—. Lo que me preocupa es que hayas elegido esa opción, con este. —Desvía la mirada un instante hacia Alex, como reconociendo por fin que se encuentra presente en la misma estancia que esta conversación—. Una persona que es el blanco de todo el mundo. Me preocupa que hayas sido tan estúpido, ingenuo y egoísta como para no darte cuenta de que nos ibas a joder a todos a base de bien.

—Lo sabía, Philip. Por Dios —dice Henry—. Sabía que podía desbaratarlo todo. Me aterrorizaba exactamente eso. Pero ¿cómo iba a haberlo previsto? ¿Cómo?

—Como acabo de decir, has sido un ingenuo —le dice Philip—. Esta es la vida que nos ha tocado vivir, Henry. Lo has sabido siempre. He intentado decírtelo. He querido ser un buen hermano, pero tú no me haces caso, joder. Ha llegado el momento de que recuerdes el lugar que ocupas en esta familia. Sé un hombre. Asume la responsabilidad. Arregla esto. Por una vez en tu vida, no seas un cobarde.

Henry se repliega como si le hubieran dado físicamente una bofetada. Alex lo comprende de pronto: así es como lo han ido hundiendo poco a poco a lo largo de los años. Quizá no de una forma tan explícita, pero sí constante, siempre implícita. «Recuerda cuál es tu sitio».

De repente hace una cosa que Alex adora en él: saca el mentón hacia fuera y se arma de valor.

—No soy un cobarde —afirma—. Y no quiero arreglar esto.

Philip lo mira y lanza una carcajada dura y carente de humor.

—No sabes de qué hablas. No tienes ni idea.

—Que te den, Philip. Amo a Alex —dice Henry.

—Ah, conque lo amas, ¿eh? —Lo dice en un tono tan paternalista que Alex cierra la mano en un puño por debajo de la mesa—. ¿Y qué es lo que piensas hacer exactamente, entonces? ¿Eh? ¿Casarte con él? ¿Convertirlo en duquesa de Cambridge? ¿El Primer Hijo de los puñeteros Estados Unidos, cuarto en la línea de sucesión al trono de Inglaterra?

—¡Pienso abdicar! —exclama Henry levantando la voz—. ¡No me importa!

—No te atreverías —escupe Philip.

—Tenemos un tío abuelo que abdicó porque era un puto nazi, de modo que difícilmente mis motivos serían los peores posibles, ¿no te parece? —Henry ya está gritando. Se ha bajado de la silla, con las manos temblándole, y se ha erguido por encima de su hermano. Alex observa que, de hecho, es más alto que él—. ¿Qué es lo que estamos defendiendo aquí, Philip? ¿Qué clase de legado? Una clase de familia que dice: asumimos los asesinatos, asumimos la rapiña, el pillaje y la colonización, lo lavamos todo y lo ponemos en un museo; pero, ah no, ¿de manera que tú eres un jodido maricón? ¡Eso va más allá de nuestro sentido del decoro! Pues ya no aguanto más. Ya he permitido durante mucho tiempo que la abuela y tú y el peso del mundo entero me mantuvieran maniatado, y hasta aquí he llegado. Me da igual. Puedes coger tu legado y tu decoro y metértelos

por el culo, Philip. Yo he terminado.

Y, lanzando un potente resoplido, gira sobre sus talones y sale de la cocina a grandes zancadas.

Alex, boquiabierto, se queda paralizado en el sitio por espacio de varios segundos. Philip, sentado frente a él, está inquieto y con el rostro congestionado. Alex carraspea, se pone de pie y se abrocha la chaqueta.

—Si te sirve de algo —le dice a Philip—, tu hermano es el hijoputa más valiente que he conocido nunca.

Y acto seguido sale detrás de él.

Shaan tiene pinta de llevar treinta y seis horas sin pegar ojo. Está perfectamente arreglado y compuesto, pero lleva la etiqueta del jersey asomando por fuera y su taza de té desprende un fuerte olor a whisky.

A su lado, en la parte trasera de la camioneta de incógnito en la que se dirigen al palacio de Buckingham, va sentada Zahra, con los brazos cruzados en actitud resuelta. El anillo de compromiso que luce en la mano izquierda lanza destellos bajo la tenue luz matinal de Londres.

—Así que... —prueba Alex— ¿estáis peleados?

Zahra se vuelve hacia él.

—No. ¿Por qué piensas eso?

—Oh. Simplemente se me ha ocurrido porque...

—Todo está en orden —aclara Shaan sin dejar de teclear en su iPhone—. Este es el motivo por el que al principio de la relación establecimos una serie de normas para separar lo personal de lo profesional. A nosotros nos funciona.

—Si quieres pelea, deberías haberme visto cuando me enteré de que Shaan sabía lo vuestro desde el principio —dice Zahra—. ¿Por qué crees que me ha regalado un pedrusco de este tamaño?

—Más bien suele funcionarnos —enmienda Shaan.

—Sí —coincide Zahra—. Y, además, anoche nos salió de cine.

Shaan, sin levantar la vista, levanta la mano y le choca esos cinco.

Shaan y Zahra, uniendo fuerzas, han conseguido concertarles una audiencia con la reina en el palacio de Buckingham, pero se les ha advertido que deben tomar una ruta más larga y más cautelosa para evitar a los paparazzi. Esta mañana, Alex percibe en Londres una fuerte electricidad estática, millones de voces murmurando acerca de él, de Henry y de lo que podría suceder a continuación. Pero Henry está a su lado, agarrándolo de la mano, y él le tiene agarrada la suya, así que por lo menos eso ya es algo.

Al aproximarse a la sala de reuniones, ven en la puerta a una mujer menuda y algo mayor que tiene la nariz respingona de Bea y los ojos azules de Henry. Lleva unas gruesas gafas, un gastado jersey de color granate y unos vaqueros recortados; un atuendo que, decididamente, está fuera de lugar en las estancias del palacio de Buckingham. En el bolsillo de atrás lleva un periódico enrollado.

La madre de Henry se vuelve hacia ellos, y Alex se fija en que, al verlos, su expresión oscila entre dolorida, reservada y amable.

—Hola, hijo mío —dice cuando Henry llega a su altura.

Henry tiene los labios apretados, pero no a causa de la rabia sino simplemente por culpa del miedo. Alex advierte en su semblante una expresión que ya conoce: se está preguntando si no corre

ningún riesgo al aceptar el amor que se le está ofreciendo y desea vivamente aceptarlo de todas formas. La rodea con un brazo y permite que ella lo bese en la mejilla.

—Mamá, te presento a Alex —dice el príncipe, y, como si no fuese obvio, añade—: mi novio.

La madre se vuelve hacia Alex. Este, la verdad, no sabe muy bien qué debe esperar, pero ella lo atrae hacia sí y también lo besa en la mejilla.

—Bea me ha contado lo que has hecho por mi hijo —le dice, perforándolo con la mirada—. Gracias.

Detrás de ella está Bea, con cara de cansancio, pero centrada; Alex se imagina el sermón que debe de haberle echado a su madre antes de venir al palacio. Cuando el pequeño grupo se congrega en el pasillo, cruza una mirada con Zahra, y Alex siente que no podría estar en mejores manos. Le gustaría saber si Catherine estará por la labor de sumarse a sus filas.

—¿Qué es lo que vas a decirle a la reina? —pregunta Henry a su madre.

Ella suspira y se toca la montura de las gafas.

—Bueno, la vieja bruja no se deja conmover mucho por el sentimiento, así que supongo que intentaré apelar a ella con una estrategia política.

Henry parpadea.

—Perdón, ¿qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que he venido a pelear —responde su madre, sencilla y directa—. Quieres decir la verdad, ¿no es así?

—Pues... sí, mamá. —Acaba de encenderse una luz de esperanza en sus ojos—. Así es.

—Pues en ese caso podemos intentarlo.

Ocupan sus asientos alrededor de la mesa alargada y decorada con bellos relieves que hay en la sala de reuniones y aguardan la llegada de la reina nerviosos y en silencio. Se halla presente Philip, con cara de estar a punto de hacerse sangre en la lengua de puro nerviosismo, y Henry no puede evitar juguetear con la corbata.

Entra en la sala la reina Mary, vestida con un conjunto de color gris pizarra y luciendo una expresión pétrea. Le han peinado la media melena, ya canosa, con total precisión en torno a los planos de su rostro. Alex se queda sorprendido al advertir su gran estatura, su espalda recta y su mentón fino, a pesar de que ya cuenta ochenta y pico años. No es lo que se dice una mujer bella, pero claramente se revela una gran personalidad en sus avispados ojos azules, en sus facciones angulosas, en las profundas arrugas que le enmarcan la boca.

La temperatura que reina en la sala desciende cuando ella toma asiento a la cabecera de la mesa. Un auxiliar acerca la tetera que hay en el centro y le sirve té en una taza de prístina porcelana. Se hace el silencio mientras la soberana, haciéndolos esperar, lo prepara con parsimonia y gesto glacial: vierte la leche con una mano arrugada que le tiembla ligeramente; pone un terrón de azúcar escogido con sumo cuidado con las pinzas de plata; luego pone un segundo terrón.

Alex emite una tos. Shaan le lanza una mirada. Bea aprieta los labios.

—Hace unos meses recibí una visita —dice la reina por fin. Coge la cucharilla y empieza a remover lentamente—. Del presidente de China. Perdonaréis que no recuerde el nombre. Pero me contó una historia fascinante sobre lo mucho que ha avanzado la tecnología en diferentes partes del mundo en estos tiempos modernos. ¿Sabíais que es posible manipular una fotografía para que dé la impresión de que las cosas más extravagantes son reales? Con un simple... programa, si no me equivoco. Un ordenador. Falsedades increíbles de toda clase pueden parecer verdaderas. El ojo no es capaz de detectar ninguna diferencia.

El silencio que flota en la sala es total, salvo por el tintineo que produce la cucharilla trazando

círculos en el fondo de la taza.

—Me temo que soy demasiado vieja para entender cómo es posible archivar cosas en el espacio —sigue diciendo la reina—, pero me han dicho que se puede fabricar y divulgar todas las mentiras que uno desee. Se podría... crear archivos que nunca han existido y colocarlos en donde fueran fáciles de encontrar. Nada de eso sería real. La prueba más flagrante puede acabar desacreditada y desechada, así sin más.

Con el delicado tintineo de la plata contra la porcelana, la reina deposita su cucharilla en el plato y por fin mira a Henry.

—Me pregunto, Henry, me pregunto si tú opinas que algo de esto ha tenido que ver con esas indecorosas informaciones.

Lo que tienen en este momento encima de la mesa es una oferta. Sigamos ignorándolo. Finjamos que todo ha sido un embuste. Hagámoslo desaparecer.

Henry aprieta los dientes.

—Es real —responde—. Todo.

En el semblante de la reina se reflejan sucesivamente varias expresiones hasta que, al final, su frente se alisa, como si hubiera encontrado algo antiestético en el fondo de uno de sus delicados zapatos de tacón bajo.

—Muy bien. En ese caso... —Su mirada se posa en Alex—. Alexander. Si hubiera sabido que estabas saliendo con mi nieto, habría insistido en celebrar un primer encuentro más formal.

—Abuela...

—No hables, Henry, querido.

En ese momento interviene Catherine:

—Mamá...

La reina levanta una mano marchita para hacerla callar.

—Pensaba que ya nos habían humillado bastante los periódicos cuando Beatrice tuvo su pequeño problema. Y ya hace años, Henry, que dejé bien claro que si tú te veías atraído en una dirección antinatural, se adoptarían las medidas apropiadas. No alcanzo a comprender por qué has decidido socavar lo mucho que me he esforzado por mantener en pie la Corona, y para mí constituye un verdadero misterio por qué pareces estar tan empeñado en dar al traste con los esfuerzos que he llevado a cabo para restaurarla exigiendo la celebración de una cumbre con un... joven. —Al decir esto, introduce un deje despectivo en el tono cortés con el que estaba hablando, bajo el cual Alex detecta epítetos referidos a todo, desde su raza hasta su sexualidad—. Cuando se te dijo que debías esperar órdenes. Está claro que has perdido el juicio. Mi posición continúa siendo la misma, querido: tu papel dentro de esta familia es el de perpetuar nuestro linaje y mantener la apariencia de la monarquía como ideal de la excelencia británica, y simplemente no puedo consentir nada que quede por debajo de eso.

Henry está con la mirada baja y ausente, fija en el intrincado grano de la mesa, y Alex prácticamente percibe la energía que desprende Catherine, sentada frente a él. También él siente en su propio pecho la misma furia contenida. La princesa que se fugó con James Bond, que les dijo a sus hijos que devolvieran lo que su país había robado, tomando una decisión.

—Mamá —dice en un tono de voz calmado—. ¿No crees que por lo menos deberíamos hablar de otras opciones?

La reina gira la cabeza muy despacio.

—¿Y qué opciones podrían ser esas, Catherine?

—Bueno, yo opino que el hecho de confesar la verdad conlleva muchas ventajas. Podría

habernos ahorrado muchos disgustos tratar esto no como un escándalo, sino como una intrusión en la intimidad de la familia y como la victimización de un joven enamorado.

—Que es la realidad —aporta Bea.

—Podríamos integrar esto dentro de nuestra narrativa —propone Catherine escogiendo las palabras con suma precisión—. Reclamar la dignidad que tiene. Convertir a Alex en un pretendiente oficial.

—Entiendo. Entonces, ¿tu plan consiste en permitir a Henry que escoja esta vida?

Sigue una breve pausa.

—Es la única vida sincera para él, mamá.

La reina frunce los labios.

—Henry —dice dirigiéndose a él de nuevo—, ¿no te resultaría mucho más agradable vivir sin todas estas complicaciones innecesarias? Sabes que poseemos los recursos adecuados para buscarte una esposa y compensarla a ella generosamente. Entiéndelo, solo intento protegerte. Ya sé que en este momento esto te parece importante, pero lo cierto es que debes pensar en el futuro. ¿Te das cuenta de que esto implicaría ser perseguido durante años por los periodistas y soportar toda clase de acusaciones? No creo que la gente se mostrara ya tan deseosa de invitarte a entrar en hospitales infantiles y...

—¡Basta! —explota Henry. Todas las miradas se vuelven hacia él. Él mismo se ha quedado pálido y conmocionado al oírse gritar, pero continúa—: No puedes... ¡No puedes intimidarme eternamente para que me someta!

Alex acerca una mano a tientas por debajo de la mesa, en el espacio que los separa, y en el momento en que las yemas de sus dedos entran en contacto con la muñeca de Henry, este lo agarra con fuerza.

—Ya sé que va a resultar difícil —dice el príncipe—. Y estoy... aterrorizado. Si me hubieras preguntado hace un año, probablemente te habría contestado que muy bien, que no había necesidad de que lo supiera nadie. Pero... yo soy tan persona y tan miembro de esta familia como tú, y me merezco ser feliz tanto como cualquiera de vosotros. Y creo que jamás podré ser feliz si me veo obligado a pasar la vida entera fingiendo.

—Nadie está diciendo que no merezcas ser feliz —tercia Philip—. Todo el mundo se vuelve loco con el primer amor, es una necedad arrojar tu vida a la basura por una decisión hormonal basada en lo que ha sucedido en menos de un año de tu vida, cuando apenas tenías veinte años.

Henry mira a Philip directamente a los ojos y le responde:

—Philip, soy más maricón que un palomo cojo desde el día en que salí del vientre de nuestra madre.

En el silencio que sigue a continuación, Alex tiene que morderse con fuerza la lengua para resistirse al impulso de romper a reír a carcajadas.

—En fin —termina por decir la reina sosteniendo la taza de té en el aire y taladrando con la mirada a Henry—. Aunque estés dispuesto a enfrentarte al varapalo que van a darte los periódicos, ello no anula las estipulaciones de tu derecho de nacimiento: has de procrear herederos.

Al parecer, Alex no estaba mordiéndose la lengua lo suficiente, porque dice de forma impulsiva:

—Eso todavía podemos hacerlo.

Hasta el propio Henry vuelve la cabeza al oír esto.

—No recuerdo haberte dado permiso para hablar en mi presencia —señala la reina Mary.

—Mamá...

—Lo cual plantea la cuestión de los vientres de alquiler o de posibles donantes —vuelve a intervenir Philip— y de los derechos al trono...

—¿Esos detalles son pertinentes en este momento, Philip? —interrumpe Catherine.

—Alguien tiene que encargarse de la administración del legado de la monarquía, mamá.

—No me gusta nada ese tono.

—Podemos barajar hipótesis, pero el meollo del asunto es que todo aquello que no haga perdurar la imagen de la monarquía queda descartado —declara la reina depositando la taza en el plato—. Sencillamente, el país no aceptará a un príncipe que tenga esas tendencias. Lo siento, querido, pero para ellos constituye una perversión.

—¿Para ellos o para ti? —la interpela Catherine.

—Eso no es justo —dice Philip.

—Se trata de mi vida —tercia Henry.

—Ni siquiera hemos tenido oportunidad de ver cómo reacciona la gente.

—Llevo cuarenta y siete años gobernando este país, Catherine, de manera que, a estas alturas, creo saber cómo piensa. Tal como he venido diciéndote desde que eras pequeña, debes sacar la cabeza de entre las nubes para...

—Oh, ¿por qué no os calláis todos un momento? —exclama Bea. Se ha puesto de pie y sostiene en la mano la tableta de Shaan—. Mirad.

La deja encima de la mesa para que puedan verla la reina y Philip, y los demás también se levantan para mirar.

Es un boletín informativo de la BBC. El volumen está apagado, pero Alex lee el rótulo que figura al pie de la pantalla: LLEGAN APOYOS DE TODO EL MUNDO PARA EL PRÍNCIPE HENRY Y EL PRIMER HIJO DE ESTADOS UNIDOS.

Todos enmudecen al ver las imágenes que salen en la pantalla. Una manifestación en Nueva York, frente al hotel Beekman, que está cubierto de pancartas con el arcoíris, la gente agitando carteles que dicen cosas como: PRIMER HIJO DE NUESTRO CORAZÓN; una pancarta colgada en un puente de París que proclama: HENRY + ALEX ESTUVIERON AQUÍ; un mural pintado a toda prisa en Ciudad de México con el rostro de Alex en azul, morado y rosa, y luciendo una corona en la cabeza; un grupo de personas en Hyde Park con banderas británicas pintadas con el arcoíris y con la cara de Henry sacada de las revistas y pegada en cartones con la frase: LIBERAD A HENRY; una joven con la cabeza rapada haciendo el gesto de la victoria en dirección a las ventanas del *Daily Mail*; un grupo de adolescentes delante de la Casa Blanca vestidos con camisetas, todas estampadas con la misma frase escrita con rotulador, una frase que en efecto recuerda haber puesto en uno de sus correos: ASÍ QUE LA HISTORIA, ¿EH?

Alex intenta tragar saliva, pero no puede. Levanta la vista y ve que Henry lo está mirando a su vez, boquiabierto y con los ojos húmedos.

De pronto, la princesa Catherine les da la espalda y cruza lentamente la sala, en dirección a los altos ventanales del lado este.

—Catherine, no... —le dice la reina, pero ella agarra los gruesos cortinajes con las dos manos y los abre.

Al instante penetra un estallido de luz y de color que saca el aire de la habitación. La explanada que hay enfrente del palacio de Buckingham está abarrotada por una masa de gente agitando pancartas, carteles, banderas americanas, banderas británicas y banderines del orgullo gay. No es tan numerosa como la que asistió a la boda real, pero es enorme: cubre toda la explanada y llega

hasta las verjas. A Alex y a Henry se les advirtió que debían entrar en el palacio por la puerta de atrás, de modo que no pudieron ver esto.

Henry se ha acercado con cautela a la ventana. Alex observa desde su sitio cómo levanta una mano y toca suavemente el cristal.

Catherine se vuelve hacia él y le dice con voz temblorosa:

—Oh, amor mío.

Y a continuación lo atrae hacia su pecho y lo abraza, a pesar de que él le saca casi treinta centímetros. Alex tiene que apartar la mirada porque, incluso después de todo lo sucedido, le resulta una escena demasiado íntima.

La reina emite un carraspeo.

—Esto difícilmente puede considerarse representativo de cómo va a reaccionar un país entero —declara.

—Mamá, por Dios —dice Catherine al tiempo que deja de abrazar a Henry y lo pone detrás de ella, impulsada por el reflejo de protegerlo.

—Eso es precisamente lo que no quería que vieras. Eres demasiado blanda para aceptar la verdad, Catherine, dada cualquier otra opción. La mayoría de los habitantes de este país siguen prefiriendo lo tradicional.

Catherine endereza la espalda y vuelve a la mesa tiesa como un palo; es producto de la educación recibida, pero recuerda más bien a la cuerda tensa de un arco.

—Por supuesto que sí, mamá. Por supuesto que los malditos *tories* de Kensington y los locos del Brexit no quieren esto. No se trata de eso. ¿Tan empeñada estás en creer que no puede cambiar nada? ¿Que no debe cambiar nada? En este caso tenemos la oportunidad de dejar un legado muy importante, de esperanza, de amor y de cambio. En contraste con la falta de interés, la vulgaridad y la monotonía que hemos venido vendiendo desde la Segunda Guerra Mundial.

—No te atrevas a hablarme de esa forma —dice la reina en tono glacial, con una mano trémula todavía descansando encima de la cucharilla.

—Mamá, tengo sesenta años —dice Catherine—. ¿No podríamos prescindir ya del decoro?

—Qué falta de respeto. Ni una pizca de respeto por el carácter sacrosanto de...

—¿O tal vez debería presentar algunas de mis preocupaciones ante el Parlamento? —replica Catherine en voz baja e inclinándose para hablarle a la reina Mary a la cara. Alex observa cómo le brillan los ojos. No tenía ni idea; creía que esa chispa Henry la había heredado de su padre—. ¿Sabes?, me parece que los laboristas están ya hartos de la vieja guardia. Me gustaría ver qué pasaría si yo mencionara esas reuniones que a ti se te olvidan una y otra vez, o los nombres de países que no terminas de pronunciar bien, o si decidieran que los ochenta y cinco años ya es una edad suficiente para dejar de servir al pueblo de Gran Bretaña.

El temblor de la mano de la soberana se ha intensificado, en cambio su expresión sigue siendo férrea. En la sala reina un silencio sepulcral.

—No te atreverías.

—¿Tú crees, mamá? ¿Te gustaría averiguarlo?

Catherine se vuelve hacia Henry, y Alex se sorprende al ver que tiene lágrimas en la cara.

—Lo siento, Henry —dice—, te he fallado. Os he fallado a todos. Necesitabais a vuestra madre, y no me tuvisteis. Estaba tan asustada que empecé a pensar que tal vez fuera lo mejor manteneros a todos protegidos detrás de un cristal. —Se vuelve de nuevo hacia su madre—. Míralos, mamá. Ellos no son instrumentos de un legado, ellos son mis hijos. Y juro por mi vida, y por la de Arthur, que te expulsaré del trono antes que permitir que ellos se sientan como tú has hecho que me sienta

yo.

En el aire queda flotando el suspense por espacio de unos segundos insufribles.

—Sigo pensando que no... —empieza a decir Philip, pero Bea coge la tetera que descansa en el centro de la mesa y le vierte el contenido encima de las rodillas.

—¡Oh, Pip, cuánto lo siento! —exclama al tiempo que lo agarra por los hombros y lo empuja, entre protestas, en dirección a la puerta—. Mira que soy torpe. Ya sabes, seguro que toda esa cocaína ha debido de afectar gravemente a mis reflejos. Vamos a que te limpien eso.

Lo empuja al exterior de la sala, mira atrás un momento para hacerle a Henry la señal de pulgares arriba y sale cerrando la puerta.

La reina observa detenidamente a Alex y a Henry. Por fin, en sus ojos se distingue una cosa: que tiene miedo de ellos. Tiene miedo de la amenaza que representan ellos para el perfecto barniz Fabergé que ella ha mantenido durante toda su vida. Les tiene terror.

Y Catherine no piensa retroceder.

—En fin —dice la soberana—. Supongo que no me dejáis mucho donde elegir, ¿no?

—Oh, desde luego que tienes donde elegir, mamá —replica Catherine—. Siempre has tenido donde elegir. Quizás hoy elijas acertadamente.

En el corredor del palacio de Buckingham, en cuanto la puerta se cierra tras ellos, caen de costado contra un tapiz que cubre la pared, jadeantes, eufóricos y riendo con las mejillas humedecidas. Henry atrae a Alex hacia sí y lo besa.

—Te quiero —susurra—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Y da igual, da absolutamente igual que los vea alguien.

Va camino del aeródromo, disponiéndose a emprender el viaje de regreso, cuando de repente lo ve: plasmado en el costado de un edificio de ladrillos, un golpe de color en medio del gris de la calle.

—¡Espere! —le chilla al conductor—. ¡Pare! ¡Pare el coche!

Visto de cerca, es precioso. Abarca dos pisos. Cuesta creer que alguien haya sido capaz de hacer algo así de una forma tan rápida.

Es un mural en el que aparecen pintados Henry y él, el uno frente al otro, rodeados por un luminoso sol de color amarillo y representados como Han y Leia. Henry va todo de blanco y le brilla el cabello; él va de contrabandista desaliñado y lleva una pistola en la cadera. Un miembro de la realeza y un rebelde, abrazándose el uno al otro.

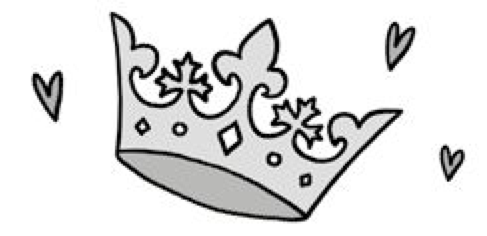
Toma una foto con el teléfono y, con dedos temblorosos, escribe un tuit: «¡No me hables de probabilidades!».[8]

Cuando están sobrevolando el Atlántico, llama a June.

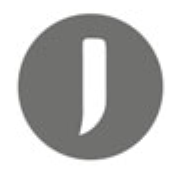
—Necesito que me ayudes —le dice.

Al otro lado de la línea se oye el chasquido de un bolígrafo.

—¿Qué tienes?



CATORCE



Jezebel @Jezebel
VER: DC Dykes on Bikes persiguen a unos manifestantes de la Iglesia Baptista de Westboro por la avenida Pennsylvania, y sí, es tan alucinante como parece.
bit.ly/2ySPeRj
21:15, 29/9/2020

La primera vez que Alex se detuvo en la avenida Pennsylvania siendo Primer Hijo de Estados Unidos, casi se cayó contra un arbusto.

Lo recuerda con toda nitidez, y eso que aquel día entero fue bastante surrealista. Recuerda el interior de la limusina, recuerda que todavía no se había acostumbrado al tacto del cuero bajo las manos sudorosas, y que estaba verde y más nervioso que un flan, y que se acercaba demasiado a la ventanilla para mirar las multitudes.

Recuerda que su madre llevaba la melena recogida en la nuca, en un moño sobrio y elegante. Se había dejado la melena suelta para su primer día en el cargo de alcaldesa, su primer día en la Casa y su primer día como Portavoz, en cambio en esta ocasión se la recogió; afirmó que no quería que nada la distrajera. Él opinaba que le daba un aspecto agresivo, como si estuviera dispuesta a presentar pelea si surgía la necesidad, o como si llevara una navaja escondida en el zapato. Iba sentada frente a él, repasando los apuntes del discurso, luciendo en la solapa una banderita americana de oro de veinticuatro quilates, y él se sentía tan orgulloso que no cabía en sí.

En un momento dado hubo un cambio: Ellen y Leo fueron acompañados hacia la entrada norte y June y él se encaminaron en otra dirección. Recuerda, muy concretamente, un puñado de cosas. Sus gemelos de plata,

fabricados expresamente para él con la forma de las naves rebeldes de *La guerra de las galaxias*; un pequeño arañazo en el yeso de una pared occidental de la Casa Blanca, que veía de cerca por primera vez; el cordón de su zapato, desatado; y recuerda que, al inclinarse para atarse el cordón, perdió el equilibrio a causa de los nervios y June lo agarró por la parte de atrás de la chaqueta para que no cayera de bruces contra un arbusto lleno de espinas delante de setenta y cinco cámaras.

Aquel fue el momento en que decidió que jamás volvería a permitir que lo dominara el nerviosismo, ni en calidad de Alex Claremont-Díaz, Primer Hijo de Estados Unidos, ni en calidad de Alex Claremont-Díaz, estrella de la política en ascenso.

Ahora es Alex Claremont-Díaz, centro de un escándalo sexual y político internacional y novio de un príncipe inglés, y se halla de nuevo dentro de una limusina circulando por la avenida Pennsylvania, y hay otra muchedumbre, y de nuevo experimenta la misma sensación en el estómago.

Cuando se abre la portezuela del coche, aparece June ataviada con una camiseta de un amarillo chillón que dice: ASÍ QUE LA HISTORIA, ¿EH?

—¿Te gusta? —le pregunta—. Hay un tipo que las vende allá delante, en esta misma calle. Tengo su tarjeta. Voy a publicarla en la próxima columna que escriba para *Vogue*.

Alex se abalanza sobre ella y la envuelve en un abrazo que la levanta del suelo. Ella protesta y le tira del pelo, y ambos caen de costado contra un seto. Es su sino.

Su madre está en medio de un decatlón de reuniones, así que se escabullen para salir al Balcón Truman y se ponen al día mientras se toman un chocolate y un plato de donuts. Pez ha estado intentando jugar al juego del teléfono entre un campamento y otro, pero no ha sido muy eficaz. June se echa a llorar, primero, cuando Alex le cuenta la llamada que hizo desde el avión, y llora por segunda vez con la manera en que Henry le plantó cara a Philip, y otra vez más con lo de la multitud congregada frente al palacio de Buckingham. A continuación, le escribe un mensaje a Henry que contiene como un centenar de iconos de corazoncitos, y Henry le responde con un breve vídeo en el que aparecen él y Catherine bebiendo champán mientras Bea toca *Dios salve a la reina* con la guitarra eléctrica.

—Muy bien, pasa lo siguiente —anuncia después June—: Nora lleva dos días sin que la haya visto nadie.

Alex se la queda mirando.

—¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir que la he llamado yo, la ha llamado Zahra, la ha llamado Mike y hasta sus padres, y no le ha contestado a nadie. El guarda de seguridad de su apartamento dice que en todo este tiempo no la ha visto salir. Por lo visto, se encuentra «bien, pero ocupada». He intentado ir a verla sin más, pero le ha dicho al conserje que no me deje entrar.

—Eso es... preocupante. Y también, no sé, un poco grosero.

—Sí, exacto.

Alex se vuelve de espaldas y da unos pasos hacia la barandilla. No le habría venido mal contar en esta situación con la actitud imperturbable de Nora o, la vedad, simplemente con su compañía, dado que es su mejor amiga. Se siente un poco traicionado por el hecho de que ella lo haya abandonado cuando más la necesita, cuando más la necesitan June y él. Nora tiene una tendencia a encerrarse a propósito en complicados cálculos sobre todo cuando ocurren cosas desagradables a su alrededor.

—Ah, espera —dice June—, y también está el favor que le pediste tú.

Mete la mano en el bolsillo de los vaqueros y saca un papel doblado que le entrega a Alex.

Él lee por encima las primeras frases.

—Oh, Dios mío, Bichito —dice—. Oh, Dios mío.

—¿Te gusta? —June está un poco nerviosa—. He procurado capturar quién eres, el lugar que ocupas en la historia y lo que significa para ti tu papel, y...

Deja la frase sin terminar, porque Alex, con los ojos llorosos, acaba de darle otro abrazo de oso.

—Está perfecto, June.

—Eh, Primer Retoño —dice de repente una voz. Alex deja a su hermana y ve que Amy está esperando en la puerta que comunica el balcón con el Despacho Oval—. La señora presidenta quiere verte en su despacho. —De pronto deja de mirarlo para atender lo que le dicen por el auricular—. Dice que te traigas los donuts.

—¿Cómo se las arregla para saberlo siempre todo? —murmura June recogiendo el plato.

—Boina Azul y Barracuda van para allá —dice Amy tocándose el auricular.

—Me cuesta creer que escogieras ese apodo tan tonto como nombre en clave —le comenta June.

Alex le propina un empujoncito en dirección a la puerta.

Hace dos horas que se acabaron los donuts.

Uno desapareció en el sofá, mientras June ataba, desataba y volvía a atar los cordones de sus deportivas, a falta de otra cosa que hacer con las manos. Otro, contra una pared, mientras Zahra escribía un primer correo electrónico por teléfono a toda velocidad, y después un segundo. Otro, encima del Escritorio Resolute mientras Ellen trabajaba enterrada en proyecciones de probabilidades. Y otro más en el otro sofá mientras Alex los iba contando mentalmente.

De repente se abren las puertas del Despacho Oval y entra Nora a toda velocidad y derrapando.

Lleva puesta una camiseta llena de manchas de lejía que dice HOLLERAN PARA EL CONGRESO ’72 y trae en la cara la expresión aturdida y deslumbrada por el sol de una persona que acaba de emerger de un búnker por primera vez en diez años. En su prisa por llegar a la mesa de trabajo de Ellen, está a punto de estrellarse contra el busto de Abraham Lincoln.

Alex ya se ha puesto de pie.

—¿Se puede saber dónde coño te habías metido?

Ella deja una gruesa carpeta en la mesa y, jadeando, se vuelve a medias para mirar a Alex y a June.

—Vale, ya sé que estáis cabreados, y tenéis todo el derecho a estarlo, pero... —se apoya con las dos manos en el escritorio y señala la carpeta que ha traído— es que me he pasado dos días encerrada en mi apartamento haciendo esto, y enseguida se os va a pasar el enfado cuando veáis lo que es.

La presidenta la mira con un gesto de preocupación.

—Nora, cielo, estamos intentando calcular...

—¡Ellen! —replica Nora prácticamente gritando. En la sala se hace el silencio, y Nora, al darse cuenta, se queda petrificada—. Esto... señora. Querida suegra. Por favor. Tienes que leer lo que dice ahí.

La presidenta, con un suspiro, deja el bolígrafo y acto seguido acerca la carpeta. Nora parece estar a punto de desmayarse y desplomarse encima del escritorio. Alex observa a June, sentada en el sofá de enfrente; al igual que él, tampoco tiene idea de lo que pasa.

—Pero... ¡Cielo santo! —exclama su madre con una mezcla de furia y diversión—. ¿Esto es...?

—Sí —confirma Nora.

—¿Y el...?

—También.

Ellen se tapa la boca con una mano.

—¿Cómo demonios te has hecho con esto? Espera, déjame que te lo pregunte de otro modo: ¿cómo demonios te has hecho con esto tú?

—Pues verás. —Nora se aparta del escritorio y da unos pasos atrás. Alex no tiene la menor idea de lo que ocurre, pero se ve que es algo importante. Nora se ha puesto a pasear arriba y abajo con las manos apretadas contra la frente—. El día de las filtraciones, me llegó un correo electrónico anónimo. Era obvio que procedía de una cuenta con identidad falsa, pero era imposible de rastrear. Probé. El remitente me envió un enlace para descargar un archivo enorme, y me dijo que era un hacker y que había obtenido lo que había dentro del servidor de correo privado de la campaña de Richards, en su totalidad.

Alex se la queda mirando.

—¿Qué?

Nora se vuelve hacia él.

—Ya sé.

Zahra, que estaba de pie detrás del escritorio de Ellen, con los brazos cruzados, interviene para preguntar:

—¿Y por qué no informaste de todo eso a ninguno de los canales apropiados?

—Porque al principio no estaba segura de que fuera algo consistente. Y

cuando vi que sí lo era, no me fie de que se encargaran de ello otras personas. El hacker dijo que me lo había enviado concretamente a mí porque sabía que yo me tomaba un interés personal por la situación de Alex y que trabajaría lo más rápido posible para averiguar lo que él no tenía tiempo de averiguar por sí mismo.

—¿Y qué es? —Alex no puede creerse que todavía tenga que preguntarlo.

—Pruebas —contesta Nora, y ahora le está temblando la voz—. Pruebas de que Richards te ha tendido una trampa.

Alex oye, a lo lejos, a June jurando para sus adentros y levantándose del sofá para irse hacia el rincón del fondo. Siente que le flaquean las rodillas, de manera que vuelve a sentarse.

—Sospechábamos que quizá la Convención Nacional Republicana haya tenido algo que ver con lo que sucedió —dice su madre. Da la vuelta al escritorio, se arrodilla en el suelo delante de su hijo, con su vestido gris almidonado y apretando la carpeta contra el pecho—. Ordené a varias personas que investigaran. En ningún momento imaginé que... todo esto proviniera directamente de la campaña de Richards.

Pone la carpeta encima de la mesa baja que hay en el centro del despacho y la abre.

—Había..., no sé, cientos de miles de correos —está diciendo Nora. Alex se sienta en la alfombra y empieza a pasar páginas—. Y te juro que una tercera parte de ellos procedían de cuentas falsas, pero escribí un código que estrechó el número de posibilidades a unas tres mil. Los demás los investigué manualmente. Todos hablan de Alex y de Henry.

Lo que Alex ve primero es su propio rostro. Es una fotografía borrosa, desenfocada, tomada con un teleobjetivo, en la que apenas se lo reconoce. Cuesta distinguir dónde ha sido hecha, hasta que ve las elegantes cortinas color marfil que se aprecian a un lado. Es el dormitorio de Henry.

Mira lo que hay encima de la foto y ve que viene adjunta a un correo entre dos personas. «Negativo. Nilsen dice que no es lo bastante nítida. Tienes que decirle al P que no vamos a pagar avistamientos del Hombre de las Nieves». Nilsen. Nilsen, el gerente de la campaña de Richards.

—Richards reveló tu homosexualidad, Alex —dice Nora—. En cuanto

dejaste la campaña, se puso con ello. Contrató a una empresa que a su vez contrató a los hackers que obtuvieron las cintas de las cámaras de seguridad del hotel Beekman.

Su madre está junto a él, ya con la tapa de un rotulador entre los dientes, subrayando varios párrafos de amarillo. De pronto nota movimiento a su derecha: es Zahra, que se ha puesto delante un fajo de periódicos, también armada con un rotulador rojo.

—No... No tengo números de cuentas bancarias ni nada parecido, pero, si os fijáis, hay recibos, facturas y solicitudes de servicios —dice Nora—. De todo. Todo se ha hecho a través de canales secundarios, empresas intermediarias y nombres falsos, pero ahí está. Todo deja un rastro digital. Suficiente para llevar a cabo una investigación federal, la cual podría exigir como prueba los documentos financieros, supongo. Principalmente, Richards contrató a una empresa que contrató a los fotógrafos que siguieron a Alex y a los hackers que se colaron en vuestro servidor, y también contrató a un tercero para que comprase todo y se lo revendiera al *Daily Mail*. Han contratado a empresas privadas para que vigilen a un miembro de la Primera Familia y se infiltren en la seguridad de la Casa Blanca con el fin de intentar inducir un escándalo sexual para ganar una carrera a las presidenciales, es obra de un verdadero cabrón que...

—Nora, ¿te importa? —le dice de repente June, que ha vuelto a uno de los sofás—. Por favor.

—Perdón —dice Nora dejándose caer en el sofá—. Me he tomado nueve latas de Red Bull para aguantar mientras hacía todo esto, y después un chicle de marihuana para compensar, de modo que en este momento estoy volando en plan «abróchense los cinturones».

Alex cierra los ojos.

Tiene tantas cosas delante que le resulta imposible asimilarlas todas de golpe. Además, está cabreado, furioso. Pero puede hacer algo al respecto. Puede salir a la calle. Puede salir de este despacho, llamar a Henry y decirle que ya no corren peligro, que lo peor ha pasado ya.

Vuelve a abrir los ojos y observa los documentos que hay encima de la mesa.

—¿Qué hacemos ahora con esto? —pregunta June.

—¿Y si lo filtráramos en internet? —propone Alex—. WikiLeaks podría...

—A esos no pienso darles una mierda —lo corta Ellen de inmediato, sin siquiera levantar la vista—, sobre todo después de lo que te hicieron. Esto es información importante. Voy a acabar con ese hijo de puta. Esto tiene que causar un gran efecto. —Finalmente deja el rotulador—. Vamos a filtrarlo a la prensa.

—Ninguna publicación importante va a sacarlo sin que alguien de la campaña de Richards le verifique previamente que estos correos son auténticos —señala June—. Y en hacer algo así se tarda meses.

—Nora —dice Ellen perforándola con una mirada glacial—, ¿tú puedes hacer algo para averiguar quién es la persona que te ha enviado todo esto?

—Lo he intentado —responde Nora—. Ha hecho todo lo posible para ocultar su identidad. —Se mete la mano por debajo de la camiseta y saca su teléfono—. Puedo enseñarte el correo que me ha enviado.

Pasa unas cuantas pantallas y coloca el teléfono encima de la mesa. El correo es exactamente tal como ella lo ha descrito, y la firma que figura al final del mismo parece una combinación de letras y números: 2021 SCB. HQC CA A1.

2021 SCB.

Alex se detiene en el último renglón. Coge el teléfono y lo mira fijamente.

—Maldita sea.

No aparta la vista de estos estúpidos caracteres, 2021 SCB.

El número 2.021 de South Colorado Boulevard.

Es la dirección del establecimiento Five Guys situado más cerca de la oficina en la que trabajó aquel verano que pasó en Denver. Todavía se acuerda del pedido que iba a recoger allí una vez por semana: hamburguesas con queso y beicon (HQB), cebollas asadas (CA) y salsa A1. Memorizó el maldito pedido del Five Guys. Le entran ganas de soltar una carcajada.

Es una clave dirigida a él, exclusivamente a él: *Tú eres la única persona de la que me fío.*

—No se trata de ningún hácker —anuncia Alex—. Esto te lo ha enviado

Rafael Luna. Ahí tienes la verificación que necesitabas. —Se vuelve hacia su madre—. Si puedes proteger a Rafael, él te lo confirmará.

[INTRODUCCIÓN MUSICAL: 15 SEGUNDOS DE FRAGMENTO INSTRUMENTAL DEL SINGLE *BILLS, BILLS, BILLS* PUBLICADO EN 1999 POR DESTINY'S CHILD]

VOZ EN OFF: Esto es un podcast de Range Audio. Están escuchando *Bills, Bills, Bills* presentado por Oliver Westbrook, profesor de Derecho Constitucional de la Universidad de Nueva York.

[FIN DE LA INTRODUCCIÓN MUSICAL]

WESTBROOK: Hola, soy Oliver Westbrook, y conmigo, como siempre, tengo a una persona de paciencia infinita, dotada de un gran talento y de una enorme dosis de compasión: mi encantadora productora Sufia, sin la cual yo estaría perdido, desnudo, flotando en un mar de pensamientos negativos y bebiéndome mi propio pis. La amamos. Sufia, di hola.

SUFIA JARWAR, PRODUCTORA DE RANGE AUDIO: Hola, por favor envíen ayuda.

WESTBROOK: Y esto es *Bills, Bills, Bills*, el podcast con el que cada semana intento explicarles en lenguaje de la calle lo que ocurre en el Congreso, por qué deben interesarse por ello y qué pueden hacer ustedes al respecto.

Bien, amigos, tengo que decirles que hace unos días tenía planificado un programa muy diferente, pero ya no veo que merezca la pena continuar con él.

Vamos a... dedicar un minuto a repasar el artículo que ha publicado esta mañana el *Washington Post*. Tenemos unos correos electrónicos, filtrados de manera anónima y confirmados por una fuente anónima de la campaña de

Richards, que demuestran con toda claridad que Jeffrey Richards, o por lo menos varios altos cargos de su campaña, orquestaron un plan diabólico para que el *Daily Mail* acosara, vigilara, hackeara y desvelara la homosexualidad de Alex Claremont-Díaz, en el afán de vencer a Ellen Claremont en las generales. Y también... A ver, ¿qué es esto, Suf? ¿Cuarenta minutos? Cuarenta minutos antes de que empezásemos a grabar este programa, el senador Rafael Luna publicó en Twitter que abandonaba la campaña de Richards.

Así que... Vaya.

Me parece que no cabe ninguna duda de que las filtraciones de esa campaña proceden de Rafael Luna. Obviamente, ha sido él. Desde mi punto de vista, parece tratarse de un hombre que quizá no quería estar de entrada donde estaba, quizá ya se lo estaba pensando mejor. Quizás incluso se infiltró en esa campaña precisamente para hacer lo que ha hecho. Sufia, ¿puedo decirlo?

JARWAR: ¿Cuándo te ha frenado eso a ti?

WESTBROOK: Ahí te doy la razón. Bien, pues Casper Mattresses me está pagando mucho dinero como patrocinador para que les facilite a ustedes un análisis de las cosas que suceden en Washington, de modo que voy a intentarlo, aunque lo que le ha ocurrido a Alex Claremont-Díaz, y también al príncipe Henry, en estos últimos días ha sido insultante y resulta desagradable y rastrero hablar de ello siquiera. Pero, en mi opinión, hay tres cosas importantes que extraer de la noticia que hemos leído hoy.

En primer lugar, que el Primer Hijo de Estados Unidos en realidad no ha hecho nada malo.

En segundo lugar, que Jeffrey Richards ha cometido un acto hostil de conspiración contra un presidente que está actualmente en el cargo, y estoy deseando ver la investigación

federal que le va a caer encima cuando pierda las elecciones.

En tercer lugar, que Rafael Luna es tal vez el protagonista menos probable de la carrera a las presidenciales de 2020.

Es necesario redactar un discurso.

No una mera declaración, sino un discurso entero.

—¿Eso lo has escrito tú? —pregunta su madre sosteniendo en la mano el papel doblado que acaba de entregarle June a Alex en el balcón—. ¿Te ha dicho Alex que tirases a la basura la declaración que redactó nuestro secretario de prensa y que escribieras todo eso? —June se muerde el labio y hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Pues es... Es muy bueno, June. ¿Cómo es que no te estás encargando tú de escribir todos nuestros discursos?

La sala de prensa del Ala Oeste resulta demasiado impersonal, así que han convocado al equipo de prensa en la Sala de Recepciones Diplomáticas situada en la planta baja. Es la estancia en la que Franklin Delano Roosevelt grabó sus charlas junto a la chimenea, y Alex va a entrar ahí y pronunciar un discurso con la esperanza de no granjearse el odio de su país por contar la verdad.

Han traído a Henry desde Londres para que asista a la emisión televisiva. Estará junto a Alex, seguro y tranquilo, a modo de cónyuge de un político emblemático. Alex no deja de imaginar cómo va a ser: dentro de una hora, millones y millones de televisiones de todo el país van a transmitir su rostro, su voz, el texto que ha escrito June, con Henry a su lado. Todo el mundo va a saberlo todo. Ya lo sabe todo a estas alturas, pero no como hay que saberlo.

Dentro de una hora, todos los habitantes del país podrán mirar una pantalla y ver al Primer Hijo y a su novio.

Y, al otro lado del Atlántico, casi el mismo número de habitantes, mientras se toman una cerveza en un pub o cenan con su familia, levantarán la vista hacia un televisor y verán a su joven príncipe, el más apuesto, el Príncipe Azul.

Ya está. Ha llegado el 2 de octubre de 2020, el mundo entero lo habrá visto con sus propios ojos y la historia lo recordará.

Alex está esperando en el Prado Sur, teniendo a la vista los tilos de los jardines Kennedy, donde se besaron por primera vez. El helicóptero Marine Uno aterriza produciendo una fuerte cacofonía y un tremendo vendaval con sus rotores, y de él emerge Henry vestido de Burberry de la cabeza a los pies, espectacular y azotado por el viento, igual que un héroe deslumbrante que viene a besar apasionadamente a las damiselas y a desfacer entuertos, y a Alex le entran ganas de reír.

—¿Qué? —le grita Henry por encima del estruendo cuando ve la expresión que tiene en la cara.

—Que mi vida es una broma del destino y tú no eres real —le responde Alex jadeando.

—¿Qué? —chilla Henry de nuevo.

—¡Que estás impresionante!

Se escabullen para montárselo en una escalera, hasta que Zahra los encuentra y se lleva a Henry para prepararlo para las cámaras, y no tardan en ser conducidos al Salón de Recepciones Diplomáticas, porque ya ha llegado el momento.

Ha llegado el momento.

Ha transcurrido un año muy, muy largo, durante el cual Alex ha aprendido cómo es Henry de arriba abajo, y también cómo es él mismo, y también se ha dado cuenta de lo mucho que aún le queda por aprender, y así, sin más, ha llegado el momento de salir ahí, subirse a una tarima y declararlo oficialmente, sin miedo.

No tiene miedo de sus sentimientos. No tiene miedo de expresarlos. Lo único que le da miedo es lo que pueda suceder cuando los exprese.

Henry le toca la mano con delicadeza, dos dedos en su palma.

—Faltan cinco minutos para que comience el resto de nuestra vida —le dice con una sonrisa grave.

Alex, a su vez, le desliza un dedo en el hueco que separa las clavículas, por debajo del nudo de la corbata de seda granate, y empieza a contar sus inspiraciones.

—Tú eres —le dice—, sin ningún género de dudas, la peor idea que he tenido jamás.

Henry dibuja lentamente una sonrisa, y Alex la besa.

ALOCUCIÓN DEL PRIMER HIJO ALEXANDER CLAREMONT-DÍAZ DESDE LA CASA BLANCA, 2/10/2020

Buenos días.

Soy, y siempre he sido, el primero, el último y el eterno hijo de Estados Unidos.

Vosotros me habéis criado. Me crie en los pastos y las colinas de Texas, pero antes de aprender a conducir ya había visitado treinta y cuatro estados. Cuando en quinto grado pillé una gastroenteritis, mi madre mandó una nota al colegio escrita en la parte de atrás de un informe de Navidad del vicepresidente Biden. Lo siento, señor, tenemos mucha prisa y este es el único papel que he podido encontrar.

La primera vez que me dirigí a vosotros fue cuando tenía dieciocho años, en el escenario de la Convención Nacional Demócrata celebrada en Filadelfia, cuando presenté a mi madre como candidata a la presidencia. Vosotros me vitoreasteis a mí. Yo era joven y estaba lleno de esperanzas, y vosotros me dejasteis abrazar el sueño americano: que un chico que creció hablando dos idiomas, que provenía de una familia con mezcla

de razas, hermosa y estable, podía llegar a tener su hogar en la Casa Blanca.

Vosotros me prendisteis la banderita en la solapa y me dijisteis: «Peleamos por ti». Hoy me presento ante vosotros con la esperanza de no haberos decepcionado.

Hace unos años conocí a un príncipe. Y aunque en aquel momento no me di cuenta, a él también lo ha criado su país.

Lo cierto es que Henry y yo estamos juntos desde comienzos de este año. Lo cierto es que, como muchos de vosotros habréis leído, ambos hemos tenido muchas dificultades, todos los días, con lo que eso significa para nuestra familia, nuestro país y nuestro futuro. Lo cierto es que ambos hemos tenido que hacer concesiones que nos han quitado el sueño a fin de tener tiempo suficiente para explicar nuestra relación al mundo a nuestra propia manera.

No se nos ha concedido esa libertad.

Pero lo cierto es, también, algo muy simple: que el amor es imposible de domar. Esto es algo en lo que Estados Unidos ha creído siempre. Y, por lo tanto, no me

avergüenzo de estar hoy aquí, un lugar en el que han estado presidentes, y decir que amo a Henry igual que Jack amó a Jackie, igual que Lyndon amó a lady Bird. Toda persona que lleve consigo un legado escoge un compañero con el cual compartir dicho legado, un compañero que el pueblo americano llevará siempre a su lado, en su corazón, en su recuerdo y en sus libros de historia. Estados Unidos: Henry es el compañero que escojo yo.

Al igual que otros muchos americanos, temía expresar esto en voz alta por las consecuencias que pudiera acarrear. A vosotros, concretamente, os digo que os estoy viendo. Que soy uno de vosotros. Siempre que tenga un lugar en la Casa Blanca, vosotros también lo tendréis. Soy el Primer Hijo de Estados Unidos, y soy bisexual. La historia nos recordará.

Si puedo pedir una sola cosa al pueblo americano, es la siguiente: por favor, no permitáis que mis acciones influyan en la decisión que debéis tomar en noviembre. La decisión que tomaréis este año es mucho más importante que nada de lo que yo pueda decir o hacer, y determinará el destino de este país

en los años venideros. Mi madre, vuestra presidenta, es el guerrero y el adalid que merece cada americano para tener otros cuatro años de crecimiento, progreso y prosperidad. Por favor, no permitáis que mis acciones nos hagan retroceder. Les pido a los medios de comunicación que no se concentren en Henry ni en mí, sino en la campaña, en las políticas, en la vida y el bienestar de millones de americanos, que son las cosas que nos jugamos en estas elecciones.

Y, por último, espero que este país recuerde que sigo siendo el hijo que se crio aquí. Mi sangre aún es la sangre de Lometa, Texas, y San Siego, California, y también Ciudad de México. Aún me acuerdo de cuando oí vuestras voces desde aquella tarima de Filadelfia. Todas las mañanas me despierto pensando en vuestras localidades de origen, en las familias que he conocido en los mítines de Idaho, de Oregón y de Carolina del Sur. Jamás he abrigado la esperanza de ser nada más que lo que era para vosotros en aquel momento y lo que soy para vosotros ahora: el Primer Hijo, comprometido con vosotros en mis palabras y en mis actos. Y mi

```
esperanza es que cuando llegue otra
vez el Día de la Inauguración, en
enero, continúe siéndolo.
```

Las primeras veinticuatro horas después del discurso transcurren como en una nebulosa, pero hay unas cuantas instantáneas que se le quedarán grabadas en la memoria para el resto de su vida.

Una imagen: la mañana siguiente, otra muchedumbre congregada en el Mall, la más grande hasta ahora. Por seguridad, se queda dentro de la Residencia, pero se junta con Henry, June, Nora y los tres progenitores en la sala de estar de la segunda planta a ver la transmisión en directo de la CNN. A mitad de la transmisión aparece Amy a la cabecera de la muchedumbre, llevando la camiseta amarilla de June que reza: ASÍ QUE LA HISTORIA, ¿EH? y la banderita de los transexuales. A su lado está Cash, llevando a hombros a la esposa de Amy, que lleva puesta la cazadora vaquera que Amy estaba bordando en el avión con los colores de la bandera pansexual. Lanza un chillido tan impetuoso que derrama el café sobre la alfombra favorita de George Bush.

Otra imagen: el senador Jeffrey Richards, con su estúpida cara de Sam el Águila, hablando en la CNN acerca de lo mucho que le preocupa que la presidenta Claremont vaya a ser capaz de mantenerse imparcial en cuestiones de valores de la familia tradicional, teniendo en cuenta las acciones que lleva a cabo su hijo en los sacrosantos recintos de la casa que construyeron nuestros antepasados. Seguido por el senador Óscar Díaz, respondiendo vía satélite que el principal valor de la presidenta Claremont es el de defender la Constitución, y que la Casa Blanca no fue construida por nuestros antepasados, sino por esclavos.

Otra imagen: la expresión que se dibuja en el rostro de Rafael Luna cuando levanta la vista de su escritorio y descubre a Alex de pie en la puerta de su despacho.

—¿Para qué tienes un equipo de personas? Nadie ha intentado nunca impedirme que viniera directamente hasta aquí.

Luna lleva puestas las gafas de leer y tiene cara de llevar varias semanas sin afeitarse. Sonríe con cierta aprensión.

Después de que Alex descodificara el mensaje contenido en el correo electrónico, su madre llamó a Luna y le dijo, sin hacerle preguntas, que le proporcionaría total protección contra posibles acusaciones de delito penal si él la ayudaba a derribar a Richards. Alex sabe que también su padre ha hablado con él. Luna no sabe nada del resentimiento que hay entre sus padres, pero esta es la primera vez que han hablado.

—Si crees que a cada una de las personas que contrato no le digo el primer día que tú tienes vía libre para entrar aquí —responde—, es que no sabes bien quién eres.

Alex sonríe de oreja a oreja, mete la mano en el bolsillo y saca una bolsa de Skittles que a continuación deposita en la mesa del senador.

Luna se la queda mirando.

De un tiempo a esta parte, la silla está situada junto al escritorio, y la aparta.

Aún no ha tenido ocasión de hablar con él, y no sabe por dónde empezar. Ni siquiera considera que eso sea lo primero que hay que hacer. Observa cómo Luna abre la bolsa de caramelos y deja caer unos pocos encima de sus papeles.

Hay una pregunta flotando en el aire, y los dos son conscientes de ella. Alex no quiere formularla. Acaban de recuperar a Luna, y teme perderlo de nuevo si oye la respuesta. Pero necesita oírla.

—¿Lo sabías? —pregunta por fin—. Antes de que sucediera, ¿ya sabías lo que Richards iba a hacer?

Luna se quita las gafas y las deposita sobre la mesa con gesto grave.

—Alex, ya sé que... he destruido completamente la fe que tenías depositada en mí, así que no te reprocho que me preguntes esto —dice. Se inclina hacia delante apoyándose en los codos y mira a Alex a los ojos con intensidad—. Pero necesito que sepas que yo nunca permitiría, de manera intencionada, que te sucediera algo así. Nunca. No tenía ni idea hasta que la cosa se hizo pública. Igual que tú.

Alex deja escapar un largo suspiro.

—De acuerdo —dice. Ve que Luna vuelve a recostarse contra su asiento. Observa las finas arrugas de su rostro, ligeramente más pronunciadas que antes—. Bueno, ¿y qué es lo que ocurrió?

Luna suspira con ademán cansado. A Alex le viene a la memoria lo que le dijo su padre cuando estaban en el lago: que Luna todavía guardaba muchos secretos ocultos.

—A ver —dice—. ¿Sabes que yo estuve trabajando para Richards de becario?

Alex pestañea.

—¿Qué?

Luna ríe levemente, sin humor.

—Sí, ya imagino que no lo sabías. Richards se aseguró muy bien de eliminar las pruebas. Pero sí, fue en el año 2000. Yo tenía diecinueve años y él estaba de fiscal general en Utah. Le debía un favor a uno de mis profesores universitarios.

Luna explica que circulaban rumores entre los empleados de las categorías generales. Normalmente entre las becarias, pero de vez en cuando algún chico especialmente guapo, justo como él. Promesas por parte de Richards: mentoría, contactos, invitaciones a tomar algo al salir del trabajo, todo ello con la clara implicación de que la negativa era inaceptable.

—En aquella época yo no tenía nada —dice Luna—, ni dinero, ni familia, ni contactos, ni experiencia. Y me dije que aquella era la única manera de meter la cabeza, que a lo mejor Richards hablaba en serio.

Calla unos instantes y toma aire. Alex nota unos incómodos retortijones en el estómago.

—Mandó un coche, me obligó a reunirme con él en un hotel y me emborrachó. Quería... Intentó... —Hace una mueca y deja la frase sin terminar—. En fin, me escapé. Recuerdo que aquella noche, cuando llegué a casa, el chico con el que compartía piso me miró largamente y me ofreció un cigarrillo. A propósito, ahí fue cuando empecé a fumar.

Ha estado todo el tiempo mirando los Skittles que tiene sobre la mesa, separando los rojos de los anaranjados, pero al llegar a este punto levanta la vista y mira a Alex con una sonrisa triste.

—Al día siguiente, fui a trabajar como si nada hubiera ocurrido. Estuve charlando de trivialidades con él en la salita de descanso, porque quería que todo continuase bien, y me odié profundamente a mí mismo por ello. De

manera que la siguiente vez que me envió un correo, fui a su despacho y le dije que si no me dejaba en paz se lo contaría a los periódicos. Y ahí fue cuando sacó el expediente.

»Lo denominó «póliza de seguros». Tenía conocimiento de cosas que había hecho yo cuando era adolescente, sabía que mis padres me habían echado de casa y que había estado en un hogar para menores, sabía que tengo familiares que carecen de papeles. Me dijo que si alguna vez decía una sola palabra de lo que había sucedido, no solo perdería toda posibilidad de hacer carrera en la política, sino que además me destrozaría la vida. Destrozaría la vida a mis familiares. Así que cerré la boca.

Cuando vuelve a mirar a Alex su expresión es dura y glacial. Una ventana que acaba de cerrarse de golpe.

—Pero jamás lo olvidé. Lo veía en la cámara del Senado, y él me miraba como si le debiese algo, porque no me había destruido cuando había podido. Y yo sabía que él iba a hacer todo lo necesario, por rastrero que fuera, para ganar la presidencia, y no podía permitir que un puto depredador como él se convirtiese en el hombre más poderoso del país, si estaba en mi mano impedirlo.

Luna se vuelve girando levemente los hombros, como si estuviera sacudiéndose unos pocos copos de nieve, y gira en su sillón para coger unos cuantos Skittles y echárselos en la boca. Intenta actuar con naturalidad, pero lo cierto es que le tiemblan las manos.

Explica que el momento en que tomó la decisión fue este verano pasado, cuando vio a Richards en la televisión hablando del programa Jóvenes Congresistas. Explica que, ahora que tenía más acceso, podía buscar y filtrar pruebas de abusos. Aunque ya fuera demasiado viejo para que Richards quisiera follárselo, podría hacerle el juego; convencerlo de que él no creía que Ellen pudiera ganar, de que él obtendría el voto de los hispanos y de los moderados a cambio del poder.

—Me odié a mí mismo todos y cada uno de los días que trabajé en esa campaña, pero pasé todo el tiempo buscando pruebas. Me iba acercando. Estaba tan concentrado, tan obsesionado con ello que... no me daba cuenta de si se comentaba algo sobre ti. No tenía ni idea. Pero cuando todo salió a la luz... Lo supe. Pero no podía demostrarlo. Sin embargo, tenía acceso a los

servidores. No sé gran cosa de ese tema, pero en mi época de joven anarquista sí que me había movido por ahí lo suficiente para conocer gente que sabía cómo volcar archivos. No me mires así. No soy tan viejo.

Alex ríe, y Luna ríe también, lo cual supone un alivio, como si hubiera vuelto a entrar el aire en la habitación.

—Sea como sea, explicároslo todo a tu madre y a ti era la forma más rápida de dejar a Richards con el culo al aire, y sabía que de eso podía encargarse Nora. Y que tú lo comprenderías.

Otra vez guarda silencio y da vueltas al caramelo en la boca. Alex se decide a hacerle la pregunta.

—¿Lo sabía mi padre?

—¿Que yo era un agente triple? No, no lo sabe nadie. La mitad de mis empleados se fueron porque no sabían nada. Mi hermana lleva varios meses sin hablarme.

—No, me refiero a lo que te hizo Richards.

—Alex, tu padre es la única persona viva, aparte de ti, con la que he hablado de este tema —replica Luna—. Tu padre se comprometió a ayudarme cuando yo no se lo permití a nadie más, y nunca dejaré de estarle agradecido. Pero él quería que contase lo que me había hecho Richards, y yo... no podía. Le dije que era un riesgo para mi carrera que no quería asumir, pero la verdad es que no creía que lo que le sucedió a un adolescente mexicano hace veinte años fuera a perjudicarlo de forma sensible. No creí que la gente fuera a creerme.

—Yo te creo —responde enseguida Alex—. Pero me gustaría que me hubieras contado lo que estabas haciendo. A mí o a alguna otra persona.

—Habríais intentado impedírmelo —dice Luna—. Todos.

—Es que... Raf, era un plan demencial.

—Ya lo sé. Y no sé si alguna vez podré reparar el daño que he causado, pero, sinceramente, me da lo mismo. He hecho lo que tenía que hacer. Por nada del mundo podía permitir que Richards ganase. Mi vida entera ha sido una lucha. De modo que he luchado.

Alex reflexiona unos instantes. Es fácil de entender; le recuerda a la misma lucha interior que ha estado teniendo él consigo mismo. Y piensa en una cosa en la que no se ha permitido pensar desde que empezó todo esto a

raíz de lo sucedido en Londres: el resultado de su examen de acceso a la Facultad de Derecho, que espera en la mesa de su dormitorio, dentro de un sobre sin abrir. ¿Cómo puede uno hacer todo el bien posible?

—Por cierto —dice Luna—, te pido disculpas por las cosas que te dije. —No es necesario que especifique—. Estaba... muy jodido.

—No pasa nada —responde Alex, y lo dice en serio. Ya lo perdonó antes de entrar en su despacho. Pero agradece que le pida disculpas—. Yo también lo siento. Pero que sepas que si después de todo esto se te ocurre volver a llamarme «hijo», me lío contigo a hostias.

Luna suelta una carcajada.

—Mira, ya has tenido tu primer escándalo sexual. De modo que ya no tienes que sentarte a la mesa de los niños.

Alex afirma complacido, se estira en su silla y cruza las manos por detrás de la cabeza.

—Tío, estar con Richards tiene que ser un auténtico infierno. Aunque ahora vayas a hacerlo todo público, los heterosexuales siempre quieren que los cabrones homófobos no salgan del armario, para así poder lavarse las manos. Como si noventa y nueve de cada cien no fueran personas intolerantes y llenas de odio.

—Sí, sobre todo teniendo en cuenta que, según parece, soy el único becario masculino al que Richards llevó a un hotel. Lo mismo sucede con cualquier otro depredador: no tiene nada que ver con la sexualidad, sino con el poder.

—¿Vas a contar algo —le pregunta Alex— a estas alturas?

—He estado reflexionando mucho sobre ese punto. —Se inclina hacia delante—. La mayoría de las personas más o menos ya han deducido que la filtración procede de mí. Y creo que tarde o temprano alguien vendrá a mí con una acusación que aún esté dentro del plazo de prescripción. Entonces podremos iniciar una investigación por parte del Congreso. Será genial. Eso sí que marcará una diferencia.

—¿Has dicho «podremos»? —pregunta Alex.

—Bueno —contesta Luna—, me refiero a alguna otra persona que posea experiencia jurídica.

—¿Es una insinuación?

—Es una sugerencia —replica Luna—. No voy a decirte lo que debes hacer con tu vida. Ya estoy bastante ocupado intentando ordenar la mía. Fíjate en esto. —Se arremanga la camisa—. Llevo un parche de nicotina, tío.

—No me jodas —exclama Alex—. ¿De verdad estás dejando de fumar?

—Soy un hombre nuevo, me he desembarazado de los demonios de mi pasado —dice Luna con solemne acento, imitando el gesto de hacerse una paja.

—Me siento orgulloso de ti.

—Hola —dice una voz desde la puerta del despacho.

Es su padre, vestido con camiseta y vaqueros y con un paquete de seis cervezas en la mano.

—Óscar —saluda Luna con una ancha sonrisa—. Precisamente estábamos hablando de que he diezmado mi reputación y he acabado con mi carrera en la política.

—Ah —responde él acercando otra silla y pasando las cervezas—. Tiene pinta de ser un tema de discusión para los Bastardos.

Alex abre su lata de cerveza con un chasquido.

—También podemos hablar de que es posible que yo le cueste a mamá el salir reelegida, porque soy una bola de demolición: un bisexual que ha sacado a la luz lo vulnerable que es el servidor de correo electrónico privado de la Casa Blanca.

—¿Tú crees? —replica su padre—. Qué va. Venga ya. No creo que estas elecciones vayan a depender de un servidor informático.

Alex enarca una ceja.

—¿Estás seguro de eso?

—Mira, puede que sí, si Richards hubiera tenido más tiempo para sembrar esas semillas de duda, pero no creo que haya sucedido tal cosa. O si estuviéramos en 2016. O si esto no fuera un país que ya ha elegido a una mujer en una ocasión para el cargo de mayor responsabilidad. O si yo no estuviera sentado en una oficina con los tres gilipollas responsables de elegir al primer candidato abiertamente homosexual al Senado de Estados Unidos en toda su historia. —Alex lanza un silbido y Luna inclina la cabeza y levanta su cerveza—. Pero no. ¿Esto va a ser un grano en el culo de tu

madre durante su segundo mandato? Pues sí. Pero lo llevará bien.

—Vaya, Óscar —le dice Luna al tiempo que bebe un trago—, tienes respuesta para todo.

—Mira —dice el aludido—, en esta maldita campaña alguien tiene que conservar la calma mientras todo el mundo se vuelve catastrofista. Todo va a salir bien. Estoy convencido de ello.

—¿Y qué pasa conmigo? —pregunta Alex—. ¿Consideras que tengo alguna posibilidad en la política después de haber aparecido como una supernova en todos los periódicos del mundo?

—Te tienen pillado —contesta Óscar encogiéndose de hombros—. Cosas que pasan. Pero dales tiempo. Prueba otra vez.

Alex responde riendo, pero aun así se frota un hormigueo que siente en lo hondo el pecho. Algo que no es Claremont sino Díaz; ni mejor ni peor, solo distinto.

Henry dispone de una habitación para él solo mientras se encuentra en la Casa Blanca. La Corona le ha dado dos noches de permiso antes de hacerlo regresar a Inglaterra para que efectúe, él también, una gira de control de daños. Una vez más, tienen la suerte de contar con Catherine como aliada; Alex duda que la reina hubiera sido tan generosa.

Esto es, concretamente, lo que hace que resulte un tanto paradójico que la habitación de Henry, la que suele destinarse a los invitados de la realeza, se llame el Dormitorio de la Reina.

—Es de un rosa un tanto... agresivo, ¿no te parece? —murmura Henry con voz soñolienta.

En efecto, este dormitorio está decorado en un color rosa que resulta agresivo, siguiendo el estilo federal: rosa en las paredes, rosa en las alfombras y en las colchas, rosa en las tapicerías de todos los muebles, desde las sillas y el diván hasta el dosel apoyado en los cuatro pilares de la cama.

Henry ha accedido a dormir aquí en vez del dormitorio de Alex, «porque respeto a tu madre», como si todas las personas que han participado en la educación de Alex no hubieran leído con todo detalle las travesuras que hace cuando comparte cama con Henry. Alex, que ha venido a hurtadillas desde el Dormitorio Este, situado al final del pasillo, no tiene

esos complejos, y se divierte con estas leves quejas de Henry.

Se han despertado medio desnudos y calentitos, arropados, mientras por debajo de los visillos de encaje se filtran los primeros fríos del otoño. Alex, canturreando en voz baja, pega su cuerpo al de Henry bajo las mantas, el pecho de Henry contra su espalda, el trasero contra su...

—Aaah, hola —murmura Henry moviendo involuntariamente las caderas al sentir el contacto. No alcanza a verle la cara, pero Alex de todas formas sonríe.

—Buenos días —dice Alex agitando un poquito el trasero.

—¿Qué hora es?

—Las siete y treinta y dos.

—Mi vuelo sale dentro de dos horas.

Alex hace un leve ruidito gutural y se vuelve. Encuentra el rostro de Henry, cercano y blando, con los ojos entrecerrados.

—¿Seguro que no necesitas que te acompañe?

Henry hace un gesto negativo con la cabeza sin levantarla de la almohada, de modo que se frota la mejilla contra ella. Encantador.

—Tú no eres el que ha puesto a bajar de un burro a la monarquía y a su propia familia en unos correos electrónicos que ha leído todo el mundo. Eso tengo que arreglarlo yo solito, antes de que puedas venir otra vez.

—Me parece justo —contesta Alex—. Pero ¿será pronto?

La boca de Henry se distiende en una sonrisa.

—Por supuesto. Tienes que hacerte las fotos como pretendiente, firmar las tarjetas de Navidad... Ah, a lo mejor te obligan a sacar una línea de productos para el cuidado de la piel, como a Martha...

—Basta —gime Alex metiéndole un dedo entre las costillas—. Te estás divirtiendo demasiado con esto.

—Me estoy divirtiendo lo justo —protesta Henry—. Pero, poniéndome serio, te diré que... da miedo, pero resulta en cierto modo agradable hacer esto yo solo. Es algo que no he podido hacer... en fin, nunca.

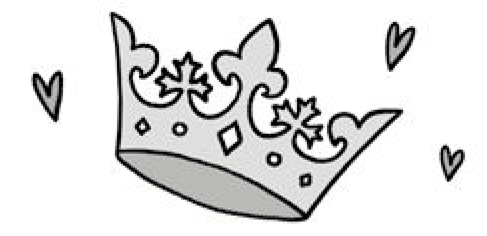
—Ya —coincide Alex—. Estoy orgulloso de ti.

—Oh —responde Henry imitando el acento americano y soltando una carcajada, y Alex le propina un codazo.

Henry lo atrae hacia sí para besarlo, cabello color arena encima de las

sábanas de color rosa, pestañas largas, piernas largas y ojos azules, unas manos elegantes que aprisionan sus muñecas contra el colchón. Es el conjunto de todo lo que le ha encantado siempre de Henry, concentrado en un único instante, en una risa, en el modo en que tiembla, en la seguridad en sí mismo con que arquea la espalda, en el sexo feliz y sin trabas del que disfrutan dentro del ojo del huracán.

Hoy, Henry regresa a Londres. Hoy, él regresa a los viajes de la campaña. Ambos tienen que buscar la manera de hacer esto en la realidad, de amarse el uno al otro a la vista de todos. Él está seguro de que sabrán encontrar la manera.



QUINCE

CASI CUATRO SEMANAS MÁS TARDE

–Déjame que te arregle el pelo, cielo.

—Mamá...

—Perdona, ¿te da vergüenza? —pregunta Catherine mientras, con las gafas en la punta de la nariz, arregla la tupida cabellera de Henry—. Me darás las gracias cuando no te veas en el retrato oficial luciendo un enorme remolino.

Alex tiene que reconocer que el fotógrafo de la Familia Real hace gala de una gran dosis de paciencia con todo esto, sobre todo si se tiene en cuenta que la sesión ha tenido lugar en tres escenarios distintos: Kensington Gardens, la asfixiante biblioteca del palacio de Buckingham y el patio del palacio de Hampton Court, antes de que tomaran la decisión de tirarlo todo a la basura y escoger un banco de Hyde Park, cerrado para la ocasión.

(«¿Igual que un vagabundo?», comentó la reina Mary. «Cállate, mamá», le dijo Catherine.)

Existe una cierta necesidad de tomar retratos, ahora que Alex se encuentra oficialmente en el período de «cortejo» con Henry. Procura no pensar demasiado en que dentro de poco verá su rostro en las chocolatinas y en las chancletas que se venden en las tiendas de regalos de Buckingham. Por lo menos, estará al lado del rostro de Henry. Las fotos como estas siempre conllevan ciertos cálculos psicológicos. Los estilistas de la Casa Blanca visten a Alex con ropa de diario: zapatos marrones de piel, pantalón deportivo de pernera estrecha y de color tostado, polo Ralph Lauren con el cuello suelto; sin embargo, en este contexto ese atuendo desprende seguridad en sí mismo y resulta un poco canalla, claramente americano.

Henry lleva una camisa de Burberry por dentro de unos vaqueros oscuros y una chaqueta de punto azul marino acerca de la cual los estilistas de la Familia Real han pasado varias horas discutiendo en Harrods. Desean que transmita la digna imagen de un perfecto intelectual británico, un novio enamorado al que aguarda un brillante futuro como académico y filántropo. Hasta le han colocado unos cuantos libros al lado, en el banco.

Alex observa al príncipe, que protesta y pone los ojos en blanco bajo las manos de su madre, y sonríe al pensar en lo mucho más que se acerca este acicalamiento al verdadero, el complicado Henry. Todo a lo que puede acercarse durante una campaña de relaciones públicas.

Les toman como un centenar de fotografías simplemente sentados en el banco, el uno al lado del otro, sonriendo. Una parte de Alex continúa dando vueltas al increíble hecho de que él se encuentre aquí, en medio de Hyde Park, delante de Dios y de todo el mundo, agarrando la mano de Henry encima de su rodilla, para la cámara.

—Si el Alex de hace ahora exactamente un año pudiera ver esto... —comenta inclinándose hacia el oído de Henry.

—Diría: «Oh, ¿estoy enamorado de Henry? Seguramente por eso soy tan cabrón con él todo el tiempo» —sugiere el príncipe.

—¡Eh! —grazna Alex.

Henry se ríe de su propio chiste y de la indignación de Alex, y le pasa un brazo por los hombros. Alex cede y ríe también, de corazón y con ganas, ya desaparecida toda esperanza de adoptar un tono serio para lo que queda de día. El fotógrafo da por finalizada la sesión, y los protagonistas quedan libres.

Catherine afirma que ha tenido un día muy ajetreado: tres reuniones antes del té de media tarde para hablar de mudarse a una residencia real en una zona de Londres que sea más céntrica, dado que ha empezado a asumir más responsabilidades que nunca. Alex ve cómo le brillan los ojos: a no mucho tardar, empezará a lanzarse a la caza del trono. Opta por no decirle todavía a Henry nada a ese respecto, pero siente curiosidad por saber cómo evolucionará el tema. Catherine los besa a los dos y los deja en compañía de los guardaespaldas.

El camino de regreso a Kensington, siguiendo el estanque Long Water,

no es muy largo. Se reúnen con Bea en el invernadero de naranjos, donde se encuentran trabajando laboriosamente una decena de personas del equipo de planificación de eventos para montar un escenario. Bea, con el pelo recogido en una cola de caballo y calzada con botas de agua, recorre las hileras de sillas dispuestas en la hierba al tiempo que habla por teléfono en tono terminante acerca de algo denominado *cullen skink*; para qué demonios va a haber pedido ella *cullen skink*; aunque hubiera pedido *cullen skink*, de ninguna manera necesitaría nada menos que veinte litros de *cullen skink*. Punto.

—¿Se puede saber qué diablos es un *cullen skink*? —pregunta Alex una vez que ha colgado.

—Una sopa hecha con abadejo ahumado —explica Bea—. ¿Qué, Alex, has disfrutado de tu primer montaje para la prensa?

—No ha estado mal —responde Alex con una sonrisita.

—Mamá está desconocida —dice Henry—. Esta mañana se ha ofrecido a revisar mi manuscrito. Es como si intentase compensar los cinco años de absentismo como madre. Lo cual, por supuesto, me encanta, y agradezco el esfuerzo, pero, en fin.

—Se está esforzando, H —le dice Bea—. Ha estado bastante tiempo sin hacer nada, deja que vaya calentando un poco los músculos.

—Ya lo sé —responde Henry con un suspiro, en cambio la expresión de sus ojos es afectuosa—. ¿Qué tal van las cosas por aquí?

—Bueno, ya sabes —dice Bea agitando el teléfono en el aire—. Simplemente es el viaje inaugural de mi muy controvertido fondo destinado a fines benéficos, sobre el que se juzgarán todas las acciones que lleve a cabo en el futuro, de manera que sin presión. Tan solo estoy ligeramente enfadada contigo porque no lo has transformado en la Fundación Henry-Fondo Beatrice, de ese modo podría descargar sobre ti la mitad de todo este estrés. Todo esto de recaudar fondos para la sobriedad va a darme ganas de beber. —Da una palmadita a Alex en el brazo—. No te preocupes, Alex, son chistes de borrachos.

Bea y Henry han tenido un mes de octubre tan ajetreado como su madre. En esa primera semana ha habido que tomar muchas decisiones: ¿deben hacer caso omiso de lo que revelan los correos electrónicos acerca

de Bea? (no); ¿se debe obligar a Henry a hacer el servicio militar, después de todo? (tras varios días de deliberaciones, no), y, sobre todo, ¿de qué manera se puede transformar todo esto en algo positivo? La solución ha sido que a Bea y a Henry se les han ocurrido sendos proyectos filantrópicos bautizados con sus nombres: a Bea, un fondo para fines benéficos en apoyo de un programa de recuperación de drogadictos por todo el Reino Unido; a Henry, una fundación que velará por los derechos del colectivo LGTB.

A mano derecha se están levantando rápidamente las vigas de iluminación del escenario en el que esta noche Bea va a ofrecer un concierto de ocho mil libras la entrada, acompañada por una orquesta en vivo y varios famosos que han sido invitados. Será su primer evento individual para recaudar fondos.

—Ojalá pudiera quedarme a ver el concierto —se lamenta Alex.

Bea sonríe de oreja a oreja.

—Es una lástima que Henry haya pasado toda la semana demasiado ocupado firmando papeles con tía Pezza para aprenderse unas cuantas partituras, podríamos haber despedido a nuestro pianista.

—¿Qué papeles? —pregunta Alex alzando una ceja.

Henry mira a su hermana para hacerla callar.

—Bea...

—Para los hogares para menores —explica ella.

—Beatrice —la reprende Henry—, iba a ser una sorpresa.

—Oh —dice Bea, y enseguida vuelve a su teléfono—. Lo siento.

Alex mira a Henry.

—¿Qué pasa aquí?

Henry lanza un suspiro.

—Íbamos a esperar para anunciarlo, y para decírtelo a ti, obviamente, hasta que hubieran pasado las elecciones para no interferir con tu momento, pero... —Se mete las manos en los bolsillos, el gesto que hace siempre que se siente orgulloso de algo, pero intenta no parecerlo—. Mi madre y yo hemos acordado que la fundación no debe ser solo nacional, que hay muchas cosas por hacer en el resto del mundo, y yo concretamente quiero concentrarme en los jóvenes homosexuales que no tienen hogar. Así que Pez ha firmado todos los papeles de nuestros hogares para menores

patrocinados por la Fundación Okonjo. —Rebota ligeramente sobre los talones; se le nota que está reprimiéndose para no sonreír—. Estás viendo al orgulloso padre de cuatro futuros albergues que se construirán por todo el mundo para adolescentes homosexuales que carecen de hogar.

—Oh, Dios mío, serás cabrón —exclama Alex, y acto seguido se abalanza contra Henry y le echa los brazos al cuello—. ¡Es increíble! Cuánto te quiero. —De repente se aparta de él, aturdido—. Espera un momento, esto incluye también el de Brooklyn, ¿me equivoco?

—Así es.

—¿No me dijiste que querías participar personalmente en los asuntos de la fundación? —dice Alex con el pulso acelerado—. ¿No te parece que sería de gran ayuda que la fundación contase con tu supervisión directa en la fase de arranque?

—Alex —le dice Henry—, no puedo mudarme a vivir a Nueva York.

Bea levanta la vista.

—¿Por qué no?

—Porque soy el príncipe de... —Henry mira fijamente a su hermana, señala con un gesto el invernadero y el palacio, y farfulla—: ¡De esto!

Bea, impertérrita, se encoge de hombros.

—¿Y? No tiene por qué ser algo permanente. Ya pasaste un mes de tu año sabático hablando con los yaks de Mongolia. No creo que eso tenga precedentes.

Henry, siempre escéptico, mueve la boca un par de veces, y luego se vuelve otra vez hacia Alex.

—Bueno, a ti seguiría viéndote bastante poco, ¿no? —razona—. Si tú estás en Washington todo el tiempo por motivos de trabajo, iniciando tu meteórico ascenso hacia la estratosfera de la política...

Alex tiene que reconocer que en este punto Henry lleva razón. Una razón que, después del año que ha tenido, después de todo, después de haber abierto por fin el sobre que aguardaba expectante en su mesa y que contenía el resultado del examen de acceso y haber visto que era perfectamente aceptable, le resulta cada día menos concreta.

Decide abrir la boca para expresarlo en voz alta.

—Hola —dice en ese momento una voz a su espalda.

Todos se vuelven y se encuentran con Philip, almidonado y acicalado, que viene andando por la hierba.

Alex percibe un levísimo aleteo en el aire que indica que Henry ha enderezado automáticamente la espalda. Hace dos semanas, Philip vino a Kensington a pedir disculpas tanto a Henry como a Bea por los años transcurridos desde la muerte de su padre, las palabras duras, el autoritarismo, el intenso escrutinio; principalmente por haber dejado de ser una persona altiva y complaciente para convertirse en un gilipollas engreído, presionado por la posición que ocupa y por la manipulación de la reina.

—Se ha enemistado con la abuela —le dijo Henry a Alex por teléfono —. Ese es el único motivo por el que me creo lo que diga.

Así y todo, hay cosas que ya no se pueden reparar. Cada vez que ve el estúpido rostro de Philip, a Alex le entran ganas de arrearle un puñetazo, pero es pariente de Henry, no suyo, de modo que no llega a hacer realidad ese deseo.

—Philip —saluda Bea con frialdad—. ¿A qué debemos este placer?

—Acabo de tener una reunión en Buckingham —contesta Philip. El significado queda flotando en el aire: una reunión con la reina porque él es el único que todavía está dispuesto—. Y he querido venir a ver si podía ayudar en algo. —Se fija en las botas Wellington que calza Bea, al lado de sus relucientes zapatos de vestir, que aguardan en la hierba—. ¿Sabes? No es necesario que estés aquí haciendo esto, tenemos personal de sobra que puede encargarse de estas tareas.

—Ya lo sé —contesta Bea con altivez, princesa hasta la médula—. Pero es que quiero hacerlas yo.

—Bien —dice Philip—. Naturalmente. En fin... ¿Puedo ayudar en algo?

—La verdad es que no, Philip.

—De acuerdo. —Philip se aclara la garganta—. Henry, Alex. ¿Qué tal ha ido la sesión de fotos?

Henry parpadea; está claro que le ha sorprendido el hecho de que Philip le pregunte esto. Alex tiene suficiente instinto diplomático para no abrir la boca.

—Muy bien —responde Henry—. Sí, ha ido muy bien. Aunque ha sido

un poco incómodo estar tanto tiempo sentado.

—Recuerdo —dice Philip— que cuando Martha y yo hicimos nuestra sesión de fotos, tenía un horrible sarpullido en el culo por culpa de una absurda broma que me había gastado esa semana uno de mis amigos de la universidad con un roble venenoso, y me pasé la sesión entera luchando por mantenerme quieto y no quitarme el pantalón en medio de Buckingham, y no digamos ya por hacerme una foto en la que saliera bien. Creí que Martha iba a matarme. Espero que la vuestra haya salido mejor.

Emite una risita incómoda; se hace obvio que está intentando establecer un vínculo con ellos. Alex se rasca la nariz.

—En fin, pues buena suerte, Bea.

Philip se va con las manos en los bolsillos, y los tres se quedan contemplando su retirada hasta que empieza a perderse de vista por detrás de los altos setos.

Bea deja escapar un suspiro.

—¿Debería haberle permitido que se las viera con el tipo del *cullen skink* en mi lugar?

—Todavía no —responde Henry—. Dale seis meses más. Aún no se lo ha ganado.

¿Azul o gris? ¿Gris o azul?

A Alex jamás en toda su vida le ha costado tanto decidirse entre dos chaquetas igualmente inocuas.

—Esto es una estupidez —dice Nora—. Las dos son de lo más aburrido.

—¿Quieres hacer el favor de ayudarme a escoger, y ya está? —le dice Alex.

Sostiene una chaqueta en cada mano sin hacer caso del gesto de crítica de ella, que está sentada encima de la cómoda. Las fotos que se tomen mañana, en la noche de las elecciones, se gane o se pierda, le perseguirán toda la vida.

—Alex, lo digo en serio. Son horribles las dos. Necesitas ponerte algo rompedor, esta podría ser tu última actuación, tu canto del cisne.

—Vale, no vamos a...

—Sí, de acuerdo, tienes razón: si las encuestas aciertan, ganaremos —dice Nora bajándose de la cómoda de un salto—. ¿Quieres que hablemos de por qué estás apostando tan fuerte por este momento particular de tu carrera como una persona que se arriesga y que viste a la moda?

—No —contesta Alex, y vuelve a agitar las perchas con las chaquetas—. ¿Azul o gris?

—Vale. —Nora no le hace caso—. Entonces voy a decirlo yo: es porque estás nervioso.

Alex pone los ojos en blanco.

—Naturalmente que estoy nervioso, Nora, se trata de unas elecciones presidenciales, y la presidenta me parió a mí.

—Prueba con otra cosa.

Nora lo mira con una expresión que viene a decir: «He analizado todos los datos que me indican que estás mintiendo como un bellaco». Alex suelta un largo bufido.

—Está bien —dice—. De acuerdo. Estoy nervioso por lo de regresar a Texas.

Arroja las dos chaquetas sobre la cama. Mierda.

—Siempre he tenido la sensación de que el hecho de que Texas me reclamase como hijo suyo era, no sé, algo condicionado. —Empieza a pasear por el dormitorio, frotándose la nuca—. Todo eso de ser medio mexicano y cien por cien demócrata. Allí hay un contingente muy visible al que no caigo bien y que no quiere que yo lo represente. Y ahora resulta que no soy heterosexual, que tengo un novio, que he protagonizado un escándalo sexual con un príncipe europeo. Ya no sé.

Alex adora Texas, cree en Texas. Pero no sabe si Texas todavía lo ama a él.

Ya ha llegado al otro extremo de la habitación; Nora lo mira fijamente e inclina la cabeza hacia un lado.

—De manera que... ¿te da miedo ponerte algo que cause demasiada sensación en tu primer viaje a casa después de desvelar que eres gay, porque tienes miedo de herir la delicada sensibilidad hetero de los texanos?

—Principalmente.

Ahora Nora lo mira más bien como si fuera un problema de muy

compleja solución.

—¿Has echado un vistazo a lo que dicen de ti las encuestas en Texas, desde el mes de septiembre?

Alex traga saliva.

—No. Es que... —Se pasa una mano por la cara—. De solo pensarlo, ya me estreso. No sé, hago intención de mirar los datos, pero enseguida me echo para atrás.

La expresión de Nora se suaviza, pero no se acerca a Alex, quiere darle espacio.

—Alex, podrías haberme preguntado a mí. Los datos no son desfavorables.

Alex se muerde el labio.

—¿No?

—Alex, la base que tenemos en Texas no se ha modificado desde septiembre. No ha cambiado en absoluto. Si acaso, les caes todavía mejor. Y, además, hay muchos indecisos a los que ha cabreado el hecho de que Richards haya querido perjudicar a un texano. Te va bien de verdad.

Oh.

Alex exhala el aire, tembloroso, y se pasa una mano por el pelo. Vuelve hacia donde está Nora y se aleja de la puerta; ahora cae en la cuenta de que había ido gravitando hacia la salida, obedeciendo el reflejo de luchar o huir.

—De acuerdo.

Se deja caer sobre la cama.

Nora se sienta a su lado, con cautela. Alex la mira y ve en sus ojos esa agudeza que indica que prácticamente le está leyendo el pensamiento.

—Mira —prosigue—. Ya sabes que a mí no se me da muy bien todo eso de la comunicación emocional, pero, dado que June no está aquí, voy a hacer un intento. Me parece que esto no tiene nada que ver con Texas. En estas últimas semanas has sufrido un grave trauma, y ahora tienes miedo de hacer o decir cosas que te gustan y que quieres porque no deseas llamar más la atención.

A Alex casi le entran ganas de reír.

En ocasiones, Nora es igual que Henry, en el sentido de que sabe ir directamente a la verdad de las cosas, solo que Henry se ocupa de las cosas

del corazón y Nora se ocupa de los hechos. A veces necesita la visión diferente que tiene Nora para dejar de mirarse tanto el ombligo.

—Ya. Vale. Sí, probablemente es eso, en parte —acepta—. Sé que si quiero tener alguna posibilidad en la política necesito empezar a rehabilitar mi imagen. Pero una parte de mí dice: ¿En serio? ¿Ahora mismo? ¿Por qué? Se me hace raro. Toda mi vida he estado pendiente de esa persona imaginaria que iba a ser en el futuro. El plan era: graduación, campañas, miembro del equipo de la Casa Blanca, Congreso. Y ya está. Recto hacia la meta. Iba a ser la persona que podría hacer eso, que quería hacer eso. Y ahora estoy aquí, y la persona en que me he convertido no es... esa persona.

Nora frota su hombro contra el de Alex.

—Pero ¿esa persona te gusta?

Alex reflexiona unos instantes. Ahora es una persona distinta, desde luego, tal vez un poco más oscura. Más neurótica, pero también más sincera. Tiene la mente más clara y el corazón más rebelde. Es una persona que no siempre quiere estar casada con el trabajo, pero que tiene más motivos que nunca para luchar.

—Sí —termina diciendo con firmeza—. Sí, me gusta.

—Genial —dice Nora con una ancha sonrisa—. A mí también. Tú eres Alex; en medio de toda esta mierda, eso es lo único que necesitas ser. —Le toma la cara con ambas manos y se la estruja un poco; él protesta, pero no se aparta—. Entonces, ¿quieres elaborar algún plan para contingencias? ¿Quieres que yo trace unos cuantos pronósticos?

—La verdad es que... —responde Alex con la voz ligeramente amortiguada por las manos de Nora, que todavía le están estrujando la cara —. ¿Te he contado que este verano me escapé y me presenté al examen de acceso para la Facultad de Derecho?

—¡Oh! La Facultad de Derecho —repite Nora, con la misma sencillez con que, muchos meses antes, le sugirió que estaba deseando que Henry se la metiera. Es la respuesta simple hacia la que él, sin saberlo, venía encaminado desde el principio. Nora le suelta la cara y, emocionada al instante, pasa a sacudirle los hombros—. Eso es, Alex. Espera... ¡Sí! Yo estoy a punto de solicitar plaza para mi máster; ¡podemos hacerlo juntos!

—¿Sí? —responde él—. ¿Tú crees que voy a ser capaz?

—Alex. Sí, Alex. —Se ha puesto de rodillas encima de la cama y está dando botes arriba y abajo—. Alex, esto es genial. Vale, escúchame. Tú vas a la Facultad de Derecho, yo hago el máster, June se convierte en redactora de discursos y escritora, la voz de toda una generación, yo me convierto en la científica de datos que salvará al mundo, y tú...

—Yo me convierto en un agresivo abogado de los derechos civiles que posee una ilustre trayectoria profesional a lo Capitán América desmantelando leyes discriminatorias y luchando por los desheredados...

—Y tú y Henry os convertís en la pareja del poder geopolítico favorita del mundo entero...

—Y para cuando tenga la edad de Rafael Luna...

—La gente te estará suplicando que te presentes candidato al Senado —finaliza Nora sin resuello—. Sí. Bueno, todo un poco más lento que lo planeado, pero da igual.

—Sí —coincide Alex tragando saliva—. Suena fenomenal.

Ahí lo tiene. Llevaba varios meses dudando de si debía dejar pasar este sueño concreto, le causaba pánico, y en cambio el alivio que siente ahora resulta sorprendente, es como si se hubiera quitado una losa de encima.

Parpadea para asimilarlo, recuerda lo que le dijo June, y no puede por menos que echarse a reír.

—Hay veces que me preocupo demasiado, sin tener ninguna necesidad.

Nora hace una mueca; ha reconocido la frase, propia de June.

—Eres... apasionado, hasta decir basta. Si June estuviera aquí, te diría que si actúas sin prisas sabrás cómo aprovechar mejor el tiempo. Pero la que está aquí soy yo, así que te digo lo siguiente: se te da fenomenal impulsar a las personas, elaborar políticas, dirigir y liderar a la gente. Eres tan listo que a la mayoría de las personas les entran ganas de arrearte un puñetazo. Esas son capacidades que a lo largo del tiempo no harán sino ir mejorando. De manera que lo vas a petar.

Se pone en pie de un salto, se mete en el armario de Alex y empieza a revolver entre las perchas.

—Y lo más importante de todo —continúa—; te has convertido en un icono de algo, lo cual es muy fuerte.

Emerge del armario con una percha en la mano: una cazadora que Alex

nunca se ha puesto en público y que compró a un precio obsceno porque ella lo convenció aquella noche en que se emborracharon y estuvieron viendo la serie de televisión *El Ala Oeste* en un hotel de Nueva York y dejaron que la prensa sensacionalista creyera que habían estado follando. Es de la marca Gucci, una cazadora azul noche con franjas rojas, blancas y azules en la cintura y en las mangas.

—Ya sé que es mucho, pero... —Le pone la cazadora contra el pecho—. Tú das esperanza a la gente. Así que vuelve a salir ahí y sé tú mismo.

Alex coge la cazadora, se la prueba y se mira al espejo. Le queda perfecta.

La emoción del momento se interrumpe a causa de un chillido que se oye fuera del dormitorio, en el pasillo. Los dos corren a la puerta.

Es June, que viene a la carrera con el teléfono en una mano, dando brincos y con la melena rebotando. Se hace obvio que viene de una de sus excursiones hasta el quiosco, porque el otro brazo lo trae cargado de periódicos sensacionalistas, pero los deja caer sin ceremonias en el suelo.

—¡He conseguido el contrato del libro! —chilla agitando el teléfono delante de Alex y de Nora—. Estaba mirando el correo y la nota biográfica, ¡y he conseguido el puto contrato!

Alex y Nora también se ponen a chillar, y los tres se juntan en un abrazo colectivo riendo, dando saltos, pisándose unos a otros, da igual. Terminan descalzándose y subiéndose a la cama. Nora le enseña a Bea la pantalla de la aplicación FaceTime, en la que aparecen Henry y Pez en una de las habitaciones de Henry, y se suman a la celebración. La cuadrilla, como la denominó Cash en cierta ocasión, ya está completa. Al final, se han ganado un mote propio en los medios de comunicación: Los Súper Seis. A Alex no le importa.

Horas más tarde, Nora y June se han quedado dormidas contra el cabecero de la cama de Alex: June con la cabeza en el regazo de Nora y esta con los dedos metidos entre el pelo de June. Alex se escabulle para meterse en el cuarto de baño a lavarse los dientes. Por el camino está a punto de tropezar con algo, y al bajar la vista le cuesta creer lo que ve: es un ejemplar de la revista *HELLO! US*, que se ha separado del fajo que traía June, y la imagen que domina la portada es una de las fotos que se hicieron

Henry y él en la sesión de Hyde Park.

Se agacha para recogerla. No es una de las instantáneas en las que posaron, sino otra que ni siquiera se dieron cuenta de que les estaban haciendo, una foto que, indiscutiblemente, no pensaría que iba a ser publicada. Debería haber concedido más mérito al fotógrafo. Este se las ingenió para capturar el momento justo en el que Henry estaba haciendo un chiste. Es una foto espontánea, auténtica, se los ve a los dos completamente ensimismados el uno con el otro, Henry lo rodea con un brazo y él levanta una mano para tomar la de Henry, apoyada en su hombro.

El modo en que Henry lo mira en la foto es tan afectuoso, con un cariño tan libre de disimulos, que el hecho de verlo desde la perspectiva de una tercera persona casi lo hace apartar los ojos, como si estuviera mirando directamente al sol. En cierta ocasión le dijo a Henry que era como la estrella Polar; pero se quedó corto en lo que al resplandor se refiere.

Vuelve a acordarse de Brooklyn y del hogar para menores que Henry piensa abrir allí. Su madre conocerá a alguien en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York, ¿no?

Se lava los dientes y se mete en la cama. Mañana averiguarán si han ganado o perdido. Hace un año, o incluso hace seis meses, una cosa así le habría hecho pasar la noche en vela; pero es que ahora se ha convertido en otra clase de icono, en una persona que ríe en pie de igualdad con su novio de sangre real en la portada de una revista, una persona dispuesta a aceptar los años que la aguardan, dispuesta a darse tiempo a sí misma. Está probando cosas nuevas.

Apoya una almohada contra las rodillas de June, estira las piernas por encima de las de Nora y se queda dormido.

Alex se muerde el labio inferior. Restriega el talón de la bota contra el suelo de linóleo. Mira una y otra vez su papeleta de voto.

PRESIDENTE y VICEPRESIDENTE
de ESTADOS UNIDOS

Vote por uno

Con el corazón en la boca, agarra el lápiz óptico unido a la máquina por una cadenita y selecciona lo siguiente: CLAREMONT, ELLEN Y HOLLERAN, MICHAEL.

La máquina emite un leve pitido que indica que ha aceptado; a sus mecanismos, que zumban suavemente, les vale cualquiera. Uno entre millones, una única marca que no tiene más valor que las demás, el simple hecho de apretar un botón.

Supone un riesgo celebrar una noche de elecciones en la ciudad donde uno vive. Técnicamente no existen reglas que digan que el presidente que está en el cargo no puede celebrar un mitin en Washington, pero es costumbre hacerlo así.

El año 2016 fue agridulce. Austin está melancólica, muy melancólica, y Ellen ganó en el condado de Travis por un 76%; sin embargo, ni los fuegos artificiales ni el champán que se descorchó en las calles cambiaron el hecho de que perdieron el estado en el que se encontraban cuando pronunciaron el discurso triunfal. Aun así, Lometa la Improbable quería volver a casa.

En este último año ha habido progresos: unas cuantas victorias en los tribunales de las que Alex ha ido llevando la cuenta en su fiel informe, campañas de inscripción de votantes jóvenes, el mitin de Houston, el cambio habido en las encuestas. Alex necesitaba algo que lo distrajera después de toda aquella pesadilla de la prensa sensacionalista, así que se metió de cabeza en un comité fuera del horario de trabajo junto con un puñado de organizadores de campaña de Texas, y se comunicaba con ellos a través de Skype para calcular la logística de un masivo servicio de traslado el día de las elecciones por todo Texas. Ahora estamos en 2020, y Texas, por primera vez en varios años, es el estado decisivo.

Su anterior noche electoral la pasó en la explanada al aire libre de Zilker Park, teniendo como fondo el perfil de la ciudad de Austin. Se acuerda de todo.

Tenía dieciocho años y se había puesto su primer traje hecho a medida. Estaba concentrado con su familia en un hotel situado allí cerca, para ver los resultados, mientras en el exterior la multitud era cada vez más

numerosa, y salió corriendo por el pasillo con los brazos abiertos cuando anunciaron la cifra de 270. Recuerda lo que sintió en aquel momento, porque se trataba de su madre y de su familia, pero también porque se daba cuenta de que, en cierto modo, aquel momento no le pertenecía en absoluto a él, cuando de repente se giró y vio a Zahra con la cara llena de churretones de rímel.

Allí de pie, al lado del escenario levantado en la falda de la colina de Zilker Park, miró a los ojos de decenas y decenas de mujeres que tenían suficiente edad para haber marchado hacia el Congreso para defender la Ley de Derecho al Voto de 1965, y de niñas lo bastante jóvenes como para no haber conocido nunca a un presidente que fuera un hombre blanco. Todas ellas miraban a su primera presidenta. Entonces se volvió, miró a June, que estaba a su derecha, y a Nora, que estaba a su izquierda, y recuerda con total nitidez que las empujó para que subieran al escenario por delante de él, y les dio treinta segundos para que disfrutaran del momento antes de colocarse él también bajo los focos.

Las suelas de sus botas se posan en la hierba seca que hay detrás del Centro Palmer para Eventos como si proviniera de una altitud mucho mayor que el asiento trasero de una limusina.

—Es temprano —está diciendo Nora examinando su teléfono a la vez que se apea después de él, vestida con un escotado mono de color negro y calzada con zapatos de tacón de aguja—. Me refiero a que aún es muy temprano para los sondeos a pie de urna, pero estoy bastante segura de que hemos ganado en Illinois.

—Genial, tal como decían los pronósticos —responde Alex—. Por el momento, vamos bien encaminados.

—Yo no iría tan lejos —le dice Nora—. No me gusta cómo pinta Pensilvania.

—Oye —dice June, que ha escogido su atuendo con sumo cuidado: un vestido *prêt-à-porter* de J. Crew con encajes blancos, guapa sin estridencias. Lleva la melena sobre el hombro, recogida en una trenza—. ¿No podríamos, no sé, tomarnos una copa antes de que empecéis con esto? Tengo entendido que hay mojitos.

—Sí, sí —aplaude Nora, pero todavía está concentrada en su teléfono

con el ceño fruncido.

SAR Príncipe Gilipollas

3/11/2020, 18:37

SAR Príncipe Gilipollas
El piloto dice que tenemos problemas de visibilidad. Quizá tengamos que cambiar de ruta y aterrizar en otra parte

SAR Príncipe Gilipollas
¿Aterrizar en Dallas? ¿Eso está lejos? No tengo ni idea de la geografía de EE.UU.

SAR Príncipe Gilipollas
Shaan me informa que, en efecto, está muy lejos. Aterrizaremos pronto. Intentaremos despegar de nuevo cuando se despeje el tiempo

SAR Príncipe Gilipollas
Lo siento, lo siento mucho. ¿Cómo van las cosas por ahí?

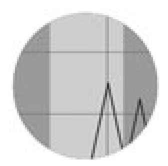
por aquí, todo fatal

por favor, ven lo antes posible me estoy estresando, joder



Oliver Westbrook  @BillsBillsBills
Todo simpatizante del Partido Republicano que todavía apoye a Richards después de lo que hizo para perjudicar a un miembro de la Primera

Familia, y de los rumores de abusos sexuales que esta semana circulan en torno a él, va a tener que rendir cuentas a su Dios protestante mañana por la mañana.
19:32, 3/11/2020



538 politics @538politics
Según nuestros pronósticos, Michigan, Ohio, Pensilvania y Wisconsin tienen una probabilidad del 70% o más de ser azules; sin embargo, los últimos datos indican que los resultados están muy igualados. Sí, nosotros tampoco sabemos qué pensar.
20:04, 3/11/2020



The New York Times @nytimes
#Elecciones2020. Última hora: una agresiva avalancha de peticiones por la presidenta Claremont eleva el recuento de votos a 178 para el senador Richards. Claremont le sigue con 113.
21:15, 3/11/2020

Han dividido la sala de exposiciones más pequeña y han apartado una sección para los VIP: personal de la campaña, amigos y familiares, gente del Congreso. En el otro lado del centro de eventos está la masa de admiradores con sus pancartas y sus camisetas rotuladas con CLAREMONT 2020 y ASÍ QUE LA HISTORIA, ¿EH?, rebosando por encima de las carpas rígidas e invadiendo las lomas circundantes. Se supone que esto es una fiesta.

Alex lleva un rato procurando no estresarse. Ya sabe cómo va lo de las elecciones presidenciales. Cuando era pequeño, esto fue su Super Bowl. Se sentó delante del televisor del cuarto de estar y a medida que avanzaba la noche fue coloreando cada estado de azul o de rojo, con ayuda de un rotulador. A sus diez años de edad, por una noche le permitieron quedarse levantado mucho rato después de su hora de irse a la cama para que viera cómo Obama vencía a McCain. Ahora, observando el perfil del rostro de su padre, se esfuerza por recordar el triunfo logrado aquella noche.

En aquella ocasión había magia; ahora, es algo personal.

Y están perdiendo.

La llegada de Leo entrando por una puerta lateral no resulta inesperada del todo. June se levanta de su asiento y va hacia ellos dos, y, obedeciendo el mismo impulso, los tres se retiran a un rincón tranquilo. Leo tiene el teléfono en la mano.

—Tu madre quiere hablar contigo —dice Leo, y Alex, automáticamente, levanta la mano para coger el teléfono, pero Leo lo frena —. No, Alex, lo siento, no quiere hablar contigo, sino con June.

June parpadea.

—Oh. —Da un paso al frente y se retira el pelo de la oreja—. ¿Mamá?

—June —dice la voz de su madre a través del pequeño altavoz. Ellen se encuentra en una de las salas de reuniones del centro para eventos, convertida en oficina improvisada para ella y los miembros principales de su equipo—. Cielo. Necesito que... Necesito que vengas aquí.

—Vale, mamá —responde June en tono mesurado y tranquilo—. ¿Qué sucede?

—Simplemente necesito que me ayudes a reescribir un discurso para... —Sigue una pausa considerable—. En fin, por si acaso debo traspasar los poderes.

El semblante de June permanece totalmente inexpresivo durante unos segundos, y de pronto adopta un gesto de intensa furia.

—No —contesta, y agarra a Leo del brazo para poder hablar directamente al altavoz—. No. No pienso hacer eso, porque no vas a perder. ¿Me oyes? No vas a perder. Vamos a seguir haciendo esto otros cuatro años más, todos nosotros. No pienso escribirte ningún puñetero discurso de traspaso de poderes, por nada del mundo.

Sigue otra larga pausa en la línea, y Alex se imagina a su madre ahí arriba, en su pequeña Sala de Crisis improvisada, con las gafas puestas, los zapatos de tacón todavía dentro de la maleta, la mirada fija en las pantallas, esperanzada, rezando. Su madre, la presidenta.

—Está bien —dice sin alterarse—. Está bien. Alex, ¿te ves capaz de levantarte y decir algo al público presente?

—Sí, sí, claro, mamá —contesta el aludido. Se aclara la garganta y la segunda vez le sale una voz igual de fuerte que la de su madre—: Por

supuesto.

Una tercera pausa, y luego:

—Dios, cuánto os quiero a los dos.

Leo se marcha y enseguida es sustituido por Zahra, que con su elegante vestido rojo y su sempiterno termo de café le proporciona el mayor consuelo de toda la noche. La luz arranca un destello al anillo de compromiso, y Alex se acuerda de Shaan y piensa desesperado que ojalá ya estuviera Henry con él.

—Atención a la expresión de la cara —le dice Zahra alisándole el cuello de la camisa al tiempo que se lo lleva, junto con June, para atravesar la sala principal y entrar en la zona posterior del escenario—. Sonrisa amplia, montón de energía, seguridad en ti mismo.

Alex se vuelve hacia su hermana con gesto desvalido.

—¿Qué digo?

—Poca cosa, no tengo tiempo para escribirte nada —responde ella—. Eres un líder, así que lidera. Los tienes en la palma de la mano.

Ay, Dios.

Seguridad en ti mismo. Se mira de nuevo las mangas de la cazadora y las franjas de rojo, blanco y azul. «Sé tú mismo», le dijo Nora cuando se la entregó. Sé tú mismo.

Alex es dos palabras que dijeron a varios millones de chavales de todo Estados Unidos que no estaban solos. Una cazadora de universitario en la clase especial de Historia de Estados Unidos. El secreto de un cristal suelto en una ventana de la Casa Blanca. Estropear algo porque lo deseabas urgentemente, y aun así volver a levantarse y probar otra vez. Un príncipe, no; algo más grande, quizás.

—Zahra —pregunta—, ¿han dado ya los resultados de Texas?

—No —responde ella—. Todavía están muy igualados.

—¿Todavía?

Zahra sonríe con malicia.

—Todavía.

Cuando sale al escenario, el resplandor del foco es casi deslumbrante, pero sabe una cosa en el fondo de su corazón: que todavía no han dado los resultados de Texas.

—Hola a todos —dice dirigiéndose al público. Su mano aprieta el micrófono con fuerza, pero no tiembla—. Soy Alex, vuestro Primer Hijo.

El público estalla en vítores. Alex dibuja una ancha sonrisa, una sonrisa sincera, y lo que dice a continuación intenta decirlo con convencimiento:

—¿Queréis que os cuente un dato paradójico? En estos momentos, Anderson Cooper está en la CNN diciendo que en Texas los resultados están muy igualados. Muy igualados. Es posible que no lo sepáis, pero soy un forofo de la historia. De modo que puedo deciros que la última vez que los resultados estuvieron muy igualados en Texas fue en el año 1976. En 1976, nos volvimos azules. El presidente ganador fue Jimmy Carter, después del Watergate. Salió ganador por los pelos, con un cincuenta y uno por ciento de nuestros votos, y nosotros lo ayudamos a vencer a Gerald Ford en la carrera por la presidencia.

»Ahora, aquí de pie, reflexiono acerca de ello... Un demócrata del sur, fiable, trabajador y honrado, enfrentado a la corrupción, el rencor y el odio. Y un gran estado lleno de gente honrada, harta de que le cuenten mentiras.

El público vuelve a estallar en vítores, y Alex se contiene para no reír. Eleva la voz hablando por el micrófono, se hace oír por encima de los gritos, los aplausos y las botas que golpean el suelo del recinto.

—En fin, todo eso me resulta un poco familiar. Bueno, ¿y qué opináis, público de Texas? ¿Se repetirá la historia? ¿Vamos a hacer que la historia se repita esta noche?

El estruendo lo dice todo. Alex también grita, se deja arrastrar fuera del escenario, permite que su corazón vuelva a hincharse de sangre, después de haberse vaciado durante toda esta noche. Nada más bajarse del escenario siente una mano que se le posa en el hombro; es el peso ya familiar del cuerpo de otra persona reentrando en su espacio incluso antes de tocar el suyo, acompañado de un aroma conocido, un olor a limpio, que flota en el aire.

—Has estado brillante —dice Henry, en carne y hueso, sonriendo por fin.

Está guapísimo con un traje azul marino y una corbata que, vista más de cerca, tiene un dibujo de rosas amarillas.

—Esa corbata...

—Ah, sí —dice el príncipe—, la rosa amarilla de Texas, ¿verdad? He leído que era un detalle importante, y se me ocurrió que podría darnos buena suerte.

De pronto, Alex vuelve a sentirse perdidamente enamorado. Se enrolla la corbata en la mano, atrae a Henry hacia sí y lo besa como si no tuviera que dejar de hacerlo nunca, y esa, recuerda riendo contra la boca de Henry, es precisamente la realidad.

Hablando de lo que es, desearía ser lo bastante inteligente para haber hecho esto el año pasado. No habría obligado a Henry a desaparecer tras un montón de arbustos congelados, y no se habría quedado tieso como un pasmarote mientras Henry le daba el beso más importante de su vida. Habría sucedido esto otro. Habría tomado el rostro de Henry con ambas manos y lo habría besado apasionadamente, con toda la intención, y le habría dicho: «Toma todo cuanto quieras, que sepas que te mereces tenerlo».

Se aparta y le dice:

—Os habéis retrasado, alteza.

Henry rompe a reír.

—De hecho, según parece, he llegado justo a tiempo para ver un incremento notable de los votos.

Está hablando del último sondeo, el cual, por lo visto, ha llegado cuando él estaba subido al escenario. En la zona VIP, todo el mundo está fuera de sus asientos, viendo en las pantallas gigantes cómo Anderson Cooper y Wolf Blitzer analizan los resultados del escrutinio. Virginia: Claremont. Colorado: Claremont. Michigan: Claremont. Pensilvania: Claremont. Constituye casi en su totalidad la diferencia en los votos, aunque todavía falta la Costa Oeste.

También se encuentra aquí Shaan, en un rincón con Zahra, en el mismo grupo que Luna, Amy y Cash. A Alex casi le da vueltas la cabeza al imaginar a cuántas naciones podría poner de rodillas ese particular grupito de personas. Agarra a Henry de la mano y lo mete donde está la acción.

La magia va haciendo efecto en un lento goteo: la corbata de Henry, el tono esperanzado de las voces, un poco de confeti que se escapa de las redes amarradas a las vigas y que le cae en el pelo a Nora... Y, de repente,

actúa de golpe.

A las diez y media llega la gran noticia: Richards se queda con Iowa, sí, y también con Utah y con Montana, pero la Costa Oeste arrasa con un cincuenta y cinco por ciento de los votos de California.

—Mis héroes —exclama Óscar cuando se hace el anuncio en medio de una fuerte ovación y sin causar sorpresa a nadie. Rafael Luna y él chocan palmas. Los Bastardos han triunfado en la Costa Oeste.

Para las doce de la noche ya han tomado la delantera. Por fin la reunión se siente como una celebración, aunque todavía no se encuentren fuera de peligro. Fluye el alcohol, todo el mundo habla a voces, el público situado en el otro lado de las mamparas está electrizado. La música de Gloria Estefan que se oye por el sistema de sonido vuelve a parecer apropiada, ha dejado de ser una dolorosa ironía en un funeral. En el otro extremo de la sala se encuentran Henry y June; Henry le hace un gesto para señalarle el pelo, y ella se vuelve para permitirle que le remeta el mechón que un poco antes, en un ataque de nerviosismo, se le ha escapado de la trenza.

Alex está tan ensimismado contemplándolos, las dos personas que más quiere, que no se percata de la presencia de otra persona que viene hacia él, hasta que ambos chocan de bruces, derraman la bebida y por poco no se caen encima de la gigantesca tarta que aguarda en la mesa para celebrar la victoria.

—Huy, lo siento —se disculpa al tiempo que alarga la mano hacia el paquete de servilletas.

—Si tiras al suelo otra tarta más —le dice una voz sumamente familiar, emborronada por el efecto del whisky—, no me cabe la menor duda de que tu madre te desheredará.

Se vuelve y ve que se trata de Liam. Está casi igual que como él lo recordaba: alto, ancho de hombros, con el semblante agradable, desaliñado.

Se enfada al comprobar que hay un tipo tan específico de hombre que le gusta, y que ni siquiera se había percatado de ello en todo este tiempo.

—¡Dios mío, has venido!

—Pues claro —contesta Liam con una amplia sonrisa. A su lado hay otro hombre que también sonríe—. No sé, pensé que, si no venía, el Servicio Secreto me requisaría el apartamento.

Alex suelta una carcajada.

—Oye, la presidencia no me ha hecho cambiar tanto. Sigo siendo un instigador de fiestas tan agresivo como siempre.

—De lo contrario me decepcionarías, tío.

Los dos sonríen. Precisamente esta noche es un gusto ver de nuevo a Liam, limar asperezas, tener al lado a una persona que no es de la familia y que ya lo conocía antes de todo esto.

Una semana después de hacer pública su condición, Liam le envió un mensaje: 1. Ojalá no hubiéramos sido tan imbéciles en nuestra época, así podríamos habernos ayudado el uno al otro en muchas cosas. 2. Para tu información, ayer me llamó un reportero de una página web de la derecha para preguntarme por la historia que tuve contigo. Le dije que se fuera a la mierda, pero he pensado que te gustaría saberlo.

De manera que sí, por supuesto que recibió una invitación personal.

—Oye —empieza Alex—, quería darte las gracias por...

—Por nada —lo interrumpe Liam—. Lo digo en serio, ¿vale? Somos amigos, y lo seremos siempre. —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto y señala al hombre atractivo y de ojos marrones que tiene al lado—. En fin, te presento a Spencer, mi novio.

—Soy Alex —se presenta Alex. Spencer le estrecha la mano con la energía de un muchachote del campo—. Me alegro de conocerte.

—Es un honor —responde Spencer con sinceridad—. Mi madre hizo campaña por la tuya cuando se presentó candidata al Congreso, en su época, hace ya bastante tiempo. Es la primera presidenta por la que he votado en mi vida.

—Vale, Spence, tranquilo —le dice Liam rodeándole los hombros con el brazo. Alex siente un ramalazo de orgullo; si los padres de Spencer trabajaron como voluntarios en la campaña de Claremont, está claro que tienen la mente más abierta que Liam, que él recuerde—. Este tío se cagó en los pantalones en cuarto grado, cuando iba en el autobús de regreso del acuario, de modo que no es para tanto.

—Esa fue la última vez, so cabrón —ríe Alex—, y no fui yo, sino Adam Villanueva.

—Bueno, yo sé muy bien lo que vi —replica Liam.

Alex abre la boca para protestar, pero de repente alguien grita su nombre: le piden una foto, o una entrevista, o algo parecido, para BuzzFeed.

—Mierda, tengo que irme. Pero, Liam, tenemos que ponernos al día. ¿Podemos quedar este fin de semana? Vamos a quedar este fin de semana, voy a estar todo el tiempo por aquí. Quedemos este fin de semana.

Está a punto de irse, y Liam está poniendo los ojos en blanco en un gesto de fastidio, pero también de afecto, no como si dijera «Por este motivo dejé de hablarte», así que no se detiene. La entrevista es rápida, se interrumpe en mitad de una frase, porque en la pantalla aparece la cara de Anderson Cooper, igual que en la escena del cañón de *Los Juegos del Hambre*, informando que están a punto a anunciar los resultados de Florida.

—Venga, cabrones, que tenéis una cancha de tiro en el jardín de casa —oye que murmura Zahra en voz baja, cuando se reúne con su gente.

—¿Ha dicho «una cancha de tiro en el jardín de casa»? —le pregunta Henry al oído—. ¿De verdad puede una persona tener algo así?

—En realidad, aún te queda mucho que aprender de este país, hijo —le dice Óscar con cariño.

En la pantalla aparece el color rojo, que identifica a Richards, y por la sala se extiende un gemido colectivo.

—Nora, ¿cuáles son las cifras? —pregunta June con mirada frenética, poniéndose a su lado—. Yo soy de letras.

—Bien —contesta Nora—, en estos momentos solo necesitamos superar los 270, o que a Richards le resulte imposible alcanzar los 270 para...

—Gracias —la interrumpe June, impaciente—. Ya sé cómo funcionan los colegios electorales.

—¡Me has preguntado!

—¡Pero no para que me dieras lecciones!

—Cuando te enfadas, te pones muy vehemente.

—¿Podríamos centrarnos? —tercia Alex.

—Está bien —dice Nora. Sacude las manos y continúa-: En estos momentos, podemos superar los 270 juntando Texas o Nevada con Alaska. Richards necesita los tres estados. De manera que aún no está nada decidido.

—Entonces, ¿necesitamos ganar en Texas?

—Hasta que anuncien los resultados de Nevada, no —responde Nora—, lo cual nunca sucede tan temprano.

Apenas le da tiempo a terminar la frase, porque enseguida vuelve a aparecer Anderson Cooper en la pantalla para comunicar la última hora. Alex se pregunta por un instante cómo será en el futuro tener alucinaciones de Anderson Cooper por culpa del estrés.

NEVADA: RICHARDS.

—¿Es una puñetera broma?

—Bueno, pues ahora, esencialmente...

—El que gane en Texas —dice Alex—, gana la presidencia.

Sigue una intensa pausa, y June dice:

—Estoy tan estresada que me voy a ir a comer la pizza fría que tienen los de las encuestas. ¿A que suena bien? Pues adiós. —Y se va.

A las doce y media, nadie se puede creer lo que pasa.

Texas jamás en toda su historia ha tardado tanto en anunciar los resultados. Si se tratase de otro estado, a estas alturas Richards probablemente ya se habría dado por vencido.

Luna está paseando nervioso. El padre de Alex está sudando debajo del traje. June va a pasar una semana oliendo a pizza. Zahra está al teléfono, gritándole algo al correo de voz, y cuando cuelga explica que su hermana tiene problemas para encontrar una guardería de calidad y que ha accedido a dar esa tarea a Zahra, como salida para su estrés. Ellen lo observa todo igual que una leona hambrienta.

En ese momento llega June a la carrera, trayendo del brazo a una chica que Alex reconoce: es una compañera suya de la universidad, la que aportaba el cerebro. Lleva puesta una camiseta de voluntaria para las encuestas y luce una ancha sonrisa.

—Atención, todos —dice June sin aliento—. Molly acaba de... Bueno, está recién llegada de... ¡Mierda, díselo tú!

Molly abre su bendita boca y dice:

—Creemos que habéis alcanzado los votos necesarios.

A Nora se le cae el teléfono. Ellen, en su afán de agarrar a Molly del otro brazo, lo pisa.

—¿Lo creéis o lo sabéis?

—Bueno, estamos bastante seguros de que...

—¿Cómo de seguros?

—Acaban de contar otros diez mil votos del condado de Harris y...

—Oh, Dios mío.

—Espera un momento, mira.

Está saliendo en la pantalla. Lo están anunciando. «Anderson Cooper, hijo de puta».

El estado de Texas permanece en color gris por espacio de otros cinco segundos, y a continuación se inunda de un precioso, maravilloso, inconfundible azul como el del lago LBJ.

Treinta y ocho votos para Claremont, para un total de 301. Y la presidencia.

—¡Cuatro años más! —chilla impulsivamente la madre de Alex, con más energía de la que él le ha visto desplegar en varios años.

La ovación llega primero como un murmullo, después como un ronroneo, y por último como un estruendo que presiona desde el otro lado del recinto, desde las lomas que rodean el edificio y desde la ciudad que rodea las calles, desde el país entero. Puede que incluso desde unos cuantos aliados allá en Londres, que los miran con ojos de sueño.

Desde este lado, Henry, que tiene los ojos llenos de lágrimas, agarra la cara de Alex con las dos manos y le da un beso como los del final de las películas, lanza un grito de alegría y lo empuja hacia su familia.

En ese momento se cortan las redes que hay en el techo y caen los globos. Alex es engullido por un mar de gente y arrastrado hacia el pecho de su padre, que le da un fuerte abrazo, y después hacia June, que llora sin parar, y hacia Leo, que llora todavía más. Entre sus dos orgullosos progenitores se encuentra aprisionada Nora chillando cuanto le dan de sí los pulmones, y Rafael Luna lanza al aire panfletos de la campaña de Claremont como si fuera un mafioso arrojando al aire billetes de cien dólares. Ve a Cash, que prueba el peso máximo que pueden soportar las sillas bailando encima de una de ellas; y a Amy, que gira el teléfono a su alrededor para que su esposa pueda verlo todo a través de FaceTime; y a Zahra y Shaan, que se están metiendo mano apasionadamente contra un

enorme montón de carteles publicitarios de CLAREMONT/HOLLERAN 2020. El estirado de Hunter levanta a hombros a otro empleado, Liam y Spencer están brindando con cerveza, un centenar de empleados y voluntarios de la campaña están llorando y gritando, llevados por la incredulidad y la euforia. Lo han conseguido. Lometa la Improbable y la azul Texas, que han esperado durante tanto tiempo.

La multitud lo empuja de nuevo hacia Henry. Después de absolutamente todo, de todos los correos electrónicos, los mensajes, los meses pasados en la carretera, las citas secretas, las noches de deseo, todo lo que ha implicado enamorarse accidentalmente de una persona que era tu jurado enemigo en el momento más inoportuno, han conseguido lo que querían. Él dijo que lo conseguirían; de hecho, lo prometió. La sonrisa de Henry es tan ancha y tan luminosa que Alex teme que se le rompa el corazón, en el afán de retener todo lo que ocurre en este momento, esta plenitud, mil años de historia contenidos dentro de su caja torácica.

—Necesito decirte una cosa —pide Henry jadeando, cuando Alex lo suelta—. He comprado una casa antigua en Brooklyn.

Alex se queda boquiabierto.

—¿En serio?

—Sí.

Durante una fracción de segundo se plasma ante sus ojos una vida entera, cristalizada, un mandato nuevo sin más elecciones que ganar, una agenda abarrotada de clases y Henry mirándolo sonriente desde la almohada bajo la claridad gris de una mañana de Brooklyn. Esa imagen se le clava en lo hondo del pecho y a continuación se le extiende por todo el cuerpo como se extiende la esperanza. Menos mal que todos los demás ya están llorando.

—De acuerdo, gente —exclama la voz de Zahra abriéndose paso por entre el torrente de sangre, amor, adrenalina y ruido que le embota los oídos. Zahra lleva el rímel corrido, el pintalabios esparcido por la barbilla. A su lado está Ellen al teléfono, tapándose un oído con el dedo y escuchando la llamada de traspaso de poderes de Richards—. Discurso triunfal dentro de quince segundos. ¡Todos a sus puestos, vamos allá!

De repente, Alex se ve empujado hacia un lado entre el gentío, hasta un

pequeño recinto que hay cerca del escenario, detrás de las cortinas. Poco después su madre aparece en el entarimado, seguida por Leo, Mike y su mujer, Nora con sus padres, June y su padre. Alex sube también, se hace hueco bajo el resplandor blanco de los focos y, en medio de tanto ruido, grita una retahíla de frases en diferentes idiomas. Está tan ensimismado que no se da cuenta de que Henry ya no está con él, y al volverse lo ve aguardando entre bastidores, justo detrás de una cortina. Siempre titubeante para inmiscuirse en el momento triunfal de otra persona.

Pero eso ya no vale de ahora en adelante; ahora forma parte de la familia y de todo esto. Aparecerá en titulares de prensa, en pinturas al óleo, en páginas de la Biblioteca del Congreso, su nombre figurará junto al suyo. Formará parte de todos ellos, por los siglos de los siglos.

—¡Vamos! —le chilla haciéndole un gesto para que se acerque.

Henry experimenta un segundo de pánico, pero después levanta la cara, se abrocha el botón de la chaqueta del traje y sube al escenario. Termina situándose al lado de Alex, sonriendo de oreja a oreja. Alex lo rodea con un brazo y con el otro rodea a June. Nora se pega al costado de June.

La presidenta Ellen Claremont se aproxima al podio.

EXTRACTO: DISCURSO TRIUNFAL DE LA PRESIDENTA ELLEN CLAREMONT, DESDE AUSTIN, TEXAS, 3/11/2020

Hace cuatro años, en 2016, como nación nos encontrábamos al borde de un precipicio. Había quienes hubieran deseado vernos retroceder hacia el odio, la crítica y los prejuicios, quienes hubieran querido reavivar las antiguas ascuas de la división en el corazón mismo de nuestro país. Pero vosotros los mirasteis directamente a los ojos y les dijisteis: «No, no

vamos a hacer tal cosa».

En vez de eso, votasteis a una mujer y a una familia que llevaban la tierra de Texas en la suela de los zapatos, que iban a conduciros a cuatro años de progreso, de mantenimiento de un legado de esperanza y de cambio. Y esta noche habéis hecho lo mismo. Me habéis elegido a mí. Y yo, desde la más profunda humildad, os doy las gracias.

Y también os da las gracias mi familia. Mi familia, compuesta por hijos de inmigrantes, por personas que aman desafiando a las amenazas de condena, por mujeres decididas a no retroceder nunca respecto de aquello que es justo, un entramado de historias que representa el futuro de Estados Unidos. Mi familia. Vuestra Primera Familia. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano durante estos cuatro próximos años y durante los años siguientes, para que sigáis estando orgullosos.

Todavía está cayendo la segunda rociada de confeti cuando Alex agarra a Henry de la mano y le dice:

—Sígueme.

Todo el mundo está demasiado ocupado celebrando la victoria o concediendo entrevistas para verlos escabullirse por la puerta de atrás. Negocia con Liam y Spencer prometiéndoles un paquete de seis latas de

cerveza a cambio de que le presten sus bicicletas. Henry no hace preguntas; se limita a quitar el pie de la bici y a perderse de vista en la noche con Alex.

Austin parece diferente, pero en realidad no ha cambiado en absoluto. Austin es un ramillete de flores secas, que sirvieron para adornar una reunión de antiguos alumnos y que ahora descansan en un jarrón al lado del teléfono inalámbrico; es la descolorida pared de ladrillos del parque recreativo en el que él cuidaba niños después de las clases; es una cerveza gorroneada a un desconocido en el desaguadero del Barton Creek Greenbelt; es los nopales, los cafés *cold brew*. Es una constante rara y singular, el enganche que lleva en lo más hondo de su corazón y que durante toda su vida ha tirado de él para que vuelva a poner los pies en la tierra.

A lo mejor, el que está diferente es él.

Cruzan el puente que lleva al centro de la ciudad, la cuadrícula gris que atraviesa la calle Lavaca, los bares rebosantes de gente que repite a gritos el nombre de su madre, que luce la cara de él en la camiseta, que agita la bandera de Texas. Banderas americanas, banderas mexicanas, banderas del Orgullo. En las calles se oye el eco de la música, más fuerte cuando llegan al Capitolio, por cuya escalinata frontal ha subido alguien y ha colocado una serie de altavoces por los que suena a todo volumen el tema *Nothing's Gonna Stop Us Now* de Starship. Y allá en lo alto, teniendo las nubes como telón de fondo, fuegos artificiales.

Alex levanta los pies de los pedales y se desliza sin esfuerzo por delante de la enorme fachada del Capitol, de estilo neorrenacentista italiano, el edificio al que su madre iba a trabajar todos los días cuando él era pequeño. Tiene más altura que el Capitolio de Washington. Al fin y al cabo, todo es más grande.

Tardan veinte minutos en llegar a Pemberton Heights. Alex conduce al príncipe hasta un elevado bordillo, en un barrio del Austin del Viejo Oeste, y le enseña un sitio del jardín en el que puede dejar la bici tumbada en el suelo. Los radios de las ruedas continúan girando y proyectando su sombra sobre la hierba. El ruido que hacen esos carísimos zapatos de piel al rozar los peldaños agrietados de la vieja casa de Westover no resulta más ajeno que el de sus propias botas. Es como volver a casa.

Se detiene un momento a ver cómo Henry lo recorre todo con la mirada: las paredes ya amarillentas, los grandes ventanales, las huellas de manos en la acera. Él no ha vuelto a esta casa desde que tenía veinte años. Pagan a un amigo de la familia para que la cuide, proteja las tuberías, haga correr el agua. No pueden soportar que se deteriore. En el interior no ha cambiado nada, solo está metido en cajas.

Aquí no hay fuegos artificiales, ni música, ni confeti, sino tan solo viviendas unifamiliares en las que la gente duerme, una vez apagado el televisor. Tan solo una casa en la que se crio Alex, en la que vio la fotografía de Henry en una revista y experimentó un extraño aleteo, el comienzo de algo.

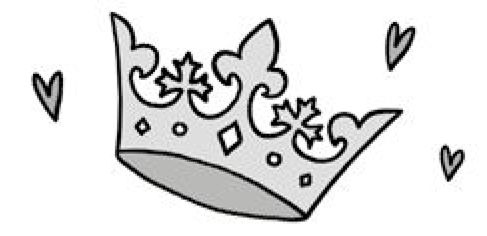
—Eh —dice Alex. Henry se vuelve hacia él. Sus ojos brillan con un color plata a la luz de las farolas—. Hemos ganado.

Henry le coge la mano y esboza una media sonrisa.

—Sí, hemos ganado.

Alex mete la mano en el bolsillo de la camisa, encuentra la cadenita y la saca con cuidado. El anillo, la llave.

Y, a continuación, bajo las nubes invernales, victorioso, abre la puerta.



AGRADECIMIENTOS

Se me ocurrió la idea para escribir este libro en el año 2016, tomando una rampa de salida de la carretera I-10, y jamás imaginé en qué iba a convertirse. En aquel momento ni siquiera podía imaginar lo que iba a ser 2016. A partir de noviembre, durante varios meses abandoné la idea de escribir este libro; de repente, lo que se suponía que era un irónico universo paralelo necesitó transformarse en una realidad escapista, curativa, alternativa pero realista. No un mundo perfecto, pero sí uno que fuera todavía creíblemente jodido, solo un poco mejor, un poco más optimista. No estaba segura de poder dar la talla, pero abrigué la esperanza de que así fuera.

Lo que esperaba conseguir, y lo que espero haber conseguido con este libro para cuando tú, querido lector, hayas terminado de leerlo, era ser la chispa de alegría y de esperanza que necesitabas.

No podría haberlo hecho sin la ayuda de muchas personas. Gracias a mi agente Sara Megibow, que es un ángel, por conducir este loco autobús. Me metí en este experimento con la esperanza de encontrar a una persona que sintiese como mínimo la mitad de lo que siento yo por este libro, y Sara coincidió plenamente conmigo desde el primer momento que hablamos. Gracias por ser la adalid que este libro necesitaba y la persona que siempre me ha animado a continuar. Gracias a Vicki Lame, mi editora, la chica de Texas que luchó por este libro y que en todo momento vio algo en él que podía interesar a la gente. Gracias por volcarte con todo tu ser, por ser en todo momento la persona que aguarda en la esquina del cuadrilátero con la botella de agua. Tú y el equipo de St. Martin’s Griffin literalmente habéis hecho realidad los sueños.

Más agradecimientos: A Elizabeth Freeburg, que me enseñó más cosas

de las que yo podré jamás devolverle, sin la cual sería la mitad de la escritora que soy actualmente. A Lena Barsky, que hizo de comadrona de toda la novela, que fue la primera en enamorarse de los personajes tanto como yo. A Sasha Smith, mi sherpa literario, que fue quien más creyó en mí, y sin la cual me habría ahogado incluso antes de empezar. A Shanicka Anderson, la lectora de prueba de mis sueños, que se enamoró de este libro cuando aún tenía 40.000 palabras de más. A Lauren Heffker, la persona que me llevó a un Taco Bell mientras yo desenmarañaba este argumento, que nunca quiso saber lo que yo estaba pensando. A Leah Romero, mi admiradora número uno y mi inspiración política, la lectora a la que en todo momento he pretendido impresionar. A Tiffany Martínez, que leyó este libro con amor y detenimiento y me lo devolvió limpio. A CJSR, al que este libro debe muchas noches de insomnio. A FoCo, que son como mi familia, mi nuevo hogar.

A mi familia, que a lo largo de los años ha hecho por mí más de lo que nadie merece: no tenéis ni idea de a lo que os estabais apuntando cuando os dije que había escrito un libro, pero aun así me felicitasteis. Gracias por quererme tal como soy. Gracias por permitirme ser vuestra hija la rara. A mi padre, el que primero me contó cuentos: sé que siempre has sabido que yo llevaba esto dentro. Gracias por ayudarme a creérmelo. Grande como el universo, por encima de las nubes, para siempre. Esta es la mejor obra que he realizado hasta ahora.

Gracias a quienes me ayudaron con la montaña de investigación que he llevado a cabo para escribir este libro: WhiteHouseMuseum.org, la Royal Collection Online, *My dear Boy* de Rictor Norton, la utilísima página web del museo Victoria y Alberto, y otras muchas fuentes. Gracias al país de Noruega, literalmente, por la semana que me sacó del bloqueo en que me encontraba y me permitió escribir 110.000 palabras del primer borrador. Gracias al tema *Texas Reznikoff* de Mitski.

A todas las personas que anden buscando un lugar al que pertenecer y que por casualidad cojan este libro: espero que hayan encontrado ese lugar aquí, aunque solo sea durante unas pocas páginas. Alguien os ama. Este libro lo he escrito para vosotros.

Seguid luchando, seguid haciendo historia, seguid cuidando unos de

otros.

Vuestra, afectuosamente. Tomaos una cerveza a mi salud.

NOTAS

1 «Waltz», cuya traducción literal es «vals», puede significar también «largarse» o «irse tan fresco». De ahí que June no tenga claro si Henry le pudiera estar gastando una broma. (*N. de la t.*)

2 Fortaleza que aparece en la serie *Juego de Tronos*. (*N. de la t.*)

3 Personaje de *Harry Potter*. (*N. de la t.*)

4 Del personaje Poe Dameron de la saga *Star Wars*. (*N. de la t.*)

5 Primer verso de un famoso poema de Walt Whitman. (*N. de la t.*)

6 Se refiere al personaje de Miss Havisham, de la novela *Grandes esperanzas* de Dickens. (*N. de la t.*)

7 Protagonistas de una historia de amistad/amor narrada en la Biblia, en el libro de Samuel. (*N. de la t.*)

8 Frase que pronuncia el personaje de Han Solo en *El Imperio contraataca*. (*N. de la t.*)